

LAYLA USA TODAY BESTSELLING AUTHOR HAGEN

hermanos
Maxwell

A man with dark hair and a beard, wearing a dark blue tuxedo jacket, a white shirt, and a black bow tie. He is looking directly at the camera with a serious expression. His hands are clasped in front of him, and he is wearing a ring on his left hand.

Una promesa
para siempre

Una promesa para siempre
Tate & Lexi ~ Los Hermanos Maxwell
Libro 1
Layla Hagen

Una promesa para siempre

Copyright ©2024 Layla Hagen

Traducido por Well Read Translations

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro de cualquier forma o medio electrónico o mecánico, incluyendo sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin permiso escrito y expreso del autor, excepto para el uso de citas breves en evaluaciones del libro. Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, negocios, lugares, eventos e incidentes son producto de la imaginación de la autora o se usan de manera ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, o hechos reales es pura coincidencia.

Tabla de Contenido

[Derechos de Autor](#)

[Capítulo Uno](#)

[Capítulo Dos](#)

[Capítulo Tres](#)

[Capítulo Cuatro](#)

[Capítulo Cinco](#)

[Capítulo Seis](#)

[Capítulo Siete](#)

[Capítulo Ocho](#)

[Capítulo Nueve](#)

[Capítulo Diez](#)

[Capítulo Once](#)

[Capítulo Doce](#)

[Capítulo Trece](#)

[Capítulo Catorce](#)

[Capítulo Quince](#)

[Capítulo Dieciséis](#)

[Capítulo Diecisiete](#)

[Capítulo Dieciocho](#)

[Capítulo Diecinueve](#)

[Capítulo Veinte](#)

[Capítulo Veintiuno](#)

[Capítulo Veintidós](#)

[Capítulo Veintitrés](#)

[Capítulo Veinticuatro](#)

[Capítulo Veinticinco](#)

[Capítulo Veintiséis](#)

[Capítulo Veintisiete](#)

[Capítulo Veintiocho](#)

[Capítulo Veintinueve](#)

[Capítulo Treinta](#)

[Epílogo](#)

Capítulo Uno

Tate

—¿Papi, puedo ir a jugar con mi puzle? ¡Por favooooor! —pidió mi hija de nueve años, batiendo las pestañas.

—Claro, Paisley. Y cuando acabemos de desayunar, iremos a dar un paseo en el barco.

—¡Eres el mejor padre del mundo!

Sus palabras me hicieron sonreír, aunque definitivamente aquel día no me sentía como el “Padre del Año”.

La mitad de mi familia estaba reunida en el salón de mi casa de Chicago. Mi abuela Beatrice estaba sentada en el sofá a mi lado. Mis hermanos Declan y Tyler se encontraban alrededor de la isla de la cocina, terminando de desayunar.

Por sus expresiones, supe que no iban a tardar mucho en empezar a darme la lata. Me preguntaba quién comenzaría primero.

Para mi asombro, fue Gran.

En cuanto mi hija salió de la habitación, resopló, negando con la cabeza.

—No puedo creer que hayas espantado a otra niñera.

—Oye, no he espantado a nadie —respondí con amabilidad—. Simplemente no era la indicada para el trabajo.

—Claro, y seguro que no tiene nada que ver con que seas tan exigente, ¿verdad? —preguntó Declan con una sonrisa socarrona. Como era el mayor de seis hermanos, no perdía ocasión para sermonearnos o, como a él le gustaba llamarlo, *aconsejarnos*.

Sin embargo, no le di demasiada importancia. Con mis treinta y cuatro años, era el tercero entre los mayores, y hasta yo había dado bastantes sermones cuando era un chaval. De hecho, mi madre siempre decía que éramos sus generales de confianza. Aún a esas alturas, no estaba del todo seguro de que fuera un cumplido. Su sentido del humor era bastante particular.

—No. Tiene que ver con el hecho de que ponía a Paisley delante de la tele mientras ella se pasaba todo el rato en las redes sociales, y le dije sin rodeos que eso era inaceptable.

—Tate, ya te he dicho que siempre puedes contar conmigo para cuidar de ella —dijo mi abuela.

Me aclaré la garganta y la miré fijamente. Sabía que sus intenciones eran las mejores, pero Paisley era difícil de manejar. Tenía que ser sutil.

—Abuela, no tienes la energía suficiente para estar todos los días con una niña de nueve años.

—Jovencito, ¿me estás llamando vieja? —Miró a Declan—. ¿Acaba de llamarme vieja?

Declan hizo un gesto de desaprobación.

—En cierto modo, sí, pero no era su intención. —Levantó una ceja, fulminándome con la mirada.

—No ha sido tu intención, ¿verdad?

Negué con la cabeza. *Menuda manera de ser sutil.*

—Lo siento, abuela.

Tenía que encontrar otra niñera, y debía hacerlo rápido. Como padre soltero divorciado, me había propuesto estar en casa para cenar todas las noches. Quería dar estabilidad a mi hija mientras su madre viajaba por todo el país. Nora y yo nos habíamos casado de muy jóvenes, cuando yo acababa de salir de la universidad. Nos divorciamos cuatro años después, cuando Paisley tenía tres años y Nora decidió que no podía ser modelo, esposa y madre. Intenté hacerla

entrar en razón e incluso fuimos a terapia de pareja; realmente di lo mejor de mí, hasta que descubrí que se acostaba con un fotógrafo.

—He hablado con la agencia de trabajo temporal y ya están buscando candidatas. — Necesitaba a alguien que cuidara de Paisley a tiempo completo durante las vacaciones de verano. Durante el período escolar era distinto, pero en los veranos estaba en casa todo el tiempo, salvo alguna salida ocasional de campamento o alguna fiesta de pijamas en casa de una amiga.

Como director general de Bodegas Maxwell, una de las mayores empresas del sector, me pasaba todo el día en la oficina. Necesitaba a alguien en quien pudiera confiar para cuidar de Paisley.

Por mucho éxito que tuviera en los negocios, no podía evitar que me invadiera esa terrible sensación de que no era un buen padre. No podía darle aquella feliz vida familiar que yo había tenido al crecer, ni siquiera conseguir que las niñeras duraran demasiado tiempo. Pero iba a tener mucho cuidado con la que eligiera esa vez.

—¿Qué tipo de candidatas les pediste que buscaran? —preguntó la abuela.

—Le dije a la agencia que es importante que envíen a alguien con experiencia, a quien le gusten los niños y que no acepte este trabajo solo porque no pueda encontrar otra cosa que hacer. Necesito a alguien que quiera ganarse la vida con esto, no como un trabajo temporal hasta que encuentre algo mejor. Quiero que Paisley tenga un poco de estabilidad en su vida, y es mi responsabilidad dársela.

—Tate, nos tiene a todos nosotros, es más que suficiente —afirmó la abuela—. No es culpa tuya que su madre se fuera.

Me levanté, cruzando mi enorme salón para echar un vistazo por la ventana. Había comprado la casa del barrio de Lincoln Park justo después del divorcio, con la intención que Paisley disfrutara de una vivienda espaciosa sin tener que alejarme de la ciudad y sin mudarme a un suburbio, pero la verdad era que resultaba demasiado grande para los dos.

—Hoy no quiero entrar en eso —repliqué.

El divorcio no había sido culpa mía, pero eso no significaba que el desenlace fuera más agradable. Nora no era una parte importante de la vida de Paisley, de hecho, se había alegrado de que yo quisiera la custodia completa. La llamaba cada pocas semanas y la visitaba en su cumpleaños. Una vez al año, se iban juntas de vacaciones durante una semana. La última vez Nora la llevó a un hotel *spa* y a Paisley no le había gustado mucho la experiencia.

Pensar en todas esas cosas no me iba a servir de nada. Tenía que centrarme en encontrar la mejor niñera posible para Paisley. Mis padres volverían de sus vacaciones a finales del mes siguiente, pero tampoco era justo que cuidaran de ella todos los días.

—Bueno, me ofrecería a ayudarte a elegir una candidata, pero esas cosas no se me dan muy bien —comentó Tyler con una sonrisa floja—. Lo que sí puedo es ayudarte a sacarte ese palo del culo. Pareces tenso, hermano. No creo que consigas causar una buena impresión a ninguna de las candidatas así.

—Es al revés. Ellas son quienes tienen que causarme una buena impresión.

Declan levantó una ceja.

—No, esta vez estoy con Tyler. Ninguna va a querer trabajar para ti si las espantas.

Gruñí, continuando mi paseo por el salón.

—Dejadlo ya. No necesito vuestros consejos.

No quería mandarlos a la mierda delante de la abuela. A veces, mis hermanos podían ser unos pesados.

—No estoy de acuerdo. Creo que es exactamente lo que necesitas. Me pregunto de parte de quién estarían Travis, Sam y Luke. Quizá deberíamos llamarles y averiguarlo —insistió Tyler.

Esa vez, me reí entre dientes.

Eso era algo que hacíamos a menudo: opinar casualmente sobre la vida de los demás. Las cosas se nos iban de las manos cuando estábamos todos juntos. Siempre había sido así.

Declan y yo éramos los “generales” de mamá solo porque Luke, el segundo mayor, se empeñaba en sembrar el caos. Lo más gracioso era que casi siempre nos convencía para que nos metiéramos en líos: uno de sus diez mayores logros seguía siendo haber convencido a Sam y Travis de que se pintaran puntitos rojos para hacerle creer a nuestra abuela que tenían varicela.

Probablemente por eso Declan acabó convirtiéndose en abogado. Pasaba tanto tiempo sacándonos de apuros que su elección profesional resultó obvia. Sam y Travis, los más jóvenes, eran como una extraña mezcla de Declan y Luke. Dependiendo de la situación, actuaban como alborotadores o como salvadores. Observarlos era todo un espectáculo.

—Te reto a que los llames el sábado a esta hora de la mañana —desafié—. Te van a colgar de las...

Me aclaré la garganta, deteniéndome antes de decir “pelotas”.

La abuela negó con la cabeza.

—Haré de cuenta que no me he enterado de nada. Pero creo que Tate ya tiene bastante en su plato como para que le fastidiemos con nuestras opiniones y, además, no creo que consiga hablar con Sam o Travis.

Era cierto. Sam estaba al otro lado del mundo trabajando para Médicos Sin Fronteras. Estaba claro que había seguido su instinto de salvador. Travis estaba en proceso de vender su próspera *startup* y no paraba de trabajar.

Tyler tendría mucho tiempo libre porque era el portero de los *Chicago Blades*, el equipo de hockey sobre hielo más popular del momento tras ganar la Copa Stanley. Los profesionales de ese deporte siempre tenían los veranos libres, pero a excepción de esas fechas, siempre estaba ocupado.

La abuela resopló.

—Bueno, si algún día cambias de opinión y consideras que yo podría ocuparme de Paisley, cuenta conmigo. Adoro a mi bisnieta y me encantaría pasar más tiempo con ella.

Yo sabía que era así, pero mi abuela tenía ochenta y dos años y, dijera lo que dijera, no podía seguir el ritmo de mi hija durante más de un fin de semana.

Consulté mi reloj y pregunté:

—Le prometí a Paisley que hoy la llevaría a dar un paseo en barco. ¿Alguien se apunta?

—No, no. No me gustan los barcos. Me dan náuseas —contestó mi abuela—. Solo he venido a desayunar con vosotros.

El sábado era el día de reunión no oficial de los Maxwell, pero sospechaba que el tema de la niñera también tenía algo que ver con que aquellos tres se hubieran pasado a desayunar sin avisar.

Declan me dio una palmada en el hombro.

—Por mucho que me guste pasar tiempo con mi sobrina, hoy tengo una cita a la hora de comer, así que tengo que irme, no quiero llegar tarde. Abuela, ¿quieres que te deje en casa?

—Sería estupendo. Gracias, querido.

—Iré contigo, Tate. No tengo nada mejor que hacer hoy —respondió Tyler—. Con algo de suerte, quizá yo también acabe con una cita.

Le miré fijamente, entrecerrando los ojos.

—No vas a usar una salida con mi hija y conmigo como excusa para ligar.

Tyler sonrió satisfecho.

—No puedo *utilizarte*, eso es cierto, pero a las mujeres les gustan los tíos guapos. También les gustan los papás solteros, según he oído... aunque en tu caso no parece estar funcionando.

—Qué gracioso. No hagas que retire la invitación —advertí.

—Paisley me lo pidió más temprano y le he dicho que sí, así que ni se te ocurra hacer eso. No querrás decepcionar a tu hija, ¿verdad?

—Tyler. Compórtate —intervino la abuela.

—Jamás —respondió y se acercó a mi abuela para darle un beso en la mejilla. El tío era un descarado.

La abuela se rió, negando con la cabeza.

—Vosotros seis sois los responsables de cada mechón de pelo blanco que tengo. Y lo mismo aplica a vuestros padres. Siempre he tenido la esperanza de que todos tuvierais hijos tan revoltosos como vosotros para que vieséis lo que nos hacíais pasar. Aún estamos a tiempo... Y entonces me sentaré a ver cómo intentáis libraros de sus travesuras.

Ninguno de mis hermanos salía con nadie en serio, así que dudaba que el deseo de la abuela se hiciera realidad en el corto plazo.

Cuando ella y Declan se marcharon, subí por la escalera de caracol a la habitación de mi hija mientras Tyler nos esperaba abajo. Estaba tumbada en la cama, leyendo su cuento favorito, *Blancanieves*.

—¿Paisley? —pregunté—. ¿Quieres ir a por ese paseo en barco?

Se puso en pie de un salto.

—¡Sí, papá! —Corrió hacia mí, rodeó mis piernas con sus bracitos y me miró—. ¿Y también podemos pasear por la orilla y recoger piedras... por favooooor? —Batió las pestañas, haciéndome reír. Paisley se parecía mucho a la familia Maxwell. Todos teníamos el pelo castaño oscuro, aunque ella no había heredado mis ojos azules, sino los verdes de mi madre.

—Claro, cariño. Venga, vamos.

Cuando volviera, tendría que revisar una pila de solicitudes para planificar los pasos a seguir, pero apenas era sábado y tenía hasta el lunes para avisarle a la agencia qué candidatas quería entrevistar. Iba a pasar el día siguiente mirando currículums antes de prepararme para la semana que tenía por delante. Iba a ser muy intensa. El verano era una de las épocas de mayor actividad en el negocio del vino, y no me importaba lo más mínimo hacer horas extras, Bodegas Maxwell era mi orgullo. Fue mi padre quien me contagió el gusanillo del vino, pasábamos horas en el viñedo familiar cuando yo era niño.

Cuando Paisley y yo bajamos por la escalera de caracol, su risa resonó por toda la casa.

Me encantaba que mi familia entrara y saliera cuando quisiera, la puerta siempre estaba abierta para ellos. Entre la abuela, mis padres y mis hermanos, nunca nos faltaba compañía, pero, aun así, seguía sin sentir del todo que era un hogar.

Muchos años antes había deseado tener una familia numerosa, pero ya me había hecho a la idea de que eso no era una posibilidad para mí. En ese momento, solo tenía un objetivo: encontrar la mejor niñera para Paisley.

Capítulo Dos

Lexi

—Lexi, no tienes por qué hacer esto —afirmó mi padre.

—Papá, no quiero volver a hablar del tema. Además, mi entrevista es dentro de media hora. De ninguna manera me echaré atrás ahora. ¿Cómo se encuentra mamá?

—Se lo está tomando con calma.

—Os llamaré a los dos después de la entrevista. Tengo que prepararme. Luego hablamos, ¿vale?

—Buena suerte, cariño, y gracias.

—Te quiero, papá. Adiós.

En cuanto finalizó la llamada, empecé a vestirme. Mi entrevista era a las ocho en punto. Comprobé el tiempo, más que nada para asegurarme de que no llovería. Me gustaba Chicago en verano. A la mayoría de la gente no le gustaba el clima caluroso y húmedo, pero a mí me encantaba. Lo sentía como unas largas vacaciones, lo cual encajaba bastante conmigo. Como maestra de primaria, tenía los veranos libres, y normalmente ocupaba ese tiempo con largos y perezosos días al sol en el lago Michigan. Sin embargo, aquel verano, las cosas serían un poco diferentes, pues estaba decidida a buscar un trabajo temporal.

El año anterior, mi madre había tenido que acudir varias veces al hospital tras someterse a dos operaciones de corazón, y las facturas médicas no paraban de acumularse. Mis padres estaban jubilados y era imposible que pudieran hacer frente a todos los gastos. Aunque no me lo pidieron, me ofrecí a ayudar, así que presenté mi currículum en una agencia de trabajo temporal, esperando encontrar algo que se ajustara a mis cualificaciones.

A decir verdad, buscaba una especie de campamento de verano, pero la agencia me envió algo totalmente distinto. Me reí al leer la descripción del trabajo. Ponía “asistente infantil”, que era una forma elegante de describir a una niñera.

Me miré en el espejo, asintiendo con aprecio al ver mi vestido, que era de un amarillo muy vivo. Tenía cuello barco y un largo muy correcto. Parecía lo bastante profesional y a la vez moderno, por lo que me sentía totalmente cómoda con él. Trencé mi larga melena castaña, desenredando los mechones a medida que avanzaba. Mi pelo era ondulado por naturaleza, sobre todo en verano, cuando el aire era muy húmedo. Solo me maquillé un poco el contorno de los ojos para resaltar el azul de mis iris, de modo que no tardé nada en estar lista para salir.

Vivía en un apartamento superpequeño en un edificio de cuarenta plantas cerca de Edgewater. Además del valor del alquiler, que era relativamente bajo, lo que me convenció de aquella zona fue que tenía la playa y el lago literalmente delante del edificio. No contaba con vistas al lago, porque esos apartamentos eran un tercio más caros que el mío, pero lo único que tenía que hacer para estar frente a él era coger el ascensor y bajar veinte plantas.

Me encantaba pasear, incluso en verano, pero aquel día iría en Uber. Mi potencial empleador vivía en Lincoln Park, a unos quince minutos en coche. Podía recorrer el trayecto en bicicleta, pero me arriesgaba a llegar hecha un completo desastre, pues incluso a mediados de junio, Chicago era muy caluroso y húmedo; y yo quería causar una buena impresión.

Salí un poco antes, ya que no quería que ningún imprevisto me hiciera llegar tarde a la entrevista. En el Uber, no dejé de tamborilear con los dedos sobre los muslos mientras miraba por la ventanilla, tenía mucha curiosidad por conocer a la niña y a su padre. La descripción del trabajo no daba muchas pistas, salvo que se trataba de un hogar monoparental y que la niña tenía nueve años. Era una edad estupenda y a mí me encantaba ser maestra de primaria. A esa edad, un

educador podía tener mucha influencia en la formación de esas mentecitas y despertar su curiosidad por el mundo. Me resultaba fascinante verlo todo a través de los ojos de los peques.

Adoraba la inocencia de los niños. Tenía treinta y un años y a esas alturas siempre había albergado la esperanza de ser madre de dos hijos, pero por desgracia, las cosas no salieron bien. Había tenido dos relaciones duraderas que no acabaron de la mejor manera; pero no importaba. Siempre podía contar con el apoyo de mis amigos y de mis padres, aunque vivieran en Boston. Me encantaba mi pequeño piso y mi trabajo, y recibía mucho amor de todos los niños a los que enseñaba, al menos durante el período escolar. En verano, mi vida era bastante solitaria.

Sin embargo, aquel verano iba a ser diferente. Esperaba que la entrevista saliera bien porque el trabajo estaba bien pagado, más de lo que me pagarían en un campamento de verano. Además, centrarme en un solo niño supondría un cambio agradable respecto a mi ritmo habitual. Por otro lado, si por alguna razón las cosas no funcionaban, estaba decidida a buscar otra cosa.

Cuando el coche se detuvo delante de la casa —o, mejor dicho, mansión— me quedé boquiabierta. Era enorme: contaba con dos plantas, y tenía una fachada de piedra blanca, un porche envolvente con columnas y una majestuosa escalera hasta la entrada.

¡Guau! Si bien rara vez me aventuraba por ese lado de la ciudad, sabía que tenían casas preciosas. Pero aquello no solo era bonito, sino que parecía un palacete.

Me pregunté si tendría un jardín. Pero incluso si no lo tenía, estaba segura de que no me faltarían opciones para entretener a la pequeña Paisley en aquella inmensa propiedad. A decir verdad, yo era toda una experta en idear formas para mantener entretenidos a los niños, incluso cuando el espacio se limitaba a un simple aula.

—Gracias —agradecí al conductor antes de bajar del coche. Había llegado cinco minutos antes, así que me paseé por delante de la verja, echando un vistazo a través de los barrotes. Un pequeño camino de piedras conducía a los escalones del porche. Había preciosas flores y plantas a ambos lados del sendero que rodeaba la casa. Era imposible que no tuviera un jardín trasero.

Me estaba poniendo un poco nerviosa. Llevaba unos siete años sin ir a una entrevista laboral, desde que había empezado en el colegio donde trabajaba en ese momento, el *Stone Academy*.

Dos minutos más tarde, se abrió la puerta principal de la casa y, al instante, se me desencajó la mandíbula. El hombre más guapo que había visto nunca me estaba mirando fijamente. Tenía el pelo castaño oscuro, corto, y unos ojos azules tan hipnotizadores que, incluso desde la distancia, sentí el *sex appeal* que desprendía en oleadas.

—¿Señorita Lexi Langley? —preguntó.

—Sí.

—Soy Tate Maxwell. Pase. No hace falta que espere fuera.

—Vale.

Por Dios, Lexi, cálmate. No vas a conseguir el trabajo dando respuestas de una sola palabra.

Tate bajó los escalones del porche, acercándose hacia mí. Realmente parecía una estrella de cine. Sus ojos tenían varios tonos de turquesa. Llevaba una camisa blanca remangada, dejando al descubierto unos antebrazos muy sexys. A través de la tela de la prenda, pude ver que sus bíceps eran igual de musculosos.

De inmediato, mi mente viajó sin escalas hacia otros lugares. ¿Acaso sus abdominales estarían así de definidos? Probablemente.

Tragando con fuerza, obligué a mi mirada a permanecer fija en su rostro.

Menuda manera de pasarse de la raya, Lexi. Podría ser tu futuro jefe. Nada de pensamientos obscenos, aunque su cuerpo es exquisito, y esa cara... mmm.

Llevaba una barba corta, y ese incipiente y oscuro vello facial hacía que sus ojos resaltaran aún más. Yo medía poco más de un metro setenta; sin embargo, él era bastante más alto que yo, calculé que mediría alrededor de un metro noventa.

Cuando abrió la puerta principal, tendiéndome la mano, aclaré mi garganta.

—Encantada, Lexi Langley.

—Igualmente. Pase. —Abrió la puerta y entré. Caminé junto a mí hasta los escalones del porche. Podía sentir su presencia a mi lado, fuerte y ardiente como el pecado. Tenía una energía a su alrededor que realmente resultaba magnética.

—Tiene una casa muy bonita —comenté, intentando centrarme en un tema neutro.

—Gracias. —Abrió la puerta principal, me hizo pasar, y no pude evitar suspirar. El interior de la casa era tan asombroso como el exterior, decorado con muebles de estilo clásico y anticuado y arañas.

—Pasemos al salón, allí estaremos más cómodos.

—Sí, claro —dije.

—¿Quiere algo de beber? —preguntó—. ¿Café? ¿Agua? ¿Otra cosa?

—No, estoy bien.

—De acuerdo. Por favor, tome asiento. —Señaló uno de los sofás de cuero blanco.

Me senté inmediatamente y él se sentó en un sillón frente a mí. Fuera, su presencia me había parecido imponente y abrumadora, pero allí, encerrada en aquella habitación, la energía que desprendía me parecía increíblemente intensa.

—Señorita Langley, he echado un vistazo a su currículum y tiene unas magníficas cualificaciones. Esperaba encontrar a alguien que tuviera educación formal en desarrollo infantil para mi hija.

—Bueno, de hecho, soy maestra de primaria desde hace siete años.

—¿Y ahora su intención es cambiar de trabajo?

Fruncí el ceño, sin comprender realmente.

—¿A qué se refiere?

—¿Por qué se ha postulado para este trabajo?

—Porque durante mis vacaciones de verano tengo mucho tiempo libre y, siendo honesta, necesito un ingreso extra. Además, este parece un buen trabajo.

Su expresión se volvió más sombría a medida que fruncía el ceño. Se levantó del sillón, caminó frente a mí y se cruzó de brazos.

—Eso va a ser un problema. Necesito a alguien que pueda estar con mi hija de manera permanente, durante los próximos años.

—¡Vaya! No vi eso en la descripción del trabajo.

—Estoy seguro de que le pedí a la agencia que lo incluyera.

—Puede que se me haya pasado. Lo siento mucho. Pero, ¿me permite preguntarle por qué necesita a alguien a tiempo completo? Su hija va al colegio, ¿verdad?

—Sí. Paisley está en cuarto de primaria.

—Me lo imaginé, es el curso en el que enseño. —Tate seguía con cara de confusión, así que le expliqué lo que quería decir—. Entonces, es de suponer que solo necesita a alguien que la recoja del colegio, la lleve a casa y se quede con ella algunas horas hasta que usted regresa del trabajo, ¿verdad? ¿Hay alguien más con ella por las tardes?

—Solo yo. —Su tono era cortante.

—Entiendo. —Tenía curiosidad por saber más, pero no quería presionar. ¿Estaba divorciado? ¿Era viudo? Estaba claro que era padre soltero, pero lo demás no era asunto mío.

En ese instante, noté un atisbo de vulnerabilidad en su mirada. Contrastaba tanto con su duro exterior que ni siquiera supe qué pensar, pero desapareció al segundo siguiente.

—Mire, seré sincera: me encantaría tener este trabajo porque adoro a los niños. En cuanto salí del Uber y vi la casa, se me ocurrieron todo tipo de actividades para mantener ocupada a Paisley. Es un lugar increíble para criar niños. Y eso sin mencionar que tiene el lago muy cerca de aquí.

Parecía complacido de que ya hubiera pensado en hacer cosas para su hija, lo cual me alegró, así que continué:

—No estoy segura de cuánto podría tardar en encontrar una niñera fija. Sinceramente, no creo que haya demasiadas personas con formación en desarrollo infantil que quieran hacer esto como su trabajo a tiempo completo durante un periodo prolongado. Pero yo podría hacerlo hasta que encuentre a alguien que lo haga.

Su ceño se frunció aún más. Maldita sea, aquel hombre sí que sabía cavilar. El corazón me latía más deprisa. ¿Cómo podía estar aún más bueno cuando ponía esa cara?

—Me lo pensaré. Mi hija se encariña mucho con la gente que cuida de ella. No sé si es una buena idea.

Mi estómago se revolvió. ¿Cómo se me había pasado que no era un trabajo de verano? En cualquier caso, no quería presionar, porque el bienestar de su hija era lo primordial. Si a Paisley no le gustaba cambiar de niñera, tendría más sentido contratar a alguien que quisiera quedarse más tiempo desde el principio.

—De acuerdo. Bueno, ¿tiene alguna pregunta más para hacerme? —pregunté.

—No, estaba todo en su currículum. ¿Tiene alguna pregunta para nosotros? Quiero decir, ¿para mí?

Eso fue alentador. Quizá, después de todo, seguía considerándome seriamente.

—Sí. ¿Cuántas horas al día tendría que estar aquí y qué actividades le gustaría que hiciera con su hija?

—Me paso unas ocho o nueve horas al día en el trabajo, así que la necesitaría aquí por la mañana. Siempre preparo el desayuno para Paisley y para mí, y lo comemos juntos. Por lo demás, puede hacer lo que usted considere que es mejor para ella. No soy de los que piensan que cada momento tiene que ser una enseñanza para los niños. Creo que también hay que dejarlos jugar.

Mi cara estalló en una sonrisa.

—Dios mío, creo que su especie está en extinción, hacía siglos que no oía esas palabras de un padre. Gracias por pensar así. Yo pienso lo mismo, jugando es como descubren el mundo, esa es su forma de aprender. Y no mucha gente me cree, pero a veces lo que aprenden divirtiéndose se les queda más grabado que aquello que aprenden con los libros. Es la mejor manera de asimilar las cosas, y sin duda la más natural de todas.

Por primera vez en aquel día, las comisuras de sus labios se inclinaron hacia arriba en una pequeña sonrisa. Tenía dos hoyuelos. Mi pulso se aceleró. *¿Cómo es posible? ¿Por qué está tan bueno?* Jamás hubiera pensado que los hoyuelos le sentarían bien a aquel hombre, pero así era. Tenía la corazonada de que cualquier cosa me resultaría sexy en él.

—Me gusta su perfil, señorita Langley.

—Bueno, me encanta enseñar a los niños. Por eso me hice maestra de primaria. ¿Suele irse de viaje de negocios? Es decir, ¿tendría que pasar la noche aquí o algo así?

—Sí, a veces viajo fuera de la ciudad. Pero en esas ocasiones, mis padres o mi abuela suelen pasar la noche con Paisley.

—¿Tiene familia cerca? —pregunté, con una pizca de envidia, pues mis padres vivían en otra ciudad. La verdad era que ese verano me estaba sintiendo un poco sola. Mis mejores amigas, Jenny y Ella, no se encontraban en Chicago. Ambas estaban trabajando en un campamento de idiomas en Luisiana—. Eso es maravilloso.

—Sí, lo es.

No se explayó, así que tuve que preguntar:

—¿Por qué ninguno de ellos puede pasar el verano con Paisley? —Entonces me eché un poco atrás—. Perdóname si me estoy extralimitando.

—No, para nada. Se ofrecieron a hacerlo, pero Paisley es muy enérgica, como todos los niños, imagino... y por mucho que mis padres y mi abuela crean que pueden seguirle el ritmo, en realidad no pueden.

—Es comprensible —dije con una sonrisa. Por lo general, los niños suelen aprovecharse de los miembros de la familia, mientras que con una niñera tienden a comportarse mejor—. ¿Puedo conocerla?

Dudó.

—Prefiero que no conozca a todas las candidatas. —Tenía razón, y debería haberlo pensado antes de pedírselo—. Y teniendo en cuenta que no está dispuesta a hacer esto de manera permanente, probablemente no lleguemos a un acuerdo, así que no tiene sentido.

—Ah, perfecto. —Me desanimé un poco, pero intenté no demostrarlo. Pasé una mano por mi cabello y crucé y descrucé las piernas en un rápido movimiento. A pesar del gélido frío del aire acondicionado, tenía la piel un poco húmeda por el calor del exterior. Levanté la mirada hacia la suya y, para mi asombro, le sorprendí mirándome las piernas. ¿Se me puso la piel de gallina, solo porque *me miró*? Vale, quizá lo mejor era que no consiguiera el trabajo. Si iba a tener que abanicarme cada vez que me mirara, no podía ni siquiera imaginarme cómo me sentiría si pasara mucho tiempo cerca de él. Tal vez fuera mejor no averiguarlo.

—Aun así, me gustaría saber un poco más sobre el trabajo. ¿A qué hora tendría que estar aquí?

—Desde las nueve de la mañana hasta las seis de la tarde. Luego vuelvo a casa y ceno con Paisley.

—¿Necesitaría que cocinara también? No es que se me dé a las mil maravillas, pero puedo preparar comidas sencillas.

—No, está bien. Siempre preparo la cena.

No tenía ni idea de por qué, pero pensar en ello me hizo derretir. Me lo imaginaba en la cocina, con la camisa remangada.

—Muy bien, entonces, creo que eso es todo, ¿no? —pregunté.

—¿Qué es lo que *haría* con mi hija? —preguntó de golpe.

—Bueno, primero la conocería un poco y vería qué le gusta hacer en su tiempo libre. Averiguaría si le gustan los libros, hacer cosas al aire libre, o si prefiere pasar más horas en casa... Cada niño es diferente. Hasta ahora nunca he tenido la oportunidad de centrarme en uno solo, pero me encantaría. —El sonido de mis palabras se fue diluyendo a medida que el repiqueteo de unos pies empezó a reverberar en la escalera de caracol que había a nuestra izquierda. Instintivamente miré en esa dirección, observando a una vivaracha niña de nueve años que descendía por ellas a toda prisa.

—Papá, ¿puedo ir al jardín?! —preguntó entusiasmada, con su pelo castaño oscuro flameando a su alrededor. Llevaba un pijama de algodón rosa y estaba descalza. Se detuvo en seco al verme, abriendo mucho los ojos—. Lo siento, papi, no sabía que estabas con alguien.

—Hola, Paisley —saludó.

Dios mío, pude percibir una sonrisa en su voz.

Cuando me volví para mirarle, mi corazón se aceleró. Estaba totalmente transformado, su rostro se había iluminado por completo, y sus ojos ya no eran intensos, sino felices.

Sí, el Tate meditabundo y de ceño fruncido estaba bueno, pero el Tate sonriente y feliz era guapísimo.

Paisley corrió hacia la consola del televisor y, aunque tardé un segundo en darme cuenta, su padre estaba intentando bloquearle el paso a modo de juego.

—¿Qué estás haciendo, picarona? —La agarró por la cintura, haciéndole cosquillas en la barriguita.

Dios mío, esto es demasiado para mis hormonas.

—Es que quiero chocolate, papá. —Sus inocentes ojos verdes miraron suplicantes a su padre. Toda la escena era adorable.

Tate giró la cabeza y dirigió la vista hacia la consola.

—¿Acaso estás robando chocolate todas las mañanas?

—No lo estoy robando, me lo estoy comiendo. Nunca me has dicho que no puedo comer chocolate por la mañana cuando no estás mirando.

—No, no fui tan específico. Es culpa mía.

Su padre se echó a reír y no pude evitar esbozar una gran sonrisa. Paisley era una niña afortunada.

Tate me miró directo a los ojos y de repente mi estómago dio un vuelco.

—Lexi, ella es Paisley. Paisley, ella se llama Lexi. La estoy entrevistando para que sea tu nueva niñera.

Soltó a su hija y, cuando Paisley se enderezó, me miró con curiosidad.

—Qué guapa —dijo.

—Vaya, muchas gracias —respondí.

Se quedó mirando mi pelo trenzado con fascinación.

—¿Puedes enseñarme a hacer eso?

—Claro. Podría hacerte una trenza ahora mismo si quieres. ¿Tienes un espejo aquí?

—¡Sí! —Señaló la pared opuesta a la consola del televisor. Había un espejo en el que no había reparado en la esquina. Miré a Tate con gesto de interrogación, y él asintió.

Cogiendo la mano de Paisley, la acerqué al espejo de pie.

—Vale, vamos a hacerlo de lado, así podrás ver cómo lo hago. —Su pelo era sedoso y ya estaba perfectamente cepillado, así que fue fácil trenzarlo.

—Papá, ¿puedes grabarlo en tu teléfono? Así me lo aprendo.

—Claro —contestó, acercándose a nosotros. Era lo más cerca que habíamos estado desde que me acompañó al interior de la casa. No pude evitar inspirar con fuerza. Me temblaron un poco las manos y perdí la concentración durante unos segundos. Su cuerpo irradiaba puro calor y masculinidad. El mero hecho de estar a escasos centímetros de él me alteraba todos los sentidos.

—Ya está —afirmé unos minutos después.

Paisley se miró la trenza en el espejo, sonriendo de oreja a oreja.

—¡Me encanta! Papá, ¿cuándo vamos a desayunar?

—Después de que se vaya la señorita Langley. ¿Por qué no vas a tu habitación a cambiarte? Yo te llamaré cuando esté listo.

Paisley asintió y se dirigió enseguida hacia la escalera.

—Se porta muy bien —comenté cuando ya no podía oírnos y aún seguíamos de pie junto al espejo. Estaba un poco más lejos de lo que había estado cuando grababa, pero aún demasiado cerca para mi tranquilidad. No podía entender cómo su cercanía podía afectarme tanto. Sospechaba que Tate Maxwell era el tipo de hombre que causaba un gran impacto en una habitación independientemente del número de personas que hubiera en ella. Tenía una presencia dominante que ocupaba todo el espacio existente.

—Es una niña estupenda —afirmó, apartando la vista de su teléfono para mirarme con una leve sonrisa en su rostro.

—Bueno, voy a irme. No dude en llamarme si cree que puedo encajar. —Mientras nos dirigíamos hacia la puerta, pregunté—: ¿Cuánto tiempo cree que va a necesitar para tomar una decisión?

—Tengo algunas entrevistas más entre hoy y mañana, y probablemente me decida después de ellas. Necesito a alguien lo antes posible, hasta entonces trabajaré desde casa.

—Perfecto. Pediré un Uber. —Saqué el móvil y por suerte había un coche cerca—. Llegaré en dos minutos.

Cuando salimos, Tate me dijo:

—La acompaño a la puerta.

—Gracias.

Caminamos codo con codo por los escalones del porche. Al llegar a la verja, Tate la abrió con una mano. En el proceso, nuestros brazos se rozaron, haciéndome estremecer. Me enderecé al instante, mirándole.

—Gracias por su tiempo. Estaré esperando su llamada. —Mi voz era un poco irregular, y tenía la esperanza de que no se diera cuenta. *¿Cómo puede estar pasándome esto?*

—Estaré en contacto, señorita Langley. —Su mirada se volvió más intensa.

Desvié la vista. *Vaya. ¿Se trataba de una jugarreta de mi imaginación, o me estaba mirando con interés otra vez?*

A esas alturas, su presencia ya no me parecía magnética, sino más bien peligrosa. Sentía que, si permanecía más tiempo cerca de él, podría perder la cabeza, y no podía dejar que eso ocurriera, ¿verdad?

Tenía una regla de oro: No salía con los padres de mis alumnos. Me parecía poco profesional y no quería que los chicos pensaran que tenía favoritos. Paisley no estaba en mi colegio, pero aun así estaba decidida a respetar mi regla.

Sin embargo, eso no significaba que no pudiera permitirme soñar despierta un poco.

Ay, Tate Maxwell. ¿Por qué tienes que estar tan bueno como para hacer que mi imaginación vuele hacia territorio prohibido?

Prohibido, pero taaaan tentador.

Capítulo Tres

Tate

Dos días más tarde, me reuní con mis hermanos en la sede de las Bodegas Maxwell, que estaba situada en uno de los edificios de la calle LaSalle, en pleno distrito financiero de Chicago.

Mi pasión por los vinos comenzó a una edad temprana. Crecimos en un viñedo del oeste del estado: no era muy grande y mi padre solo producía vino para consumo personal, pero a mí ya me había picado el gusanillo. Siempre supe que quería dedicarme al negocio del vino, aunque crecí en los pisos de las Librerías Maxwell, la cadena de librerías que habían fundado mis abuelos. Después de que falleciera mi abuelo, la dirigieron mi abuela, mi tío y mis padres hasta que, unos diez años atrás, la vendieron, en lo que supuso una de las mayores operaciones de la historia dentro del sector. Luego de la venta, mis padres crearon fondos fiduciarios para cada uno de nosotros. Yo nunca toqué nada del mío, decidí ponerlo directamente a nombre de Paisley.

Por suerte, Bodegas Maxwell no paraba de crecer. De hecho, trasladé la empresa a aquel edificio en calle LaSalle tan solo dos años después de su fundación.

El cambio había empezado cuando alquilé mucho más espacio del que necesitaba para mis empleados, y luego, poco a poco, mis hermanos fueron trasladando sus empresas. Declan, Travis y Luke también tenían sus oficinas en el edificio. Tyler se pasaba a menudo por la sede, sobre todo fuera de temporada, y Sam se unía a nosotros siempre que se encontraba en el país.

Después del trabajo, a veces íbamos a la última planta, donde había un bar con vistas a los rascacielos de Chicago. En ese momento nos encontrábamos allí, era una de las ventajas de trabajar en el mismo edificio.

—Tío, quizá deberíamos ayudarte a elegir —sugirió Declan. Me habían preguntado por mis entrevistas y sobre cuál había sido mi decisión. No podía decirles la verdad.

Gruñí, terminando de beber una cerveza. Había entrevistado a cuatro candidatas en los últimos dos días y, hasta ese momento, solo quería a Lexi Langley. Fue la única que congenió con mi hija y a la que parecían gustarle realmente los niños. Las demás habían tenido varios trabajos distintos además de cuidar niños. A una de ellas la habían despedido de su trabajo de investigación informática; la otra había trabajado de cajera en un banco hasta hacía poco, y la última era aspirante a diseñadora de moda. Pero Lexi era diferente. Y me gustaba más de lo debido, lo cual era un maldito problema. Si iba a ser la niñera de mi hija, por muy temporal que fuera su trabajo, no podía sentir tanto deseo por ella.

Era tan jodidamente guapa que recordarla con aquel vestido amarillo me estaba volviendo loco. Le quedaba sexy de cojones.

—Tío, está en su mundo —comentó Tyler—. Eso no le pasa nunca. Alguien debe de haberle calentado el motor.

—Cierto —intervino Luke para añadir más comentarios de listillo—. Tienes una determinación y una mentalidad de hierro, ¿acaso no dices siempre que esa es la clave de tu éxito? Venga, ¿quién es la chica?

—¿Por qué acosáis al muchacho? Le está costando mucho elegir a la próxima niñera, sabe que probablemente la despedirá antes de que acabe el verano —señaló Travis.

—O el mes —añadió Luke.

Nuestra incapacidad para guardarnos nuestras opiniones era algo crónico.

—No despido a las personas porque yo sea un gilipollas. Aquellas a las que despido hacen cosas que se supone que no deben hacer en el trabajo. La mayoría se van porque se cansan de sus tareas. Es duro para Paisley porque les coge cariño, y ahora la única candidata que me gusta es

Lexi, una maestra de primaria que ya me ha comentado de antemano que solo puede trabajar hasta el final del verano.

—Pero es tu mejor candidata, ¿no? —preguntó Luke. Asentí.

—Un momento —añadió Travis—. Está demasiado callado. Apostaría a que le gusta mucho la señorita Lexi. ¿Me equivoco?

Pillado.

Tyler se echó a reír.

—Tío, no hagas eso. No vayas por ahí. Ligar con la niñera de tu hija es una muy mala idea.

—Todavía no es la niñera de mi hija, y no me he enrollado con ella —afirmé.

Luke me dio una palmadita en el hombro.

—Tú lo has dicho, “todavía”.

Declan levantó una mano para llamar al camarero.

—Caballero, pónganos una ronda de chupitos de tequila. La cerveza no será suficiente esta noche. —Me miró con lo que yo llamaba su “cara de abogado”, y supe al instante que iba a darme una advertencia—. Tate, no vayas por ese camino. En este momento lo último que necesitas es una demanda por acoso. Y...

—Declan, ahórrate las palabras. Tenme un poco de confianza, ¿quieres? Nunca he mirado con interés a ninguna de las niñeras de mi hija, y no pienso empezar ahora.

Eso no era del todo cierto. Había mirado mucho a Lexi, y también había fantaseado bastante con ella...

—Vale. ¿Por qué no hablamos de otra cosa? —sugirió Tyler—. ¿Alguien ha hablado con Reese en este último tiempo?

Reese era nuestra prima por parte de padre. Ella y su hermana, Kimberly, prácticamente se habían criado en nuestra casa, y todos estábamos muy unidos. Reese lo estaba pasando mal desde que descubrió que el cabrón de su exprometido la engañaba. Y, por si eso fuera poco, habían planeado emprender un negocio juntos.

—Hablo con ella a diario —respondió Declan—, pero no me cuenta mucho. Más que nada, está preocupada por el edificio de la abuela.

Al vender la cadena de librerías, nuestra abuela insistió en conservar el edificio donde habían abierto la primera. Tenía un valor sentimental porque le recordaba al abuelo, realmente significaba mucho para ella. Reese y ese canalla iban a convertirlo en un *spa*, así que en ese momento todo era un follón. Declan estaba ayudando con las cuestiones legales.

Me volví hacia Luke, ya que era el más cercano a Reese y Kimberly.

—Lo está sobrellevando. Pero el hecho de que ese cabrón no se lo esté poniendo fácil no ayuda en nada. Sigue queriendo abrir el *spa*.

—Ese imbécil va a dar muchos problemas —comentó Declan.

Apreté los dientes.

—Entonces no solo es un gilipollas, sino también un idiota. No sabe con quién se está metiendo.

Iba a lamentar mucho haber hecho daño a Reese. Yo siempre fui muy protector con ella, al igual que todos mis hermanos. Los negocios eran los negocios, pero para nosotros lo más importante era la familia. No permitiría que hicieran daño a ninguno de los miembros que la formaban.

Me quedé con mis hermanos hasta bien entrada la noche. Paisley se encontraba en casa de mi abuela. Una vez en casa, en lugar de subir, me dirigí a mi despacho.

Podía pedirle a la abuela que cuidara de Paisley durante un tiempo más mientras le solicitaba a la agencia de trabajo temporal que me enviara más candidatas, pero no quería hacerlo. No era justo para ellas. Además, tenía suficiente experiencia buscando niñeras como para saber que no volvería a toparme con alguien como Lexi Langley de la noche a la mañana. La forma en que se había vinculado instantáneamente con mi hija cambió algo en mi interior y, a decir verdad, era algo que ni siquiera quería analizar. Fue genuina; para ella no era solo un trabajo. Y la manera en que había congeniado con Paisley demostraba que eso a lo que la gente solía llamar “química” realmente *existía*.

Paisley había pedido reunirse también con las otras mujeres a las que estaba entrevistando, y accedí. Al fin y al cabo, pasarían tiempo juntas, era justo que ella opinara. Dio la casualidad de que la que más le gustó a ella fue Lexi también.

Me senté en mi sillón de cuero y cogí el teléfono, no tenía sentido posponerlo. Iba a contratar a Lexi Langley y mantendría las distancias con ella. No se lo estropearía a mi hija.

Marqué su número antes de que pudiera volver a cambiar de opinión.

Contestó al cabo de unos tonos.

—Hola, habla el Sr. Maxwell, ¿verdad? —preguntó en voz alta, pero apenas podía oírla por encima de la música de fondo.

—Sí. ¿Es un buen momento para hablar?

—Claro. Solo voy a alejarme un poco de la música.

—¿Dónde se encuentra? —pregunté.

—Estoy en el lago. Están tocando música y he venido a disfrutarla. —Unos segundos después, el sonido de la música se volvió más tenue—. Listo, le escucho.

—Le prometí que me pondría en contacto con usted. He terminado las entrevistas y me complace confirmarle que tanto a mí como a Paisley nos gustaría que empezara cuanto antes.

—¡Qué bonita sorpresa! ¿De verdad? No me lo puedo creer. Pensé que mi disponibilidad solo en verano me descartaría automáticamente. —Su voz era un poco nerviosa, lo que me hizo pensar que sospechaba que había otra razón. Me había pillado comiéndola con la mirada un par de veces. Tenía que tener más cuidado.

No, maldita sea, Maxwell. Lo que necesitas hacer es no fijarte en ella en absoluto.

—Está muy cualificada, y usted y mi hija han conectado bien. Aunque el hecho de que no pueda continuar después de que empiecen las clases no es lo ideal, ya encontraremos una solución.

—Yo también he estado pensando en ello —comentó ella—. Mientras tanto, usted puede seguir buscando otra niñera, y si encuentra a alguien antes de que acabe el verano, buscaré otro trabajo.

Fruncí el ceño y estuve a punto de preguntarle por qué necesitaba un trabajo de verano. Se le había escapado brevemente que necesitaba dinero extra y quería saber por qué. Ya encontraría la ocasión de preguntárselo cuando empezara.

—Por ahora, voy a suspender la búsqueda, y la reanudaré al final del verano, así que no se preocupe por eso, su trabajo está asegurado. Creo que nos llevaremos muy bien —concluí—. A mí no me verá mucho, claro, pero estoy seguro de que se llevará muy bien con Paisley.

—De acuerdo. Entonces, ¿debo empezar el lunes por la mañana? ¿A las nueve?

—Sí. Buena memoria —contesté.

—Estupendo. ¿Acaso Paisley le ha dicho qué es lo que quiere hacer? No estoy segura de qué ponerme. Quizá unos vaqueros y una camiseta, y puedo llevar una muda. —Noté que en ese momento estaba hablando básicamente con ella misma—. Algo que no sea demasiado revelador.

—¿Y eso por qué?

—Vaya. No quería decir eso en voz alta —soltó, haciéndome reír.

—Pero ahora me ha despertado la curiosidad. Dígamelo, señorita Langley.

Se aclaró la garganta:

—Me refería a algo profesional y no demasiado revelador.

—Señorita Langley, su vestido amarillo no era para nada revelador. Creo que usted luciría increíble con cualquier cosa que se pusiera.

Esa vez, fue ella la que se echó a reír. Maldita sea, me encantó aquel sonido:

—Mis disculpas. Me he pasado de la raya —dije, decidido a mantener la profesionalidad.

—No es que haya pensado que usted se fijó en mi atuendo.

Estuve a punto de decir que me pasé la mitad de la entrevista memorizando cada detalle de su precioso cuerpo, pero no lo hice.

—Y lo siento. Me he pasado de la raya expresando mis pensamientos —susurró ella—. ¿Lo... veré el lunes?

—Sí. No deje que interrumpa su velada. Diviértase, señorita Langley.

—Usted también.

Me recliné en el asiento, negando con la cabeza. Me había dicho a mí mismo que no podía ni siquiera mirarla, pero en ese momento, con una simple llamada, ya me estaba imaginando lo *bien* que lo pasaríamos juntos.

Aquel verano iba a tener un comienzo peligroso.

Capítulo Cuatro

Lexi

A la mañana siguiente, llegué puntual a casa de los Maxwell. Estaba muerta de nervios. No paraba de alisarme la camisa y de mirarme los vaqueros. Sus palabras resonaban en mi mente. “*Usted luciría increíble con cualquier cosa que se pusiera*”. Se me escapó un pequeño suspiro. Si no hubiera estado pensando en voz alta durante nuestra llamada, probablemente nunca lo habría dicho, pero lo cierto era que lo había dicho y yo ya no podía olvidarlo.

Llamé al timbre y, mientras esperaba, me hice un *selfie* y se lo envié a mis padres. Estaba supercontenta de que la búsqueda de trabajo hubiera resultado tan rápida. Había hablado con la agencia de empleo temporal para que me dieran pagas semanales en vez de mensuales, más que nada para poder empezar a pagar las facturas pendientes lo antes posible.

Lexi: Primer día de trabajo. Deseadme suerte.

Mamá: Lo harás de maravilla, cariño. Que tengas un buen día.

Cuando se abrió la puerta principal, me mordí el labio inferior, preparándome para que apareciera mi atractivo jefe, pero era Paisley. Iba descalza de nuevo mientras corría hacia la puerta con la llave.

—Hola, Lexi. Papá me ha dicho que te abriera la puerta.

—Hola, Paisley. Gracias, me alegro de estar aquí.

—Me alegro mucho de que estés aquí. Eres mi favorita.

Así que, después de todo, le había preguntado la opinión a su hija. Nueve años eran suficientes para saber si una persona te caía mal, y siempre pensé que nunca había que descartar los primeros instintos. Bueno, a menos que ese primer instinto fuera echar un vistazo a un padre soltero increíblemente atractivo. Esos impulsos debían ignorarse a toda costa. ¿Qué me pasó? En parte era lógico, pues no había tenido una cita en casi un año, pero aun así... No dejaba de ser el padre de una niña a mi cargo, y yo aplicaba a rajatabla mi *regla de oro*.

Paisley me cogió de la mano y me condujo al interior de la casa.

—Hace un día precioso hoy —comenté—. ¿Ya has decidido lo que quieres hacer?

—Quiero montar en bici.

—Vale. Entonces, supongo que tienes una, ¿verdad?

—Sí, es de color rosa.

—Me gusta el rosa —dije. Por desgracia, era demasiado mayor para tener una bicicleta de ese color—. ¿Y acaso tienes una para mí? Si no, mañana puedo traer la mía y guardarla aquí.

Paisley frunció el ceño:

—Creo que hay más bicis en el garaje. ¡Podemos ir a echar un vistazo!

—Claro. —Mientras me guiaba por la casa, me fui armando de valor. Había estado en el salón, pero en ese momento me estaba llevando a la parte derecha de la casa, hacia una enorme cocina con armarios blancos de estilo rústico y encimera de mármol.

Allí, delante de los fogones, se encontraba Tate haciendo gofres. ¡Madre mía! Una vez más, llevaba una camisa remangada.

—Buenos días, Lexi —saludó, y mi estómago dio un vuelco.

No me había llamado antes por mi nombre de pila, pero como ya estaba trabajando para él, me pareció lo más lógico. No sabía si debía llamarle Tate o señor Maxwell, así que opté por la opción más segura.

—Buenos días, señor Maxwell.

—Lláname Tate, por favor —solicitó.

Me tendió la silla que tenía más cerca y yo respiré hondo, sentándome.

—He preparado un montón de gofres —dijo—. ¿Ya has desayunado?

—Sí, pero nunca diré que no a un gofre.

Paisley se rió, dando una palmada.

—Papá me los prepara dos veces a la semana.

Tate se encogió de hombros, sonriendo.

—He intentado establecer la norma de comer gofres solo una vez a la semana, pero no consigo hacerla cumplir.

—Es comprensible —contesté—. No seas tan duro contigo mismo. Trabajo a diario con niños y ni siquiera yo soy inmune a su encanto. Son pequeños y adorables, y saben muy bien cómo utilizar eso a su favor.

Puse sirope de arce en mi gofre y me lo comí con rapidez. Tate se quedó de pie, bebiendo café y comiéndose solo medio gofre. Al parecer, no le gustaba mucho desayunar. Sospeché que lo hacía para pasar tiempo con su hija, y eso me impresionó, así como el hecho de que no tuviera el teléfono cerca, por lo que su atención estaba totalmente centrada en ella.

—Lexi y yo vamos a salir a montar en bici. ¿Tenemos una para ella, papí?

Levantó la vista y, cuando clavó aquellos penetrantes ojos azules en mí, se me aceleró el corazón. Vaya... sí que era guapo. Pero no era un pecado admirar su aspecto, ¿no? Mientras tuviera en mente que él estaba fuera de los límites permitidos, no veía por qué no.

—Hay una que debería servirte. Tenemos dos bicicletas de adulto. Una es mía y la otra perteneció a una niñera anterior.

—Fenomenal. Seguro que alguna me sirve.

—También voy a dejarte una tarjeta de crédito. Utilízala para pagar cualquier cosa que necesitéis. Si pagas algo de tu bolsillo, tráeme los recibos y te lo reembolsaré.

—Perfecto —respondí.

—Vale, ¿necesitáis algo más? —preguntó Tate mientras dejaba su taza vacía en el lavavajillas—. Debo ir a la oficina.

—Paisley, voy a acompañar a tu padre a la puerta para preguntarle unas cosas, ¿vale? Vuelvo enseguida —dije.

Ella asintió y empezó a desayunar.

Tate parecía sorprendido, pero no dijo nada. Mientras ambos salíamos de la cocina, pude percibir cómo cambiaba el aire entre nosotros. Se volvió más cargado.

—Tate, ¿quieres que te mantenga informado durante el día sobre las actividades de Paisley? Puedo enviarte fotos.

—Sí, hazlo por favor. La echo mucho de menos durante el día.

Vaya. Se me encogió el corazón al ver la expresión de afecto de su cara. Y justo en ese instante caí en la cuenta de que no era solo su increíble aspecto lo que me afectaba. El hecho de que fuera un padre tan dedicado me conmovió de una manera muy profunda.

—Vale. Entonces saldremos a dar un paseo y te mantendré informado —respondí, más para mí que para él—. Llevaré una muda de ropa para ella. También he traído una para mí, y...

Me detuve de golpe, recordando nuestra conversación de la noche anterior. Nos había puesto en una situación incómoda a ambos al hablar de mi ropa, y no pensaba volver a hacerlo. A juzgar por el brillo juguetón de sus ojos, él también estaba pensando en ello. Había vuelto a divagar.

Tate estaba de pie, a solo medio metro de mí, y podía oler su *aftershave*.

—¿Tienes alguna pregunta que hacerme? —consulté.

Me miró fijamente durante unos segundos, haciendo que me estremeciera. Luego negó con la cabeza, aclarándose la garganta.

—No, eso sería todo.

Recuerda tu regla de oro, Lexi. Además, mis padres necesitaban mi ayuda, no podía fastidiar ese trabajo. Por otro lado, apenas era nuestra primera mañana juntos, estaba segura de que no me afectaría tanto con el pasar de los días.

Necesitaba tiempo. Eso era todo. No me cabía duda.

Paisley y yo nos lo pasamos muy bien, era una niña estupenda. Fuimos en bici por el Lakefront Trail a una velocidad considerable. Tenía mucha resistencia, y solo hicimos un descanso cuando llegamos a la playa de Oak Street. Había llevado una manta, así que hicimos una especie de picnic con vistas al agua. Saqué los bocadillos de mantequilla de cacahuete y mermelada que había preparado de la mochila y le di uno a Paisley.

—¿Montas muy a menudo en bici? —pregunté.

—Sí, en verano, sí. A veces me lleva mi padre, o la niñera.

—¿Has tenido muchas?

Ella asintió.

—Sí. Más o menos dos al año. Cuando estoy en el cole, solo viene una niñera por la tarde, pero en los veranos es diferente.

Me intrigaba saber qué habría sido de su madre, pero no quise preguntar. Ella me lo contaría cuando estuviera preparada, o tal vez lo hiciera Tate. Pero para mí era importante saber a qué atenerme para poder manejar cualquier situación que pudiera presentarse.

—A mis tíos también les gusta sacarme a pasear —dijo tras unos bocados de su bocadillo.

—¿Cuántos tienes? —pregunté.

—Cinco —dijo orgullosa.

—¡Cinco, guau! —No podía imaginarme a seis hermanos Maxwell. Estaba segura de que todos eran guapísimos, y eso era más de lo que el mundo podía soportar.

—También tengo dos tías, son primas de papá, y todos viven en Chicago. A veces me recogen en el colegio. Creo que a mis maestras les gusta que pasen mis tíos.

Vale, eso confirmó mi teoría.

Entre bocado y bocado, conseguí mucha información. Le encantaba Selena Gómez, su color favorito era el rosa, podía ver *Blancanieves* todos los días y no era muy amante de la lectura. Sin embargo, le gustaban los libros para colorear y las manualidades.

Cuando terminamos los bocadillos, saqué la crema solar. Nos habíamos untado bastante antes de salir, pero ya era hora de volver a aplicarla; el sol quemaba y nos hacía sudar mucho. Unos minutos más tarde, seguimos con nuestro paseo en bici, y solo hicimos otra pausa para comprar unos perritos calientes en un *food truck* a modo de merienda. Cuando llegamos a su casa, esa misma tarde, nos pusimos a montar un puzzle de la ciudad de Chicago mientras bebíamos limonada. A medida que se acercaban las seis, pendiente de la llegada de Tate, me volvieron a entrar nervios.

Llegó a casa a las seis en punto. En cuanto se abrió la puerta principal, Paisley saltó a sus brazos. La abrazó con fuerza, y divisé su sonrisa por encima de los hombros de su hija. Cuando levantó la vista, su mirada se encontró con la mía, y me encantó ver la expresión de felicidad que había en sus ojos. Dejó a su hija en el suelo y caminó hacia mí, y podía jurar por lo que más

quería que, a cada paso que daba, la temperatura de mi cuerpo parecía aumentar a causa de su proximidad. Todo aquello iba a ser mucho más difícil de lo que pensaba.

—¿Qué tal ha ido el día? —preguntó—. Por cierto, gracias por las fotos.

—De nada. Fue estupendo. Las fotos eran de Lakefront Trail. Estuvimos allí un rato y luego volvimos a casa y pasamos el rato montando un puzzle.

—Ha sido muy divertido, papá —comentó Paisley—. Lexi sabe montar muy rápido, no como la última niñera. Y además ha preparado un zumo de limón riquísimo.

Obviamente, Tate se alegró por las noticias.

—¿Así que la bici te ha ido bien?

Asentí.

—Sí, perfecta.

—Tendré que probar ese zumo de limón. ¿Queda algo?

—¡Por supuesto! —Mi voz sonó un tanto irregular. No sabía por qué me ponía tan nerviosa su interés por mi limonada.

Se sirvió un vaso en la cocina y se la bebió a grandes tragos.

—¡Está buenísima! ¿Quieres quedarte a cenar? Voy a preparar unas brochetas de pollo. Irán muy bien con la limonada. —Me guiñó un ojo que, sin duda, no ayudó a calmar mis nervios.

—¿Brochetas de pollo? Vaya, cada día me sorprendes más.

—Por favor, quédate, Lexi —suplicó Paisley—. Papá cocina muy bien.

Tenía hambre, pero no quería quedar como una entrometida, ni siquiera ante la insistencia de Paisley. Además, no estaba segura de que fuera muy conveniente pasar con él más tiempo del necesario. Era mi jefe y no quería meterme en líos.

—Tengo hambre, pero creo que es mejor que me vaya —respondí. *Maldita sea, ¿por qué había admitido que tenía hambre?* La verdad era que me resultaba imposible mantener la cordura con aquel hombre.

Tate levantó una ceja:

—¿Por qué no te quedas si tienes hambre?

Tragué con fuerza y contesté en voz baja:

—No quiero interrumpir el tiempo que pases con tu hija.

—Te acompaño fuera —ofreció, mirándome fijamente. Sospeché que en realidad quería estar a solas conmigo para lo que fuera que quisiera decir a continuación.

—Bueno.

—Paisley, enseguida vuelvo —dijo. Salimos al pasillo y caminamos hacia la puerta principal.

—Lexi, si quieres quedarte, no interrumpirás nada. ¿Estás segura de que esa es la única razón por la que quieres irte? —preguntó Tate.

Madre mía, la forma en que pronunció mi nombre sonó tan sensual.

Miré hacia un lado, preguntándome si debía coger el toro por los cuernos y hablar abiertamente de las cosas.

—¿O es porque fui inapropiado en nuestra llamada telefónica? —continuó.

Vale... al parecer era de aquellos a los que les gustaba tomar las riendas de todo.

Eso me gustó.

—Bueno, yo fui inapropiada al hablar de más en primer lugar —murmuré—. Tate, mira, llevo siete años como maestra y tengo una regla de oro: No involucrarme personalmente con los padres.

Por fin me atreví a mirarle directamente. Había un brillo de diversión en sus ojos.

—Define “involucrarme personalmente”.

Sentí calor en la punta de las orejas.

—Ya sabes lo que quiero decir.

Se quedó mirándome durante unos instantes, y la temperatura de mi cuerpo parecía aumentar a cada segundo que pasaba.

—Es que puede resultar confuso para los niños, y...

—Lexi, lo sé. Mi prioridad es Paisley, nunca haría nada que la confundiera. Ella lo es todo para mí.

No puede decir eso y esperar que no me derrita.

—Lo he notado.

—Podemos mantener las cosas dentro del plano profesional —afirmó.

Había un ligero matiz en su voz que me decía que no se lo creía del todo.

—Pero eso no significa que no puedas quedarte a cenar —añadió.

Humm... Ahí estaba la cosa: si me quedaba, seguramente acabaría por derretirme, y eso me hacía más susceptible a él, pero no podía decirlo en voz alta. Eso nos metería en un problema.

—Aceptaré tu invitación en otra ocasión, pero esta noche me voy. Ha sido un día estupendo. Disfruta de la cena.

Durante el resto de la semana, estuve intentando evitar a Tate. Desayunaba con ellos todos los días porque él siempre preparaba todo justo cuando yo llegaba, pero me iba antes de cenar.

El miércoles trabajó desde casa por la mañana, y podía jurar que sentía su presencia en cada rincón de la casa.

Paisley y yo íbamos a ir a un museo, y ella se estaba tomando su tiempo para elegir un conjunto. Yo la estaba esperando abajo, en la cocina, apoyada en la isla y navegando por una tienda *online* para *foodie lovers* en mi iPhone.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Tate, sobresaltándose. No le había oído entrar.

—Esperando a Paisley. Y aprovechando el tiempo para buscar un regalo para mis padres. Los médicos han dado el visto bueno a mi madre para que añada algo rico a su dieta.

—¿Ha estado enferma?

—Sí, la han operado dos veces del corazón. Las facturas se van acumulando...

—¿Por eso estabas buscando este trabajo?

Asentí.

—Me ofrecí a ayudar, pero el sueldo de una maestra apenas alcanza para pagar las facturas. En fin... buscaré un regalo para ellos más tarde.

Entrecerró los ojos. Me esforcé mucho por mantener el contacto visual, pero llevaba una camisa blanca y el botón superior estaba abierto. Me moría por echar un vistazo.

Vista arriba, Lexi. Vista arriba.

—¿Les gusta el vino? —preguntó sin más.

—Eso es como preguntar si el agua moja... ¡pues claro!

—Puedo enviarles una colección especial de las Bodegas Maxwell.

Me quedé boquiabierta:

—Espera... ¿Tate Maxwell? ¡Dios mío! ¡¿Eres el dueño de las Bodegas Maxwell?!

Se rió entre dientes:

—¿Mi apellido no te dio la pista?

—Sinceramente, no había atado los cabos. Hasta ahora. *Vaya*. Eres pariente de esos Maxwell.

Me encantaban sus librerías y pasaba mucho tiempo allí cuando era adolescente. La familia Maxwell era una especie de leyenda en Chicago. Nunca se me ocurrió que él fuera uno de ellos. Aparte de la enorme casa, parecía muy sencillo, y Paisley también lo era.

—Humm... bueno —dije, recomponiéndome—. Sí, les encantaría una colección como regalo. ¿Cuánto cuesta?

Levantó una ceja:

—Nada. Dime su dirección.

—Vaya, ¡muchas gracias! Es muy generoso de tu parte, les encantan los Vinos Maxwell. A mí también. De hecho, ¡son mis favoritos! —exclamé, sintiéndome un poco fuera de mí. No estaba acostumbrada a tanta generosidad. Y así, de la nada, me estaba haciendo derretir otra vez. ¡Aquel hombre iba a agasajar a mis padres!

Me dedicó una sonrisa increíble. Incluso tenía un brillo en los ojos que hizo que se me pusieran los pelos de punta. Me quedé realmente sin aliento.

—Me alegra saberlo, Lexi. Me alegra saberlo.

Estuve a punto de preguntar por qué, pero quizá era mejor no saberlo.

Ay, Lexi. Estás jugando con fuego.

Capítulo Cinco

Lexi

Una semana después, el viernes por la tarde, casi podía sentir la victoria. El sábado y el domingo iba a estar completamente libre de Tate. El fin de semana anterior me había ayudado a despejarme, pero estar cerca de Tate todas las mañanas durante la semana había vuelto a complicarlo todo. Si estar cerca de él no ayudaba, entonces la distancia debería ser la clave para resolver el problema. Al menos eso esperaba.

Paisley y yo fuimos a montar en bici otra vez, pero también aprovechamos para disfrutar del sol y nadar en el lago de la playa de North Avenue. Hacía demasiado calor fuera. El agua estaba bastante fría, pero a ninguna de los dos nos importó; queríamos refrescarnos, y eso era justo lo que necesitábamos. La vigilaba de cerca, pero era una gran nadadora. Aun así, estuve a su lado todo el tiempo que pasamos en el lago. Le gustaba nadar incluso más que a mí, y solo logré convencerla de que saliera del agua cuando se acercaron unas cuantas nubes negras. Aquella mañana habían anunciado que habría tormenta por la tarde, pero sinceramente no me lo creí porque hasta ese momento hacía mucho sol.

—Estoy cansada y tengo muuuuucha hambre —dijo una vez que nos pusimos ropa seca.

—Yo también. Podemos ir en Uber a casa si quieres. Pediré un coche grande para que quepan las bicis también.

Paisley negó con la cabeza.

—Pero aún quiero ir en bici. Y luego papá prometió *curry* vegetariano para cenar. ¡Qué ganas de probarlo!

La mención de Tate hizo que mi estómago se revolucionara. El lado positivo era que disponía de media hora en la bici para prepararme para verle y, después, probablemente alrededor de otra hora al llegar a la casa. Era tiempo de sobra para ordenar mis ideas.

—Vale.

Sin embargo, pedir un Uber seguía siendo mi plan de reserva, por si empezaba a llover. Las nubes eran gris oscuro y el aire parecía pesado, como solía serlo antes de una tormenta de verano.

Tuvimos suerte: solo cayeron algunas gotas por el camino y la tormenta se desencadenó justo después de llegar a la casa.

Para mi infortunio, aunque solo eran las cinco, Tate ya había llegado. Se dirigió en nuestra dirección, caminando despacio. Llevaba una camiseta negra que se le adhería ligeramente al torso, como si aún tuviera la piel húmeda. Estaba claro que acababa de salir de la ducha. También vestía vaqueros. Nunca le había visto vestido de manera tan informal, y apenas pude evitar fijarme en sus abdominales.

Adiós a mi plan de prepararme.

—¡Papá, tengo hambreeeeeeee! —exclamó Paisley, pasando a toda velocidad a su lado y entrando en la cocina.

—¡He preparado unos bocadillos hasta que esté lista la cena! —avisó Tate de lejos.

En lugar de seguir a Paisley, avanzó hacia mí, mirándome fijo con sus ojos azules.

—¿Y tú, Lexi? ¿Quieres quedarte hasta que pare la tormenta? Está lloviendo a mares. Incluso con paraguas, te empararás caminando hasta el coche.

Fue una gran excusa.

Me mordí el labio, preguntándome si aquello era conveniente. Debió de darse cuenta de mi vacilación, porque levantó una ceja.

—No voy a dejar que salgas con esta tormenta, Lexi. No es seguro.

—¿No vas a *dejar* que salga?

Dios mío, las vibraciones alfa que desprendía hicieron que mis piernas flaquearan.

—No.

—Bueno... Vale.

No tuve fuerza de voluntad para negarme, y no podía describir su mirada más que como triunfante.

Ay, Lexi, ¿qué has hecho?

La tormenta se intensificó durante la cena. Tate preparó un *curry* vegetariano con arroz basmati, y estaba absolutamente delicioso.

—Cocinas increíble —comenté.

Me guiñó un ojo:

—Es que he tenido mucha práctica.

Paisley sonrió:

—Papá es el mejor cocinero del mundo. Una vez hicimos un concurso de cocina en el cole y lo ganó él. Todas las demás mamás se cabrearon un montón.

Apreté los labios, conteniendo una risa.

—Nótese el énfasis en “mamás” —dijo casi sin abrir la boca—. Dice mucho sobre las expectativas de género, ¿verdad?

Asentí, dando otro bocado al arroz. Me gustaba que no le importara nada de eso. Pude imaginármelo presentándose en el colegio a un concurso de cocina. Aquel hombre tenía muchos talentos, eso estaba claro.

Después de cenar, Paisley dijo que quería sentarse en el sofá a ver la tele, pero se quedó dormida en cuestión de minutos.

—Además de montar en bici, hoy hemos ido a nadar —susurré—. No me extraña que ya se haya quedado dormida.

—La llevaré rápido arriba —dijo. Mirándome a los ojos, añadió—: Espérame aquí.

El corazón latía fuerte contra mi pecho. Sabía que quedarme a solas con él no era una buena idea, pero no me atreví a negarme.

—Tengo un vino excelente —continuó.

¡Y encima me sobornaba con bebidas!

—Me quedaré, pero solo con una condición.

—¿Cuál? —preguntó.

—Me gustaría probar algo que aún no esté en el mercado.

—Estoy seguro de que encontraré algo de su agrado, señorita Langley. —Sus ojos se abrieron ampliamente.

¿Fue un coqueteo involuntario? En efecto. Además, su hija estaba durmiendo a solo unos metros de nosotros; no estaba segura de que quedarse fuera una buena idea. Pero ambos éramos adultos y habíamos marcado los límites.

—Vale, esperaré aquí —dije.

—Bien.

Intenté no derretirme demasiado cuando cogió a Paisley en brazos. Ella apoyó inmediatamente la cabeza sobre el hombro de su padre, y él le llevó la mano a la nuca, sosteniéndola con tanta naturalidad que era evidente que aquello ocurría a menudo.

¿Cómo podía ser tan tierno ese imponente hombre?

Me paseé por la cocina, sin saber qué hacer mientras le esperaba. Aún me quedaba arroz por terminar, así que decidí sentarme en la silla y seguir comiendo.

Volvió unos minutos después. Levanté la vista al oír sus pasos y le miré de verdad por primera vez en la noche.

Era demasiado guapo. Su atractivo se disparaba con ropa informal. Tampoco era que lo necesitara... La camiseta negra se amoldaba perfectamente a sus esculpidos abdominales y mostraba más sus brazos que la camisa. Las mangas quedaban justas en sus bíceps. Mmm. Dirigí mi mirada hacia él, pero levantó una ceja, haciéndome sonrojar.

—¿Quieres repetir? —preguntó señalando la sartén con el *curry*.

—No, gracias. Estoy bien. Solo quería terminar el plato. Era enorme, pero lo he terminado de todos modos. Estaba tan bueno que no quería perderme ni un bocado.

—Me alegro de que te haya gustado. —Había terminado su plato, pero se sentó en la silla que había a mi lado. Antes también nos habíamos sentado en los mismos sitios, pero en ese momento estaba Paisley, que de algún modo hacía de barrera. La tensión entre nosotros era palpable, su presencia era abrumadora y totalmente magnética.

—¿Estás contenta después de la segunda semana? —preguntó.

—Ha sido muy divertida, y es fácil estar con Paisley, tiene tanta curiosidad por todo...

—¿Y qué hay de mí, Lexi? ¿Qué tan fácil es estar conmigo? —Me clavó sus ojos azules, y al instante me puse tensa, estremeciéndome.

—Aún no estoy segura de eso. —Relamiéndome los labios, desvié la mirada—. Volviendo a Paisley: Quería preguntarte si hay algún tema que esté prohibido y si hay algo de lo que no quieres que hable con ella.

Frunció el ceño:

—¿Cómo qué?

Me aclaré la garganta:

—Como de chicos.

Echó el cuerpo hacia atrás y abrió los ojos de par en par:

—¿Te ha preguntado acerca de algún chico?

Ajá. He descubierto a un padre sobreprotector en potencia.

—No, qué va. Pero, ya sabes, por si pregunta.

—¿Acaso las niñas piensan en eso a su edad?

—A veces. Te sorprenderían todas las cosas en las que piensan las niñas, y normalmente no quieren preguntar a sus padres, así que me preguntan a mí.

Su expresión se volvió triste:

—Bueno, ni que pudiera preguntárselo a su madre.

Se me encogió el corazón:

—Perdona, ¿ha fallecido?

Negó con la cabeza:

—No, no es eso. Nos divorciamos cuando Paisley tenía tres años. Luego ella se mudó a Seattle, pero casi nunca está allí. Es modelo, así que viaja mucho. Es una de las razones por las que me dio la custodia completa de Paisley.

—Ah, vale. No mencionó a su madre para nada, así que me preguntaba si también es un tema prohibido.

—Para nada. Es que Nora no participa mucho en la vida de Paisley. Llama cada pocas semanas y la visita una vez al año. Paisley pasa una semana al año con ella, pero eso es todo.

Mi corazón se encogió por Paisley y por él, porque estaba claramente dolido y seguía sufriendo, por más que el divorcio hubiera ocurrido varios años atrás.

—Lo siento.

—Tengo a mi familia aquí, y estamos todos muy unidos, pero no tener madre es difícil para mi hija.

—Ya lo creo —confirmé—. Si te parece bien, me gustaría decirle a Paisley que puede preguntarme cualquier cosa que considere que no puede preguntarte a ti, y si veo que algo es muy delicado, te preguntaré a ti antes de decir nada.

Me miró fijamente y asintió:

—Me parece estupendo. Muchas gracias. Me alegro mucho de que hayas aceptado el trabajo, Lexi. Nunca he tenido... Bueno, Paisley y yo nunca hemos tenido a nadie como tú. Se nota que entiendes lo que necesitan los niños.

—Bueno, es que me encantan, por eso acabé siendo maestra. No sé por qué, pero tengo una gran intuición para percibir sus sentimientos y comunicarme con ellos, sobre todo cuando tienen la edad de Paisley. No me sucede lo mismo con los niños pequeños, pero se me da genial con los de primaria.

Su expresión cambió. Sus ojos se suavizaron, y esa era mi kryptonita. No su mirada ardiente ni su mirada intensa, sino esa. Sentía que llegaba hasta lo más profundo de mi ser, y no tenía ni idea de por qué. No podía entender cómo la madre de Paisley los había abandonado a los dos.

—¿El divorcio fue en buenos términos? —pregunté impulsivamente—. Perdona. Si me he pasado de la raya, no hace falta que contestes.

Se inclinó más hacia mí, mirándome a los ojos.

—Ya nos pasamos de la raya en aquella primera llamada, Lexi.

Me reí y pasé una mano por mi pelo. Me gustaba su lado más desenfadado. Pero entonces frunció el ceño.

—Y no, no fue precisamente en buenos términos. Ya era modelo antes de que Paisley naciera, y cuando nuestra hija cumplió dos años, decidió volver a dedicarse a ello. Yo la apoyé, porque entendía lo que era la pasión por una carrera. Sin embargo, luego decidió que no le gustaba su papel de esposa y que quería dedicarse solo a su carrera. En un momento pensé que querría participar más en la vida de Paisley, pero no es así. Creo que poco a poco Paisley lo está aceptando.

—¿Y tú? —quise saber.

—Asumí que quería salir definitivamente de nuestra vida cuando insistí en la terapia de pareja y me confesó que no serviría de nada porque había tenido una aventura con un fotógrafo.

Jadeé:

—Qué horror.

Hizo un gesto de rechazo con la mano mientras negaba con la cabeza.

—Es lo que hay. No todo el mundo puede tener un matrimonio feliz como el de mis padres. Antes de casarme, pensaba que las tasas de divorcio eran exageradas. Ahora sé que no lo son.

No dijo nada más y yo no insistí en el tema, no era mi intención remover viejas heridas. Quería distraerle, y entonces recordé que tenía una buena razón:

—Me prometiste vino, ¿recuerdas? No veo ninguna botella por aquí.

Se echó hacia atrás, sonriendo con tanta seguridad que mis piernas flaquearon. Desprendía una increíble masculinidad.

—Tengo una bodega. Puedo enseñártela para que elijas el que quieras.

Me erguí en el asiento:

—¡Ala! ¿Tienes una bodega aquí?

Soltó una risita:

—Claro. Si no, ¿qué clase de enólogo sería?

—No lo sé. Me imaginé que quizá la tenías en el centro de producción o algo así.

—Sí, tengo otra allí, pero esta es mi bodega personal. Ven, te la enseñaré.

Se levantó de su silla y luego retiró la mía mientras me levantaba.

Al hacerlo, mi brazo rozó su pecho y le oí inspirar ligeramente.

Madre mía. Sentir esos firmes músculos contra mi brazo me produjo varias sensaciones.

¿Qué me pasa? Era el padre de Paisley. Si bien era cierto que no iba a mi colegio y, por ende, no había riesgo de que los alumnos pensaran que tenía favoritos ni de que los compañeros cotillearan, seguía sin parecerme una buena idea. Especialmente después de lo que había compartido conmigo.

Céntrate en el hecho de que es el padre de Paisley, Lexi.

No importaba que también fuera el hombre más sexy que había visto nunca. Aunque, si era sincera, el hecho de que fuera un padre tan dedicado también formaba parte de su irresistible *sex appeal*.

Levanté la vista hacia él y me sorprendí al ver que su mirada se hubiera vuelto más intensa. Tragué con fuerza, sintiéndome inquieta.

Estaba claro que no era la única afectada por la increíble química que había entre nosotros.

Capítulo Seis

Tate

Estaba perdiendo la cabeza, era la única explicación que podía encontrar. Me resultaba imposible apartar los ojos de ella. Apenas conseguía mantener las manos quietas.

—¿Cómo están tus padres? —pregunté mientras la conducía a la parte trasera de la casa.

—Mejor. Supercontentos con la caja de regalo. Gracias de nuevo. Ha sido un detallazo de tu parte.

Era jodidamente increíble. No mucha gente estaría dispuesta a tener un segundo trabajo para ayudar a su familia. Para mí, la familia era lo más importante en la vida, así que saber eso de ella la hacía mucho más atractiva. Lexi despertaba algo dentro de mí, algo que ninguna mujer había conseguido desde el divorcio. Fue como si me hubiera aislado por completo, una decisión que tomé tanto de manera consciente como instintiva: Levanté un muro que me separaba de los demás. Pero me sentía atraído por Lexi.

—Eres una gran persona —afirmé.

—Gracias —dijo en voz baja—. Estoy muy contenta de haber conseguido este trabajo.

Me volví, observándola.

—Me alegro de que digas eso. Paisley y tú congeniáis a la perfección. Le caes muy bien. —Incliné la cabeza hacia ella—. Me gustas, Lexi. Más de lo debido.

Se colocó un mechón de pelo detrás de la oreja. A duras penas evité extender la mano y hacerlo por ella.

Joder.

—Venga, bajemos. Nos va a llevar un buen rato elegir tu vino.

—¿Cuántas botellas tienes? —preguntó.

—Unas mil.

Sus ojos se abrieron de par en par:

—¿Puedo mudarme aquí? No tendría problema en vivir en el sótano, de verdad.

Solté una fuerte e incontinente carcajada. Ella sonreía.

—Te he hecho reír. Solo lo haces cuando estás con Paisley.

—O tú.

Se relamió el labio inferior. No podía apartar la mirada de su boca.

—¿Y la bodega? —preguntó en voz baja, devolviéndome a la realidad.

Me enderecé, haciéndole un gesto con la mano para que pasara delante de mí tras abrir la puerta del sótano.

—Después de usted, señorita Langley.

¿Qué tenía aquella mujer que me hacía reír tan a menudo? Las cosas que decía eran siempre tan inesperadas que no podía evitarlo. Tenía razón, necesitaba reírme más. Y cuando estaba con ella, me sentía feliz.

Noté que la iluminación de la escalera era un poco tenue, pero luego se oscureció de golpe. Probé accionando un interruptor cercano, pero la luz no volvió a encenderse.

—Algo va mal en el circuito eléctrico de aquí abajo.

—¿Subimos a por una linterna? —preguntó Lexi.

Saqué el *smartphone* del bolsillo y activé la linterna.

—No pasa nada. Con esto tenemos luz suficiente.

—Es verdad. Me he dejado el móvil arriba, pero con esto bastará. Voy a centrarme en el hecho de que hay vino, así no me siento como en una película de terror.

—¿Tienes miedo a la oscuridad, Lexi?

Se estremeció. Joder, estaba lo bastante cerca como para sentir la piel de gallina en su brazo.

—Esta noche, no —susurró cuando nos detuvimos delante de las estanterías—. Esto es increíble. ¿Sabes que a la mayoría de la gente le gustaría ver una versión real de las estanterías de *La Bella y la Bestia*?

—No tengo ni idea de lo que estás hablando.

Al instante, giró la cabeza para mirarme. Ladeé un poco la mía y quedé tan cerca que mis labios casi rozaron los suyos.

—Eres padre de una niña.

—Lo sé, pero mi cerebro siempre bloquea lo que ella quiere que veamos.

—Es comprensible. Bueno, en fin, la cosa es que hay una escena en la que hay una biblioteca enorme, y la gente siempre dice: “¡Cómo me gustaría ver algo así en la vida real!”. —Señaló las botellas de vino—. Pues yo siempre he querido ver algo como esto.

Me reí entre dientes.

—Siempre eres bienvenida aquí, Lexi. Dime, ¿qué tipo de vino te gusta? Descríbelo lo mejor que puedas.

—Me encanta el vino blanco. Quiero que sea afrutado, pero no dulce; ligero, con un toque ahumado.

—Tengo lo que necesitas. Ven. Elijámoslo de la estantería juntos. —Entonces, el instinto volvió a imponerse a la razón: Coloqué una mano en su cintura y ella se movió, haciendo que se me cayera el móvil al suelo y se desactivara la linterna, lo que nos dejó completamente a oscuras.

—Mierda. Perdón —dijo ella.

—No hay problema. Yo lo cojo. —Me agaché, pasé la mano por el suelo y lo recogí. A continuación, presioné la parte inferior de la pantalla y conseguí encender la linterna de nuevo.

—¿Puedes encontrar la botella bajo esta luz? —preguntó Lexi.

Tuve que reírme ante el tono de inquietud que había en su voz. Estaba legítimamente preocupada por no conseguir su vino. Aquella mujer me gustaba cada vez más.

—Es la quinta botella contando desde el suelo. —La saqué, se la tendí, y le pregunté a modo de broma—: ¿Quieres cogerla tú para asegurarte de que no se me caiga ni nada?

—Nooo, no. Confío más en ti para cuidar de esa botella. Aunque... se te ha caído el teléfono, así que, pensándolo mejor... dámela. Yo me ocuparé de mantenerla a salvo.

Cogió la botella, riendo.

Le puse una mano en el brazo, posando los dedos sobre su piel. Se estremeció ante el contacto e inspiró con fuerza. El hecho de que fuera tan receptiva me volvía loco.

—Así que, ¿te gusta el vino? Cuéntame más. ¿Qué otras cosas te gustan?

—Tu deliciosa cocina —respondió.

—Estaba hablando en general, no de mí, pero ya que estamos en este camino peligroso, cuéntame qué más te gusta de mí, por favor.

Llegamos a la escalera y nos detuvimos.

—Tate —susurró. Su aliento se posó en mi cuello, y sentí el impulso de inmovilizarla contra la pared, pero el problema era que no me detendría solo en besarla. Lo sabía. Si mis labios tocaban los suyos, no acabaría con un beso, sino hundiéndome dentro de ella y haciéndola mía. Y la verdad era que no podía arriesgarme a eso.

—No sé por qué siempre siento que estoy en caminos peligrosos a tu lado —murmuró.

Me reí y deslicé mi mano de su cintura al hombro y luego a su cuello, acariciándole la mandíbula con el pulgar.

—Me gustas, Lexi, mucho, y no sé qué hacer al respecto.

Al momento siguiente, oí que Paisley me llamaba desde la planta de arriba. El hechizo se rompió y gruñí, retrocediendo un paso.

—¿Es Paisley? —preguntó.

—Sí.

—¿Suele tener pesadillas? —Había vuelto a su modo profesional, lo que era bueno, porque alguien tenía que mantenernos a raya; y no iba a ser yo.

Cuando subimos, me di cuenta de que no solo la luz del sótano estaba apagada. Toda la casa parecía estar a oscuras.

—Es un apagón —afirmó.

—Probablemente por la tormenta. Ahora entiendo por qué Paisley se ha despertado. Tiene una luz quitamiedos y seguramente se ha apagado. Voy a subir a hablar con ella, ¿vale? —Me pregunté por qué el generador de emergencia no había entrado en funcionamiento.

—Vale, claro. ¿Me voy a casa? —susurró en la oscuridad.

—La tormenta sigue siendo muy fuerte, Lexi.

—Ya veo. Entonces, todavía no me vas a dejar salir, ¿verdad?

—Exactamente.

—¿Acaso soy tu prisionera? —preguntó con tono juguetón.

Me acerqué a ella y le dije:

—Espérame aquí.

—Vale. Me he dejado el móvil en la encimera de la cocina. Lo cogeré y serviré un poco de vino para los dos.

—Gracias —contesté.

Acto seguido, me dirigí a la planta de arriba y llamé a la puerta abierta de Paisley para que me escuchara antes de entrar.

—Papá, ¿eres tú? —preguntó con la respiración agitada cuando me senté en el borde de su colchón.

—Sí, cariño. —Le acaricié la mano y ella se tranquilizó al instante, acercándose más a mí.

—¿Qué ha pasado con la luz? —quiso saber.

—No hay electricidad, pero voy a arreglarlo, ¿vale? Iré a encender el generador.

—No puedo dormir a oscuras —dijo.

—No pasa nada. Encenderemos la luz de tu teléfono y, cuando vuelva la electricidad, tu lámpara quitamiedos se encenderá automáticamente, ¿vale?

Algunas personas —incluidas las maestras de Paisley— se sorprendieron al enterarse que le había comprado un teléfono con tan solo nueve años, pero quería tener la tranquilidad de saber que podía ponerme en contacto con ella en cualquier momento.

Asintió, apoyándose en mí, algo que ya no hacía tan a menudo. Cuando era más pequeña, quería que la acunara para dormir, pero luego empezó a decir que ya no le gustaba. Encendí la linterna del teléfono y la coloqué sobre la mesilla de noche para que la luz se reflejara en el techo. Unos dos minutos después, me di cuenta de que se había vuelto a quedar dormida.

Le di un suave beso en la cabeza, pero no salí enseguida de su habitación; me quedé unos minutos más por si se despertaba, para que no se asustara. Mientras tanto, envié un mensaje a mis hermanos para preguntarles si alguno de ellos podía comprobar cómo estaba la abuela. Tyler me contestó que su generador se había puesto en marcha automáticamente, pero de todos modos ya estaba de camino a su casa para verla.

Cuando estuve seguro de que Paisley no volvería a despertarse, salí de puntillas de su habitación antes de cerrar la puerta y dirigirme escaleras abajo.

—¿Lexi? —pregunté.

—Estoy en el sofá —contestó. Pude ver la luz de su móvil—. No es solo esta casa. Una gran parte de la ciudad se ha quedado sin electricidad. Están trabajando para repararlo, pero puede que tarden un poco —explicó.

—Sí, me imaginaba que podría ser algo así —comentó Tate.

—¿Paisley está bien?

—Sí, está bien. Ya se ha quedado dormida.

—Eres un gran padre —susurró.

—Me alegro de que opines eso.

—Escucha, no he descorchado la botella. Podemos bebérmola en otro momento. Con la tormenta y todo eso, quizá sea mejor que vuelva a casa.

—¿También ha afectado a tu edificio? ¿Tenéis electricidad allí? —pregunté, de pie en la puerta.

—No, pero no pasa nada. Tenemos generadores de emergencia, así que probablemente hayan entrado en funcionamiento.

—¿En qué planta está tu apartamento?

—Veinte —respondió refunfuñando, llegando a la misma conclusión que yo.

—¿Te parece buena idea ir? ¿Y si el generador aún no se ha puesto en marcha y tienes que subir veinte plantas por las escaleras?

—Sí, tienes razón —afirmó ella—. Debería esperar un poco más.

—Tengo otra propuesta —dije.

—¿Cuál?

—Pasa la noche aquí. Tenemos varios dormitorios. Los cortes de luz pueden ser complicados incluso con generadores.

—Humm... Percibo cierto instinto protector. Supongo que no dejarás que me niegue...

—¿Qué?

—Nada, estaba hablando sola. Mmm... —Joder, qué adorable me parecía, tan ensimismada—. ¿Cómo reaccionará Paisley mañana por la mañana?

—Vas a dormir en la habitación de invitados, Lexi, no en mi dormitorio. —Gruñí al pensarlo—. Mañana por la mañana le explicaré que no podías irte a casa mientras no hubiera luz. Venga, tomemos ese vino antes de acostarnos.

—Nunca me niego a una copa de vino —dijo en tono jovial.

—Iré a encender el generador manualmente, no sé por qué no se ha encendido. Tú puedes servir el vino.

—Vale.

Diez minutos después, el generador estaba en pleno funcionamiento. Encontré a Lexi en la isla de la cocina. Había sacado dos copas y descorchado la botella.

Serví media copa a cada uno y fuimos con la botella de nuevo al sofá. Una vez sentados, brindamos.

—Quiero tu sincera opinión sobre el vino —indagué.

—Bueno. —Lo hizo girar una vez, olisqueando la copa antes de dar un sorbo, y luego otro—. Mmm.

El sonido me caló hondo y no pude evitar emitir un ligero gemido. Ella inspiró con fuerza y se relamió el labio inferior. Nuestras miradas se cruzaron y algo se encendió dentro de mí. Al segundo siguiente, me acerqué más hacia ella, apoyé mi mano en un lado de su cabeza para inclinarla un poco y rocé su boca con la mía. Sabía deliciosa, confirmando mi idea, pero no por el vino. Era simplemente ella: tan dulce e increíblemente perfecta. La besé con avidez, explorando su boca, provocando su lengua con la mía hasta que noté cómo se estremecía. Las reverberaciones recorrieron mi cuerpo de los pies a la cabeza. No podía dejar de besarla, quería provocarle más sonidos de placer. Pero Lexi se apartó, emitiendo un leve gruñido.

—Tate... —murmuró.

—No puedo pensar con claridad —quise advertirle.

—Mmm —susurró ella—. Yo tampoco. Pero creo que no me equivoco si digo que vamos por un camino peligroso, señor. No más vino para nosotros.

—No es el vino. Eres tú, Lexi.

Suspiró, y apenas resistí el impulso de besarla de nuevo.

—Debería irme a casa —afirmó.

—No —dije con determinación—. No vas a subir veinte plantas en la oscuridad. No voy a permitirlo.

—Por Dios. Ya te estás volviendo protector conmigo.

—¡Lexi! No es seguro.

—¿Y cree que estaría más a salvo *aquí*, Sr. Maxwell, después de besarme así?

En lugar de contestar, solté un sonido involuntario proveniente desde el fondo de mi garganta. Maldita sea, me estaba convirtiendo en un neandertal.

—Creo que eso ha demostrado mi punto. Deja que compruebe con un vecino si ha vuelto la luz... —Unos segundos después, negó con la cabeza—. No, aún no.

—Te acompañaré a la habitación de invitados y luego nos iremos a dormir, ¿vale? Podemos hablar de esto mañana.

Tragó saliva.

—Vale, buena idea. Hagamos eso. ¿Dónde está el dormitorio de invitados?

—En la tercera planta.

—¿Y tu dormitorio?

—En la segunda.

—Ah, genial. Hay una planta entre nosotros, eso debería bastar.

—No estés tan segura, Lexi. Venga, vamos antes de que haga una locura.

Se le cortó la respiración.

—Iba a preguntarte qué, pero quizá sea mejor no averiguarlo —susurró.

—Sí, te aseguro que eso es lo mejor.

Le indiqué que subiera ella primero, quedándome justo a sus espaldas. Cuando llegamos a la segunda planta, le dije:

—Espera aquí. —Me dirigí a mi dormitorio, cogí una camiseta blanca limpia que solía llevar debajo de la camisa y volví.

—¿Qué has traído? —preguntó mientras subíamos a la tercera planta.

—Una camiseta para ti, para que tengas algo con lo que dormir —dije.

—Qué caballeroso —murmuró ella—. Tate, ¿crees que deberíamos hablar de esto ahora mismo?

Negué con la cabeza.

—Primero necesito aclarar mis ideas, Lexi. Estoy demasiado deslumbrado por ti.

Refunfuñó:

—¡Vaya! Sí que sabes qué palabras usar.

El dormitorio se encontraba al final de la escalera, y ella entró.

—Buenas noches, Lexi.

Volví a bajar, con la necesidad de beber una copa de vino para templarme.

Unos minutos después, me di cuenta de que no había manera de templarse mientras ella estuviera bajo mi techo.

E iba a estar en mi casa durante todo el verano...

Capítulo Siete

Lexi

A la mañana siguiente, me desperté sobresaltada, incorporándome bruscamente en la cama. Aún aturdida, eché un vistazo a mi alrededor, y entonces mi corazón se aceleró.

¡Dios mío!

Apenas unos segundos después, recordé que no estaba en mi casa.

Miré hacia la mesilla de noche y cogí el móvil para comprobar la hora. Eran las ocho. Salté de la cama y me dirigí directamente al cuarto de baño. Sonreí al meterme en la ducha. Abrí el agua caliente, me enjaboné rápido, y de paso aproveché para enjuagar mi boca. Cuando salí de la ducha, me sorprendí al encontrar pasta y cepillo de dientes en el botiquín que había sobre el lavabo. Me cepillé los dientes hasta que tuve un fresco sabor a menta en la boca.

Mi mente se desbocó al recordar nuestro beso de la noche anterior; no sabía qué hacer. ¿Debía fingir que no había ocurrido? Aquel beso aún me hacía estremecer, pero eso no significaba que no me sintiera culpable por quebrantar mi propia regla. Por algo la había establecido: Me enorgullecía de mi trabajo como maestra y los límites eran importantes para mí. Pensaba que, aunque Paisley no fuera alumna de mi colegio, Tate era mi jefe, y tenía que tener eso muy presente.

¿A quién quería engañar? No solo nos habíamos besado, sino que además había tonteado con él. Una parte de mí quería hablar con Tate para pedirle que buscara otra niñera, pero me sentía aún más culpable ante la idea de dejar a Paisley y a Tate en la estacada. Hasta podía imaginarme sus ojitos llenos de decepción. Se me hizo un nudo en el estómago solo de pensarlo.

Reflexioné un poco más mientras me vestía con la misma ropa del día anterior, pero no llegué a ninguna conclusión. Todavía estaba demasiado somnolienta para eso.

Cuando salí de la habitación, escuché las voces de Paisley y Tate procedentes de la cocina. Ambos eran madrugadores, incluso en fin de semana. No quería interrumpir su tiempo juntos, pero no podía irme sin despedirme, así que asomé la cabeza por la puerta de la cocina.

Mi corazón se llenó de emociones. Tate estaba cocinando de nuevo, pero aquella mañana había algo diferente en él. Para empezar, no llevaba camisa de vestir, sino una camiseta como la que me había prestado, y estaba guapísimo. Se le marcaba el contorno de los músculos y no pude evitar acordarme de lo que había sucedido la noche anterior.

Me invadió una oleada de calor y sacudí la cabeza como si eso consiguiera disipar el recuerdo.

—Toc, toc —dije con voz alegre, dando golpecitos contra el marco de la puerta.

Para mi sorpresa, había alguien más en la cocina. Era una mujer. Tenía el pelo castaño oscuro peinado en rizos sueltos y ojos de un tono verde intenso, como los de Paisley. Llevaba un vestido playero con un estampado de margaritas amarillas y un colgante con un nudo infinito que pendía de un hilo negro. Me encantó su estilo.

—Buenos días —saludó—. Soy Reese, tía de Paisley y la prima favorita de Tate.

—¡Hola! Encantada de conocerte.

Le estreché la mano brevemente antes de mirar a Tate, que estaba detrás de ella. En cuanto establecimos contacto visual, el calor de mi cuerpo aumentó. Dios mío, ¿cómo pude pensar que podría olvidar nuestro beso? Nada más lejos de la realidad. Me puse nerviosa solo por estar en la misma habitación.

De repente, el sonido de un móvil invadió el ambiente. Reese gruñó.

—Perdona. Iré a la otra habitación para contestar.

Tate la siguió con la mirada, con cierta expresión de preocupación en su rostro mientras salía de la cocina.

—¿Cuándo os habéis levantado? —quise saber.

—Hace una hora —contestó Paisley.

—Siempre se levanta temprano. —El tono de Tate indicaba que le gustaría dormir hasta tarde los fines de semana, pero allí estaba él, preparándole el desayuno a su hija. Era adorable.

—Estoy haciendo gofres —comentó. No pude evitar reírme de nuevo.

Se encogió de hombros.

—El día de los gofres es el sábado, pero a veces Paisley me convence para que los haga también durante la semana. Tenemos más tiempo los fines de semana, por eso prefiero preparar desayunos más elaborados el sábado o el domingo.

Entonces, caí en la cuenta de lo que parecía diferente en él aquel día: Estaba más relajado porque no tenía que ir a trabajar.

—Bueno, no quiero molestaros. Gracias por dejarme dormir aquí. He mandado un mensaje a un vecino de mi edificio y ya funciona el ascensor, así que...

—No nos molestas, Lexi —interrumpió Tate—. Nos encantaría que te quedaras, pero comprendo que prefieras marcharte.

Dirigió su mirada directo hacia mí, era dura e intensa, y tenía una pregunta implícita.

Relamí mi labio inferior, inspirando con fuerza cuando me di cuenta de que había desviado la mirada hacia mi boca. Me apetecía comer gofres y pasar tiempo con Tate y Paisley y, si bien sabía que no era conveniente quedarme fuera de mi horario de trabajo, no podía resistirme.

—Por favooooooooooooooooor —suplicó Paisley.

Vaya. No podía decirle que no cuando me miraba de esa manera.

—Los gofres vuelven a ganar —contesté, corriendo a la cocina.

Tate me miró triunfante.

—¡Sí! —chilló Paisley. Esa pequeña estaba conquistando mi corazón.

No había platos en la isla de la cocina, así que me dirigí directamente al armario que había junto a los fogones, donde sabía que estaban guardados. Paisley se fue corriendo a su habitación; quería coger su libro para colorear.

—¿Cómo has dormido? —preguntó Tate.

Titubeé al coger los platos y le miré por el rabillo del ojo. Su mirada estaba clavada en mí.

—He dormido bien, gracias.

—Bueno, al menos uno de nosotros lo hizo...

Me volví hacia él. Sentí que se me cortaba la respiración.

—¿Tú no?

—Pues no, joder. Lo único en lo que podía pensar era en ti tumbada una planta más arriba, vistiendo mi camiseta.

Sonreí y le susurré:

—¿Y cómo sabes que no he dormido desnuda?

Dios mío. ¡Mi flirteo estaba yendo a más! Algo en él me volvía más impulsiva, sobre todo después del beso.

Un gruñido reverberó en su garganta.

—No lo hice. Estaba bromeando —aclaré.

Se enderezó, y yo también. Ambos echamos un vistazo al salón, pero no había ni rastro de Paisley.

Me estaba ruborizando. Tate alternó la mirada de una mejilla a la otra, con una clara expresión de satisfacción en su rostro.

Vaya, vaya. Así que le gusta hacerme sonrojar, ¿eh?

Estaba jugando con fuego, porque yo podía ser muy traviesa cuando quería.

Y en ese momento tenía muchas ideas en mente, *muchas* de verdad. Pero me contuve. Al menos tenía que intentar hacerlo.

—No queme los gofres, señor —advertí, señalando el fogón con una media sonrisa.

Centré su atención en la sartén mientras yo sacaba los platos. Cuando me di la vuelta, lo rocé. Fue un roce diminuto, mi brazo contra su torso, pero fue suficiente para que un calor recorriera todo mi cuerpo, activando mis terminaciones nerviosas.

Dios mío. ¿Qué está pasando? Ese tipo de química no existía en la vida real. Nunca la había sentido con nadie.

Paisley volvió con su libro para colorear y se sentó en la silla de la isla de la cocina. Coloqué los platos, y Tate se acercó enseguida con gofres, sirviendo tres en cada uno. Llevé la miel, el sirope de arce, la Nutella y la fruta de la nevera, pues había aprendido rápidamente dónde estaba todo porque preparaba bocadillos a diario para Paisley.

Mientras cortaba una manzana por la mitad, con la intención de trocearla en dados, sentí que Tate se acercaba a mí. Se encontraba a unos escasos centímetros, pero mi cuerpo ya estaba en estado de hiperalerta, percibiendo su cercanía.

—Paisley, ¿qué quieres en tus gofres? —pregunté.

—Nutella y plátano —dijo animada. Estaba a punto de cortar un plátano para acompañar el gofre cuando añadió—: No, así no. Papá, ¿puedes enseñarle cómo hacerlo? Es que él los decora con unas formas muy divertidas los fines de semana.

—Paisley, eso solo lo hago cuando estamos solos —dijo.

Paisley frunció el ceño.

—Pero Lexi nos cae muy bien, papá. Podemos hacerlo con ella también.

Suspiré y abracé a la ratoncita, y cuando me devolvió el abrazo, sentí que mi corazón iba a estallar de alegría.

—Me alegra oír eso.

Se zafó de mis brazos y miró a Tate.

—Nos gusta, ¿verdad, papá?

Me miró, levantando la comisura de sus labios.

—Sí. Nos gusta mucho.

Me relamí el labio inferior, señalando el gofre, con la esperanza de desviar su atención de mi rubor.

—Vale, enséñame lo que sabes hacer —dije.

Había un brillo de diversión en los ojos de Tate:

—¿Cuál es tu lugar favorito de Chicago? —preguntó.

—La Noria del Centenario. Y lo creas o no, nunca he estado en ella. ¿A ver si puedes hacerla con los gofres?

—Nah. Mis habilidades no son tan buenas.

Cogió el plato que tenía delante, junto con el plátano, el cuenco de uvas, la Nutella y la nata montada. En serio, aquel hombre era el sueño de cualquier mujer.

Bueno... el mío al menos.

Movió las manos con rapidez y no pude distinguir exactamente qué estaba haciendo, pero cuando le devolvió el plato a Paisley, noté que hizo una cara sonriente. Estaba bastante bien

lograda. Había untado el gofre con Nutella y había utilizado las uvas como ojos y las rodajas de plátano como boca. Al final, usó nata montada para ponerle pelo en la parte superior. No pude evitar reírme, levantando la vista hacia él.

Me señaló con el dedo.

—No te rías.

—Es una risa de aprecio —contesté. Me estaba derritiendo, porque aquel hombre tan serio y responsable podía quedar absolutamente embobado con su hija.

Y besa muy bien, me dijo una voz interior. Tuve la corazonada de que cuanto más intentara olvidar aquel beso, más claramente lo recordaría.

—¿Puedo pedir un gofre especial también? —pregunté, batiendo las pestañas.

—¡Sí, papá, haz uno para Lexi! —solicitó Paisley, dando una palmada, alternando su mirada entre nosotros.

Tate se puso serio y sentí que el corazón se me subió a la garganta, temiendo haberme excedido de alguna manera. Paisley también se quedó un poco inmóvil, mientras me miraba por el rabillo del ojo.

—Esa es la cara seria de papá —comentó en un susurro.

—Ya veo —respondí.

—Pero no está enfadado.

Al segundo siguiente, la expresión de Tate se transformó y una enorme sonrisa se dibujó en su rostro.

—Vale. Te haré un gofre solo si tú me haces uno a mí —dijo.

—Pero no puedes hacer uno igual al mío —añadió Paisley.

Levanté una ceja.

—Ah, vale, conque tenemos normas. ¿Algo más que deba saber?

Tate me miró con una expresión que sugería que se estaba divirtiendo con su propia ocurrencia, pero no dijo nada en voz alta.

Observé el gofre, pensando qué podía hacer. Al ver el plátano troceado, se me ocurrió una idea. Coloqué uvas en un lado del gofre, dejé el centro vacío, y luego puse tres rodajas de plátano en un borde antes de presentárselo con orgullo. Él todavía estaba haciendo el mío, pero se detuvo de golpe, mirando su plato y frunciendo el ceño.

—¿Qué se supone que es esto? —preguntó.

—Esto es el lago, aquí está la playa, y las uvas son rascacielos —dije jovialmente.

Paisley se levantó de la silla para observar más de cerca mi gofre. Luego miró a su padre. Durante unos segundos, nadie dijo nada. Después, ambos estallaron en risas tan contagiosas que no pude resistir unirme, aunque sabía que se estaban riendo de mí. La complicidad entre los dos y su cálida proximidad me llenaban de ternura.

—Bueno —dijo—, supongo que mejorarás con la práctica.

—Ya, veamos cómo lo haces tú —repliqué con voz desafiante.

Unos minutos después, me acercó el plato y no tuve más remedio que admitir que estaba mucho mejor que el mío. Había dibujado otra cara sonriente, pero reconocí muy bien aquella figura: Era el emoji que ponía ojos seductores. Para Paisley, probablemente no significaba nada, pero yo sentí cómo mis mejillas se encendían.

—Estás haciendo trampas, papá. Has hecho otra cara —comentó Paisley.

—Exacto. No cuenta —añadí.

Mantuvo la mirada fija en mí, pero yo no aparté la vista.

—Papá, ¿cuándo va a terminar la tía Reese de hablar por teléfono? —preguntó Paisley.

—Ni idea.

—¿En tu familia todos madrugáis los sábados? —quise saber.

Tate se encogió de hombros.

—En realidad no, pero Reese necesitaba un poco de compañía.

—¿Ha pasado algo?

—Su exprometido le está dando muchos dolores de cabeza —respondió en tono cortante.

Y la puerta de su casa siempre está abierta para su familia, ¿a que sí? Eso no me lo esperaba.

—Ya está, he puesto el móvil en modo avión —anunció Reese, entrando en la cocina.

Tomó asiento junto a Paisley y se sirvió un trozo del gofre de su sobrina.

—Tate, tus gofres son los mejores del mundo. —Soltó un suspiro en señal de agradecimiento

—. ¿Cuándo llegan los demás?

—No creo que lleguen antes de la hora de comer —respondió Tate.

Paisley se volvió para mirarme directamente y se puso de pie sobre la silla. Acto seguido, me señaló con el dedo índice y dijo:

—¡Lexi! Vamos a hacer una barbacoa. Quédate, por favooooooooor. Quiero que todos te conozcan.

Era adorable.

Antes de que pudiera replicar, intervino Tate.

—Paisley, Lexi está libre los fines de semana. Está aquí esta mañana porque hubo un apagón y no era seguro que volviera a casa. Ahora, vuelve a sentarte en la silla antes de que te caigas.

Se me formó un nudo en el estómago. Tenía razón, por supuesto. Yo era la niñera, no parte de la familia, debía tener eso muy presente. Solo llevaba allí dos semanas y ya nos habíamos besado. Además, en ese momento me estaba derritiendo porque me había hecho un gofre. Estaba en un terreno muy peligroso.

—Pero nuestras barbacoas son muy divertidas —añadió Reese—. ¿Tienes planes para hoy?

—He quedado con una amiga por la tarde. Ahora iba a ir a casa a buscar algo para leer, una manta y quizá hacer un pícnic en la playa que hay frente a mi edificio. No tengo nada pensado para comer.

—Entonces quédate. Además, puede que necesites algunos consejos para lidiar con tu jefe —dijo guiñando un ojo.

—¿Cómo? —pregunté con auténtica curiosidad.

—Es tan exigente que ha echado a muchas niñeras.

Tate gruñó.

—¡Reese!

—Está bien que sea exigente —respondí—. Al fin y al cabo, estamos cuidando de su hija.

—Por favooooooooor —repitió Paisley mientras volvía a sentarse lentamente en la silla.

Apreté los labios con fuerza antes de estallar en carcajadas. Realmente era imposible negarse, ¿verdad? No cuando me miraba con aquellos ojos suplicantes. No podía decepcionarla.

—Vale. Si no supone un inconveniente para nadie, me quedaré —contesté.

—No lo es. Lexi, salgamos un momento de la cocina por favor —solicitó Tate.

El corazón me latía con fuerza en el pecho. Asentí, levantándome con cuidado del asiento y caminando delante de él. Sentía su mirada clavada en mí a cada paso.

Doblamos en la esquina hacia la zona de la televisión para que no nos vieran.

—Siento lo de Paisley. No tiene muy claros los límites. Al parecer, Reese tampoco.

Negué con la cabeza, jugueteando con los pulgares.

—¿Crees que debería irme? No quiero quedarme más de lo debido.

Se situó justo delante de mí, con una mirada dura e implacable.

—No te estás quedando más de lo debido, pero lo que dije iba en serio. El fin de semana es tu tiempo libre. Dicho eso, si bien no espero que te quedes, me encantaría que lo hicieras.

—¿De verdad? Bueno, de todas maneras, no puedo decirle que no a Paisley. Me es imposible resistirme a ella.

—¿Pero puedes resistirte a mí? —preguntó en tono coqueto.

—Creo que contigo es más fácil, sí —respondí en un tono igualmente coqueto.

—Ya veo.

—Papááááá, ¿estás asustando a Lexi? —gritó Paisley desde la cocina.

Me reí entre dientes mientras Tate decía en voz alta:

—No, para nada.

—¿Entonces se va a quedar?

Me miró atentamente y yo me estremecí, asintiendo.

—Sí, se va a quedar —anunció en voz alta antes de añadir en un susurro—: Y tú y yo buscaremos un momento tranquilo a solas para hablar de lo de anoche.

Capítulo Ocho

Lexi

—Entonces, ¿a qué se debe la reunión familiar de hoy? ¿Es por algún motivo en especial? —pregunté.

—Es una barbacoa —respondió Paisley.

—Cada uno trae algo y luego lo echamos todo a la parrilla —explicó Tate.

Lo hacía parecer tan normal. Eran una de las familias más ilustres de Chicago, pero se pasaban los fines de semana haciendo una barbacoa.

—La abuela también vendrá —dijo Reese.

—¿Tus padres también? —pregunté, mirando a Tate.

—No, están de viaje. Pero te aseguro que habrá suficiente gente como para confundirte.

—Yo haré las presentaciones —se ofreció Reese—. Vendrán tres de sus hermanos. Travis y Sam serán los ausentes; y mi hermana se encuentra en París, así que tampoco estará aquí. Pero como dice Tate, habrá mucha gente. Entre todos, deberías hacerte una buena idea de nuestro querido Tate para que no te lleves sorpresas más adelante.

Movió las cejas en dirección a Tate, que negó con la cabeza.

—Sigue así y te cancelaré la invitación al desayuno.

Reese hizo pucheros.

—No puedes hacer eso, me quieres demasiado y, además, no estoy en mi mejor momento: estoy hecha polvo, tengo un exprometido que es un cabrón y todo lo que ya sabes...

Reese hablaba con soltura, como si todo fuera una especie de broma, pero resultaba imposible no ver el dolor que había en sus ojos.

Tate la señaló.

—Ya está bien. Ya veo de dónde saca Paisley todas sus técnicas de chantaje emocional.

—Soy una excelente maestra —respondió Reese con una sonrisa.

Tate negó con la cabeza, resoplando.

—No todos son como Reese, te lo garantizo.

Sonreí.

—Oye, me cae bien Reese. Es divertida.

El resto de su familia llegó poco después, y todos se reunieron en la cocina. Sus hermanos Declan y Tyler llegaron primero, y luego Luke. Su abuela, Beatrice, llegó la última.

Todos los chicos eran altos, me sacaban al menos una cabeza. Eran delgados y fuertes, con cuerpos musculosos pero esbeltos.

Tyler era el más alto, y su complexión era más voluminosa que la del resto de sus hermanos. Reveló que era jugador de hockey sobre hielo, lo cual me pareció lógico. Declan se parecía mucho a Tyler. Tuve la sospecha de que también se dedicaba profesionalmente a algún tipo de deporte, pero para mi sorpresa, era abogado. Supuse que aquellos ojos azules y su imponente estatura le resultarían de gran utilidad en los tribunales.

Al mismo tiempo, parecía ser el polo opuesto de Tyler, que sonreía a todo el mundo. Declan era más serio. Luke también parecía más tranquilo, pero no estaba segura de si era porque acababa de conocerme o si se debía a su personalidad. Físicamente, era parecido a Tate por su pelo oscuro, pero tenía los ojos verdes como Paisley y Reese.

Tate me los presentó a todos.

Tyler sonrió.

—¿Ya te está haciendo trabajar los fines de semana? Mi hermano es un desconsiderado, sí, pero por favor, no renuncies. —Se volvió hacia él y le dijo—: Tate, esta no es forma de hacer que la gente se quede.

—No te preocupes. He querido quedarme y, de todos modos, como anoche dormí aquí, no era un inconveniente. —En cuanto pronuncié las palabras en voz alta, la habitación cayó en un silencio sepulcral.

—¿Has dormido aquí? —preguntó Declan desplazando la mirada hacia Tate, antes de que pudiera disimular mi metedura de pata.

—Sí. Con el apagón de anoche, el ascensor de mi edificio no funcionaba, y vivo en la planta veinte —respondí rápido, quizá demasiado... Incluso Tyler me miró con suspicacia con una sonrisa sagaz. Declan levantó una ceja y volvió a mirar a Tate.

—¿Qué me he perdido? —preguntó Luke, entrando en la cocina. Había ido a su coche para traer una caja de verduras frescas.

—No mucho —dijo Tyler—. Le estamos dando consejos a Tate sobre cómo *no* echar a Lexi después de solo unas semanas.

—Aaah. ¿Qué deberíamos hacer para que esté más preparada? —dijo Luke en tono burlón—. Sí. Cuando tiene este aspecto —dijo frunciendo exageradamente el ceño—, lo mejor es no interponerse en su camino. Nunca se sabe cuándo va a arremeter.

¡Ja! Me había equivocado con él. Se parecía más a Tyler que a Declan. Las pullas entre aquellos hermanos eran divertidísimas.

—Sí. Creo que, como regla general, lo mejor es directamente no interponerse nunca en su camino —dijo Tyler.

Me gustaba la relación que tenían. Tate se lo tomaba todo con calma.

—¿Alguien tiene alguna idea que sea proactiva? —pregunté.

—Esta es de las valientes —comentó Luke—. Me caes bien, Lexi.

—Gracias. Y sí, podría decirse que soy valiente.

—Bueno, a mi hermano le gustan las conversaciones interesantes. Y el vino, por supuesto —propuso Tyler.

—Tomo nota —dije, mirando a Tate, que me observaba con un brillo de diversión en sus ojos. Busqué en su lenguaje corporal cualquier señal de que me estuviera extralimitando: En lugar de estar jugando con Paisley fuera, estaba allí con él y sus hermanos. Pero parecía estar disfrutándolo.

—Creo que yo soy una mejor fuente —comentó—. Todo lo que quieras saber, pregúntamelo a mí.

Dirigí la mirada hacia Luke, endureciendo mi expresión para parecer seria.

—¿Crees que lo dice en serio o va a rebanarme la cabeza si empiezo a preguntarle cosas?

Luke se volvió hacia Tyler y Declan.

—¿Qué pensáis vosotros? ¿Debería jugársela o le conviene cubrirse las espaldas?

Tyler se cruzó de brazos.

—Siempre hay que cubrirse las espaldas.

—¡Vale, todos fuera! —exclamó Luke—, antes de que la abuela empiece a regañarnos por no encender la parrilla.

Hubo un poco de alboroto en la cocina mientras todos salían. Yo me quedé atrás, ayudando a Tate a poner todo lo que había sacado a la encimera en una bandeja. Había miles de salsas: ketchup, barbacoa, mostaza y más.

—Me caen bien tus hermanos —comenté al cabo de un rato.

—Lo que he dicho iba en serio, Lexi. Puedes preguntarme lo que quieras. Eso sí, te lo advierto: Puede que no estés preparada para la respuesta.

Inspiré, ansiosa por hacerle millones de preguntas. Sin embargo, antes de que pudiera formular ninguna, Declan interrumpió en voz alta:

—¡Venga, mueve el culo, Tate!

No tenía muchas tareas de niñera porque la abuela Beatrice estaba pegada a Paisley. Mientras tanto, conversé con Reese, quien me confió que le hacía ilusión comenzar a trabajar en la librería de Beatrice a partir del lunes.

—¡No sabía que aún tuviera una librería! —exclamé.

—Es porque no pudo conservar el nombre original. Esta se llama *The Happy Place*. La abuela insistió en conservarla porque fue la primera tienda que tuvieron, y vivieron muchos años en la planta de arriba. Es la propietaria de todo el edificio. En realidad, no la gestiona ella, claro, tiene un encargado. En fin, he estado echando una mano allí desde que estaba en el instituto, siempre me ha gustado. Fue una de las razones por las que quise convertir las plantas superiores en un *spa* con Malcolm, el cabrón de mi ex. Están vacías y así seguirán, a menos que se salga con la suya.

—¿Por qué no lo abres tú sola?

—Puede que lo haga, en algún momento. Pero sinceramente, ahora mismo mi estado de ánimo no es el mejor como para emprender un negocio. Ahora mismo necesito algo que me distraiga.

Parecía tan abatida que me entraron ganas de abrazarla. Yo también había tenido algunos desengaños amorosos a lo largo de los años.

—¿Quieres hablar de ello? —pregunté, y luego añadí—: A veces hablar con alguien que no esté familiarizado con la situación puede ser de ayuda.

Ella asintió y luego soltó:

—Se acostó con mi mejor amiga.

Jadeé, tapándome la boca con la mano.

Reese suspiró.

—Joder, he contado esto en voz alta un millón de veces y todavía me dan ganas de beberme un chupito de tequila cada vez que lo repito.

—Ay, Reese. Lo siento mucho, qué putada. Si necesitas una aliada para pintar su coche con *spray* o algo así, cuenta conmigo. Si no es tu estilo, olvida lo que he dicho.

Reese se echó a reír y se acercó más a mí.

—Mi hermana y algunos de mis primos ya me lo han ofrecido. No se lo digas a Declan o nos matará.

—Mis labios están sellados.

—Eres muy maja, Lexi. Me alegro de que Tate te haya contratado. Ahora, vayamos a ver qué delicias hay para comer.

Una vez que los hermanos encendieron la parrilla, la comida no paró de llegar. Después de llenarme el plato, Beatrice hizo un gesto con la mano para indicarme que me sentara en el sitio que había a su lado en el sofá de ratán. Miré a mi alrededor en busca de Paisley, pero estaba con Tate. Verlos juntos hizo que se me encogiera el corazón. Fui directamente hacia Beatrice y me senté.

—¿Necesitas algo? —pregunté—. ¿Te apetece algo de beber?

Ya tenía un plato de comida en sus manos.

—No, no, estoy bien. Tyler ya me ha servido esto, y es más de lo que voy a comer —explicó ella—. Me alegro de que te hayas quedado hoy. Le dije a Tate que quería conocerte.

—¿Ah, sí?

—Sí. Hablo con Paisley todas las noches y me ha contado maravillas de ti. Eso es una buena señal. Creo que le gustas más que nadie que haya cuidado de ella otras veces.

—¿En serio? —Se me llenó de alegría el corazón. Estaba empezando a encariñarme con Paisley así que estaba muy contenta de que le cayera bien.

—Es una pena que solo puedas quedarte hasta que acabe el verano.

Mi sonrisa se atenuó levemente.

—Sí, hemos hablado de ese tema con Tate, le dije que le ayudaré a encontrar a otra persona.

—Le he dicho que yo también puedo cuidar de Paisley, pero insiste en que este viejo saco de huesos no puede seguirle el ritmo.

Mientras buscaba las palabras correctas, alterné la mirada entre Tate y Beatrice. Tenía que decirlo con delicadeza, pero en aquel caso estaba de acuerdo con Tate.

—Bueno, es que Paisley es muy activa. Montamos en bici unos cuantos kilómetros cada día. La abuela se estremeció.

—Dios mío. ¿Qué les pasa a los niños de hoy en día? Tienen más energía de la que recuerdo. No pude evitar reírme.

—¿Sabes una cosa? No creo que Paisley sea la única que está más contenta desde que has llegado. —Se inclinó hacia mí y dijo en un susurro conspirativo—: Tate también.

—¿En serio? —pregunté, tratando de mantener una expresión inocente, mientras sentía un calor sospechoso subiendo por mi rostro.

—Sí, está más alegre, no puedo explicarlo. Quizá esté tranquilo porque por fin ha encontrado a alguien que sabe relacionarse tan bien con Paisley. Desde que Nora le dejó, ha estado muy encerrado en sí —añadió.

—Bueno, es que un divorcio siempre deja huellas —murmuré—. Lo he podido comprobar con mis alumnos, y sí que tiene su impacto.

—No es eso. Se culpa a sí mismo de que su matrimonio acabara.

—¡Ay, no! ¿Por qué? —Negué con la cabeza, percatándome de lo que había preguntado—. Perdona. No fue mi intención entrometerme.

—En absoluto, hija. Nunca fueron compatibles. Cuando la conocí, recuerdo que pensé que no era mala persona, pero ella y Tate... simplemente no encajaban. Imagina mi sorpresa cuando se casaron. Creo que la sedujo el apellido.

—Algunas cosas no son tan evidentes al principio.

—Eso es verdad. Pero hay ciertas cosas que uno simplemente *sabe*, no es necesario verlas. No hace falta que alguien te lo diga: Lo *sientes*. —Entrecerrando los ojos, añadió—: Bueno, háblame un poco de ti.

—¿De mí? —pregunté extrañada.

—Tate contó que estás ayudando a tus padres a pagar unas facturas médicas.

—Sí. Lo pasaron mal, así que espero que mi aporte ayude un poco.

—¿Tienes otros hermanos? —preguntó.

—No, soy hija única. —De pequeña, siempre había querido tener una hermana. Mis padres querían tener más hijos, pero las cosas no salieron como esperaban. Por otro lado, yo tenía en mente tener al menos tres hijos, pero a mis treinta y un años, no estaba segura de tener tiempo

suficiente para hacerlo realidad. A esas alturas, sería feliz incluso con solo un pequeño retoño de alegría.

Beatrice me miraba con atención.

—Me parece maravilloso que ayudes a tus padres.

—Gracias —respondí.

—Mis padres también enfermaron en su vejez, pero tengo dos hermanas así que pudimos ayudarlos juntas.

—¿Tu marido también tenía hermanos?

—Sí, tres. Y todos tuvieron muchos hijos. Yo siempre soñé con tener al menos cuatro hijos, pero solo tuvimos dos. El padre de Tate y su hermano.

—¿Dónde está su hermano?

—Se mudó a Londres después de que vendiéramos el negocio de la librería. Sin embargo, mis dos hijos me dieron muchos nietos. Me encantó cuidar de ellos mientras crecían.

—Seis son bastantes.

—Ocho, incluidas mis nietas Kimberly y Reese. Pasaban tanto tiempo en nuestra casa que prácticamente eran todos hermanos. Y ahora Tate cree que no puedo cuidar de Paisley.

Apreté los labios, pues para mí eso era para bien.

—Tate también tenía el deseo de tener muchos hijos, pero las cosas no resultaron como él quería. No puedo creer que piense que no puedo cuidar de mi bisneta. Después de todo, aún estoy en forma para estar al frente de una librería, ¿no?

—¿Vas al negocio todos los días? —pregunté sorprendida.

—Bueno, no tanto. Voy un par de veces a la semana, y el encargado que contraté se ocupa de las tareas diarias. —Con una sonrisa cargada de melancolía, añadió—: Fue el primer edificio que compró mi difunto marido, y abrimos la librería cuando mis hijos eran pequeños. Me siento más cerca de él cuando estoy allí.

Aaay, Beatrice. Era una persona tan cálida y encantadora.

—Mis nietos también pasaron mucho tiempo allí mientras crecían. Me gustaba tenerlos en la librería. Todo el mundo sabía que Declan iba a ser abogado incluso antes de que él mismo lo supiera. Era el más noble, siempre sacaba al resto de apuros o al menos lo intentaba. Una vez, las autoridades del colegio los pilló a todos fumando bajo las gradas. —Se rió al recordarlo—. Declan intentó convencerlos de que era un experimento científico.

Me eché a reír.

—No me lo puedo creer.

—Nadie le creyó. Lo máximo que pude sacarles fue que lo hicieron por un desafío, pero no me dijeron cuál de sus hermanos los había retado. En su momento, una corazonada me dijo que probablemente había sido Luke. Siempre le gustaron los desafíos y, para él, lo más divertido era incitar a todo el mundo a unirse a su idea. A Tyler también le gustaban los retos, pero los suyos iban más por el lado de la actividad física. Pasaba los días animándolos a que hicieran ejercicio después de leer que prolongaba la esperanza de vida. Sam era su seguidor más arduo. Luego siguió por ese camino y se convirtió en médico.

—¿Y Travis? —Era el hermano del que menos sabía.

—Ah, mi Travis se parecía a su abuelo en muchas cosas. Siempre intrépido, un poco aterrador para los demás. Era tremendo. Cuando alguien le caía mal, le metía ranas o insectos en los bolsillos del abrigo: Los espantaba para siempre.

—Seguro que eso era muy eficaz.

—Bueno, no dejes que te entretenga con mis cuentos. Ve a llenar tu plato. Acaban de sacar mazorcas de maíz asadas, aprovechad vosotros que aún conserváis los dientes *auténticos* — sugirió.

Riéndome, me levanté.

—Ha sido un placer hablar contigo, Beatrice.

Me guiñó un ojo.

—Eres perfecta para Paisley. —Tras una breve pausa, añadió—: Y para Tate también.

Sentí que las mejillas se me calentaban hasta las orejas. Me alejé con rapidez, dirigiéndome a la parrilla.

En ese momento era Tyler quien estaba al mando de la parrilla. Le tendí mi plato y le pedí:

—¿Me servirías una mazorca de maíz?

—Sí, señorita —respondió, poniéndome una en el plato. Me miró con un brillo en los ojos—. Que sepas que puedes preguntarme cosas sobre mi hermano cuando quieras. Prometo sinceridad al cien por cien.

—¿Y acaso él sabe que vas por ahí ofreciendo información suya?

—Apuesto a que sí. —Sonrió con suficiencia—. En mi defensa, solo lo hago por la gente que me cae bien. Y tú me caes bien, Lexi.

Sonreí, me gustaba la afinidad que había entre todos nosotros. No me sentía como si estuviera trabajando, sino como si formara parte de la pandilla. Sentía que me abrazaban como a uno de los suyos.

Eché un vistazo a mi alrededor buscando a Reese, pero no la veía por ninguna parte.

—¿Dónde está Reese? —pregunté a Tyler.

—Acaba de irse.

—Ah, vale. Entonces voy a ver cómo está Paisley.

Estaba en el otro extremo del jardín, sentada junto a su padre.

—¿De qué estáis hablando? —pregunté al acercarme.

—Le estaba diciendo a papá que hoy quiero ver *El libro de la selva*.

Tate me dirigió una mirada muy profunda.

Se me levantaron las comisuras de los labios. *Así que aquí es donde él marca el límite.*

—Bueno, creo que tu padre estará un poco cansado después de hacer una barbacoa para tanta gente, pero ¿qué te parece si la miramos el lunes?

Paisley se iluminó.

—Vale. Voy a decírselo a la bisabuela. Quizá ella también quiera verla. —Bajando del regazo de Tate, se dirigió enseguida a Beatrice.

—Gracias —dijo con un suspiro—. ¿Cómo te has dado cuenta de que se me estaba haciendo difícil encontrar una buena excusa?

—Parecías un poco bloqueado, así que pensé que necesitabas un poco de ayuda.

—Gracias por venir a rescatarme —dijo con un brillo en los ojos—. He visto tantas veces *El Libro de la Selva* con ella que cuando oigo de nuevo la misma canción me dan ganas de reventar la pantalla.

Nos reímos un momento y luego me preguntó:

—¿Te estás divirtiendo?

—Sí. Tu abuela es encantadora.

—Es increíble —dijo con admiración en su voz.

—Toda tu familia lo es. Hace que eche de menos a mis padres. Ellos también celebran a menudo reuniones como esta, les encanta invitar a vecinos y amigos a sus barbacoas los fines de

semana. Bueno, solían hacerlo, antes de que operaran a mi madre. Pero en cuanto esté mejor, las cosas volverán a la normalidad. —Miré a mi alrededor con una sonrisa, lamentando tener que marcharme—. Ha sido un día estupendo. Me alegro de haberme quedado.

Su sonrisa desapareció.

—¿Te vas?

—He quedado con mi amiga, ¿recuerdas?

—Vale, te acompaño fuera.

—No hace falta, sé por dónde salir —afirmé.

—Sé que lo sabes. Es que quiero unos minutos a solas contigo, alejados de la vista de mis hermanos.

El corazón me dio un vuelco. Miré a nuestro alrededor con la mayor discreción posible, y sí, todo el mundo nos estaba mirando, incluso Beatrice.

—¿Por qué nos miran? —pregunté.

—A mis hermanos se les están ocurriendo... cosas.

Eso no estaba muy claro que digamos. Y encima me dedicó una sonrisa misteriosa. Abrí la boca y volví a cerrarla. No estaba segura de *querer* saber lo que quería decir.

Me acompañó a través de la casa y, en cuanto cerramos la puerta que daba al jardín, sentí un cambio entre nosotros, como si el propio aire fuera diferente, más caliente y lleno de tensión.

Cuando llegamos a la puerta principal, me puso una mano en el brazo. Mi piel chisporroteó. A continuación, tiró ligeramente de mí para girarme hacia él, sosteniéndome la mirada.

—No hemos hablado de lo de anoche.

Me mordí el labio inferior. Para ser sincera, no quería hablar de nada de lo que había pasado. ¿De qué serviría? Sabía todas las razones por las que las cosas no iban a funcionar.

El lunes tendríamos que encontrar la manera de que todo volviera a ser como antes: una simple relación entre empleado y empleador. Sin embargo, en ese instante, mi mente empujaba en una dirección y mi corazón en la diametralmente opuesta.

—No sé qué decir —contesté.

Se acercó y posó una mano en mi cara, tocándome la mejilla con el dorso de los dedos.

—He pasado toda la noche pensando en ti acostada con mi camiseta.

—¿Ah, sí? —susurré.

—Tuve que contenerme para no subir y llamar a tu puerta. Repito, no podía dejar de pensar en ti.

Todo mi cuerpo vibró.

—Yo también.

Gruñó, acercando su boca a mi oído. Apreté los muslos al tiempo que una ola de calor subía entre mis piernas.

Volvió a gruñir, rozando mi cuello con sus labios y desplazándolos arriba y abajo sobre mi piel.

—¿Qué voy a hacer contigo, Lexi?

—¿Cuáles son las opciones? —pregunté con tono desenfadado.

—Besarte contra esta puerta o llevarte arriba.

Me reí con nerviosismo.

—No creo que ninguna de las dos sea una buena opción. Tu familia está en el jardín, ¿recuerdas? —De repente, me imaginé a toda la familia apretando la nariz contra una ventana, intentando ver qué hacíamos.

Gruñó una vez más, apartándose un poco.

—Es verdad. ¿Cómo he podido olvidarlo? Si nos quedamos aquí más tiempo, seguro que alguien irrumpe por esa puerta.

—Tate —susurré, con voz tranquila—. No deberíamos seguir.

—Lo sé. —Su mirada pasó instantáneamente de juguetona a seria, pero siguió acariciándome la mejilla con los dedos. Ese simple contacto era abrumador. Frunció el ceño, mirándome la boca—. Eres peligrosa para mí, Lexi.

Mis ojos se abrieron de par en par.

—¿Por qué?

—Porque siento algo por ti. —Presionó mi labio inferior con el pulgar—. Te deseo.

Tragué saliva, inspirando profundamente.

Dio un paso atrás y me soltó.

—Pero tienes razón. No deberíamos seguir. No sé si soy capaz de hacer lo correcto. No cuando se trata de ti. —Abrió la puerta principal y me miró con atención.

Mi cuerpo vibraba por la adrenalina y por el profundo deseo de acortar la distancia que nos separaba. *Dios mío*. En ese momento, supe que yo tampoco era capaz de hacer lo correcto. ¿Cómo iba a hacerlo cuando me estaba mirando con tanta pasión?

¿Y esa increíble sonrisa? Hizo que mi ropa interior empezara a arder.

¿Bragas? En llamas.

¿Sujetador? Echando humo.

¿Y lo más peligroso de todo? También había derretido todas mis defensas, y entonces supe que tenía que hacer algo al respecto.

Iba a pensármelo mucho durante el fin de semana, pero no me parecía buena idea continuar siendo la niñera de Paisley.

Capítulo Nueve

Tate

Después de que Lexi se fuera, me hice una promesa: no contactaría con ella hasta el lunes.

Volví al jardín, dirigiéndome directamente a la parrilla. Tyler y Declan intercambiaron una mirada de complicidad antes de mirarme.

—No quiero que digáis nada —dije mientras cogía el tenedor, colocaba el maíz en la parrilla y daba la vuelta a las cinco alitas de pollo que había puesto antes de entrar en la casa con Lexi.

Declan volvió a mirar a Tyler.

—No ha dicho nada de que no podamos hablar entre nosotros.

Tyler levantó las manos.

—Me reservaré mi opinión.

—Yo no —afirmó Luke—. Me gusta lo que he visto hasta ahora.

—Ya he dado mi opinión al respecto —contestó Declan.

Tyler puso los ojos en blanco.

—¿Quieres dejar tu papel de abogado por un momento?

—Solo soy un hermano preocupado —señaló Declan.

—No hay necesidad de preocuparse por mí —repliqué, alto y claro—. ¿Por qué no nos ocupamos de los verdaderos problemas de la familia? Por cierto, ¿dónde está Reese? No ha querido hablar del tema, pero he supuesto que las cosas con Malcolm no van bien.

—Se fue hace un rato —respondió Declan—. Y no, las cosas no van bien. Malcolm insiste en seguir adelante con el *spa*. El Halsey Group tiene mucho en juego.

El Halsey Group era la empresa en la que trabajaba Malcolm.

—¿Qué coño le pasa? —exclamé. Se me pusieron los pelos de punta—. No se lo digáis a la abuela. No hasta que lo sepamos con seguridad.

—No pensaba hacerlo —respondió Declan.

No iba a permitir que nadie hiciera daño a mi familia. Ni a mi abuela, ni a mis primos, a ninguno de sus miembros. Iba a asegurarme de ello.

—Cambiemos de tema, la abuela está viniendo hacia aquí —dijo Luke—. No pongáis cara de culpa o sabrá que estamos ocultando algo.

Habíamos perfeccionado el arte de la cara de póquer a lo largo de los años, pero engañar a la abuela no era una misión fácil. Cogió una alita de pollo y echó un vistazo al grupo.

—Sea lo que sea lo que creéis que estáis haciendo, no está funcionando —dijo con indiferencia—. Y antes de que preguntéis cómo sé que ocultáis algo, recordad que os he pillado a los seis tramando cosas desde que apenas podíais andar.

—Abuela, danos un respiro —dijo Luke.

Cogió otra alita de pollo.

—Lo haré. Por ahora.

Tyler se rió entre dientes, Luke le guiñó un ojo a la abu y Declan se limitó a negar con la cabeza.

Al parecer, no habíamos perfeccionado la cara de póquer tanto como pensaba.

En cuanto la abuela regresó al columpio donde estaba sentada Paisley, Tyler dijo:

—Mejor hablemos de esto en la oficina. Esta vez hemos conseguido librarnos, pero no creo que sea tan indulgente la próxima.

—Vale —respondí, y decidí seguir al mando de la parrilla porque Tyler se merecía un descanso.

Veinte minutos más tarde, recordé por qué no era buena idea que mi hermano tuviera demasiado tiempo libre: Se le ocurrían *ideas*. No me percaté de lo que estaban tramando él y Paisley hasta que ambos intercambiaron miradas sospechosas y escondieron las manos detrás de la espalda.

—¿Qué es esto...? —comencé a decir, pero antes de que pudiera terminar la frase, ambos tiraron unos bombetas al suelo. Me reí tan fuerte que casi me parto una costilla, al igual que Declan. Luke los miraba con tanto orgullo que me pregunté si él no habría sido el artífice de la idea en primer lugar.

Un día más en la familia Maxwell.

Todos se marcharon unas dos horas después y Paisley y yo pasamos la tarde en el lago antes de irnos a dormir.

Al día siguiente, la llevé a uno de los viñedos ubicado en las afueras de Chicago, a una hora de distancia de donde crecí. Bodegas Maxwell poseía viñedos por todo el país, aunque no era necesario visitarlos todos; ya que contaba con excelentes *vignerons* que conocían el proceso de producción a la perfección, y estábamos en constante contacto.

Siempre disfrutaba de pasar tiempo en los viñedos; me relajaba, y a Paisley también le encantaba. Ella lo consideraba como un paseo, así que la llevaba allí cada par de meses.

Dado que era domingo, cuando llegamos, no había nadie trabajando en la viña.

—Papá, las uvas tienen buena pinta, pero son un poco pequeñas, ¿no?

—Así es. Son jóvenes como tú, cariño. Menos mal que la tormenta de la otra noche no las dañó. —Esa era otra de las razones por las que había sugerido ir allí aquel día. Aunque mi equipo me aseguró que la tormenta no había causado ningún daño, quería volver a comprobarlo personalmente. De momento, todo parecía en orden.

Por alguna inexplicable razón, pensé que a Lexi le hubiera gustado compartir ese momento con nosotros. Desde el día anterior, había estado todo el tiempo en mis pensamientos. Por lo general, estar en un viñedo despejaba completamente mi mente, pero ese día me resultaba imposible no tenerla presente.

Paisley caminaba despacio delante de mí, deteniéndose cada pocos pasos mientras revisábamos juntos las uvas. Visualizaba el día en que ella se haría cargo de las Bodegas Maxwell, pero nunca se lo diría. No quería cargarla con ninguna expectativa ni presión. Mi padre siempre nos decía que podíamos hacer lo que quisiéramos, que no esperaba que deseáramos trabajar en las Librerías Maxwell. Él había tomado el relevo de su padre sin haber tenido la oportunidad de descubrir qué era lo que más le gustaba. No quiso lo mismo para nosotros, y le respetaba mucho por ello.

—Papá, ¿podemos venir aquí durante la vendimia? —preguntó una vez que nos sentamos en un banco junto a la entrada del viñedo. Paisley estaba sacando uno de los bocadillos de mantequilla de cacahuete que le había metido en la mochila.

—Claro, buscaremos un fin de semana para hacerlo. —Dependiendo del tiempo, la cosecha podía empezar hacia finales de agosto. Sin embargo, normalmente se iniciaba más tarde y finalizaba a mediados de octubre.

De repente, mi teléfono sonó al recibir un mensaje mientras Paisley comía su bocadillo. Cuando vi el remitente, me tensé al instante.

Nora.

Nora: No sé si podré llevarme a Paisley de vacaciones este año. Te aviso para que puedas prepararla. TAL VEZ pueda, pero existe la posibilidad de que tenga que dejarlo para otro momento.

Apreté los dientes, sin molestarme en contestar. Estaba dejando para otro momento absolutamente toda la vida de Paisley.

—¿Qué te pasa, papá? —preguntó ella, y yo rápidamente disimulé mi expresión.

—Tu madre dice que quizá tenga demasiado trabajo para irse de vacaciones. —Contesté eso con un tono amable, evitando cualquier acusación.

Paisley guardó silencio unos segundos antes de decir:

—Al menos vendrá para mi cumpleaños.

—Sí, lo hará.

Paisley consideraba su cumpleaños el día más importante del año, lo cual podía deberse a que unos años antes se convirtió, extraoficialmente, en el “día del Sí”. En mi familia, las fiestas de cumpleaños de la infancia siempre habían sido legendarias, y quería continuar la tradición con mi hija.

Guardó un sospechoso silencio mientras seguía comiéndose el bocadillo.

—Paisley, ¿va todo bien? —pregunté.

Me miró, frunciendo el ceño, como si estuviera considerando cuidadosamente cada palabra.

—Papá, ¿no sería bonito tener a una chica aquí con nosotros?

Parpadeé, echándome hacia atrás. No me imaginaba que la conversación iba a ir por ese lado.

—Tal vez.

—Yo puedo ayudarte a conseguir una buena chica. La rubia de la playa del año pasado no me gustaba.

No tenía respuesta para eso. Siempre me había cuidado de mantener mi vida sentimental completamente fuera del radar de mi hija, pero el año anterior conoció una de mis citas a causa de un percance. Habíamos acabado todos en la misma playa y no tuve más remedio que presentarlas. Elizabeth, mi cita, había tratado a Paisley como si tuviera tres años, y al final me confesó que los niños no eran lo suyo. Por supuesto, nunca volví a llamarla.

—No tienes que buscarme a nadie, Paisley.

Mis pensamientos se dirigieron directamente a Lexi.

Ya he encontrado una.

—Podríamos salir todos y divertirnos.

—¿Estás diciendo que no soy divertido? —pregunté, guiñándole un ojo.

—No siempre —contestó con una sonrisa tímida.

—¿Qué? Yo siempre soy divertido.

—Demuéstralo. —Se levantó, con una expresión desafiante en su rostro: mi pequeña y competitiva niña. Sabía exactamente lo que quería.

—Te perseguiré hasta la cima de la colina. Apuesto a que sigo siendo más rápido.

—No, yo soy más rápida que tú. Ya verás. —Con una risita, se dio la vuelta y echó a correr. Le di unos segundos de ventaja antes de empezar a perseguirla.

—¡Te dije que era más rápida! —exclamó Paisley segundos antes de llegar a la valla.

La dejé ganar a propósito porque me gustaba jugar a ese juego con ella, la hacía sonreír de oreja a oreja. Desde que tenía solo unos meses, me había tenido comiendo de su mano con esa sonrisa.

—¿Así que no soy divertido, eh? —desafié, impidiéndole el paso, alternando el apoyo entre una pierna y la otra y manteniendo los brazos abiertos a los lados.

Paisley soltó una risita, apoyando los brazos a los costados. Pero cuando dirigió su mirada hacia un lado, probablemente para planear su huida, bajó un poco la guardia y aproveché la oportunidad: Fui directo a por sus axilas, haciéndole cosquillas. Chilló de risa.

—Vale, vale. Eres divertido, papá.

Me incorporé al instante, bajando los brazos. Que mi hija me llamara papá en vez de papi equivalía a que un padre llamara a su hijo por su nombre y apellido. En ese instante, supe que había llegado el momento de poner fin al juego.

Levanté las palmas de las manos en señal de defensa, y ella me dedicó otra de sus radiantes sonrisas.

—¿Qué quieres hacer? ¿Volver a Chicago? La abuela ha dicho que nos espera para la hora de la cena, pero no creo que le importe que lleguemos antes.

—Podemos ir ahora —contestó.

En el trayecto de vuelta a la ciudad, no dejaba de darle vueltas a nuestra conversación. Desde el divorcio, había dividido mi tiempo entre mi hija, mi familia y las Bodegas Maxwell. Decidí dejar de lado todo lo demás. Había sido tanto un mecanismo de autodefensa como un instinto de supervivencia. Pero Lexi era muy divertida y guapa, y me hacía reír sin siquiera intentarlo. No iba a dejar escapar eso.

Quería tener a Lexi en mi vida.

La necesitaba.

Llegamos a casa de la abuela una hora más tarde. Tras aparcar el coche, noté que la pantalla de mi teléfono se iluminó con un mensaje. Tenía intención de ignorarlo, pensando que podría ser Nora otra vez, pero entonces el nombre de Lexi atrajo mi atención.

Lexi: ¡Hola! Tengo una infección de oído y me encuentro fatal. No sé si podré ir mañana. Por otro lado... creo que sería conveniente que te pusieras en contacto con alguna de las personas a las que entrevistaste para ofrecerles el trabajo.

Capítulo Diez

Lexi

El dolor de oído se volvió inaguantable al darme la vuelta sobre la almohada.

Oh no, ¿por qué habré hecho eso?

Ah, es verdad, está sonando el teléfono.

Contesté con el oído bueno sin prestar casi atención.

—¿Cómo estás? —Era la voz de Tate.

—Como si me hubiera atropellado un camión, y como si cada vez que intento levantarme volviera a pasarme por encima.

—¿Por qué?

—Al parecer, no me saqué bien el agua del oído cuando fui a nadar con Paisley. Le repetí a ella una y otra vez que lo hiciera, y se me olvidó hacerlo yo misma. Y ahora tengo una infección. O eso es lo que me explicó el médico.

—¿Necesitas algo? —preguntó con la voz desbordada de preocupación.

Me estaba derritiendo.

—No, tengo mi medicina.

—¿Comida?

—No como desde ayer. Cuando trago me duelen los oídos. Ahora mismo estoy superorgullosa de mí misma por haber contestado el teléfono.

—Vale, estaré ahí en media hora.

Mis ojos se abrieron como platos.

—¿Qué? No. No tienes que venir para ver cómo estoy.

—Claro que sí, estás enferma. He dejado a Paisley con la abuela, así que voy a ir a tu casa.

—Tate.

—Lexi —respondió.

—De verdad que no es necesario.

—Voy a ir.

No podía ganarle cuando se ponía así de alfa ni estando sana: en ese momento no tenía manera de resistirme a él.

—Vale, gracias —susurré.

Tras colgar, me levanté y fui a darme una ducha. El día anterior solo había podido refrescarme en el lavabo debido al mareo, y podía sentir mi olor corporal. Me moví más lentamente de lo normal, pero contenta de no sentir náuseas, solo un poco de inseguridad.

Tocaron al timbre apenas terminé de vestirme y corrí a abrir.

Tate estaba en el pasillo con una bolsa de papel y otra más pequeña de plástico. Me contempló de arriba abajo.

—Te ves fatal.

—Gracias por los ánimos —contesté con una carcajada—, pero tengo que sentarme. Solo tenía energía para abrirte la puerta.

Fui directamente a sentarme en el sofá, mareada una vez más, y me tapé con una manta. Me encantaba acurrucarme con las mantas en el sofá, incluso en verano. La encimera de la cocina estaba enfrente de donde me encontraba sentada, y miré a Tate fascinada mientras sacaba comida de la bolsa de papel.

¿Me había traído comida? Guau, no podía creerme lo atento que era; que yo fuera tan importante para él.

—Te he traído algunas cosas, ¿vale? Son fáciles de comer, como sopa, para que te mantengas hidratada.

—Gracias, es todo un detalle. ¿Cuándo has ido a por todo esto?

—He parado en un supermercado viniendo hacia aquí.

Se movió con facilidad por la cocina y puso la comida en la nevera. Me miraba de reojo de vez en cuando: mi cuerpo vibraba cada vez que nuestras miradas se cruzaban.

Una vez vació la bolsa, vino y se sentó a mi lado. El sofá se hundió bajo su peso. Aunque me sentía fatal por culpa de la infección de oído, no pude evitar fijarme en su barba de varios días y su aroma. No era solamente su colonia; tenía la fragancia del exterior.

—¿Has ido al médico?

—Sí. Me han dado unas gotas y antibióticos. No pueden asegurar cuándo se pasará el dolor. Pueden pasar dos días, quizá más. Al parecer depende de mi cuerpo. Odio cuando dicen eso.

Se rió, pero su mirada no reflejaba buen humor.

—¿A qué te refieres con que renuncias, Lexi?

Suspiré, no muy segura de por dónde empezar. Evité su mirada; era demasiado en aquel momento. Era como si pudiera ver a través de mí.

—Bueno, está claro que no puedo evitar ligar contigo. Quieres proteger a Paisley, y lo entiendo perfectamente. Estoy enfadada conmigo misma por haber desobedecido a mi código ético personal: que es todavía mayor prueba de que eres irresistible para mí. Y ahora no puedo parar de divagar. Y después te presentas con comida, y... quiero decir, ¿estoy soñando?

Miré hacia arriba para verle: estaba sospechosamente silencioso. Para mi sorpresa, parecía divertido.

—Joder, eres tan mona —comentó.

—¿Porque estoy divagando?

—Lo eres, ya está. —Me arropó con la manta y puso una mano sobre mi hombro. Me gustó sentir la calidez de su mano sobre mí.

—¿Qué habéis hecho hoy Paisley y tú?

—Fuimos a uno de los viñedos y estuvimos paseando, viendo cómo estaban las uvas. Nora me escribió para decirme que quizá no va a poder cumplir su promesa de llevar a Paisley de vacaciones este otoño.

—Oh, no. ¿Qué tal se lo ha tomado Paisley?

—Con serenidad.

Podía sentir cómo construía un muro a su alrededor. No podía explicar cómo, pero lo percibía. Sin embargo, una sonrisa se dibujó en su rostro, como si le hiciera gracia algún pensamiento.

—Paisley y yo hemos hablado de mi vida amorosa esta tarde. Dice que *ella* puede encontrarme una mujer *buena*.

—No suena como si lo hubiera dicho ella. —Fruncí el ceño, sin entender a dónde quería llegar. Mi corazón se aceleró—. ¿Qué quieres decir? —susurré.

Se aclaró la garganta, me miró fijamente y volvió a poner los dedos bajo mi mentón.

—No quiero que te preocupes por nada. Tómate unos días libres para recuperarte. De todas maneras, mañana es 4 de Julio, así que quédate en casa y relájate. Voy a estar cuidándote, después ya veremos.

—Tate...

—Lexi...

—No tienes que cuidarme.

—Pero quiero. Y lo voy a hacer, sin discusiones.

Puse los ojos en blanco.

—Bueno, como tú quieras, señor Alfa.

A la mañana siguiente me pregunté si la noche anterior, con Tate siendo tan atento y llenándome la nevera, había sido un sueño. Ya me sentía mejor. El dolor se había mitigado un poco, pero los ojos se me seguían llenando de lágrimas al mover la cabeza bruscamente. El doctor había dicho que la infección de oído podía afectar también a la nariz y a los ojos, y definitivamente era lo que estaba pasando.

Fui a la cocina y abrí la nevera para ver si me quedaban yogures. No pude evitar un jadeo al ver todos los envases de comida.

Guau... ¡No me lo había imaginado! ¡Tate de verdad había estado allí!

Me llevé una mano al pecho con una sonrisa. Ese hombre era único.

Cogí el móvil y le mandé un mensaje.

Lexi: Gracias otra vez por la comida. Sinceramente, creía que tu visita de anoche habían sido imaginaciones mías.

Tate: ¿Te encuentras mejor?

Lexi: Sí, un poco. Estaba pensando en tomarme un zumo... pero es verde.

Tate: ???????

Lexi: Las bebidas verdes me dan cosa.

Respondió pasados unos segundos.

Tate: Solo le había oído decir cosas así a Paisley.

Lexy: Y esa es la razón de que me gusten tanto los niños. ¿Cómo está?

Tate: Con la abuela.

Lo sabía. Hacía un tiempo, me había preguntado si sería posible que trabajara el 4 de Julio, ya que él iba a tener clientes en la fecha.

Lexi: ¿Se lo ha tomado mal?

Tate: No. No te preocupes por nada. Concéntrate en recuperarte, ¿vale?

Lo que sí me tenía preocupada era decepcionarla si ya no volvía, y después de lo que Tate había comentado sobre su conversación con Paisley acerca de su vida amorosa, estaba todavía más confundida que antes. ¿Qué significaba?

Mi corazón martilleaba con solo pensar en él.

Me mentalicé para darle un sorbo al zumo, y para mi sorpresa, no supo nada mal. Me provocó una sensación refrescante y, a diferencia de las veces anteriores, no me dolió el oído al tragarlo.

Me encontraba mucho mejor que el día anterior, pero no lo suficiente como para salir de casa, así que me acomodé en el sofá para ver Netflix.

Jenny y Ella me mandaron una foto en el campamento con el mensaje: «Feliz 4 de Julio».

Les respondí con un puchero y me llamaron inmediatamente. Me pasé la siguiente media hora hablando con ellas, y después me dispuse a empezar de nuevo la serie *Reign*. A mitad del primer episodio me di cuenta de que no le estaba prestando ninguna atención. Estaba pensando otra vez en la conversación de Tate y Paisley.

Cogí el móvil y estuve a punto de mandarle un mensaje preguntándole sobre ello, pero lo borré. Todavía no estaba lista para tener esa conversación. Seguro que empezaría a divagar de nuevo. ¿Y si comenzaba a hablar como el día anterior? Sin duda, volvería a divagar.

No sabía qué hacer. Necesitaba consejo, así que llamé a mi madre.

—Hola, cariño. ¿Qué tal estás? —preguntó.

—Mucho mejor que ayer.

—¿Tienes comida? —dijo con voz preocupada. Aquel detalle me hizo sonreír al recordar la versión anterior de mi madre, cuando era más joven y fuerte, y antes de que sus problemas de corazón comenzaran. Me hacía feliz que sonara más cómo esa persona.

—Pues sí tengo. Ayer Tate vino para traerme comida.

—¿Tate? ¿Tu jefe?

—Sí. —Titubeé un poco— Mamá, tengo que contarte una cosa.

Le resumí la situación: mi atracción por Tate, que era recíproca, y de que no estaba segura de qué hacer:

—Y ni siquiera sé si merece la pena darle tantas vueltas. Quiero decir, soy profesora. Salir con el padre de un alumno no está bien. —Sin mencionar que era mi jefe, pero eso era temporal y no tan sobrecogedor.

—Cariño, yo también fui profesora, así que te entiendo, pero Paisley no es alumna de tu colegio. No veo dónde estaría el problema. Eres demasiado dura contigo misma... ¿O hay algo que no me estás contando?

Tenía la capacidad de ver a través de mí.

—Tengo miedo de enamorarme de él, mamá. Parece un poco distante. Creo que es por el divorcio.

—No puedes saber lo que te estás perdiendo si no arriesgas, cariño.

—Temía que dijeras eso —contesté—. Quizá necesitaba oírlo. ¿Cómo estás? ¿Papá te mimaba mucho?

—Así es. Últimamente cocina como para una familia numerosa.

Podía imaginármelo viniendo de mi padre.

Conversamos un poco más antes de colgar. Al ojear el móvil, me di cuenta de que tenía mensajes de Jenny y Ella. Me preguntaban cómo me encontraba.

Me hice una foto con el zumo y la nevera llena para mandarla al grupo que teníamos las tres.

Lexi: Hoy estoy mejor. Mi jefe, inalcanzable pero irresistible, vino a traerme comida.

Jenny: ¿Qué hizo qué? Tía, me gusta este chico

Ella: Estoy de acuerdo. Me gusta mucho, pero mucho.

Ay, sí. A mí también.

Paisley y Tate ocuparon mi mente el resto del día, junto con las palabras de mi madre. No sería justo para ninguno de los dos que me fuera en aquel momento. Y, en realidad, yo no quería hacerlo; pero no tenía ni idea de dónde se quedaba la situación con Tate en ese caso. Reuní la valentía suficiente para enviarle un mensaje aquella noche... tras recibir un pedido de comida a domicilio. Me había enviado más sopa.

Lexi: Hola. Gracias por la sopa. Me encuentro mucho mejor. Puedo volver mañana por la mañana. He pensado sobre el trabajo y he decidido que me quedo.

Tate: ¿Has pensado también en mí?

Me reí. ¿Esa era su respuesta?

Lexi: Imposible no hacerlo, entre la sopa y el zumo.

El corazón me iba a mil.

Tate: Sabes a qué me refiero.

Me mordí el labio, dubitativa antes de responder.

Lexi: Hmm... en realidad no. Dijiste que hablaríamos cuando estuviera mejor. Ahora estoy mejor.

Añadí una carita sonriente antes de enviarlo.

Tate: Lo sé, pero preferiría hablarlo en persona y no puedo acercarme ahora, ni siquiera puedo llamar. Estoy leyéndole a Paisley un cuento para que se duerma.

Solo con imaginármelo leyendo a su hija mi corazón palpitó con fuerza.

Tate: Pero mañana por la noche tú y yo tendremos una charla.

Dejé pasar un rato antes de responder; de alguna manera, sentía que hacerlo implicaría una vuelta de página.

Lexi: Vale.

Mi madre tenía razón, y yo estaba dispuesta a asumir ese riesgo.

Capítulo Once

Lexi

El martes, Paisley y yo decidimos redecorar su habitación.

—¿Estás segura de que a tu padre no le importará? —pregunté mirando a nuestro alrededor. Le había enseñado unas fotos de mi apartamento en Navidad y había quedado obsesionada con las luces decorativas, sobre todo después de enterarse de que dejaba algunas colgadas durante todo el año.

—Sí, no le importa —respondió con bastante inocencia.

Le había mandado un mensaje a Tate media hora antes, pero aún no había respondido; no quería sobrepasar los límites. Preferí verificar con él antes de empezar el proceso.

—¿Sabes qué? ¿Por qué no esperamos a que papá responda y mientras tanto vamos a comer por segunda vez? —ofrecí—. Después, podemos ir a Home Depot y comprar todo lo que necesitamos.

—Vale —concedió Paisley.

Bajamos las escaleras, y le preparé tostadas con su queso favorito.

—¡Están superricas! —elogió.

—Lo están, además, me muero de hambre,

—¿Por qué hoy no has desayunado aquí? —preguntó Paisley.

—Me he quedado dormida.

Sonrió.

—¿De verdad? No sabía que los mayores se podían quedar dormidos.

Solté una carcajada.

—Pues a mí, una persona mayor, le pasa. ¿Nunca te pasa a ti, o a papá?

Se encogió de hombros.

—No sé. Está aquí todas las mañanas para desayunar. Nunca he tenido que ir a su cama y despertarle.

Guau. Eso era un padre logrando con creces «ser mayor». Yo nunca dormía más de la cuenta en periodo escolar porque las clases empezaban a las ocho, pero los veranos eran mi momento de relax. Ni siquiera solía poner alarmas, que era lo que había ocurrido la noche anterior.

Tampoco ayudó el hecho de haber estado soñando con cierto tío buenorro. Ese hombre tenía un efecto extraño sobre mí, pero lo atribuí al hecho de que había estado pensando en él con mucha intensidad.

Cuando el teléfono avisó de un mensaje recibido, mi corazón perdió el compás.

Tate: Claro que sí. ¿Cómo te encuentras?

Mi pulso se aceleró.

Lexi: Genial. Ya no me duele el oído. No puedo olvidar el tratamiento con las gotas y los antibióticos.

Tras unos mensajes más con Tate, le di la noticia a Paisley:

—Tu padre dice que vale.

Dio una palmada:

—Te lo dije.

—Lo sé, solo quería asegurarme. Así que vamos a terminar la tostada y nos podemos ir. —Su entusiasmo por decorar la habitación era contagioso, hasta el punto de que yo también estaba deseando ver cómo quedaba.

Tate tenía dos coches, un Mercedes y un BMW; este último era el que cogía si tenía que llevar a Paisley a alguna parte. Tenía cuidado al conducirlo: era un todoterreno nuevo, mucho más grande que mi Mini Cooper de segunda mano que muy raramente utilizaba. Me movía principalmente en Uber y transporte público.

Me encantaba pasar tiempo con Paisley. Era una niña buena, que no aprovechaba cualquier situación a su favor, y me impresionó que no pidiera nada más que las luces. Compramos bastantes más de las necesarias, pero me imaginé que podríamos usarlas en alguna otra parte de su casa en la época de Navidad.

Una vez volvimos, nos dirigimos directamente a su cuarto para colocarlas.

—¿Dónde quieres ponerlas? —pregunté, echando un vistazo al lugar.

—¡Por todas partes! —exclamó. Me reí.

—Vale... a ver, tengo algunas ideas. ¿Por qué no ponemos una tira de luces alrededor de las ventanas? Necesitamos un enchufe cerca, así que eso nos va a entorpecer un poco.

Paisley hizo un puchero con el labio inferior.

—Vale.

—Seguirá pareciendo que ha salido de un cuento de hadas —le prometí.

Nos llevó toda la tarde colocar las luces titilantes, especialmente porque Paisley no se decidía dónde ponerlas. Tenía muchos enchufes en la habitación, así que teníamos varias opciones. Al final, se decantó por una tira alrededor de cada ventana, una alrededor de su cama, y otra en el estante de los juguetes. Encendimos todas y las miramos desde el marco de la puerta, admirando nuestro trabajo mientras le trenzaba el pelo.

—Creo que nos ha quedado muy bien —comenté.

—Me encanta. Soy como una princesa —respondió mientras corría a su cama antes de que pudiera terminar la trenza. Se deshizo nada más comenzó a saltar en el colchón: no paraba de sonreír contemplando su habitación.

Le saqué una foto contra el fondo de luces. La sonrisa le iluminaba la carita. Se la envié a Tate, que respondió al momento.

Tate: Alguien está contenta. ¿Podrías enviarme también una foto tuya?

¿Por qué preguntaría eso? ¿Y por qué mi corazón reaccionaba dando un vuelco?

Tate tenía ese efecto sobre mí. Tan solo recordar sus palabras y la sensación de sus labios sobre los míos despertó un fuego en mi interior.

—Vamos a sacarnos una foto, Paisley —dije—. Pero espera, deja que termine tu trenza primero.

—Vale. —Casi no podía mantenerse quieta mientras la hacía; después hizo la mía. Era un poco caótica, pero me gustaba ver como aumentaba la seguridad en sí misma cada vez que trenzaba mi cabello, mejorando con cada intento.

Levanté el móvil y sonreí a la cámara mientras Paisley levantaba mi trenza a un lado para que resultara visible en la foto. Su sonrisa, tan grande que mostraba su dentadura al completo, no tenía precio. Estaba orgullosísima de ella misma. Se la envié a Tate con un mensaje.

Lexi: Cada vez hace mejores trenzas.

No respondió, así que aparté el móvil y me centré en Paisley.

—Gracias por ayudarme con mis luces —me dijo—. Les voy a hacer una foto con el móvil y enseñársela a mi amiga. Dijo que solo las mamis podían redecorar, y yo le dije que tú también podías.

Se me cayó el alma al suelo. Observé a Paisley cautelosamente; su sonrisa se apagó ligeramente. No estaba segura qué responder.

—Cuando quieras hacer algo que los demás hagan con sus mamás, puedes pedirselo a tu padre o a mí.

—¿Puedo preguntarte a ti? —repitió, mirándome con una sonrisa.

—Claro que sí.

—Vale. Voy a hablar con mami luego, le voy a enseñar las luces. Sé que no tiene tiempo para mí, pero creo que le pueden gustar.

Me partió el corazón. No tenía ni idea de lo que implicaba crecer sin madre. Recordar lo que Tate me había contado sobre Nora cancelando sus vacaciones juntas me enfureció. Para animar a Paisley, le pregunté:

—¿Quieres que busquemos habitaciones de princesas en internet? Para ver qué más podemos hacer con tu habitación.

Se le iluminó el rostro y se sentó con las piernas cruzadas sobre la cama.

—¿Podemos?

—Sí —contesté vacilante, con la duda de si estaría abriendo la caja de Pandora. Explorar Pinterest me había llevado a redecorar mi apartamento constantemente. ¿A los nueve años se era demasiado joven como para tener el gusanillo de la decoración? Esperaba que no, porque tenía la impresión de que Paisley estaba en camino a seguir mis pasos.

Nos sentamos juntas en la cama y encendí el móvil. Cuando abrí la aplicación de Pinterest, Paisley se enganchó fervientemente en un instante. Exclamaba *oooh* y *aaah* con casi todas las fotos.

—Quiero esa —anunció, con el dedo sobre una cama blanca con cisnes reemplazando los cuatro postes.

—Sinceramente, no tengo ni idea de dónde podrías encontrarla —repuse.

Dios mío, *había* abierto la caja de Pandora.

—Y quiero una habitación rosa —declaró poniéndose de pie en la cama y contemplando la habitación. Se tumbó sobre el colchón y me apresuré a ocupar su lado. Me dirigió otra sonrisa antes de acurrucarse contra mí. Tenía una adoración ciega hacia esa niña. Si tuviera una hija pasaría todo mi tiempo libre exactamente así: pensando en maneras de hacerla reír.

—Quiero pintar esta pared y esa pared, y... ¡quizá el techo también! —exclamó Paisley.

Ay, Dios mío.

—Deberíamos hablarlo con tu padre...

Tate

Cuando volví a casa, oí la voz de Paisley desde arriba. Se reía. Subí directamente, pero no les dejé notar mi presencia de inmediato; en su lugar, las miré a través de la puerta entreabierta. Estaban tumbadas en la cama bocarriba, y se me formó un nudo en la garganta. La risa de Paisley era genuina, y Lexi parecía *pertenecer* allí. Saqué una foto de ambas con el móvil. Lexi era tan cariñosa y dulce que podría acabar conmigo. Era especial; debía convencerla de ello. De que la necesitábamos.

De que yo la necesitaba.

Había contratado a muchas personas para que cuidaran de Paisley, pero esta vez era diferente. Lexy se preocupaba de verdad. Removía mi interior de maneras que desde hacía tiempo había olvidado. Sabía que ella también sentía esa atracción y conexión que teníamos.

El divorcio me había dejado con una sensación de vacío que mantuve con empeño desde entonces. Su alternativa parecía demasiado peligrosa. Seguía pareciéndolo. Involucrarme solo podía llevarme a mal puerto. Mi hija había sido perjudicada una vez, no podía volver a correr el riesgo. Pero no podía negar que Lexi me hacía *sentir*, y solo eso ya era un maldito milagro.

—Tenemos que preguntarle a papá —dijo Lexi, llevándome de nuevo al presente.

—¿Preguntarme qué? —repuse, al tiempo que entraba en la habitación.

Paisley soltó un grito y saltó de la cama para ir corriendo hasta mí.

—Papi, quiero pintar mi cuarto de color rosa —dijo con una sonrisa radiante—. Todo el cuarto.

Miré a Lexy, tomándome un rato para contestar y ojeando la habitación. Intentaba mantener un equilibrio en lo que respectaba a qué permitía y qué no a mi hija. No quería que se convirtiera en una niña mimada e insoportable, pero no veía razón por la que no dejarle pintar su habitación de rosa.

—Vale —dije—. No veo por qué no.

Gritó una vez más y corrió hacia Lexi para subirse a la cama de un salto.

Lexi evitaba mi mirada. La observé con intención: se había saltado el desayuno esa mañana. Me mandó un mensaje para informarme de que se había quedado dormida, pero me preguntaba si esa era la única razón. Lo último que quería era que se sintiera incómoda, pero joder, solo estar con ella en esa habitación, la habitación de mi hija... no podía pensar con claridad. No cuando tenía que ver con Lexi, no cuando lograba que Paisley sonriera con tanta facilidad. También encendía una felicidad en mi interior que creía incapaz de sentir.

—Papi, son las seis. ¿Podemos llamar a mami? —preguntó con los ojos como platos.

Volví a la realidad en un instante como si me hubieran echado una jarra de agua fría por encima. Lunes por la tarde era cuando tocaba llamar a Nora.

—Sí, llámala desde tú móvil.

—Estaré abajo —añadió Lexi, alternando la mirada entre Paisley y yo—. Empezaré con la cena.

—No tienes por qué, Lexi. Ya la haré yo después de la llamada. No durará mucho. —Nunca duraba mucho. Nora rara vez parecía interesada en los detalles de la vida de Paisley.

—Bueno, vale. Os dejo solos; esperaré abajo.

Después de que Lexi se marchara, llamé a Nora por videollamada. La llamada era con Paisley, no conmigo, así que me mantenía aparte... pero sí rondaba cerca mientras hablaban. Era por costumbre: quería proteger a mi hija de todo el mundo, incluida su madre.

—Hola, mami —dijo Paisley una vez se encendió la cámara.

—Hola, cariño —respondió Nora—. ¿Qué es eso detrás de ti?

—Son luces titilantes, mami. Lexi y yo las hemos puesto hoy. Me está ayudando a que mi cuarto sea como el de una princesa, y papi me ha dicho que puedo tener paredes rosas.

—Parece que te llevas bien con Lexi —comentó Nora. Paisley la había mencionado un par de veces desde que Lexi formaba parte de nuestras vidas.

—Sí, es muy simpática y superguapa, mami. Tiene el pelo largo y negro, me está enseñando a hacerle trenzas.

—Bien por ti —dijo Nora. Su mirada ya comenzaba a perderse más allá de la pantalla.

Por amor de Dios. Pasaba diez minutos con nuestra hija cada dos semanas. ¿No podía al menos centrarse en ella cuando hablaban?

—Nora, Paisley te quería contar cosas del fin de semana —le advertí.

Volvió a enfocar los ojos en la cámara.

—¿Qué tal el finde, cielo? —preguntó.

Algo se revolvió en mi interior. Siempre le hacía preguntas generales para que Paisley pudiera monologar, y Nora solo debía responder con sí, o no, o una sonrisa en los momentos adecuados. Me volvía loco, mi hija merecía más. Todos los niños merecían padres atentos que les adoraran, que les quisieran. Paisley era tan pequeña cuando Nora se marchó... No creía que supiera lo que era una relación verdadera con una madre, pero en poco tiempo sería adolescente, y era muy observadora.

Por amor de Dios, me había incluso preguntado si no quería tener citas.

La llamada terminó un par de minutos más tarde, en total, duró menos de diez. Me obligué a sonreír al mirar a Paisley.

—¿Quieres bajar a cenar, ratoncita?

—Vale, papi.

La frustración se extendió por mi cuerpo mientras bajábamos las escaleras, y también la culpa.

En cuanto entramos en la cocina todas las emociones negativas se convirtieron en nada. Lexy bailaba alrededor de la isla de la cocina. La trenza se le había deshecho y balanceaba las caderas, murmurando al ritmo de una canción que reproducía con su teléfono.

Paisley se rió con fuerza y corrió directamente hacia ella.

—¡Sabes bailar! Por favor Lexi, enséñame. Papá no sabe.

Abrió los ojos y su rostro se enrojeció, dirigiendo la mirada desde Paisley hasta mí.

—Lo siento muchísimo —se disculpó, luchando por parar la música—. Pensé que estaríais arriba un rato.

—No, aquí estamos. Ya ha acabado —dije, recorriendo la distancia hasta ella. No iba a ser capaz de olvidar la imagen del movimiento de sus caderas hasta pasado un tiempo. Todo lo relacionado con ella se grababa a fuego en mi mente. La manera en la que bailaba, cómo sonreía, y cómo se sonrojaba con tan solo darse cuenta de que la miraba.

—Vosotras ocuparos de lo vuestro mientras preparo la cena —insté.

Paisley sonrió y aplaudió. Lexi subió el volumen y movió el cuerpo al ritmo. Maldita sea, debía apartar la mirada de Lexi o iba a tener que hacerme responsable de besarla apasionadamente delante de mi hija.

La cena no era lo suficientemente complicada como para evitar que mi atención se desviara a Lexi. Preparé macarrones con queso y trozos de jamón. En quince minutos estaba todo listo. No parecían dispuestas a parar, ni siquiera cuando terminé de poner la mesa.

Espera un momento. Se miraban una a la otra con un intercambio lleno de significado. Reconocí la expresión en el rostro de Paisley de inmediato: era la misma cuando Tyler y ella explotaban petardos.

Cuando se giraron a mirarme, enarqué una ceja.

—Sea lo que sea lo que pensáis, ni se os ocurra —advertí.

Paisley hizo un puchero con el labio inferior. Los ojos de Lexi se abrieron con sorpresa. Sus labios delineaban la forma de una O.

Mi hija dejó caer los hombros y movió la cabeza hacia mí.

—No podemos hacerlo ahora. No es lo mismo si sabe que planeamos algo —explicó Paisley a Lexi.

—Entiendo, tenemos que sorprenderle —respondió Lexi con voz seria, como tomando nota mental del consejo.

El impulso de besarla volvió a aumentar.

Compórtate, Tate. Tu hija está presente.

Nos sentamos a comer los macarrones con queso, que se acabaron rápidamente. Después de la cena Paisley fue a la sala de estar; su programa de televisión favorito había empezado.

—¿Cuál era vuestro plan? —le pregunté a Lexi mientras me ayudaba a recoger la mesa.

Giró la cabeza para mirarme con una risa ahogada.

—Sí, claro. Como que te lo voy a contar. El plan sigue en marcha, solo tenemos que organizar mejor el *ataque*.

—¡Hay que ver! Eres tan adorable, Lexi.

—Creía que te resultaba peligrosa.

—Eso también. Pero me gusta vivir en peligro. Me gustas *tú*, Lexi.

Desde el divorcio habíamos sido solo Paisley y yo. Las citas esporádicas no contaban. No quería dejar a nadie entrar en nuestras vidas. Fue casi por instinto, pero en ese momento ocurría lo contrario. Quería a Lexi con nosotros. Sin embargo, había estado a punto de renunciar debido a esa innegable atracción entre nosotros, y necesitaba descubrir la razón.

—¿Por qué consideraste renunciar?

—Mis divagaciones realmente no llevaron a ningún lado, ¿verdad?

—Entendí tu preocupación en cuanto a lo profesional, aunque no pueda decir que esté de acuerdo. Paisley no va a tu colegio.

Sonrió discretamente.

—Mi madre dijo algo parecido.

—Pero no es lo único que te echa para atrás, ¿verdad?

Abrió más los ojos.

—A ver... parece que no tienes mucha fe en las relaciones, lo cual es comprensible después de tu divorcio.

Me acerqué, observando cómo inhalaba y contenía el aliento.

—Lexi, tengo cicatrices, no puedo negarlo. Pero sé que estas semanas lo único en lo que podía pensar era en volver a casa, con Paisley y contigo, y en verte por la mañana.

—Tate, Dios... Esas cosas que dices...

Acerqué mi boca a la suya, deslizando mis manos por su cintura. Ella me detuvo agarrándome la muñeca.

—No puedes besarme aquí. Ahora no. Paisley está en la habitación de al lado —susurró con urgencia.

Gemí, agarrando la encimera en lugar de a ella.

—Tienes razón. Aquí no, no ahora. Haces que pierda la cabeza.

—Qué divertido, tú me haces lo mismo.

Acaricié su mejilla con el dorso de mis dedos, apenas resistiéndome.

—Lexi, hagamos algo juntos, los dos solos. Fuera de casa.

Se mordió el labio inferior.

—¿Estás seguro de que es una buena idea?

—La verdad, ni siquiera yo lo tengo claro.

—Suena divertido. —Su expresión se suavizó en una sonrisa.

—¿Te divierte que pueda no ser una buena idea? —quise confirmar.

—Sí. Creo que necesitas algo así. Y creo que yo también. Mi madre me ha recordado que hay algunas cosas por las que merece la pena arriesgarse. Así que aquí estoy, arriesgándome.

No dejaba de sorprenderme.

Trazó con un dedo el botón de mi camisa. Me hizo desear acorralarla contra la encimera y perderme en ella.

—Si haces eso, te besaré tan fuerte que olvidarás que no estamos solos.

Bajó la mano con una sonrisa inocente.

—Entonces, lo reservaré para cuando estemos solos.

Capítulo Doce

Tate

Una semana después, el martes por la tarde, Declan entró resignado en mi oficina con expresión sombría.

—Traigo noticias. Malcolm va a presentar una demanda.

—¿Con qué fundamentos?

—Pérdida de oportunidad empresarial. Como el Halsey Group también tenía planeado alquilar el edificio adyacente para abrir un *spa*, alegan que si la abu no sigue adelante con el alquiler perjudicará a su negocio.

—Mierda. ¡Ese cabrón! —exclamé al tiempo que me levantaba de la silla—. ¿Qué vamos a hacer al respecto?

Declan arqueó una ceja:

—*Tú no harás nada. Yo voy a encargarme de la demanda.*

Gruñí, levantando la mirada hacia el techo:

—No puedo simplemente quedarme sin hacer nada, Declan. Decirme eso es solo avivar la llama.

—No hay nada de qué preocuparse —aseguró Declan—. La cuestión es... ¿Cómo se lo decimos a Reese? Me acaba de llegar todo el papeleo.

Miré a través de la ventana, dejando que la vista de los rascacielos contra el horizonte me envolviera.

—Luke se encargará.

Era la persona más cercana a Reese y Kimberly. De niños nadie lo habría dicho, ya que Luke veía a las chicas en general como el enemigo, sin importar que tuvieran edades similares. Durante unas vacaciones de verano que Reese y Kimberly se quedaron con nosotros, se escaparon de casa. Poco después, nos dimos cuenta de que Luke también había desaparecido. Había salido a buscarlas y consiguió encontrarlas, pero no pudieron encontrar el camino de vuelta. Respiramos aliviados cuando la policía los localizó: durante el mes siguiente, no había manera de separarlos, y desde entonces mantuvieron una relación muy cercana.

—Estaré en mi oficina si me necesitas, pero ten cuidado al darles la noticia a los demás. No les animes —advirtió Declan.

—¿A qué te refieres? —pregunté impaciente.

Declan sonrió:

—Tienes la habilidad de movilizar a todo el mundo para que te apoyen, incluso cuando tus ideas son una mierda.

—Eso casi nunca pasa —rebatí.

—¿El qué? ¿Qué la gente haga lo que tú le mandas?

—No, que mis ideas sean una mierda. La mayoría son buenas.

—¿Recuerdas cuando nos convenciste para poner bombas fétidas debajo del asiento del profesor de biología? Solo porque querías ser por una vez el que aportaba las ideas en lugar de Luke.

Vale, aquel no había sido mi mejor momento.

Le señalé con un dedo.

—Exactamente, eso fue en el colegio. He madurado desde entonces.

—Claro... Hagas lo que hagas, no involucres a Tyler.

—No lo haré —respondí con seriedad. Nuestro hermano tenía que concentrarse en el hockey, en lo que había decidido enfocar su vida profesional. Sin embargo, no prometí no involucrarme yo mismo.

Declan se dio cuenta al instante.

—¿Hay alguna manera de que escuches mi advertencia?

—Puedes intentarlo, pero no la hay.

Tenía que mirar a ese cabrón a la cara: creía que podía hacer con nosotros lo que quisiera, ¿verdad? Malcolm se iba a llevar una desagradable sorpresa.

Cuando Declan salió de mi oficina me dejó intranquilo, así que llamé a Luke inmediatamente y él contestó en seguida. No solía hacer llamadas personales desde la oficina, pero todos los miembros de mi familia contestaban rápidamente cuando lo hacía.

—Hola, ¿hoy vienes a la sede central? —pregunté.

—No, la idea es ir a ver algunos sitios de obras. ¿Por qué?

—Declan me ha dicho que Malcolm va a demandar a la abu y a Reese.

—¡Hostia! —exclamó—. Voy a pegarle un buen puñetazo a ese cretino.

Luke se parecía mucho a mí, no era de extrañar que Declan estuviera preocupado; en realidad, los cinco éramos cabezotas e impulsivos. Pero él además era la oveja negra.

—Todavía no lo he descartado —contesté con sinceridad. Luke no me juzgaría: más bien, lo contrario.

—Genial, sea lo que sea lo que tengas en mente, cuenta conmigo. No me importa lo que diga Declan.

—Por ahora, quiero que informes a Reese de lo que está sucediendo.

—Vamos, hermano. ¿Por qué me usas de mensajero?

—Tú tienes mejor relación con ella que yo. —Aquella era solo parte de la razón.

—Prueba con otra excusa.

Maldita sea, mis hermanos podían leerme como a un libro abierto. Afortunadamente, se me daban mejor las negociaciones cuando se trataba de temas empresariales.

—Vale. Se te da mejor eso de tratar con la gente que a mí...

—Ahora nos estamos entendiendo. Hablaré con Reese.

—Asegúrate de que sepa que la apoyamos pase lo que pase, ¿vale? Y si decide enfrentarse a él, podemos acompañarle los dos.

—Entendido —aseguró Luke.

—Gracias. Yo hablaré con los demás.

La advertencia de Declan resonaba en mis oídos. Entendía por qué había insistido en dejar a Tyler al margen. Los demás éramos dueños de nuestras propias empresas y podíamos manejar la presión mediática, si fuera necesario. Pero con Tyler era diferente. Él formaba parte de un equipo, y su carrera dependía tanto de su habilidad sobre el hielo como de su imagen en los medios.

No quería explicar la situación a mis hermanos para movilizarlos; quería escuchar sus puntos de vista. Siempre habíamos contraatacado juntos, como un equipo.

Pasé la tarde inmerso en asuntos familiares, y terminé trabajando hasta tarde. Le pedí a abu que fuera a casa y se quedara con Paisley para que Lexi pudiera irse. Me frustraba: no me gustaba perderme las cenas con mi hija y estaba deseando ver a Lexi. Pero tenía diseños de botellas y presupuestos de campañas de redes sociales que revisar.

Cuando salí del edificio eran las once de la noche. Luke no se había vuelto a poner en contacto, y Declan no tenía más noticias. La idea de enfrentarme cara a cara con Malcolm seguía

rondándome la mente; quería poder mirarlo a los ojos y decirle que se fuera a la mierda. La intimidación solía ser efectiva con idiotas como él... pero esa vez sabía que era un asunto que debía tratarse de frente. Estaba decidido a proteger a Reese y a la abu. Las consecuencias no me importaban en absoluto.

Al volver a casa, encontré a Paisley ya dormida. Después de que el chófer llevara a la abuela, me acerqué sigilosamente a su habitación para contemplarla desde el umbral de la puerta; su sueño era ligero y no quería despertarla. Luego fui a mi habitación, pero la adrenalina aún fluía por mis venas: no podía conciliar el sueño.

Odiaba haberme perdido la cena con Paisley... y con Lexi. Me preguntaba qué estaría haciendo. ¿Estaría dormida? ¿O habría salido con amigas? ¿Habría hombres? Ese pensamiento me preocupó.

Me senté en la cama y marqué su número. Necesitaba oír su voz, y no estaba acostumbrado a necesitar nada o a nadie. No me lo había permitido a mí mismo desde hacía mucho tiempo. Pero cuando se trataba de ella, me sentía indefenso.

—Hola —respondió sin aliento—. ¿Pasa algo?

Se oía ruido de fondo, como si estuviera fuera.

—No, ¿por qué iba a pasar nada?

—Es tarde. Pensé que quizás algo había pasado con Paisley.

—Paisley está bien. Está durmiendo. Acabo de llegar a casa. No me gusta perderme las noches con ella.

—¿Ha ocurrido algo para que llegues tan tarde a casa?

—Sí. El ex de Reese es un imbécil. Está intentando hacerle la vida imposible a mi abuela, y no estoy dispuesto a permitirlo.

—¿Qué tienes pensado hacer al respecto?

—Declan está llevando la parte legal.

—Suenas como si tú estuvieras llevando la parte no tan legal —dijo con una sonrisa.

Coloqué una almohada contra el cabecero y me recosté, con los pies sobre la cama.

—No, quiero encontrarme con él y decirle que se vaya a tomar por culo y deje en paz a mi familia.

—Intimidación. Eso podría funcionar, señor Maxwell.

—¿Crees que soy intimidante?

—Joder, ya te digo. Cuando fui a hacer la entrevista, acabé hecha un desastre. No, espera. Eso fue porque estabas demasiado bueno. Culpa mía.

Me reí, pasando una mano por la almohada junto a mí.

—Hoy quería sorprenderte —confesé.

—Uuuuh, ¿cómo?

—No te lo puedo decir. Pero el día se me ha pasado volando.

—No te preocupes, haz lo que tengas que hacer. La familia es importante.

Algo se removió en mi pecho. ¿Cómo podía ser que alguien que apenas conocía desde hacía poco tiempo me entendiera tan bien?

—Yo también lo creo. Siempre he querido darle a Paisley una infancia como la que yo tuve.

—Eres un buen padre, Tate.

—Gracias.

Maldita sea, oír su voz solo aumentaba mis ganas de verla.

—Tate, vamos a... —Su voz se desvaneció, y la escuché susurrar—: No, gracias, aún tengo algo de cerveza.

—Dime cuando quieras más —respondió una voz masculina.

La adrenalina prendió mis venas.

—¿Has salido de marcha? —pregunté.

—Sí. Estoy en el lago con un grupo de amigos.

—¿Amigos? —pregunté, enfatizando la “O”. No podía mantener el tono de mi voz estable.

—Mixto. Somos un grupo de profesores. Salimos a pasar el rato en verano.

—¿Alguno tiene interés en ti? —inquirí, luchando por mantener un tono neutral.

—Señor Maxwell, ¿qué está pasando? ¿Está intentando decir que le pertenezco? ¿Solo por un beso?

—Sí —dije con vehemencia—. Sí, eso es exactamente lo que estoy haciendo.

—Tate...

—Me muero de ganas de ir hasta allí y dejar bien en claro a todos que tú me perteneces.

Inspiró con fuerza.

—Guau. Bueno, para que lo sepas, nadie está interesado en mí. ¿Mejor así?

—Sí. —En realidad, no. Me sentía posesivo con ella de una manera que me carcomía. Pero todo lo que dije fue—: Buenas noches, Lexi. Pásalo bien.

Capítulo Trece

Lexi

No vi a Tate en toda la semana. Cuando yo llegaba él ya se había ido, y al irme todavía no había vuelto. Beatrice se quedaba a dormir y pasaba el día con nosotras. No me importaba en absoluto, aunque no estaba muy segura de por qué. Ese tiempo extra con ella era como un regalo.

Cada día, encontré una excusa para poder quedarme más allá de las seis, y no *solo* porque tenía la esperanza de ver a Tate: a Beatrice parecía quedarle demasiado grande la tarea de cuidar a Paisley, ya que, incluso tras pasar todo el día fuera, la niña seguía llena de energía.

Por otra parte, Beatrice era un *primor*. Era como la abuela que yo nunca había tenido: me daba consejo sobre todo, desde cocina hasta atuendos. Incluso me había enseñado a preparar una tarta de manzana.

Aquel lunes, fui a comprar cerezas para otra tarta.

De camino a la casa también me aseguré de mantenerme al tanto de mis padres. No les gustaban mucho las llamadas, pero teníamos un grupo de WhatsApp donde compartíamos fotos variadas, especialmente de comida. Tomé una foto de las cerezas y la envié acompañada de un mensaje.

Lexi: Hoy voy a aprender cómo hacer una tarta de cereza.

Mamá: Nam. Genial. Envíame la receta y así yo también lo intento. Hoy me encuentro fenomenal.

Papá: Yo te ayudo.

Mamá: No, qué va. Solo me entorpecerías.

Me reí de sus bromas sin interferir: tenían una relación sana.

Cuando llegué a la casa de Tate, Beatrice y Paisley se encontraban en la cocina.

—¿Tate ya se ha ido? —pregunté, escudriñando a nuestro alrededor.

—Sí, como hace media hora —contestó Beatrice mientras me ayudaba con la bolsa de cerezas—. ¿Cómo está tu madre, Lexi? —se interesó mientras las preparábamos.

—Se está recuperando, poco a poco. —Aunque mi madre insistía en que no debía ayudar con las facturas médicas, podía oír el alivio en sus voces cada vez que hablábamos. Lo significaba todo para mí.

—Me alegro. Por cierto, quería preguntarte... ¿estás saliendo con alguien?

Por el rabillo del ojo, noté cómo Paisley se enderezó.

—Ehh... no, con nadie.

Técnicamente no era mentira. Tate y yo solo nos habíamos besado. Y tonteado.

Beatrice me contempló pensativa.

—¿Todavía no has encontrado al indicado? Está bien ser selectiva. Hay dos cosas en la vida que nunca debes perseguir: al bus y a los hombres. Siempre hay otro esperando a la vuelta de la esquina.

Solté una carcajada. Este era precisamente el tipo de consejos de abuela que le encantaba compartir.

Miró a Paisley, erguida en una silla de la isla de la cocina y coloreando en un libro.

—No le cuentes a tu padre lo que acabo de decir.

Paisley sonrió.

—No lo haré, abu. Lo prometo. Pero tú y el abuelo estuvisteis juntos mucho tiempo, ¿verdad?

—Solo veinticinco años. Era muy joven cuando falleció. —Desvió la mirada, pero no lo suficientemente rápido como para ocultar la tristeza escondida en sus ojos. Tenía ganas de abrazarla. No sabía que había perdido a su marido tan pronto—. Pero besé a muchas ranas antes de encontrarle. En aquellos tiempos, eso era lo que se hacía, y no creo que ahora sea más fácil. Algo que tampoco le puedes contar a tu padre.

La sonrisa de Paisley se amplió.

A mitad del proceso de preparación de la tarta, recibí una notificación en el móvil. Me lavé las manos y lo saqué del bolsillo trasero.

Tate: Buenos días, preciosa. Esta semana está siendo una locura otra vez.

Lexi: :(

La semana anterior apenas habíamos hablado por mensaje, ni siquiera durante el fin de semana.

Tate: Quiero verte. ¿Puedes quedarte hasta tarde hoy?

Mi pulso se aceleró.

Lexi: Sí.

Tate: Perfecto. Le digo a la abu que se vaya a casa por la noche.

Lexi: Ah, ¿entonces lo que sea que tengas en mente implica que estemos solos?

Tate: Sí. Joder que sí.

Esa noche experimenté por primera vez la rutina nocturna de Paisley, ya que nunca había estado ahí para verla. La noche que pasé en la casa a causa de la tormenta, se había dormido inmediatamente. Le gustaba lavarse el pelo y ponerse la bata esponjosa de osito de peluche; hacía falta algo de persuasión para que se la cambiara por el pijama. También quería que alguien le leyera un cuento.

—¿Papá hace esto contigo? —pregunté.

—Sí, todas las noches —contestó. Se acurrucó cómodamente contra mí mientras yo empezaba a leerle el cuento.

Tan solo llevaba tres páginas cuando el ritmo de su respiración se tornó más regular. La miré: tenía los ojos cerrados, pero continué leyendo. Me encantaba la sensación de su cuerpecito contra el mío, aferrándose a mí como si hubiera encontrado toda la calidez y seguridad que necesitaba. Adoraba a esa pequeña arduilla y ya la echaba de menos, aunque aún tuviéramos el resto del verano por delante.

Siempre había pensado que ya sería madre a esa edad. Quería tener a alguien a quien leer cuentos todas las noches y a quien ver dormirse, a quien consolar cuando se rasguñara las rodillas, y abrazar cuando tuviera miedo. *Esta niña no es mía*, me decía a mí misma... Sin embargo, a veces, como en ese momento, era fácil olvidarlo; aunque supiera cuál era su color favorito, o su juguete preferido, y a pesar de que me hubiera contado que seguía teniendo un poco de miedo a la oscuridad. Debía recordar que no era parte significativa de su vida.

Leí diez minutos más antes de detenerme, temerosa de despertarla con el sonido de mi voz. Bajé de la cama con cautela, salí de puntillas de la habitación, y me detuve en el marco de la puerta para verla dormir tranquilamente un par de minutos antes de cerrarla. Estuve a punto de mirar el móvil, pero Tate no había mencionado nada de estar de camino, así que di por sentado que la cena con los clientes se había alargado.

Había dicho que podía sentirme como en casa e incluso que abriera una botella de vino, pero no me parecía bien fisgonear a solas, sin él presente. En su lugar, fui a la cocina. Técnicamente

seguía trabajando, así que me serví un vaso de zumo de naranja.

Estaba intranquila, y sabía exactamente qué necesitaba. Recordé que Paisley estaba dormida justo antes de encender la música: como no quería arriesgarme a despertarla, me coloqué los auriculares, subí el volumen al máximo, y me puse a bailar.

Ay, sí.

Me encantaba bailar. Era una forma divertida de liberar el exceso de energía. A veces, incluso hacía ejercicio con rutinas de baile. Agité el trasero y las caderas, descendí hasta el suelo, y me subí encima de la encimera de la cocina, concentrada en mantener la boca cerrada. Sip, era una de esas personas que necesitaban cantar las canciones.

Bailé y bailé, girando las caderas, haciendo una pirueta, y luego otra, hasta que choqué contra algo. O más bien, contra *alguien*.

Mierda.

Abrí los ojos con un sobresalto y me di cuenta de que ese alguien era Tate.

—¡Dios mío, lo siento muchísimo! —exclamé, quitándome como pude los auriculares y dejándolos caer sobre la encimera. Solo entonces me di cuenta de que Tate me rodeaba la cintura con un brazo. Sus pupilas estaban ligeramente dilatadas.

Estaba bien pegada a él, y no quería separarme ni un centímetro. De hecho, lo único que quería era estar aún más cerca.

—No te he oído entrar —susurré.

—Ya me he dado cuenta. Te he llamado un par de veces. —Una sonrisa juguetona se fue dibujando lentamente en sus labios.

Sentí cada palabra resonar en su pecho y contra mis senos. Inspiré su colonia. Todo lo que quería era acercarme a besar ese punto donde su cuello se unía a su hombro.

—Sí que te gusta bailar, ¿eh?

—Sí, pero estaba con los auriculares porque no quería despertar a Paisley.

—Eres jodidamente preciosa —exclamó. Sobresaltada, me di cuenta de que mi pelvis estaba apretada contra su erección—. Me vuelves loco, Lexi.

Tragué saliva con un sonido audible y levanté el rostro para mirarlo.

—Tú me causas lo mismo.

Rozó su boca contra la mía, se inclinó, y me besó profundamente. La piel se me puso de gallina; él se apartó.

—Dime que pare —dijo.

—No pares —susurré.

—Lexi, di que me aleje.

Volví a sacudir la cabeza.

—No quiero que lo hagas.

Gimió, sellando su boca con la mía en un beso fiero que arrasó con cada pensamiento. Mi mente se encontraba placenteramente en blanco. No podía pensar. Solo podía sentir su boca sobre la mía, sus manos sobre mi piel, su lengua dirigiéndome.

Deslizó las manos desde mi espalda hasta la cintura. Me rodeó el culo con una mano, y acercó mis caderas a él con un empujón. Gemí cuando me topé con su erección. Mi cuerpo se sacudió a causa del placer, llenándome tras el encuentro. Gruñó, profundizando el beso. Estaba desesperada por él, por todo lo que me hacía sentir.

Desabroché el primer botón de su camisa, necesitando el contacto de su piel con la mía, y recorrí su cuerpo con los dedos hasta llegar al ombligo. Cubrió mi mano con la suya, y paré. El calor se extendió rápido por mi cuerpo cuando se apartó y me contempló directamente.

—¿Estás segura, Lexi?

Asentí, tan desesperada que no podía pronunciar palabra. Volví a besarle.

Casi no le había rozado los labios cuando volvió a tomar control del beso. Aquel beso fue surrealista. Como aprender a respirar de nuevo, aprender a vivir, como si hasta ese momento hubiera estado adormecida bajo una niebla y aquella fuera la primera vez que me sentía viva de verdad. El deseo latía en mis venas: estaba desesperada por tenerle.

Antes de saber qué pasaba, sentí que perdía el contacto con el suelo. Me había cogido en brazos. Acomodé inmediatamente los pies y tobillos en su espalda, apretando los muslos contra su torso. Me besó una y otra vez, y perdí toda conciencia de tiempo y espacio, lo único que podía percibir era que estábamos subiendo a la planta superior.

Interrumpí el beso y eché un vistazo a nuestro alrededor, antes de mirar hacia abajo y sonreírle.

—Vaya, eres superfuerte... no cualquiera puede llevarme escaleras arriba así —susurré, acariciando sus brazos—. Es sexy.

—Tú eres sexy —respondió susurrando. Sus ojos estaban nublados por la lujuria, seguramente al igual que los míos.

Me di cuenta de que me llevaba al cuarto donde había dormido la última vez. Alcé una ceja:

—¿Por qué estamos aquí?

—Porque es el cuarto que está más lejos de la habitación de Paisley. Y no tenemos que tener tantas precauciones con los ruidos.

Me pasé la lengua por los labios ante la promesa de su voz.

—Lo intentaré de todos modos.

—No serás capaz, Lexi. Te voy a dar tanto placer que te vas a olvidar de todo... dónde estás, quién eres.

Le apreté más contra mí, desabotonando el segundo botón de su camisa, y después el tercero. Cuando gimió frustrado, le miré con desesperación.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—Tengo todos los condones abajo.

Dejé que mis manos cayeran e hice pucheros.

—Ve —repuse—. Te espero aquí.

—No tardo —dijo con una sonrisa lobuna.

En cuanto se marchó, me giré para ver la cama y retirar las sábanas. Tras un breve minuto de cavilación, decidí desnudarme también. No se lo esperaba. Sonreí imaginándome su expresión cuando me viera completamente desnuda.

Me tumbé en la cama en lo que esperaba fuera una pose seductora. Estaba tumbada sobre un lado, con una pierna estirada y la otra doblada. Mi respiración se detuvo cuando le oí subir, y me di cuenta de que de verdad estaba pasando. Después de esa noche no habría vuelta atrás. Y aunque no tenía ni idea de dónde nos llevaría, sabía que quería aquello. Le quería a él.

—Lexi, joder —susurró cuando entró en la habitación y me vio desnuda y expuesta—. Eres tan preciosa...

—Y tú aún no te has quitado la ropa —repuse con voz provocadora.

Se acercó a la cama, tiró de mí hasta que quedé de rodillas. Se agachó con una rodilla apoyada en el colchón, girando mi rostro hacia arriba porque seguía estando por encima de mí, y selló su boca con la mía, dominante y exigente, dirigiendo el beso justo como sabía que me dirigiría a mí esa noche.

—Tienes que saber una cosa, Lexi —dijo Tate con voz autoritaria—. Después de esta noche, serás mía.

Capítulo Catorce

Lexi

—Tate... —susurré.

Sus manos recorrieron lentamente mi cuerpo desnudo, torturándome mientras yo seguía desabrochándole la camisa. Se la quité por los brazos y la dejé caer al suelo mientras llevaba las manos a su cinturón. Agarró mis nalgas con ambas manos, empujándome contra él. Cuando mi clítoris chocó con la bragueta de sus pantalones, se me pusieron los ojos en blanco. Retrocedí solo un poquito

—No, no, debes estar desnudo para seducirme —advertí.

Dio un paso atrás para quedar fuera de mi alcance. Hice pucheros, pero luego, cuando se quitó el cinturón y se bajó los pantalones y los calzoncillos, se me dibujó una sonrisa en la cara. Inspiré con fuerza cuando noté su tamaño. *Guau*.

Yo seguía de rodillas, observándole con avidez. Incliné mi cuerpo hacia adelante, agarré su muslo, acercándolo a mí hasta que estuvo a mi alcance. Rodeé su polla con los dedos, moviendo la mano de arriba abajo. Gimió, retrocediendo un poco. Le pasé la lengua por la punta, haciéndole gemir de nuevo. El hecho de poder complacerle y provocarle al mismo tiempo me llenaba de satisfacción. Subí y bajé por su miembro con mi boca, acompañando el movimiento con la mano. Cuando mis labios llegaron a la punta, apreté la mano alrededor de la base. Levanté la vista y le encontré mirándome fijamente, con los ojos llenos de deseo. Sumergió una mano en mi pelo y guió mis maniobras, mientras movía ligeramente las caderas. Me resultaba imposible saciarme de él.

—Tócate, Lexi. Quiero verte —ordenó.

El mero hecho de escuchar esas palabras me hizo humedecerme.

Su tono siempre desprendía autoridad, pero en ese momento era más dominante que nunca. Separé más los muslos y me llevé la mano al clítoris. Al instante, fui invadida por una oleada de placer y no pude evitar gemir contra su polla. Al segundo siguiente, se echó hacia atrás y me levantó hasta que quedamos frente a frente.

Parpadeé, confusa.

—¿Por qué has hecho eso? No había terminado.

No dijo nada, solo curvó la boca en una media sonrisa antes de besarme el lateral del cuello. Deslizó la mano entre mis pechos y bajó directo hacia mi centro, y cuando su dedo rozó mi clítoris, moví las caderas hacia adelante y me abalancé sobre él, apretando su erección contra mi cuerpo. Su garganta emitió un gemido salvaje.

Mis músculos internos palpitaban, hambrientos de él. Entonces volvió a besarme, aún más profundo y más rápido que antes. Sentí cómo su miembro se crispó. Agarró su miembro y me lo pasó por el clítoris, provocándome una sacudida tras otra.

—Esto es demasiado —susurré mientras me besaba por el cuello. Me tumbó despacio de espaldas y siguió besándome el costado del cuerpo como si pretendiera explorar cada centímetro de mí.

—Quiero que estés preparada —dijo, casi en un gruñido. Subió por mi cuerpo y, al llegar a mis pechos, su boca hizo presión contra mi pezón. Estaba tan sensible que sentí como si me hubiera lamido el clítoris. Eché el cuerpo hacia atrás mientras un gemido reverberaba en mi interior.

—Estoy preparada —dije.

Me miró con una sonrisa relajada. Cuando sentí que su mano se posaba sobre mis pliegues, frotándome de arriba abajo, me tensé. Luego, al apretar el pulgar contra mi clítoris, me tembló el muslo, haciendo que me atravesara una intensa ráfaga de placer. Al instante, deslizó dos dedos en mi interior, moviéndolos al mismo ritmo que su lengua alrededor de mi pezón. Si antes pensaba que me estaba volviendo loca, no era nada comparado con lo que sentía en ese momento. La energía que se acumulaba en mi interior no me permitía respirar con normalidad. Iba a explotar, estaba segura de ello.

Acercó sus labios a mi oído:

—Voy a hacer que te corras así, y luego voy a follarte, pero no antes de que te corras, ¿vale?

—Sí —respondí. Mi voz era tan jadeante que no estaba segura de si me había escuchado.

Luego, volvió a acercar su boca a la mía y curvó los dedos en mi interior al mismo tiempo que me acariciaba el clítoris con el pulgar. Me corrí tan fuerte que todo mi cuerpo se estremeció. Solté un fuerte gemido, pero él lo acalló manteniendo sus labios sobre los míos y besándome durante el orgasmo. El placer llegó en oleadas y las pequeñas réplicas del orgasmo duraron más de unos segundos.

Al abrir los ojos, le encontré mirándome.

—Ahora quiero hacerte mía, Lexi. Toda mía.

Extendió una mano y cogió el preservativo de la mesilla de noche. Rasgando el papel de aluminio, se lo puso antes de colocarse entre mis piernas. Jadeé cuando sentí su punta empujar dentro de mí. Mis músculos internos aún palpitaban. Tenía la sensación de que iba a desplomarme de tanto placer, solo por el hecho de sentir cómo se deslizaba dentro de mí centímetro a centímetro.

—Joder, me encantas —gimió en mi oído, moviendo las caderas cada vez más deprisa, hundiendo la cabeza en mi cuello.

Nunca me había sentido de esa manera: total y completamente poseída. No solo se había apoderado de mi cuerpo y de mi placer. Conquistó todo de mí.

Sin previo aviso, me giró para que ambos quedáramos tumbados de lado, con las piernas entrelazadas. Me levanté un poco y acompañé sus embestidas con las mías.

Me encantaba la postura. Estaba tan dentro de mí que no sabía si podría soportarlo. Capturó mi boca, pasando su pulgar por mi clítoris, haciendo que la experiencia fuera aún más intensa; nunca había sentido tanto placer. Era abrumador sentirlo en mi interior, su polla palpitando, su lengua envuelta con la mía, su pulgar sobre mi clítoris... No iba a durar mucho más. Necesitaba liberarme, y tenía la certeza de que iba a ser increíble.

Sentí cómo palpitaba aún más dentro de mí, mientras sucumbía a mi orgasmo. Una vez más, capturó mi boca, ahogando mis sonidos de placer y ofreciéndome también los suyos. Llegamos al clímax de un modo salvaje, y soltó un rugido que reverberó en su pecho y en todo su cuerpo. Los dos empujamos y movimos las caderas hasta quedar exhaustos.

Cuando abrí los ojos, le miré relajadamente, contemplando aquellos músculos tan sexys. Me aparté a un lado y apoyé la cabeza en la mano, recorriendo con la mirada desde su hombro hasta su trasero, y luego de nuevo hacia arriba. Intentó acercarse, pero yo me aparté.

—¿Qué haces? —preguntó.

—Poniendo algo de distancia. Es la única manera de que pueda asimilar este increíble calentón.

Se echó un poco hacia atrás, riendo y dejando al descubierto su cuello. Aproveché que estaba desprevenido y me incliné para besarle la nuez, antes de volver a mi posición original. Se

enderezó, mirándome con un brillo juguetón en los ojos. Me gustaba verle así, completamente relajado y con una enorme sonrisa en la cara.

—La última vez que estuve aquí tenía puesta tu camiseta, y ahora estoy desnuda. Tiene un extraño poder sobre mí, señor Maxwell.

Aquel brillo juguetón de sus ojos se convirtió en una intensidad abrasadora cuando se acercó, y esa vez no me aparté. Me rodeó la cintura con un brazo, apretándome contra él.

—La próxima vez te haré aún más cosas —dijo con una voz sensual y llena de promesas.

Mi corazón dio un vuelco. *La próxima vez. Habrá una próxima vez.* Tragué saliva, deslizando los dedos desde su hombro hasta su brazo.

—Debería irme. Es tarde.

—Lexi, sea lo que sea, no quiero ponerle fin. —Puso su mano en mi mandíbula, la sujetó con suavidad y me inclinó la cabeza para que le mirara a los ojos. Atrapó mi mirada con la suya.

Mi corazón empezó a latir más deprisa.

—Bueno, cuando te pones mandón —susurré con un aire de broma—, es imposible no estar de acuerdo contigo. Yo tampoco quiero que se acabe...

No estaba segura de poder atravesar esa armadura que le rodeaba, pero aun así, no podía decirle que no. Fuera lo que fuese, quería explorarlo.

Sus labios se inclinaron hacia arriba en una sonrisa, pero su mirada seguía siendo intensa.

—Perfecto. —Se levantó de la cama, se quitó el preservativo y fue al baño.

Suspiré, mirándole con atención. ¿Quién podría resistirse a la vista de aquellas nalgas tan sexys? Yo, desde luego, no.

Volvió y me tendió una toallita húmeda. Me sonrojé, la cogí y me limpié mientras él se sentaba en la cama a mi lado.

—Quédate a dormir aquí.

—No me parece buena idea. Podría resultar confuso para Paisley.

—Entonces quédate un rato más.

Sonreí, tumbándome de nuevo en la cama.

—Claro, podría quedarme un rato más, todo depende de ti...

Movió las cejas de arriba abajo:

—Reto aceptado.

—¿Estás seguro? Tú eres el que tiene que estar en plena forma por la mañana. Paisley y yo lo pasaremos bien, incluso aunque tenga sueño.

Refunfuñó.

—No me recuerdes lo que pueda pasar mañana. Centrémonos en esta noche, todo gira en torno a ti.

Volví a tumbarme de lado, sonriéndole, pero sintiéndome un poco cohibida por estar desnuda, lo cual era bastante absurdo. En ese momento, al desvanecerse la locura hormonal, recordé que mis muslos y mi trasero eran un poco más grandes de lo que me gustaba. Traté de cubrirme con la sábana hasta la mitad.

Tate levantó una ceja.

—¿Qué haces?

—Me estoy tapando el culo —solté.

Dios mío. ¿Por qué he dicho eso? Las inseguridades en torno al físico no resultaban para nada sensuales.

Se inclinó más hacia mí y dijo con un tono profundo en su voz.

—Lexi, eres increíblemente preciosa. Nunca dudes de ello.

Apreté los labios, dedicándole una pequeña sonrisa.

Entrecerrando los ojos, me quitó la sábana de encima, rozando mi vientre con sus labios.

—¿Qué es lo que tiene en mente, señor? —susurré.

—Voy a demostrarte lo sexy que eres para mí.

—¿Y cómo piensas hacerlo?

—Adorando cada centímetro de tu cuerpo. —Se me puso la piel de gallina. Sonreí, deslizando mis dedos por su hombro derecho. El tono de su voz se tornó más grave cuando añadió:

—Ca-da cen-tí-me-tro.

Eran casi las dos de la mañana cuando por fin llegué a casa. Entré sonriendo en mi apartamento. Sin molestarme siquiera en ducharme, dejé caer la ropa junto a la cama y me metí bajo las sábanas. Acto seguido, cogí el móvil antes de que se me olvidara volver a poner la alarma. Para mi sorpresa, me había enviado un mensaje.

Tate: Avísame cuando llegues a casa. Quiero saber que has llegado bien.

Sonriendo, respondí.

Lexi: Ya estoy en casa. Me he metido bajo las sábanas.

Tate: Me encantaría estar allí contigo.

Mi corazón se conmovió por completo y supe que aquello era solo el comienzo de mi embelesamiento.

Tate: No puedo dejar de pensar en ti.

Mi cuerpo volvió a chisporrotear y mi ritmo cardíaco se intensificó.

Lexi: Yo tampoco puedo dejar de pensar en ti.

Era la verdad, y no me gustaba andarme con juegos. Esa noche había sido increíble.

Tate: Me muero de ganas de verte mañana por la mañana.

Lexi: Espero no quedarme dormida.

Tate: Entonces me quedaré más tiempo en casa para esperarte.

Lexi: ¿Así que quieres que vaya solo para verme?

Tate: Claro que no, quiero hacer mucho más. Besarte, quitarte la ropa, pero también me gusta verte. Haces que mis días sean mucho mejores.

Me reí, con la intención de tomarle el pelo, pero luego me detuve porque... ¿y si estaba hablando en serio? Su abuela me había contado más o menos lo mismo, así que tenía que haber algo de verdad en ello.

Dejé caer el móvil a un lado, apretando la almohada contra mi cara. Las mariposas de mi estómago no paraban de revolotear; no me lo podía creer.

No sabía qué hacer con aquel anhelo que sentía por él. Y no era puramente físico: Me gustaba hablar con él, estar con él, reír con él... Pero aún tenía heridas de su divorcio, y no estaba segura de que pudiera ofrecerme algo más que una aventura.

Subí la manta hasta mi barbilla. *Disfruta de todo lo que te hace sentir, Lexi.* Me puse una mano sobre el pecho, sonriendo. Por más que pudiera pasar por alto el hecho de que estaba buenísimo y besaba de maravilla, no podía ignorar el modo en que me hacía sentir.

Ay, Tate. ¿Qué me estás haciendo?

Capítulo Quince

Lexi

A la mañana siguiente, estaba exaltadísima. No había oído el despertador, pero por alguna razón me desperté de todos modos. Solo que ya llevaba quince minutos de retraso.

Me preparé rápidamente, eligiendo un vestido rojo que me llegaba por las rodillas y tenía un generoso escote en V. Hacía un calor infernal fuera y me convencí a mí misma de que por eso me lo había puesto...

Salí del edificio con una enorme sonrisa en la cara, y no se había atenuado ni un poco cuando llegué a casa de Tate. Sin embargo, no me preocupaba; dudaba que Paisley lo notara. Por lo general, los niños no eran desconfiados.

Al llamar a la puerta, me preparé para encontrarme con Tate. Para mi asombro, la abrió Declan.

—¡Buenos días! —saludó—. La abuela y yo hemos pasado a desayunar.

—¡Hola! —contesté en un chillido.

Vaya. ¿Es esa mi voz? ¿Qué me pasa?

Intenté disimular mi sonrisa al entrar.

—Iré a la cocina a ver si puedo ayudar en algo —dije.

Cuando entré en la cocina y saludé a Beatrice y Paisley, caí en la cuenta de que no tenía ni idea de cómo comportarme con Tate. Le lancé una mirada furtiva mientras tomaba asiento frente al plato que Beatrice había indicado como el mío, y me encontré con su mirada fija en mí.

Las comisuras de sus labios se curvaron en una sonrisa. Llevando la taza de café a sus labios, murmuró:

—Lo siento —fulminando con la mirada a su hermano y luego a su abuela. Lo interpreté como que no sabía que iban a pasar por allí.

Sonreí mientras devoraba el desayuno, que aquella mañana era una *omelette*.

De repente, a mitad del desayuno y sin ningún motivo aparente, sentí que mi piel se calentaba. Volví a mirar a Tate y me sobresalté al darme cuenta de que me observaba otra vez. Era como si mi cuerpo estuviera conectado al suyo a un nivel diferente desde la noche anterior. Podía sentir su presencia y su mirada sobre mí, incluso aunque no pudiera verle.

Declan se aclaró la garganta y noté que estaba alternando la mirada entre Tate y yo. Dios, ¿sería capaz de darse cuenta de que había algo diferente entre nosotros? Por lo general, los hombres no prestaban atención a esos detalles, pero no conocía a Declan lo suficiente como para saber si él era una excepción.

Para colmo, no era el único que nos estaba observando: Beatrice también me miraba con una especie de sonrisa cómplice. Prácticamente podía sentir cómo leía mis pensamientos. ¿Cómo era posible? Bajé la vista hacia mi plato.

—¿Qué os trae por aquí esta mañana? —preguntó Tate a Declan y Beatrice, agradeciendo mentalmente el cambio de enfoque.

Beatrice entrecerró los ojos:

—Declan me dijo anoche que Malcolm ha presentado una demanda por el derecho a utilizar mi edificio.

Tate clavó su mirada en Declan, quien levantó las manos en señal de defensa.

—Te desafío a mentirle a la abuela a la cara cuando te pregunte directamente qué está pasando.

Ella negó con la cabeza:

—Dejad de haceros los tontos. He hablado con Reese. Supongo que se os ha olvidado avisarle de que guardara el secreto.

Tate gruñó.

—Bueno, no se lo avisé *explícitamente*.

—Tate, no me gusta que me oculten cosas.

—Abuela, nos estamos ocupando de ello —dijo Tate con voz firme. Sonaba tan tranquilizador, como si nada pudiera ocurrir si él estuviera a cargo.

—No, no estoy preocupada —contestó Beatrice—. Con Declan representándome, sé que esto acabará solucionándose.

—Así es —replicó Declan con una voz tan firme como la de Tate—. No vamos a permitir que nadie se salga con la suya ni que te hagan daño. Ni a Reese. —En ese momento su voz era fría. También tenía un tono amenazador, y yo estaba deseando que quienquiera que les estuviera causando problemas se cagara en los pantalones. Era lo mínimo que se merecía. En el fondo, no podía negar que me estaba conmoviendo un poco al ver cómo ambos la protegían a toda costa.

—No se trata de eso. Se trata de lo decepcionada que estoy de que no me hayáis dicho nada. ¿Por esto estabais hablando tan en secreto el día de la barbacoa?

—Sí —admitió Tate.

Beatrice apretó los labios:

—No quiero volver a recibir este tipo de trato de ninguno de los dos. ¿Entendido?

Tanto Tate como Declan asintieron. Apenas pude contener la risa. Esos dos estaban acostumbrados a salirse siempre con la suya, pero en ese momento se mostraban completamente escarmentados.

Paisley pareció captar la misma sensación que yo, porque esbozó una ligera sonrisa.

—Bien —dijo Beatrice—. Ahora pasaré un rato con mi encantadora bisnieta mientras vosotros dos lo resolvéis.

—¿Vas a quedarte con nosotros todo el día? —pregunté.

—¡Sí! Hoy la abuela se va a quedar con nosotros, y el próximo fin de semana yo me quedaré con ella —comentó Paisley.

—Así es —confirmó Beatrice. Las dos parecían un poco culpables, y estaba segura de que Paisley sería mimada a más no poder mientras estuviera en casa de su bisabuela.

—Estupendo. Paisley, ¿aún tienes ganas de que vayamos de pícnic hoy? —pregunté, y ella asintió enérgicamente—. Vale, entonces iré a preparar la mochila. —Era una excusa perfecta, pues no quería entrometerme más en su tiempo en familia—. Gracias por el desayuno, Tate.

—Un placer —respondió, y podría haber jurado que al oír su seductora voz sentí un cosquilleo en mis partes íntimas. ¿Había un doble sentido o acaso mi imaginación estaba desbocada? No lo sabía. Apenas había sido capaz de mantener la compostura en presencia de él antes de tener aquellas manos sensuales sobre mí y su cuerpo sobre el mío, pero en ese instante me resultó completamente imposible.

Me dirigí a la entrada trasera de la casa. La mochila estaba allí, en el recibidor. Ya estaba anotando mentalmente todo lo que iba a meter en ella. Necesitaba una muda más para Paisley, toallas, una manta...

Estaba a punto de coger la mochila cuando sentí a alguien detrás de mí. Respiré agitadamente cuando las manos de Tate me agarraron por la cintura y, antes de que me diera tiempo a girarme, sentí sus labios en mi cuello.

—Buenos días. —Su cálido aliento se posó en un punto sensible de mi cuello. Se me erizó la piel. No sabía cómo iba a resistirme a su proximidad si mi cuerpo reaccionaba así cada vez.

—Buenos días —respondí en tono animado, preguntándome si se daría cuenta del efecto que causaba en mí.

—Lamento lo ocurrido. No tenía ni idea de que pensaban pasarse por aquí hasta que llegaron.

—Oye, es tu familia —contesté—. No tienes por qué disculparte.

Gruñó contra mi cuello, provocándome un delicioso cosquilleo.

—No, pero tenía algo planeado para esta mañana...

—¿Ah, sí? Por tu voz, supongo que se trataba de un plan romántico.

Me dio la vuelta para mirarme a los ojos:

—Sí —respondió con seriedad, haciéndome reír.

El corazón me latía con fuerza en el pecho, todo mi cuerpo se calentó.

—Bueno, no lo olvides —susurré—. Seguro que ya surgirá otra ocasión para concretarlo.

Por el brillo peligroso de sus ojos, estaba claro que no coincidía conmigo. Me separó las piernas con la rodilla y extendió los dedos sobre mi cuello. Al parecer, aquel travieso hombre quería llevar a cabo su plan en ese mismo instante. Eso presagiaba un desastre. Se inclinó más hacia mí y respiré hondo.

Al momento siguiente, Paisley le llamó desde la otra habitación. Gruñó, retrocedió y bajó la mano. Inmediatamente eché de menos su contacto.

—Quiero hablar contigo antes de irme —dijo.

Asentí.

—Vale, pero ahora ve. No querrás que piense que hay algo entre nosotros.

—Bueno —contestó y, antes de darse la vuelta, noté que su expresión se tensó.

La verdad era que estaba orgullosa de mí misma. No creía que Declan o Beatrice pudieran pecatarse de que pasaba algo entre Tate y yo. No era que quisiera mantener las cosas en secreto, pero me parecía lógico que, si no queríamos que Paisley lo supiera, lo mejor sería que el resto de la familia tampoco.

Tate y yo no tuvimos ocasión de volver a estar solos porque Paisley estaba empeñada en contarme todas las ideas de decoración que tenía. Cuando él y Declan se marcharon, Paisley dijo que quería ver un rato *El libro de la selva* antes de irnos. Tenía un estricto horario de pantallas, así que abrí la boca para sugerirle que la viera más tarde, pero antes de que pudiera hablar, Beatrice dijo:

—Déjala que la vea. No pasará nada. Nunca entenderé por qué los jóvenes ponen tantas normas a sus hijos.

Apreté los labios para contener una carcajada. Hablaba como una verdadera abuela.

—Vayamos a tomar un café —sugirió Beatrice después de que Paisley se trasladara al salón con los auriculares y el iPad—. Así podrás contarme todo lo que ocurre entre tú y mi nieto.

Casi me trago la lengua al tiempo que mis manos se detenían en el acto de preparar el café. Me di la vuelta. ¿Cómo podía saberlo?

—Mi hipótesis es que acabó imponiéndose la atracción física —afirmó Beatrice en tono relajado, como si estuviera hablando de la previsión meteorológica.

No pude hacer más que asentir.

—Paisley no lo sabe —añadí enseguida. No podía admitir que se trataba de algo más que una simple atracción física. Decirlo en voz alta me parecía peligroso. Como si la idea fuera a apoderarse de mi corazón y nunca más lo soltara.

Beatrice me estaba examinando, pero no dijo nada.

Me di la vuelta, haciendo girar entre ellos los pulgares tras pulsar el botón que preparaba dos cafés a la vez. Una vez listos, los llevé a la isla de la cocina y me subí al taburete de la barra.

Beatrice no dejaba de observarme atentamente.

—¿Qué te parece mi nieto? —preguntó, de nuevo en aquel tono relajado, como si me preguntara qué pensaba de nuestro pícnic de aquel día.

—Eehh... Bueno, no hace mucho que le conozco —murmuré. A fin de cuentas, lo había conocido hacía un mes.

Se rió y me cubrió la mano con la suya. Irradiaba mucha calidez y una energía maternal.

—No le conoces hace tanto. Error mío, no debería haber preguntado.

Sentí que estaba hablando con mi madre. En los últimos años, la mayoría de las conversaciones con mis padres giraban en torno a su salud. No recordaba la última vez que había hablado con mi madre sobre un chico que me gustara. Además, hacía mucho tiempo que no me sentía atraída por alguien, no de la manera en que me atraía Tate.

—Beatrice, no sé qué decir.

—No tienes que decir nada, cariño. Me alegro de que mis instintos no se equivocaran. En cuanto entraste en la cocina me di cuenta de que algo había cambiado. No te quitaba los ojos de encima.

¿Tanto me había mirado? Le había pillado varias veces haciéndolo, pero no me di cuenta de que me había estado mirando todo el tiempo. Volví a sonreír.

—Conozco a mi nieto. Últimamente está diferente. No estará de acuerdo conmigo en eso y dirá que le gusta su vida tal y como es, pero sé que en el fondo anhela tener una relación seria. No se permite reconocerlo.

Sus palabras removieron algo en mi pecho. *Ay, Tate...*

Unos instantes después, Beatrice se dirigió al salón y se sentó junto a Paisley. Aproveché la oportunidad y envié un mensaje a Tate.

Lexi: Beatrice ya lo sabe. No tengo ni idea de cómo. No le he dicho nada.

Respondió inmediatamente.

Tate: No te preocupes. Estaba seguro de que se había dado cuenta. Esta mañana me miraba raro. ¿Puedes ir a algún sitio a solas? Quiero llamarte.

Lexi: Claro. Dame un minuto.

Me dirigí arriba, a uno de los baños. No había ninguna posibilidad de que Paisley o Beatrice me encontraran allí.

Lexi: Ya estoy a solas.

Llamó al segundo siguiente.

—¡Hola! —saludé, apoyándome en la puerta cerrada.

—Hola. No pudimos volver a hablar antes de irme.

—Ya lo sé. ¿De qué querías hablar?

—Verte. Fuera de casa. Cada vez que hago planes, algo se interpone, así que voy a improvisar.

—¿Por qué tengo la sensación de que eso no es propio de ti? —pregunté con una sonrisa.

—Normalmente no lo es.

—¿Así que estoy recibiendo un trato especial?

—Sí, Lexi. Por supuesto que te estoy ofreciendo un trato especial.

Se me cortó la respiración y solo conseguí susurrar un “Vale”.

—¿Tienes tiempo para una cita esta noche?

Moví ligeramente las caderas, conteniendo a duras penas las ganas de ponerme a bailar.

—¡Sí! —exclamé—. Claro que sí.

—Perfecto. Me muero de ganas de que llegue esta noche, Lexi.

—Yo también.

Colgué y mi cara estalló en una enorme sonrisa.

Tenía una cita con Tate Maxwell.

Una cita.

Era la mujer más afortunada del mundo.

Capítulo Dieciséis

Lexi

Cuando volví abajo, Paisley seguía viendo *El libro de la selva*, así que me adelanté y empaqué todo para nuestro pícnic. Veinte minutos después, había terminado. Al asomar la cabeza en el salón, me di cuenta de que Beatrice y Paisley no se habían movido ni un centímetro.

—Ya tengo todo preparado para irnos —dije.

Como era de esperar, Paisley preguntó:

—¿Puedo quedarme a ver un poco más?

Se me levantaron las comisuras de los labios.

—Puedes seguir viendo la peli otro día. Ahora salgamos y disfrutemos del sol.

Beatrice le dio un golpecito con el codo a Paisley.

—Tu padre me ha enviado un mensaje pidiéndome que pase aquí la noche. Podremos seguir viéndola más tarde.

—¿Cuándo te envió el mensaje? —solté.

—Hace un momento —respondió, mirándome con una sonrisa muy cómplice.

Dios mío. Parecía que el hombre había actuado con rapidez.

Sonreí de manera nerviosa mientras nos preparábamos para salir.

El día era perfecto para tomar el sol y relajarse, pero por primera vez desde que me había convertido en la niñera de Paisley, me moría de ganas de volver a casa. No era que no disfrutara pasando el tiempo con ella y Beatrice, pero la cita me hacía demasiada ilusión, y ese sentimiento se multiplicó cuando a primera hora de la tarde recibí un mensaje de Tom, el dueño de la pequeña charcutería que había junto a mi edificio, diciéndome que tenía una entrega especial de parte de él.

Lexi: ¿Qué es?

Tom: Tengo instrucciones estrictas de no contártelo.

Me quedé mirando el teléfono.

Lexi: ¿De parte de quién es?

Tom: De Tate Maxwell. Es todo lo que puedo decirte.

Me reí frente a mi teléfono, negando con la cabeza. ¿Tate le había sobornado para que no me dijera lo que me había enviado? Vaya, vaya. Y yo que pensaba que estaba en buenos términos con Tom. Tendría que mejorar mi técnica de soborno.

El día pasó rápido, probablemente porque me pasé la mitad del tiempo fantaseando sobre lo que sucedería esa noche.

—¿Por qué no aprovechas a salir antes? —preguntó con dulzura Beatrice a las cinco, cuando volvimos a la casa tras un día de sol, meriendas y diversión relajada—. Paisley y yo estamos bien.

No pude evitar sonrojarme. ¿Acaso sabía en qué estaba pensando? ¿Que lo único en lo que podía pensar era en Tate y en lo que me depararía la noche?

¿A quién quería engañar? Claro que lo sabía. Eso explicaba la sonrisa de complicidad.

—¿Estás segura? —pregunté, sin siquiera preocuparme por fingir que no quería irme a casa cuanto antes.

—Sí, sí. Paisley y yo nos mantendremos entretenidas.

Santo cielo. Por la forma en que Paisley miraba a Beatrice, casi como si su abuela fuera capaz de caminar sobre el agua, supe que iba a consentir a la joven a más no poder. Y no tenía ningún problema con eso; era el privilegio de ser bisabuela. Solo había pasado unos pocos años

con mis abuelos —fallecieron cuando yo era muy pequeña—, pero el único verano que pasé en su casa era uno de mis recuerdos más felices.

Cuando llegué a mi edificio, me dirigí directamente a la charcutería de Tom, tamborileando impacientemente con los dedos sobre su mostrador.

—Vale, aquí estoy. Dame el regalo, por favor.

—Chiquilla, no conozco al muchacho, pero parece un gran partido.

—¿Cómo lo ha hecho exactamente?

—Vino un repartidor, me pasó un teléfono y hablé con Tate Maxwell, que me explicó de forma muy convincente por qué no debía decirte lo que era. —Se agachó, desapareció unos segundos bajo el mostrador y luego apareció con una caja de mis bombones favoritos, que tenían cerezas en su interior.

Vaya. No podía creerlo. Mientras cogía mi caja de bombones, ya se me estaba haciendo la boca agua.

Tuve suerte de que el ascensor no estuviera demasiado lleno. Mis vecinos me miraban de reojo, probablemente porque sonreía como un niño en la mañana de Navidad. Una vez en mi apartamento, le envié un mensaje.

Lexi: He recibido los bombones. ¡¡¡¡Y son mis favoritos!!!!

Tate: Lo sé. Me dijiste que te encantaban.

Santo cielo. ¿Se ha acordado? ¿Acaso este tío es real?

Lexi: ¿Cómo has organizado todo esto?

Tate: Es un secreto. Pero la abuela también participó.

Lexi: Así que has conspirado con tu familia para que la cita sea perfecta, ¿eh?

Tate: Todo lo mejor para ti, Lexi. Solo lo mejor.

Suspiré, pensando en ponerme guapísima para aquella cita. Me lavé el pelo y lo peiné con ondas usando mi gran cepillo redondo. Luego, meticulosamente, me maquillé: primero, aplicando crema facial y luego la base de maquillaje. Experimenté con los colores para los ojos hasta encontrar el adecuado; dado que llevaba un vestido blanco y sandalias negras, podía ser bastante creativa con las sombras de ojos. Opté por unos tonos de verde, aplicando un color más claro desde el ángulo interno del párpado y oscureciéndolo hacia el externo.

Cuando terminé de maquillarme, me puse el vestido blanco. Era sin tirantes y tenía las copas del sujetador cosidas para evitar que se notaran los pezones; estaba confeccionado con un tejido elástico que resaltaba mis curvas. Me giré frente al espejo, evaluando el conjunto, y decidí complementarlo con unos pendientes originales.

En mi tiempo libre, disfrutaba haciendo joyas. No era nada del otro mundo; me gustaban las manualidades, algo que practicaba mucho con los niños en el colegio. Se había convertido en un hábito relajante para mí, incluso más que estar al aire libre. Solía usar aros enormes adornados con todo tipo de decoraciones, y prefería colores neutros en mi ropa para tener libertad a la hora de jugar con los accesorios y el maquillaje.

Volviéndome a girar en el espejo, sonreí, satisfecha con mi apariencia. Aún me quedaban dos minutos antes de que llegara Tate, así que me apresuré a ponerme los zapatos, que eran bastante altos y hacían que mis piernas parecieran interminables. Estaba ansiosa por ver la expresión voraz de Tate en cuanto abriera la puerta.

También aproveché para enviar una foto de la caja de bombones a mis amigas después de contarles acerca de mi noche con Tate.

Jenny: Tía, es un partidazo.

Ella: No veas, cari. ¿Dónde has encontrado a este tío?

Sonreí ante sus respuestas. Un minuto y medio después —sí, llevaba la cuenta— sonó el timbre. Abrí sin mirar siquiera por la mirilla.

Vaya. ¿Acaso Tate estaba aún más bueno esa noche? Tenía un aspecto absolutamente apetecible: con una barba incipiente, el botón superior de la camisa desabrochado y las mangas remangadas. Era puro músculo y me encantaba cada centímetro de él.

—Buenas noches, Lexi.

—Estoy lista. —Me sentí un poco ridícula mientras posaba delante de él, levantando una cadera hacia la derecha y apoyando la mano en ella. Permanecí en esa posición durante unos segundos antes de coger mi bolso negro.

Tate no apartó los ojos de mi cara. Parecía extrañamente estático.

Vale, esta no es la reacción que esperaba. Pensaba que al menos me mirara de arriba abajo, pero no quitaba la vista de mi cara.

Salimos de nuevo al pasillo y cerré la puerta, antes de dirigirnos al ascensor y pulsar el botón. Llegó rápidamente, como solía ocurrir en las horas de menor afluencia. Se tardaba una eternidad en coger un ascensor muy temprano por la mañana o por la noche, cuando todo el mundo se iba o volvía a casa. Todos los residentes parecían salir y llegar al mismo tiempo.

El ascensor estaba vacío y, en cuanto entramos, sentí un cambio en el ambiente. Cuando la puerta se cerró, noté con claridad la figura de Tate en el espejo: Estaba de pie detrás de mí, y el hambre que había en su mirada hizo que se me erizara la piel.

Me apartó el pelo hacia un lado, besándome el hombro descubierto.

—Lexi, —susurró—. Joder. —Acto seguido, me dio la vuelta y cubrió mi boca con la suya, besándome con avidez, enredando nuestras lenguas, tomándose su tiempo con aquel profundo y ardiente beso. Metió una mano en mi cabello y apoyó la otra en mi cintura.

Estaba tan excitada que cuando me separó las piernas con la rodilla, estuve a punto de frotarme contra su muslo. Joder, podía hacerme perder la decencia en tiempo récord.

Jadeé, y él se apartó emitiendo un gruñido.

—Maldita sea. Creía que podría contenerme. —Me estaba observando de cerca, mientras me pasaba el pulgar por los labios—. Pero como te dije una vez, me haces sentir demasiado y desearte más de la cuenta. Contigo no hay término medio.

Cuando se abrieron las puertas del ascensor, di un paso atrás, riendo con nerviosismo.

—¿Puedo destacar que te contuviste muy bien en el apartamento? Me pregunté qué era lo que estaba pasando, no hiciste más que mirarme la cara.

Tate se mostró incrédulo durante unos segundos antes de soltar una carcajada.

—Eso es porque sabía que, si me detenía a mirarte más en detalle, perdería la cabeza.

Sonreí, moviendo las cejas de arriba abajo.

—Esa era exactamente la reacción que esperaba cuando me arreglé para la cita —dije mientras caminábamos por el pasillo hacia la salida.

Cuando salimos, Tate me rodeó con un brazo y acarició mi brazo izquierdo. Fue un contacto tan íntimo... Me encantó. Quería más, lo quería todo.

Caminamos hasta el borde de la calle, y apenas me di cuenta de que estaba llamando a un taxi cuando le vi levantar un brazo. Estaba tan acostumbrada a ir en Uber a todas partes que ya ni siquiera prestaba atención a los taxis. Aun así, eran bastante prácticos y circulaban mucho en verano por las tardes, porque la gente pasaba mucho tiempo al aire libre.

—¿Adónde vamos? —pregunté cuando me abrió la puerta del taxi. Me deslicé dentro, moviéndome hacia el centro del asiento para que él pudiera entrar por el mismo lado.

—Navy Pier —le dijo al conductor, que se limitó a asentir, y a continuación el coche avanzó a trompicones.

—Hace mucho tiempo que no voy —comenté, entusiasmada—. ¿Qué vamos a hacer?

—Vamos a subir a la Noria del Centenario.

Chillé como una adolescente.

—¡Dios mío! ¿De verdad? Qué guay. Nunca he subido a la noria.

—Ya lo sé. Nos lo dijiste cuando hicimos los gofres.

Mis ojos se abrieron de par en par.

—¡Sí, así es!

Sonreí, y él me devolvió la sonrisa antes de acercar su boca a mi oreja y desviarse hacia la izquierda en el último segundo, donde mi mandíbula se unía al cuello. Pensé que me diría algo, pero en lugar de eso, me dio un beso. Al principio fue tierno, solo un roce de sus labios, pero entonces sentí la punta de su lengua, haciendo que apretara los muslos al instante. El deseo me invadió por completo, especialmente en mi zona íntima. Tate se enderezó y pude captar su sonrisa de suficiencia antes de que se volviera para mirar por la ventana.

Sin duda, aquel hombre tenía grandes dotes de seducción.

Capítulo Diecisiete

Lexi

Había querido montar a la Noria del Centenario desde que llegué a Chicago, pero por una cosa o por otra nunca había podido hacerlo, y acabó convirtiéndose en una cita romántica.

Encima, resultó ser incluso mejor de lo que pensaba. Cuando imaginaba el viaje en la noria, siempre había tenido la idea de que estaría aplastada entre un montón de turistas. Pero Tate no compró entradas normales: reservó una góndola VIP con asientos de felpa y suelo de cristal. Pero lo más importante era que estábamos solos dentro.

—¡Esto es tan romántico! —exclamé mientras me sentaba, tocando los asientos y mirando al exterior. Chicago siempre era preciosa, pero al atardecer, parecía casi mágica con sus relucientes torres. Estaba deseando que subiéramos más alto.

—Todo lo mejor para mi chica —dijo con una sonrisa pícara—. No quería compartirte con nadie esta noche.

Me recosté en el asiento, mirando a mi alrededor mientras la rueda giraba y nos elevábamos en el aire.

—¿Te parece que es una buena idea, teniendo en cuenta lo peligroso que fue el viaje en ascensor?

—Sí. Solo tenemos que atenernos a una regla sencilla —respondió.

—¿Y cuál sería?

—Nada de besos, o repetiremos la escena del ascensor.

Me moví un poco en el asiento, cruzando y descruzando las piernas. Aquello sonaba como una promesa muy tentadora.

Dirigió su mirada, dura e implacable, hacia mí, y sentí que estaba ardiendo. Su aspecto era muy distinto al que tenía cuando me presenté a la entrevista de trabajo, un mes antes. Parecía despreocupado y tenía una sonrisa en la cara que me llenó el corazón de alegría. El lago estaba oscuro por la noche, pero en ese momento estábamos en ese punto mágico tras la puesta de sol, cuando el cielo tenía un precioso color anaranjado. Ni siquiera nos estábamos besando, pero yo era plenamente consciente de su presencia y del contacto de nuestras piernas, que se encontraban entrelazadas. Me miraba más que al paisaje y, como me quedé sin palabras, nos limitamos a disfrutar así de la vista, comentando solo los sitios que reconocíamos. Por desgracia, el viaje duró apenas quince minutos.

—¿Y ahora qué? —pregunté una vez que salimos.

—Ahora vamos a ir a un lugar que creo que te va a gustar mucho —respondió, rodeándome la espalda con un brazo y apoyando los dedos en la parte superior de mi brazo.

—Genial, veamos qué me tienes preparado —bromeé, sintiéndome eufórica y como la mujer más afortunada de todo Chicago.

Tate me llevó a un *rooftop bar*, no muy lejos de la orilla del lago. No se parecía a ningún otro bar en el que hubiera estado. Tenía paredes de madera alrededor del perímetro con exuberantes plantas verdes trepando por todas partes; casi parecía que estuviéramos en un jardín. Habían colocado luces centelleantes entre las plantas, lo que daba un aspecto mágico al ambiente. No tardé en hacer unas cuantas fotos con el móvil.

—¿Qué haces? —preguntó Tate.

—A Paisley le encantan las luces parpadeantes —contesté y volví a meter el teléfono en mi bolso—. Le encantará ver esto.

Tate no respondió, y cuando levanté la vista de mi bolso, fui sorprendida por la emoción y la intensidad de su mirada.

Antes de que pudiera preguntar si pasaba algo, nos saludó el anfitrión, señalándonos una mesa situada en un rincón, equipada con un acogedor sofá y varios sillones. También divisé una pista de baile en el rincón opuesto.

¿Una pista de baile? *Humm*. Tal vez podríamos divertirnos un rato allí. Me pregunté con qué tendría que sobornar a Tate para que aceptara bailar conmigo.

Pedimos unos cócteles y una tabla de aperitivos, y lo trajeron todo muy rápido. Había salami, distintos tipos de queso, aceitunas marinadas, tomates secos y champiñones a la plancha con orégano espolvoreado por encima.

—Esto está delicioso —comenté después de meterme un champiñón en la boca.

—Me alegro de que te guste.

Estábamos sentados uno al lado del otro en el sofá, y si creía que en la Rueda Centenaria era muy consciente de su presencia, no se comparaba en nada con lo que sentía en aquel momento. El ambiente era tan íntimo que hasta resultaba sensual. Unas plantas en maceta separaban nuestro rincón del resto del bar, creando un espacio con mucha privacidad.

—¿Cómo encontraste este lugar? —pregunté—. Es muy bonito.

—Es de un amigo mío y le dije que quería la mejor mesa que tuvieran.

—Ya lo creo que sí. La pregunta es: ¿cómo pudo reservártela con tan poca antelación?

Tate se inclinó ligeramente, acercando su boca a mi oído:

—Sé cómo persuadir a la gente.

—Ya veo. Tom, el hombre que recibió la entrega, comentó algo parecido.

—Los negocios me han dado mucha práctica.

A la hora de hacerme derretir, Tate Maxwell estaba realmente a otro nivel. Me lo imaginaba en su despacho, con un aspecto dominante y serio, negociando como un tiburón.

¿Era raro que me sintiera honrada de que utilizara las mismas habilidades para seducirme? Porque eso era exactamente lo que sentía, y me encantaba. ¿Cómo podría volver a salir con otro hombre? Aquel pensamiento me entristeció.

Mientras daba un sorbo a mi cóctel y me deslizaba un poco más lejos de él para poder mirarle bien, me sorprendió encontrar de nuevo su mirada clavada en mí. ¿*Es que siempre me está mirando?* Mi corazón dio un vuelco.

—No puedo creer que hayas organizado todo esto en un día. Me pregunto lo que serías capaz de hacer si tuvieras más tiempo.

—Ponme a prueba —replicó, y luego movió las cejas, lo cual era tan poco habitual en él que no pude evitar reírme—. Aunque hace tiempo que había planeado lo de la noria.

—Aun así, te llevas el máximo de puntos por todo esto.

En ese momento su mirada era juguetona.

—¿Puntos? Vale. Me gusta este juego.

Y se le daba muy bien. ¿Por qué seguía soltero?

—Tate, ¿puedo preguntarte algo?

—Claro.

—¿Siempre has estado soltero después de tu divorcio?

Asintió, tamborileando con los dedos sobre su vaso.

—He salido con algunas mujeres, pero nada serio, y no quería que Paisley se confundiera.

Mis latidos se aceleraron. Me moría de ganas de preguntarle si quería contarle lo nuestro a Paisley, pero no me atrevía a hacerlo. Así que, en vez de eso, empecé a divagar de manera

nerviosa.

—Salir con alguien no es fácil. Llevo saliendo con chicos, no sé... catorce años. Desde que estaba en el instituto.

Se oyó un ruido extraño. Parecía provenir de Tate, pero quizá el cóctel me había alterado los sentidos. Seguí hablando:

—He tenido algunas relaciones a lo largo de los años, pero creo que nunca he estado enamorada.

Me sorprendí a mí misma con aquella confesión y, por la forma en que abrió los ojos, a él también. Quizá aún no estaba preparado para oír algo tan profundo de mi boca, o quizá no era algo que quisiera saber en absoluto, pero no sentí la necesidad de esconderme ante él. Quería que supiera quién era. Pero, ¿y si no le gustaba? Era demasiada información para una primera cita.

Me relamí los labios antes de añadir:

—Así que, sí, uno podría pensar que ahora, en la era de Tinder, es más fácil conseguir citas, pero cada vez que deslizo la pantalla... —Volvió a oírse aquel ruido extraño. Giré un poco la cabeza hacia él—. ¿Has hecho un ruido con la garganta?

Se acercó más hacia mí.

—Lexi, no quiero oírte hablar de los hombres con los que sales, ni de aquellos con los saliste, de ninguno, nunca. Me vuelve loco.

Dios mío. Había sido él antes. Tragué saliva, totalmente consciente del calor de su cuerpo, de su frente presionando contra la mía, de sus dedos posados de manera posesiva en la parte baja de mi espalda...

—Eres mía —gruñó. Y fue un gruñido muy sincero.

—Vale, lo entiendo —respondí, sin aliento. Su presencia era arrolladora. Durante unos segundos, me olvidé por completo de la gente que nos rodeaba. Aunque no pudiéramos ver a las personas a través de las plantas, oíamos las voces, el sonido de las risas y el tintineo de las copas.

—Tate —susurré, con la voz entrecortada.

Sus dedos ejercieron más presión sobre mi espalda y las comisuras de sus labios se inclinaron hacia arriba.

—Me pasan cosas muy fuerte contigo, Lexi, y es aún más peligroso de lo que pensaba.

—Humm —murmuré, manteniendo mi tono juguetón—. Me gusta cómo suena eso.

Se echó hacia atrás, retirando la mano.

—¿Y crees que si no me tocas será menos peligroso? —bromeé.

—Pues eso espero, porque estoy a punto de cogerte en brazos y salir de aquí contigo.

Oh. Dios. Dios mío. Aquella voz sensual y decidida iba a ser mi perdición.

Me alejé aún más en el sofá y apareció un brillo de diversión en sus ojos. Me encantaba.

—Mi madre siempre dice que cuando una persona te genera emociones intensas, es una buena señal —dije antes de apretar los labios con fuerza. Santo cielo. Solo me había tomado un cóctel y ya estaba recitando el consejo de mamá. Ya había espantado a varias citas de esa forma, y ni siquiera había compartido la mitad de las cosas que acababa de contarle a Tate. Al parecer, no tenía forma de contenerme.

—Eres muy unida a tus padres, ¿verdad? Quiero decir, sé que los ayudas, pero son cosas diferentes.

—Mi madre es mi mejor amiga, siempre le cuento todo. Fue la mejor madre que podía desear. Me escuchaba y, cuando le pedía consejo, me lo daba, pero nunca sentí que me agobiara, me presionara demasiado o me quitara libertad. Lo pasamos un poco mal cuando yo era adolescente porque, bueno, a todos los adolescentes les gusta cabrear a sus padres.

—Estoy seguro de que Paisley no será así —dijo estoicamente.

No pude evitar soltar una risita:

—Ya. Sigue pensando eso si te ayuda, pero prepárate para lo peor. —Suspirando, añadí—: Echo de menos poder hablar de todo con mi madre. En los últimos años, la vida ha cambiado un poco, sobre todo este último, con la operación. Lo positivo fue que empecé a hablar más con mi padre, pero, aun así, la mayoría de nuestras conversaciones eran sobre salud o facturas. Estoy segura de que las cosas van a mejorar, mi madre ya se encuentra mucho más estable que antes. La semana pasada le envié una caja de dulces de *Le Chocolat*, y como respuesta me mandó un montón de fotos. Es una buena señal.

Tate me miró atentamente, pero no dijo nada.

—Me asustas cuando haces eso —dije con sinceridad.

—¿Cuándo hago qué?

—Cuando no dices nada y solo te limitas a mírame —respondí.

—Créeme. Si te digo todo lo que pienso, te asustarías aún más.

Tragué con fuerza y susurré:

—Haz la prueba.

Sus ojos brillaron.

—Esta noche no, Lexi. Esta noche no.

—Humm... esto es algo mutuo, señor. Yo también quiero saber cosas de usted.

—Puedes pedirme lo que quieras. Excepto que te diga todo lo que pienso.

Riéndome, me devané los sesos en busca de algo que quisiera saber.

—No conozco a tus padres. ¿Viven lejos de aquí?

—No, viven en la ciudad, pero todos los veranos se van de vacaciones. Volverán dentro de dos semanas.

—Vale. ¿Y estás tan unido con ellos como con Beatrice?

—Estamos todos muy unidos. Tyler bromea diciendo que la abuela es el pegamento que une a toda la familia porque siempre nos turnamos para buscarle cosas que hacer y, de esa manera, evitar que se aburra.

—Pero sigue teniendo la librería, ¿no?

—Sí, pero ella no participa activamente. Hace años que tiene a una persona gestionándola. Es más bien una especie de reliquia. —Riéndose, añadió—: Estaba incluso más emocionada que mis padres cuando nació Paisley.

—Me contó que perdió a su marido cuando era joven.

—Sí, mi padre acababa de graduarse de la universidad y su hermano había empezado su primer año. A mi tío le afectó un poco más y estuvo perdido durante un tiempo.

—¿Esa es la razón por la que Kimberly y Reese pasaban tanto tiempo en tu casa cuando eran pequeñas?

Negó con la cabeza.

—No. Mi tía falleció cuando las chicas eran un poco más mayores. Mi tío no lo llevó nada bien. Se encerró en el trabajo, viajando sin parar para ampliar la cadena de librerías. La abuela y mis padres prácticamente las criaron. Como vivían cerca de nosotros, mis primas venían mucho a nuestra casa. Luego, cuando todos nos hicimos mayores y nos dedicamos a nuestras cosas, ella atravesó unos años de depresión. Fue a terapia, pero apenas volvió a ser la de antes cuando nació Paisley.

Me entraron aún más ganas de abrazar a Beatrice. En ese instante comprendí por qué eran tan sobreprotectores con ella. Sin embargo, algo me decía que intentarían ocultarle las malas noticias

de todos modos.

—La psicóloga le dijo que era importante mantenerse ocupada, así que yo trato de que pase todo el tiempo que quiera con Paisley. Pero bueno, ya no puede seguir su ritmo.

—Eres una gran persona, Tate.

Su expresión cambió de seria a juguetona en una fracción de segundo. Me encantaba causar ese efecto en él.

—Venga, tengo una idea. ¿Por qué no jugamos a conocernos? —pregunté con aire travieso.

Se inclinó más hacia mí.

—¿Tenemos que estar vestidos para ello?

—¡Claro, estamos en un bar!

Se rió.

—Ya lo sé. No he dicho que tuviéramos que jugar aquí.

—¡Eres tremendo! Sabía que tarde o temprano llegarías a esto.

—Soy sincero sobre lo que quiero, Lexi. Y en este caso, te quiero a ti, todo el tiempo.

Cuando me di cuenta de que hablaba en serio, se me cortó la respiración.

—Estaba pensando en algo más parecido a “¿Cuál es tu color favorito?”, “¿Cuál es tu comida favorita?” o “¿Qué te gusta leer?”.

—Tu color favorito es el verde. Tu comida favorita es la hamburguesa vegetariana —afirmó sin titubear.

Me eché hacia atrás, sorprendida, y parpadeé rápidamente antes de mirar mi cóctel.

Mierda, ¿se lo he dicho ya y se me ha olvidado? ¿Es que estoy tan borracha?

—¿Cómo lo sabes? —pregunté con suspicacia.

—Paisley habla mucho de ti, Lexi. Pero no sé cuál es tu libro favorito.

—*Las aventuras de Ana Delaware*. Por desgracia, está descatalogado. Pero espera, ¿a qué te refieres con que Paisley habla de mí?

—Pues a eso: ella habla mucho de ti. Y yo me aprovecho de ello. No paro de pedirle detalles.

La mera idea de que hablara de mí con su hija me hacía derretir. Quería tener el poder de convertirme en una mosca para poder escuchar aquello. ¿Qué diría si supiera que salía con su padre?

¿Acaso Tate querría decírselo siquiera?

A pesar de sentirme más a gusto con él que con cualquier otra persona con la que hubiera salido, *seguía* sin tener el valor de preguntárselo. Pero no tenía por qué saber la respuesta esa misma noche. Lo mejor era disfrutar de aquella increíble velada y centrarme en la realidad al día siguiente.

Relamiéndome los labios, le señalé con el dedo.

—Pero yo no sé todas esas cosas sobre ti. Así que, ¿cuál es tu color favorito?

—El azul.

—¿Y qué es lo que *más* te gusta comer?

Sus ojos se entrecerraron y, al principio, pensé que no había oído mi pregunta, pero entonces acercó su boca a mi oído.

—Ahora mismo, a ti. Quiero tener mi boca sobre tu cuerpo hasta hacerte estremecer y correrte, y que acabes gritando mi nombre.

Un dulce escalofrío me recorrió de los pies a la cabeza. La piel de todo mi cuerpo se erizó, incluidas mis partes íntimas, si aquello era posible. Tragué saliva y me eché un poco hacia atrás para poder mirarle.

—Joder, qué bueno eres —susurré—. Quería preguntarte si podíamos bailar, pero ahora lo único que quiero es que nos vayamos de aquí.

—Tus deseos son órdenes —replicó.

—¿Eso significa que ahora puedo conseguir un beso? —Era más bien un desafío de borracha, pero lo necesitaba—. Puesto que nos estamos yendo de todos modos...

—Joder, ¡claro que sí!

En cuanto sus labios rozaron los míos, mi piel chisporroteó por todas partes. No tenía ni idea de cómo podía encender mi cuerpo con un simple roce. Ya tenía tanto poder sobre mí que me asustaba, pero cada beso me hacía sentir aún más viva que el anterior, y cada caricia aún más deseada y adorada.

Tate Maxwell era mío. Nada más importaba, al menos no aquella noche.

Capítulo Dieciocho

Tate

El resto de la semana transcurrió con la misma intensidad que la anterior. Lo único que me mantenía en equilibrio era volver a casa con Paisley... y con Lexi. Decidí localizar su libro descatalogado o, mejor dicho, poner a la abuela a trabajar en ello. Como aún dirigía la librería, tenía acceso al mercado. Si alguien podía encontrarlo, era mi abuela; tenía un talento sin igual para encontrar objetos raros y convencer a la gente de que se los diera.

Una semana después, me llamó.

—Lo he encontrado, ya lo tengo aquí. El dueño anterior era un asesino de libros, pero es mejor que nada.

—¿Un qué?

—Un asesino de libros. Los bordes están doblados, y algunas páginas tienen manchas de tinta.

Me reí ante su descripción. ¿Cómo se le ocurrían esas cosas?

—Es para Lexi, ¿verdad? —preguntó.

—Sí, señora.

—Qué bien, Tate. Por fin te estás dando la oportunidad de ser feliz. Eso es todo lo que siempre quise: que te arriesgaras y dejaras de pensar que no debías tener a alguien en tu vida hasta que Paisley fuera mayor.

Mi hija me había dicho básicamente que le parecía bien que saliera con alguien, pero ¿quién sabía si realmente le parecería bien? Tenía que andarme con cuidado, no podía volver a decepcionar a Paisley. Sin embargo, eso no significaba que no pudiera mimar a Lexi y hacerla feliz. Ya podía imaginarme su reacción cuando recibiera el libro.

—Abuela, tengo que irme. Enviaré a alguien a por el libro...

—Tonterías, iba a ir a tu casa de todos modos. Se lo daré yo.

—Vale, gracias abuela.

Una hora más tarde, Lexi me envió una foto. Sostenía un libro junto a su cara.

Maldita sea. Nunca la había visto sonreír así. Esa alegría tan pura de su rostro me conmovió.

Lexi: No puedo creer que lo hayas conseguido. GRACIAS GRACIAS GRACIAS.

Tate: De nada. Me gusta ver esa sonrisa en ti.

Me recosté en la silla, mirando aquella foto durante un buen rato... hasta que Declan entró en mi despacho.

—Los propietarios de los edificios contiguos a *The Happy Place* se han unido a la demanda —anunció.

—Joder.

No me sorprendió, pero me cabreó.

Estaba acostumbrado a enfrentarme a imbéciles, pero normalmente las peleas no eran personales. Los competidores eran previsibles —buscaban beneficios—, pero aquella situación era diferente, era personal. Malcolm y el Halsey Group no actuaban por puro interés comercial. Bueno, tal vez el Halsey Group sí, pero Malcolm no.

Había pensado que, al casarse con la familia Maxwell, se le abrirían las puertas de Chicago, y así habría sido, porque en nuestra familia siempre nos apoyábamos incondicionalmente. Pero le salió el tiro por la culata, y su continuo interés por el edificio de la abuela olía más a venganza que a decisión empresarial.

—Vamos a plantar batalla con todos nuestros recursos —afirmé—. No repararemos en gastos. Asumid el riesgo que sea necesario. Me da igual. A la empresa le va lo suficientemente bien y nos lo podemos permitir. Yo lo sé, y ellos también.

—Creo que esperan que no queramos lidiar con todas las molestias burocráticas —replicó Declan. Con una sonrisa de suficiencia, añadió—: Supongo que van a aprender por las malas lo que significa ir contra los Maxwell.

—Así es, lo harán. De vez en cuando es necesaria una demostración de fuerza.

Declan hizo un gesto de asombro:

—Me asustas cuando hablas así.

—Lo digo en serio —confirmé.

—Lo sé, por eso me asusta. ¿Quién iba a pensar que tener todo esto iba a suponer estar luchando por ello todos los días?

Me reí con sorna, sentándome.

—Pero merece la pena.

Vivíamos conforme a un código: proteger a la familia a cualquier precio. Con el dinero y el poder llegaba la envidia, y había gente que estaba dispuesta a acabar con nosotros. Yo no lo permitiría.

El edificio de la abuela formaba parte de la Corporación Maxwell, y nadie iba a obligarnos a nada. La abuela me dijo una vez que ir a la librería, *The Happy Place*, era lo que la mantenía viva. No iba a permitir que nadie se metiera con ella.

Tenía en mente una medida extrema... pero iba a dejar que Declan probara primero el método *amable*.

—¿Quieres que le contemos las novedades a Reese? —preguntó con cautela.

Levanté la vista hacia él:

—No, todavía no.

—Se va a cabrear si le ocultamos esto.

Gruñí:

—No se lo vamos a ocultar.

—¿Cómo llamas al hecho de no decírselo?

Sonreí con suficiencia:

—Le llamo: protegerla. No tenemos toda la información. No veo por qué deberíamos preocuparla.

—Tal vez porque es el imbécil de su exprometido el que está haciendo todo esto, probablemente para hacerla sufrir.

Volví a gruñir y dejé caer el bolígrafo. Era inútil intentar hacer varias cosas a la vez, no cuando estaba tan cabreado.

—Claro que es para vengarse de ella. El tío creía que iba a tener el mundo a sus pies, y ahora ya no.

Aún recordaba el día en que Reese me llamó para decirme que la boda se cancelaba y que no tenía fuerzas para anularlo todo.

Tal vez estuviera mal ocultarle cosas, pero aún recordaba lo frágil que se encontraba en ese momento. Aunque hacía meses de aquello, estaba seguro de que todo lo que estaba sucediendo la afectaría, y quería protegerla de ello a toda costa.

—De momento, ni una palabra a Reese —conluí.

Declan asintió.

—Vale, pero que conste que, si se entera, diré que fue idea tuya.

—Está bien, me da igual.

Levantó una ceja, pues sabía que sí me importaba. Odiaba que mis primas se enfadaran conmigo, pero estaba seguro de que Reese lo entendería. Siempre las habíamos protegido. En el colegio les decíamos a todos que éramos sus hermanos para que nadie se metiera con ellas, y así fue. Nadie quería gastarle una broma a alguien habiendo seis Maxwell enfadados dispuestos a pelear.

Cuando salió de mi despacho, intenté distraerme y no pensar en cómo sería la reacción de Reese si se enteraba, pero fue inútil. Durante la mañana, mientras hacía todas las llamadas necesarias para apagar el incendio que el Halsey Group estaba avivando, no podía dejar de pensar en lo que diría Reese cuando se enterara. Sabía que tenía que decírselo. Pero no tenía que hacerlo ese mismo día.

Tal vez se lo pediría a Luke.

Le solicité a Declan que me informara en cuanto supiera algo, y solo tuve noticias suyas dos veces a lo largo del día. Sabía que eso era normal en un juicio, pero aun así me encontraba de mal humor. Quería zanjar el asunto antes de que fuera a más, antes de que pudiera perjudicar a mi familia.

Por la tarde, pasé por el despacho de Declan sin llamar.

Cuando entré, me miró, levantando una ceja.

—¿Por qué parece que estás a punto de empezar una pelea? —preguntó.

—Nada de eso. Quería comprobar el estado de la demanda.

Se reclinó en la silla, con el ceño aún fruncido.

—No tengo más noticias que las que ya te he enviado. Pensé que el hecho de haber ignorado tus últimos cinco correos lo había dejado claro.

Maldije, mientras deambulaba por su despacho.

—Ah, entonces tenía razón. Tienes ganas de pelear. ¿Por qué tiene que ser conmigo?

Me di la vuelta, sonriendo.

—Porque estás aquí.

—Cierto, pero creo que Luke también está en su despacho, y Travis volverá hoy más tarde, por si prefieres una pelea a mayor escala en la que participemos todos. —Su tono era ameno.

Estaba comportándome como un imbécil, no era culpa suya que las cosas fueran lentas. Pero cuando tenía algo en mente, quería que se resolviera en el acto. Me frustraba que no fuera posible.

—Tío, tienes que tomarte las cosas con más calma —sugirió Declan.

—¿Cómo?

—No busques respuestas en mí. Soy incluso más adicto al trabajo que tú.

Refunfuñé.

—Lo sé.

—Oye, ¿sabes quién sí sabe cómo tomarse las cosas con calma?: Luke. ¿Por qué no vamos a su despacho? Le diré que yo...

—No, no estoy de humor para eso.

De repente, un golpecito en la puerta abierta nos sobresaltó a los dos. Era Luke, que estaba asomando la cabeza.

—Perfecto, justo a tiempo. Tate estaba a punto de estallar —comentó Declan.

—Ya me conoces, tengo un sexto sentido. Especialmente porque esta mañana parecíais tener palos en el culo.

—Yo no —contestó Declan con despreocupación, asintiendo en mi dirección.

Luke se frotó las manos, echando un vistazo a su alrededor inclinando la cabeza hacia un lado de manera exagerada.

—Por suerte para vosotros, estoy a solo unas puertas de distancia para ayudar a equilibrarlo todo. Subamos al bar cuando acabemos. O ahora mismo, si queréis.

Levanté una ceja.

—Es muy temprano.

Luke se acercó a mí y me puso una mano en el hombro.

—Hermano —empezó a decir en tono muy serio—, no sé si alguien te lo ha dicho, pero eres el director general de una empresa vinícola gigantesca. Eres tu propio jefe, si quieres irte antes, puedes hacerlo.

—No pierdas el tiempo con eso, Luke, es una causa perdida. Pero yo no. Subamos a tomar un descanso —sugirió Declan antes de volverse hacia mí y añadir—: Si cambias de opinión, ya sabes dónde encontrarnos.

No cambié de opinión.

Cuando se fueron, volví a mi despacho. Y entonces el día se me fue de las manos, como de costumbre. Preparar el lanzamiento de una colección exclusiva no era moco de pavo, y no me avergonzaba admitir que había subestimado el esfuerzo que me iba a costar. Pero merecería la pena.

Cuando fundé las Bodegas Maxwell, quería construir algo de lo que mi familia pudiera sentirse orgullosa durante generaciones. Ese objetivo seguía siendo lo que me impulsaba hasta entonces, incluso en las semanas de más trabajo.

Cuando dieron las cinco, me sentía inquieto. De la nada, la voz de Lexi apareció en mi mente. Normalmente evitaba las distracciones, pero aquella me agradó. De hecho, quería más.

Saqué el teléfono para buscar mi *chat* con Lexi y me sorprendió ver que tenía unos cuantos mensajes suyos sin leer.

Lexi: Hoy nos vamos de pícnic. Beatrice está con nosotros. Parece un poco apagada, pero Paisley y yo tenemos un plan para animarla.

El siguiente mensaje era de unas horas más tarde.

Lexi: Todavía estamos de pícnic. Vamos a llegar tarde a cenar, y no estoy segura de cuánto querrá comer Paisley porque ha picoteado todo el día.

Tate: ¿Seguís en el lago?

Lexi: Sí. En la playa de Oak Street. No creo que pueda convencerlas de que volvamos :) Paisley y Beatrice son peligrosísimas cuando están juntas.

Me envió una foto de las tres. Estaban sentadas y sonreían a la cámara. Paisley salió sacando la lengua.

Por primera vez en aquel día, me sentí más tranquilo, y tomé una decisión en una fracción de segundo. Levantándome de la silla, salí directamente de mi despacho y asomé la cabeza en el de Declan. Luke y él habían vuelto hacía unas horas de su descanso.

—Me voy —anuncié.

Declan se echó hacia atrás, sorprendido.

—Son las cuatro y cuarto.

—Lo sé.

Entrecerró los ojos.

—¿Estás enfermo?

—No. Lexi, Paisley y la abuela están en el lago. Lexi me ha enviado unas fotos.

—Espera un momento. Así que, cuando Luke y yo te pedimos que te tomes un descanso, nos miras mal, pero Lexi te envía un mensaje con unas cuantas fotos y... ¿te vas? Marcaré este día en el calendario.

—Eres un imbécil —repliqué.

—Solo estoy remarcando que este no es precisamente tu comportamiento habitual.

Le hice una peineta antes de salir de la oficina. Desde luego, tenía razón, pero si lo admitía, no pararían nunca de vacilarme. Por lo general, tenía suficiente trabajo como para quedarme en la oficina hasta bien entrada la tarde, pero tenía la regla de oro de estar en casa a la hora de cenar. A veces trabajaba después de la cena, luego de que Paisley se durmiera, aunque no muy a menudo. Pero nunca me iba temprano, a menos que ella tuviera una urgencia o un evento en el colegio.

Al ver a todas mis chicas en el lago, no pude contenerme. Le pedí a Lexi que me enviara su ubicación, y me contestó con más o menos un millón de emojis, haciéndome reír. No era capaz de ocultar sus emociones.

Llegué al lago media hora más tarde. Mis tres chicas estaban sentadas bajo un enorme roble. La abuela estaba leyendo en su Kindle. La zona de pícnic era enorme, pero había tanta gente que seguía pareciendo reducida.

—Quiero llevar esto en mi cumpleaños —le comentaba Paisley a Lexi.

Era el veinticinco de septiembre, pero ella siempre empezaba a hablar de ello dos meses antes:

—¿Crees que un vestido rojo desentonaría con mis pecas?

Al escuchar aquella extraña conversación, parpadeé con rapidez. *¿Desentonaría?*

—¿Qué? No, no lo creo, pero pruébate también el amarillo. Es muy luminoso. Además, creo que resaltaría tus ojos.

¿Están hablando de moda? Maldita sea.

—¿Qué están tramando mis chicas? —pregunté, apareciendo por sorpresa detrás de ellas.

Paisley chilló, poniéndose en pie de un salto para luego dirigirse directamente a mis brazos.

—Papá, ¿qué haces aquí? ¿Qué ha pasado?

Joder, esa angustia en su voz me mató.

—Nada, cariño, solo tenía ganas de unirme a todas vosotras y divertirme un rato. No quiero que os divirtáis sin mí.

—Pero es temprano —insistió Paisley, como si no pudiera comprender qué hacía yo allí.

—Sí, hoy decidí salir más temprano de la oficina —dije.

La abuela me observaba con una expresión perspicaz en sus ojos.

Lexi se puso en pie, con una sonrisa de oreja a oreja. En ese instante, me asaltó el deseo de acercarme a ella y besarla con todas mis fuerzas.

—Estábamos haciendo una lista con vestidos de verano —dijo, girando su iPad y sosteniéndolo para que yo lo viera—. Son telas totalmente naturales, como el algodón y la seda. Esta temporada están de moda los colores pastel. Bueno, lo están casi todos los veranos, pero también elegí algunos que son más intensos para Paisley.

A mí todo aquello me sonaba a chino, pero estaba contento de que Paisley tuviera a alguien con quien hablar de moda además de Reese y Kimberly. Una vez le había preguntado por qué no hablaba de ello con la abuela, y su respuesta había sido:

—La abuela es mayor, no puedo llevar lo que lleva ella. Todos se reirían de mí.

Había evitado el tema desde entonces.

—También estamos haciendo listas para su cumpleaños —comentó mi abuela.

—¿Qué quieres hacer? —preguntó Lexi, mirándome—. ¿Quieres comer algo?

—Sí. Me muero de hambre —respondí—. No he comido nada desde el almuerzo.

Lexi señaló un enorme puesto de comida que había al otro lado de la zona de descanso.

—Venden unas deliciosas patatas fritas con alitas de pollo. Ya nos hemos comido unas cuantas raciones a lo largo del día.

—Voy a comprar algo para comer. Lexi, ¿estás segura de que no quieres beber nada? —La miré de forma seria.

—No, no, yo... —Interrumpió su discurso en medio de la frase, riendo—. ¿Sabes una cosa? Sí, voy a pedir algo. No estoy segura de lo que quiero beber, pero te acompañaré para echar un vistazo.

La abuela levantó la vista de su Kindle, pero no dijo nada. Aquella expresión perspicaz se hizo más profunda. La próxima vez que me quedara a solas con ella, me bombardearía a preguntas, estaba segura, pero en ese momento me daba igual. Quería estar a solas con Lexi, aunque solo fuera unos minutos.

Caminamos por la abarrotada playa y ella no paró de hablar.

—Me encanta estar aquí. Da una sensación de vacaciones muy divertida.

Asentí, mirando a mi alrededor mientras nos uníamos a la enorme cola. Hacía tiempo que no visitaba el lugar, pero Lexi tenía razón.

—Paisley está muy ilusionada por su cumpleaños. También ha dicho que va a venir su madre.

Mi mandíbula se tensó.

—Sí, Nora nos visita una vez al año, el día de su cumpleaños.

—Eso es algo positivo, ¿no?

—Sinceramente, no estoy tan seguro. Paisley se emociona mucho y luego se entristece cuando Nora se va. Pero este año parece más... cauta.

—Está un poco más mayor, así que creo que lo entiende todo mejor. Por cierto, no sé qué le pasa, pero hoy Beatrice no estaba como siempre. Se la ve más retraída.

El hecho de que estuviera preocupada por la abuela hizo que algo se estremeciera en mi pecho.

—Se acerca el aniversario de la muerte del abuelo. Siempre está un poco decaída en esta época del año. Puede que salga más a menudo contigo y con Paisley.

—¡Pobrecita! Vale, voy a preguntarle a Paisley cuáles son las cosas que pueden animar a Beatrice así planeamos algo para la próxima vez que esté con nosotras.

¿Será real esta mujer?

—Vuelves a hacer eso de mirarme sin decir nada —susurró.

—Me estás cambiando, Lexi.

Sus ojos se abrieron de par en par.

—¿En qué sentido?

—Hoy, cuando vi tu mensaje, no podía pensar en otra cosa más que en estar aquí contigo, disfrutando de la tarde, y no encerrado en mi despacho, a pesar de tener un millón de cosas que hacer.

—Ahora entiendo por qué Paisley actuó así.

Gruñí.

—Además, Declan me ha dado el coñazo. Ha sido un día duro.

—¿Por qué?

—Porque la demanda contra la abuela y Reese se ha complicado. Los propietarios del edificio adyacente se han unido a la demanda.

—¡Ay, no! Beatrice no ha dicho nada.

—Ella no sabe nada de este último acontecimiento. Tampoco Reese.

Apretó los labios.

—¿Todavía no has aprendido que no debes ocultarle cosas a Beatrice?

—Se lo diremos... en algún momento. En fin, la cuestión es que tanto Luke como Declan me estaban dando la lata por haberme ido antes de la oficina.

Movió las cejas.

—Pues entonces intentaré sacarte de tu cueva más a menudo.

—¿Cueva?

—Sip. Eres un neandertal y la oficina es tu cueva. Acabo de darme cuenta.

—Ya te demostraré lo neandertal que soy.

Se mordió el labio inferior, volviéndome loco. Me moría de ganas de besarla desde que llegué, y a esas alturas ya no podía contenerme. Con el poco autocontrol que me quedaba, la cogí de la mano, sacándola de la fila. El mero hecho de estar allí con ella me hacía sentir más relajado. La demanda no parecía ir bien, pero en ese instante no sentía preocupación alguna.

Ella soltó una risita.

—¿Qué haces? ¿Adónde vamos?

No dije nada, solo gruñí, manteniendo su mano firmemente entre las mías mientras rodeábamos la parte trasera del puesto de comida. No había nadie, como esperaba. Sin previo aviso, le di la vuelta y la inmovilicé contra la pared.

—Quiero besarte. He querido hacerlo desde que te vi esta mañana. He pensado en ello todo el día. Ahora ya no puedo contenerme.

—Pues hazlo —susurró ella.

Al segundo siguiente, reclamé su boca, besándola de manera fuerte y profunda, manteniendo mis manos sobre su cintura y apretando sus caderas contra mí, deseando que sintiera exactamente lo que ella me provocaba. Hacía que perdiera el control, y no estaba acostumbrado a ello. Era algo que solía odiar, pero con Lexi no podía evitarlo, y no estaba seguro de querer hacerlo.

Profundicé el beso, rozando el costado de su torso con una mano y tocándole los pechos. Un gemido brotó de mi pecho al darme cuenta de que no llevaba sujetador. Iba a ser mi perdición. Lo sabía.

Acerqué la mano a su pezón. Apenas podía sentirlo a través de la tela, pero moví el pulgar en pequeños círculos, sabiendo que provocaría una reacción. Cuanto más la besaba, más desesperado por ella estaba, y quería que ella estuviera igual de hambrienta por mí.

Cuando sentí que el pezón comenzaba a endurecerse, gemí, moviendo mis caderas contra ella.

En medio de un jadeo, se apartó, sin dejar de respirar con dificultad. El contorno de su boca estaba enrojecido y tenía los ojos muy abiertos.

—Dios mío —susurró—. ¿Cómo puedes besarme tan descaradamente?

—No puedo besarte de otra manera.

—Ya, estoy empezando a asumir eso. Pero soy profesora, señor Maxwell. Acostumbro a comportarme lo mejor posible cuando estoy en lugares públicos. —Su tono era atrevido, pero miró nerviosa a su alrededor. Era jodidamente adorable. Apenas pareció relajarse cuando se dio cuenta de que realmente estábamos ocultos a la vista de la gente.

—No llevas sujetador —afirmé—. Y sí, ya sé que una cosa no tiene nada que ver con la otra, pero es lo único que se me ocurre.

—Bueno, no. Antes llevaba un bañador, pero me lo he quitado. El vestido tiene unas copas cosidas por dentro, no debería verse nada. —Se miró a sí misma y, cuando levantó la vista, su rubor se intensificó—. A menos, claro, que alguien me excite.

—Alguien no —gruñí—. Yo. Solo yo, Lexi, eres mía. Estás en mi mente todo el tiempo. Y yo quiero estar en la tuya.

Separó los labios. Le acaricié la cara, moviendo el pulgar por la enrojecida piel que rodeaba su boca. No habíamos definido qué tipo de relación era la nuestra. Iba más allá de la pura necesidad física y, si bien no estaba seguro de cómo describirla, sabía que necesitaba algo más que unos cuantos besos y algunas noches juntos. Lo sabía con la seguridad con la que sabía que me llamaba Tate Maxwell. La quería solo para mí durante un par de días.

—Vayamos a algún sitio el fin de semana, cuando Paisley esté en casa de la abuela —propuse.

Su cuerpo se tensó.

Joder.

—¿Dónde? —murmuró.

¿Está ganando tiempo para decir que no? Quizá no quería más que lo que ya teníamos.

—Quiero enseñarte el viñedo donde crecí. —Sentí que se ablandaba bajo mi contacto y parte de la tensión abandonó mis hombros, pero no me relajaría hasta que dijera que sí—. De viernes a domingo —aclaré, y oí cómo mi pulso retumbaba en mis oídos mientras mi corazón golpeaba contra mi caja torácica. Nunca había sentido nada parecido.

—Vale —susurró, y el alivio fue tal que sentí que mis huesos se habían vuelto líquidos—. Pero con una condición, señor adicto al trabajo.

—¿Cuál?

—Que salgamos el viernes mientras todavía hace sol fuera para poder disfrutar también de esa tarde. A eso de las tres, por decir algo.

El tono de su voz desprendía un encantador desafío.

—Ya veo. Así que primero me corrompes para que salga de la oficina a las cuatro y media, ¿y ahora a las tres?

Levantó un dedo.

—En primer lugar, eres tú quien ha decidido irse hoy. Yo ni siquiera lo he sugerido. —Llevó su dedo a la sien y se dio un golpecito en la cabeza—. Pero esperaba que lo hicieras. Probablemente te envié vibras de vacaciones. Y en cuanto a lo de corromperte para que salgas a las tres, sí. Si voy a tenerte un fin de semana, quiero que dure lo máximo posible. ¿Qué piensas hacer al respecto?

—Te diré lo que haré. —Acerqué más la cabeza hacia ella, y Lexi abrió ampliamente los ojos antes de echar un rápido vistazo a su derecha y luego a la izquierda, como si pensara que volvería a besarla. No estaba tan equivocada... —. Voy a cumplir esa condición, y cuando lleguemos, estableceré *mis* condiciones.

—Eres un tramposo. ¿Primero me llevas allí y *luego* las compartes conmigo? —Sus labios se abrieron formando una sonrisa que iluminó por completo su rostro—. Nos vamos a divertir muchísimo...

Capítulo Diecinueve

Tate

La paciencia no era mi fuerte, pero esperar a que pasara la semana me estaba poniendo a prueba de un modo que jamás había experimentado. Por primera vez desde que abrí las Bodegas Maxwell, no veía la hora de que terminara la semana.

El viernes a la hora de comer, mis hermanos entraron en mi despacho. Declan apareció primero, seguido de Tyler y Luke.

—Bueno, ya que este fin de semana estarás libre, ¿por qué no salimos a tomar algo? —preguntó Tyler. Eso era lo que solíamos hacer cuando Paisley estaba con la abuela o con mis padres—. La temporada ya ha terminado —continuó Tyler—, así que tengo mucho tiempo, y todavía me quedan ganas de seguir celebrando. Tío, ganar la Copa Stanley provoca una sensación de euforia constante.

No les había contado a mis hermanos mi plan de irme con Lexi, pero ese era el momento adecuado para hacerlo. Me moría de ganas de ver sus reacciones.

—Estaré fuera el fin de semana.

Declan levantó una ceja. Tyler se quedó boquiabierto y Luke frunció el ceño como si no lo hubiera entendido.

—¿Te vas a tomar un descanso? —indagó Luke.

—Sí. Con Lexi.

—¿Adónde vais?

—Al viñedo —respondí con naturalidad. Mis padres vivían en la ciudad, así que todos utilizábamos el viñedo como casa de vacaciones.

En ese momento mis hermanos no solo estaban atónitos, sino que se mostraban directamente conmocionados. Declan abrió la boca y volvió a cerrarla. Nunca antes lo había visto quedarse sin palabras, lo cual ya era mucho decir, considerando que como abogado siempre tenía una respuesta para todo.

Tyler entrecerró los ojos:

—Espera, así que se tomó toda una tarde libre —dijo pausadamente, contando con los dedos.

Declan se volvió hacia él:

—Después de dejarnos plantados a Luke y a mí, quiero puntualizar.

Así que había recuperado la voz...

Luke miró a todos con una sonrisa:

—¿Nadie piensa sacar conclusiones? ¿No? ¿Solo yo?

Tyler sonrió:

—¿Conclusiones? Nada de eso, yo voy a por todas. ¿Alguien quiere escuchar mi teoría?

Gruñí, poniéndome de pie.

—No tengo tiempo para esto. Tengo que recoger a Lexi.

Declan silbó.

—Tío, tienes tiempo de sobra, lo que pasa es que no quieres escucharnos.

Negué con la cabeza y anuncié:

—Me voy. Os veré el lunes.

Mientras conducía hacia casa de Lexi, reflexioné acerca de todo. Nada había cambiado, pero estaba de mejor humor que nunca.

Detuve el coche frente a su edificio y me encaminé directamente hacia su apartamento. Solo había estado allí dos veces antes, pero estuve tan centrado en Lexi que no lo había inspeccionado

adecuadamente. Esa vez, eché un vistazo con ojo crítico. Me gustó que el edificio tuviera portero, aunque estaba lleno de desconocidos que entraban y salían a su antojo. ¿Contaría con un sistema de seguridad?

Subí en ascensor hasta su planta y llamé a la puerta. La abrió enseguida y me recibió con los ojos muy abiertos, como sobresaltada.

—Ya casi he terminado —dijo antes de que pudiera saludarla—. Tengo que encontrar mi neceser, que empaqué con mucho cuidado, y no tengo ni idea de dónde lo he dejado. —Se alejó a toda prisa de la puerta.

—Oye, ¿ni siquiera merezco un beso?! —exclamé.

—¡Después de que encuentre mi neceser! —gritó desde el interior del apartamento—. Pasa. Ponte cómodo.

Me hice a la idea de que tendría que esperar un rato. Siempre que Paisley decía que necesitaba un poco de tiempo, tardaba una eternidad. Así que fui al salón, me senté y miré a mi alrededor. Era un apartamento cómodo, pero pequeño. Recordando mi inquietud sobre la seguridad, dirigí la mirada hacia la puerta principal. No parecía que tuviera alarma.

—Ya estoy lista —dijo, entrando unos minutos después con el neceser delante como si fuera un tesoro antes de meterlo en el equipaje que había junto a la puerta principal. Sonrió, me miró y me hizo un gesto con el dedo.

—Ahora te daré ese beso, si todavía te apetece.

Fui directo hacia ella y la inmovilicé contra la pared. Necesitaba besarla tanto como respirar. No podía explicarlo, pero mi necesidad por ella venía desde lo más profundo de mi ser. En cuanto la besé, supe que no sería suficiente. Aquello no iba a satisfacerme, ni de lejos. Apreté las caderas contra ella, profundizando el beso. Mi polla se crispó, endureciéndose a cada segundo.

Lexi gimíó, moviendo las caderas antes de apartarse un poco, riendo.

—Vaya. Eso sí que es un beso. Pero lo decía en serio, señor. Me gustaría que lleguemos al viñedo mientras todavía haga sol para que puedas enseñármelo bien.

Di un paso atrás, balanceándome desde los talones hasta la punta de los pies, con las piernas muy separadas y las manos en los bolsillos.

—Vale. Vámonos —contesté, y me miró con desconfianza—. Lexi, si me acerco más, volveré a besarte, y esta vez no pararé solo ahí. Necesito hacerte mía. Es una necesidad que no llego a entender del todo, pero la siento cada vez que estamos juntos.

Se quedó sin aliento, colocó un mechón de pelo detrás de su oreja y retrocedió un par de pasos.

—Está bien, será mejor que nos vayamos antes de que te tiente más de la cuenta.

—Hagas lo que hagas, no dejas de ser una tentación andante para mí, Lexi. —Sonrió y se dispuso a coger su bolso, pero yo llegué antes y rodeé el asa con los dedos—. Te ayudo con esto.

—Ay, qué caballero. Gracias. Voy a cerrar. Espera, ¿dónde está mi llave? Ah, aquí está.

—¿Tienes sistema de seguridad? —pregunté mientras salíamos del apartamento y ella cerraba la puerta.

—Creo que sí.

—¿A qué te refieres con que crees que sí?

—Nunca lo he utilizado. Tengo una caja muy moderna junto a la puerta, pero no sé qué funciones tiene.

Gruñí.

—Harás que me dé algo, Lexi. Abre la puerta para que pueda echarle un vistazo.

Se echó a reír y, en lugar de abrir la puerta, terminó de cerrarla antes de darse la vuelta.

—Señor, usted dijo que es mi trabajo asegurarme de que salgamos a tiempo. Así que vámonos. Puedes echarle un vistazo a mi sistema de alarma en otro momento.

—Lexi, quiero que estés a salvo.

Sus ojos se enternecieron.

—Está bien, te prometo que te dejaré echarle un vistazo en algún momento, pero ahora vámonos, me muero de ganas de que empiece el fin de semana.

Acepté a regañadientes y luego bajamos por el ascensor. Una vez en el coche, se abrochó el cinturón y empezó a charlar.

—¿Cómo está Paisley?

Me encantaba que pensara tan a menudo en mi hija. Eso demostraba lo bien que encajaba conmigo.

—Está contentísima. Le encanta pasar el fin de semana en casa de la abuela, sabe que la van a mimar desde primera hora de la mañana hasta que se vaya a dormir.

Lexi se rió en voz baja.

—Así es. Me alegro de que seas consciente de ello. Háblame un poco de la casa.

—Bueno, ha pertenecido a mi familia desde que era niño. Crecí allí. La reconstruimos hace unos años, así que ahora no se parece en nada a la casa original.

—Y está en un viñedo, ¿verdad?

—Sí, pero es pequeño, de alrededor de media hectárea, pero compré otros viñedos muchos más grandes en la zona.

—Y también tienes bastantes más en California.

Sonreí:

—Veo que has investigado.

Se encogió de hombros:

—Es que mis vinos favoritos son los de allí. Y dime, ¿vive alguien en la casa?

—No, pero de vez en cuando la utilizamos para alguna escapada de fin de semana. Aunque, a decir verdad, hace tiempo que no voy.

—¿Por qué te has decidido a hacerlo ahora?

Le tendí la mano y ella la puso sobre la mía.

—Quiero pasar tiempo contigo y que conozcas el lugar dónde crecí. Esa casa significa mucho para mí, me sirvió de inspiración para dedicarme al negocio del vino.

—Gracias. ¿Y cuál es el plan para el fin de semana? —preguntó.

—No he pensado en nada en particular, podemos hacer lo que quieras. Solo quiero estar contigo.

Estrechó sus dedos con los míos mientras miraba por la ventana, pero alcancé a captar su sonrisa.

—Sin duda, sabes cómo usar tu encanto para hacerme sentir especial —murmuró.

—Es que eres especial —confirmé.

Me miró por el rabillo del ojo antes de darse la vuelta para mirarme. No dijo nada.

—¿Qué? —pregunté.

—Estaba pensando en algo, pero no voy a contártelo.

—¿Por qué?

—Para que pruebes de tu propia medicina.

Me eché a reír.

—Pero yo no lo hago para molestarte.

—Pues yo sí. Te vuelves muy sexy cuando te desafío. Hace que me entren ganas de abalanzarme sobre ti y devorarte.

—¡Lexi! —Mi voz era casi un gruñido.

—Ups. No era mi intención decir eso, Ignórame. —Bajando la voz a un susurro, añadió—: Solo hasta que salgamos del coche.

¡Aquella mujer era tremenda! Era sexy y seductora incluso cuando intentaba ser divertida. Iba a ser mi perdición.

Llegamos al cabo de una hora y la llevé directamente al interior de la casa para enseñársela. La vivienda estaba justo en el centro de la propiedad, en medio de los viñedos. Contaba con tres dormitorios y ofrecía vistas panorámicas desde todas las direcciones.

—Esto es precioso —afirmó, echando un vistazo alrededor del salón.

—La casa original estaba colina arriba, cerca del límite de la propiedad, pero me pareció mejor que la nueva estuviera justo en medio.

—Ya veo. Es preciosa, y tan tranquila... —murmuró—. Gracias por traerme aquí. —Dándose la vuelta, dijo—: He visto bastante comida en la nevera. Me encantaría cocinar algo.

Eso me pilló desprevenido. Esperaba que quisiera ir a un restaurante. Había algunos muy elegantes cerca de la casa.

—También podríamos salir —propuse.

—Pero quiero cocinar algo para ti y que pasemos una velada acogedora. Mimarte un poco y oír montones y montones de historias sobre este lugar.

Sus palabras me llegaron directo al corazón. Me gustaba estar allí con Lexi, hablar con ella de las cosas que eran importantes para mí y que tenían algún significado. Todas formaban parte de lo que yo era, y ella parecía querer oírlo todo.

La rodeé con los brazos y le besé el cuello.

—Es curioso, yo pensaba hacer lo mismo: mimarte.

Se hundió en mi abrazo.

—Me encanta la energía de este espacio. Es tan tranquilo. ¿Por eso te gusta estar aquí?

—En parte. También me recuerda dónde empezó mi amor por la viticultura. Tengo muy buenos recuerdos de este lugar.

—Veeenga, cuéntame.

—Más tarde. —Le besé el cuello, inclinando la cabeza para tener mejor acceso. Su piel era tentadora y su dulce aroma floral, embriagador.

Le rugió el estómago y se rió.

—Creo que esa es la señal para preparar la cena. ¿Cómo es que hay comida aquí?

—Hay una persona que se ocupa de la casa. Le pedí que llenara la nevera.

A regañadientes, la solté. Abrió la nevera y sacó pollo y patatas.

—¿Y si hago pollo a la sartén y patatas asadas?

—Cualquier cosa me parece bien.

—Estupendo. Tú puedes echarme una mano pelando las patatas. Será un trabajo en equipo —dijo guiñando un ojo.

—Y sirviéndote vino.

—Me encanta cuando me tientas así. ¿Qué tipo de vino tienes?

Moví las cejas.

—Chardonnay.

—Sí, por favor.

—Tus deseos son órdenes.

—No puedes dejar de pensar en hacer travesuras, ¿verdad? —preguntó, contoneando las caderas.

Al instante me metí en su espacio personal, tocándole el culo.

—No cuando haces eso.

—Usted, señor, está siendo un descarado, y se lo advertiré solo una vez: sin comida, no tengo energía para hacer ninguna travesura.

—Puedo encargarme de hacer todo el trabajo yo solo.

Se echó a reír. Eso fue un golpe duro para mi ego.

—¿Por qué te ríes?

Ladeó la cabeza, mirándome por el rabillo del ojo.

—Te lo diré en cuanto me dejes terminar de preparar la cena.

—Por mí, perfecto —contesté—. Voy a coger una botella de vino y me quedo contigo, no vaya a ser que te entre frío. Por cierto, me encanta este vestido.

—¿Por qué?

—Me facilita el acceso. —Apoyé ambas manos sobre su trasero, haciéndola reír de nuevo.

Por supuesto, también teníamos una bodega en la casa, así que bajé a coger una botella de *Chardonnay*.

Después de servir un poco para los dos, empecé a pelar las patatas. A mi lado, Lexi no paraba de moverse, y tardé unos minutos en darme cuenta de que estaba bailando una canción mientras tarareaba y enjuagaba el pollo.

Aquel momento era tan sencillo y mundano, pero a la vez tan perfecto... Así podría ser mi vida: Volver a casa con Lexi, preparar la cena juntos y beber una copa de vino, disfrutando de ella.

Ni siquiera podía creer que tuviera esos pensamientos. Ya había probado la vida conyugal una vez, y acabó siendo todo menos dicha. Me dejó varias heridas y, lo peor de todo, también se las dejó a Paisley. Ni siquiera me permitía el lujo de soñar con una vida con Lexi, pero qué ganas tenía de que así fuera. Por primera vez, tuve la posibilidad de ver cómo *podía* funcionar una relación.

La cena estuvo lista una hora más tarde, y comimos en la pequeña mesa de la cocina. Lexi solía desayunar mucho más despacio que yo, pero esa noche se zampó la comida y ambos terminamos al mismo tiempo.

—Tenías hambre. Nunca te había visto comer tan rápido —comenté.

—Es que quiero dar un paseo por el viñedo. Me encantaría que me cuentes toda su historia y por qué te gusta tanto.

No podía creer que se interesara tanto por mi vida y mi pasado.

Levantamos la mesa rápidamente y salimos. Aún teníamos tiempo de sobra para dar un paseo; la puesta de sol era a las ocho en esa época del año.

Le besé el hombro, provocándole una risita.

Joder, me encantaba ese sonido. Y me gustaba tenerla allí, en aquel lugar que siempre me había brindado tranquilidad.

Cogiéndola de la mano, la conduje por el viñedo. No era muy grande, pero el paseo podía durar unos cuarenta minutos.

—¿Así que aquí empezó tu afición por el vino? —quiso saber.

—Sí. A mi padre siempre le gustó hacer vino. Así era como conectábamos cuando yo era niño. No producía mucho, no era algo a lo que pudiera dedicarse más que por afición, ya que no tenía mucho tiempo.

—¿Estaba muy ocupado con las librerías?

—Sí. Él y mi tío dirigían la empresa que fundó mi abuelo, Librerías Maxwell. Nunca le gustó, pero sentía que era una falta de respeto no ocuparse de esa tarea. Además, probablemente se trataba de lo único que mantenía vivo a su hermano.

—Pero vendieron la cadena de librerías hace mucho tiempo, ¿no? Y Beatrice se quedó con *The Happy Place*.

—Sí, exactamente. Vendieron la empresa hace diez años, cuando yo estaba en la universidad. Recibieron una buena oferta y ambos decidieron que había llegado el momento de desprenderse de ella.

—¿Y dónde está tu tío ahora?

—Vive en Europa. Viaja mucho.

—¿Cómo es que no dirige *The Happy Place*?

—Es que ya no suponía un reto para él. Estaba acostumbrado a dirigir toda una cadena. Además, el gerente está haciendo un gran trabajo, y Reese también está echando una mano ahora.

Eché un vistazo a su alrededor con curiosidad y, de repente, me asaltó el deseo de besarla. Le di la vuelta y capturé su boca, explorándola de manera salvaje. Lexi pertenecía a aquel lugar, ese que me había convertido en el hombre que era entonces. El viñedo solía tranquilizarme, pero las sensaciones de aquella noche eran más profundas.

No solo me sentía equilibrado y calmado, sino que me encontraba más pleno que nunca.

Y todo eso era gracias a Lexi.

Capítulo Veinte

Lexi

—Cuidado, señor —susurré cuando detuvimos el beso para tomar aire—. Este beso es muy peligroso.

Sonrió contra mis labios.

—¿No es descarado?

—Tus besos son siempre descarados, pero este está a otro nivel. Es uno de esos que incitan a quitarte la ropa.

—¿Y cuál es el problema con eso?

—Que aún no hemos terminado el recorrido. —Me zafé de su agarre, retrocediendo un paso para colocarme a una distancia segura de él.

Me gustó mucho, mucho, *mucho* descubrir más cosas sobre él. La forma en que hablaba de su familia me reconfortaba el corazón.

—Entonces, ¿qué me estabas contando de tu padre? —pregunté.

—Vi a mi padre trabajar toda su vida en un curro que no le gustaba —respondió mientras reanudábamos nuestro paseo—. Le pasaba factura, y esta era su vía de escape. Dedicaba la mayor parte de su tiempo libre a trabajar en el viñedo y a estar con nosotros. Ahora tanto él como mi madre están jubilados, así que también tienen tiempo para otros *hobbies*. Espero que se sienta orgulloso de mí.

Mi corazón se enterneció. ¿Cómo era posible que aquel hombre fuera real? Nunca había visto a una persona que se preocupara tanto por sus seres queridos. Cuando me miró y me guiñó un ojo antes de besarme la mano, experimenté un intenso calor que recorrió mi cuerpo desde el punto en que sus labios hicieron contacto con mi piel.

Allí, el aire era notablemente diferente al de Chicago: el calor era aún más intenso y la humedad más palpable.

Mientras caminábamos, consulté mi móvil rápidamente. Aquel día había intercambiado algunos mensajes con mis padres después de que me enviaran un enorme emoji de corazón: habían recibido mi última transferencia bancaria. Me hacía inmensamente feliz poder ayudarlos.

—Seguro que lo está. ¿Tu abuela también vivía con vosotros?

—No oficialmente, pero venía mucho cuando mis padres estaban trabajando. Aprendí de ellos la importancia de la disciplina y la valentía. Ambos daban lo mejor de sí mismos en sus trabajos y a todos nosotros en todo momento. Tuvimos una infancia muy feliz.

Había algo en su tono que no podía identificar. Era melancolía combinada con algo más, tal vez tristeza porque sentía que no estaba ofreciendo lo mismo a Paisley. Realmente esperaba que no pensara eso, porque Paisley era una niña muy feliz.

En mi clase, había algunos niños que no tenían una vida familiar feliz. Se me partía el corazón cuando me lo contaban. A veces no lo expresaban abiertamente, pero me daba cuenta de que les faltaba afecto porque siempre buscaban abrazos.

De repente, recordé que el colegio empezaba dentro de un mes, tanto para mí como para Paisley. ¿Qué pasaría entonces?

—¿Cómo es que ninguno de tus hermanos se dedica al negocio del vino? ¿O es que antes se dedicaban al negocio de los libros?

—No, mis padres también nos animaron a todos a perseguir nuestras pasiones. Creo que era porque sentían que no podían perseguir las suyas. En definitiva, todos teníamos intereses diferentes: Declan ya estaba estudiando derecho cuando vendieron la empresa. Tyler siempre

supo que quería jugar al hockey sobre hielo. Yo era el único al que le picaba el gusanillo del vino. ¿Y tus padres?

—Mi padre era carpintero y mi madre maestra, como yo. Siempre quise ser como ella. Me gustaba que tuviera tiempo en verano para mí, aunque a veces aceptaba algunos trabajos poco habituales. Muchos maestros y profesores lo hacen. A veces son trabajos ocasionales que no tienen nada que ver con la enseñanza ni con los niños. Este trabajo es una suerte, estoy muy contenta de haberlo encontrado. No sé cómo habría ayudado a mis padres de otro modo. Los empleos relacionados con los campamentos no pagan muy bien.

Dejó de caminar y le miré con aire interrogante. Su mirada era tan intensa que me hizo sobresaltar. Se acercó y puso mis dos manos sobre su pecho.

—Lexi, cualquier cosa que necesites, no dudes en pedírmela.

—¿Qué? ¿Qué quieres decir? —pregunté.

—Si tus padres necesitan más cuidados, quiero saberlo. Quiero ayudar.

Mi corazón retumbó en mi pecho.

—¿Por qué?

—Porque me importas, Lexi. De verdad. Quiero que seas feliz. Haré lo que sea para que así sea, ¿entendido?

—Muchas gracias —murmuré, demasiado emocionada para añadir nada más. Obviamente, no podía permitir que hiciera eso. Nuestra relación no estaba a un nivel en el que me sintiera cómoda pidiendo ayuda económica ni nada parecido. Sinceramente, no creía que pudiera permitirlo nunca, pasara lo que pasara. No era el estilo de la familia Langley.

Tate seguía manteniéndome atrapada con la mirada. ¿Acaso se daba cuenta de lo mucho que significaba su oferta para mí? Independientemente de si alguna vez lo aceptara, el mero hecho de pensarlo hacía que mi corazón estuviera a punto de estallar de felicidad.

De repente, un sonido sospechoso atrajo mi atención. El corazón se me subió a la garganta y miré detrás de mí, inspeccionando la hierba.

—¿Qué ocurre? —preguntó Tate.

—Humm... ¿puede ser que haya serpientes aquí? Humm... Me ha parecido ver una serpiente pasar. ¿Acaso es posible?

Se rió y me besó la mejilla.

—Te protegeré de ellas.

—¡Vaya, eso significa que sí! —Me abalancé instintivamente sobre él, pero no perdió el equilibrio, era sólido como una roca. Acto seguido, colocó su mano en mi cintura y la deslizó hacia abajo, hasta llegar a mis caderas.

Bajé la mirada y volví a mirarle, riendo entre dientes:

—¿Se supone que eso va a protegerme?

—Claro que sí. Si ves una serpiente, te cogeré en brazos.

—Mmm. No estoy segura de si esto de tenerme aquí te distraerá o te hará reaccionar más rápido.

Se inclinó hacia mí y me rozó la mejilla con los labios, provocándome otra oleada de calor.

—Pues supongo que pronto lo averiguaremos.

Tate

Era tan jodidamente mona, mirando a su alrededor cada vez que oía algún ruido raro. Yo, mientras tanto, mantenía un brazo firmemente alrededor de sus hombros mientras le hablaba de las particularidades del vino de aquella región, pero Lexi solo me escuchaba a medias. Rara vez nos cruzábamos con serpientes en el viñedo, pero sí que había algún que otro roedor que correteaba por ahí.

—¿Por qué te dan tanto miedo las serpientes? —pregunté, mientras nos encaminábamos de vuelta a casa.

Hizo un gesto de disgusto.

—Cuando era niña, una vez encontré una debajo de mi cama. Vivíamos en una casa a las afueras de Boston y mi dormitorio estaba en la planta baja. En verano, dejábamos las puertas abiertas, y acabé llevándome el susto de mi vida. No me mordió ni nada, pero tuve miedo de dormir allí durante años. Seguí revisando debajo de la cama hasta que fui adolescente. Y sí, puedes reírte. Sé que es una tontería.

—El miedo no es una tontería. Es solo miedo. —Acerqué mi boca a su oreja, atrapando el lóbulo con mis labios—. No tienes que preocuparte por nada cuando estás conmigo.

Soltó una risita, dándome un golpecito con el codo mientras entrábamos en casa.

—¿Así que quiere ser mi protector, señor Maxwell?

—Sí —confirmé, quitándole el abrigo. No bromeaba, realmente no quería que se preocupara por esas cosas. Quería conocer sus miedos y combatirlos con ella.

Tenía el ferviente deseo de hacerla feliz.

Envolviéndola con mis brazos por detrás, caminé con ella hasta el salón, hundiendo mi cara en su pelo.

—Qué bien hueles —murmuré.

—Tate... —susurró mientras yo deslizaba mis labios desde el lóbulo de su oreja hasta su cuello.

—Te deseo. Todo el tiempo.

Soltó una risita, pero sentí que su cuerpo temblaba entre mis brazos. La estaba excitando.

—Ya veo. Así que esta es una escapada romántica también, no solo para relajarse.

—Podemos hacer las dos cosas. Confío en nuestras habilidades.

Volvió a reírse y me dio un golpecito en el muslo.

—Yo también.

Estaba ávido de ella. Necesitaba hacerla mía, y me alegraba de que por fin tuviéramos todo un fin de semana por delante y no fuera necesario apresurarse.

—Ahora puedo tomarme todo el tiempo que quiera para explorarte —susurré en su oído, besándole el cuello—. Puedo hacer que te corras tantas veces como desees.

Jadeó y sentí cómo los músculos de su vientre se contrajeron.

Recorrí sus abdominales con mis manos.

—Con mis dedos, mi boca y mi polla.

Ella gimió, apoyó las manos en mis hombros y se echó hacia atrás. La miré a los ojos antes de inclinarme para besarla. Aquel beso despertó algo en mi interior. A pesar de tener todo el fin de semana por delante, la deseaba con urgencia. Necesitaba estar dentro de ella en ese mismo instante. No podía esperar más.

Cogiéndola de la mano, la conduje al dormitorio principal de la planta baja y la aprisioné contra la puerta, dándole un profundo, ardiente y prolongado beso, hasta que sentí que le temblaban las piernas. Movié sus caderas hacia delante y hacia atrás contra mi pierna, necesitando la fricción.

La conduje más adentro de la habitación, quitándole su corto vestido azul. Llevaba bragas negras de encaje, lo cual me estaba volviendo loco. Tracé el contorno de los tirantes de su sujetador con los pulgares y luego curvé las manos alrededor de los bordes de las copas. Ella gimió como si el contacto piel con piel fuera insoportable, aunque yo apenas había empezado. Acercándome, recorrí el punto de contacto entre la tela y la piel con la boca, manteniendo las manos en sus muslos y nalgas.

Me pasó una mano por el pelo, tirando de él.

—Tate, por favor —susurró—. Te necesito.

Oírla pronunciar mi nombre en ese tono hizo que perdiera el control. Le bajé las bragas de un tirón y ella jadeó antes de quitárselas. Luego pasé mi mano entre sus muslos hasta llegar a su coño. Cuando me di cuenta de lo mojada que estaba, me invadió una oleada de placer. Besándole la boca, moví los dedos en círculos sobre su clítoris, sintiendo cómo se deshacía a cada segundo que pasaba. La necesidad de darle placer era más fuerte que cualquier otra cosa, incluso que el instinto de perseguir mi propia satisfacción. Jadeó, meciéndose contra mi mano mientras tanteaba a su espalda y noté que estaba intentando desabrocharse el sujetador. Lo dejó caer al suelo y, al instante, llevé mi boca a uno de sus pezones, succionándolo.

—Tate... Tate, oh, Tate —repetía mientras yo estimulaba su clítoris con la mano y su pezón con los labios. La sujeté firmemente del trasero y sonreí contra sus pechos cuando sentí que todos sus músculos se contraían. Se corrió de forma tan espectacular que tuve que luchar contra el instinto de retroceder solo para verla sucumbir al placer. No dejé de mover los dedos sobre su clítoris hasta que disminuyeron sus temblores. En ese momento su cuerpo parecía más relajado. Al levantar la vista, vi que su mirada también era relajada.

—Ha sido increíble —susurró.

La tumbé en la cama, quitándome la ropa a velocidad récord antes de acomodarla más en el centro del colchón y besarle la cara interna del muslo.

—Apenas ha sido el primero —dije contra su piel. Se estremeció al instante. A continuación, rocé su clítoris con el pulgar y la miré—, para el cual he usado mis dedos. Ahora quiero sentir cómo estallas en mi lengua.

Cerró las piernas casi por instinto, pero volví a abrirlas y la besé a lo largo del muslo hasta llegar a su coño. Ya podía penetrarla, estaba tan mojada que sin duda estaba preparada, pero quería experimentar su placer con mi boca.

En cuanto pasé la lengua por sus partes íntimas, gritó mi nombre, tirando de las sábanas con los puños apretados. Su espalda se arqueó. Joder, estaba preciosa: Tan sensible, tan preparada para todo lo que yo quería darle...

Rodeé su clítoris con la punta de la lengua, al principio tocándolo solo por un breve lapso, observando cómo se retorció y se estremecía como si la tortura fuera inaguantable. Entonces extendió una pierna y separó aún más los muslos para permitirme un mejor acceso. Cogí un preservativo de la mesita de noche, donde los había puesto al llegar, y lo puse sobre el colchón, junto a nosotros.

Moví las manos por sus muslos y su torso, queriendo tocarla entera y así sentir cómo el placer se apoderaba de su cuerpo. Sabía que estaba cerca ya que percibí un ligero

estremecimiento en sus piernas. No dejaba de mover las caderas hacia delante y hacia atrás, y yo seguía su ritmo, deseando darle exactamente lo que necesitaba.

Esa vez, tenía los ojos puestos en ella cuando se corrió, retorciéndose en la cama y moviendo la cabeza de un lado a otro. Buscaba una almohada, pero estaban más arriba, junto al cabecero. No pudo amortiguar el sonido de sus gritos y los oí en todo su esplendor.

Ya estaba empalmado de antes, pero en ese momento mi erección resultaba casi dolorosa. Subiendo por su cuerpo, enfundé mi polla con el preservativo. Estaba sonrojada e increíblemente preciosa. Me coloqué sobre ella, rozando su clítoris con la punta de la polla antes de retirarme un poco y darle la vuelta.

Mantuvo los ojos muy abiertos mientras se recostaba sobre el colchón. Abrí sus piernas y empujé dentro de ella, sintiendo cómo su cuerpo se ajustaba para aceptarme.

—¡Joooooder! —exclamé, echándome un poco hacia atrás. Iba a perder la cabeza. Ella palpitaba a mi alrededor y el placer que me producía era tan intenso que apenas podía respirar. Estaba seguro de que podría correrme así, sintiendo sus músculos internos contraerse a mi alrededor, pero le había prometido tres orgasmos, así que iba a dárselos.

Volví a besarla mientras mecía las caderas, explorando un lado de ella que no había probado antes, descendiendo con la boca a lo largo de su columna, y luego subiendo en dirección a sus omóplatos. El sonido de nuestros cuerpos golpeándose llenaba la habitación entre cada uno de sus gemidos. Se entregó a mí de una manera que no había visto antes en ella. Su cuerpo estaba flojo por los dos orgasmos, pero aún lleno de tensión, exigiendo una nueva liberación. Se sacudió y gritó mi nombre, avivando mi necesidad de oírla. Tenía que hacer que se corriera en ese mismo instante o explotaría dentro de ella antes de que llegara de nuevo al clímax.

Llevé una mano a su coño, acariciando su clítoris con los dedos. Apretó tanto los músculos internos que casi me empuja hacia fuera.

Sonreí contra su piel.

—Déjate llevar, bonita —dije.

—No creo que pueda soportarlo —susurró.

—Sí, puedes. Te aseguro que puedes. Dame ese tercer orgasmo, Lexi. Quiero oírte. Quiero sentir cómo te corres alrededor de mi polla.

Mis palabras tuvieron exactamente el efecto que deseaba. Sentí el momento en que su clímax la atravesaba. Era tan preciosa que no podía apartar la mirada de ella. Su espalda se arqueó, sus dedos se aferraron a las sábanas, sus pies se curvaron, y entonces empujó su pelvis hacia mí, poniendo una de sus manos sobre la que yo tenía sobre su clítoris, presionando e intensificando la sensación.

Verla así, tan llena de placer y de mí, estimuló mi propio orgasmo, y me corrí tan fuerte que me quedé sin aliento. Durante unos segundos, mi visión se nubló y ni siquiera podía ver con claridad. El aire se me atascaba en la garganta y mis pulmones estaban en llamas. Todos mis músculos parecían tener espasmos al mismo tiempo.

Nos tumbamos en la cama. Lexi se colocó boca abajo, con el culo a la vista y los pies en el aire. Sentado a un lado, le pasé los dedos por la espalda y por la atractiva curva de su trasero.

—Usted, señor, tiene unas habilidades increíbles —dijo en tono burlón—. No puedo decidir cuál ha sido el mejor orgasmo.

Se me escapó una carcajada.

—¿Estás puntuando los orgasmos?

—Al menos, eso intento, pero creo que necesitaré unos cuantos más para decidirme.

Me incliné para acercarme más a ella.

—Será un placer. Tenemos todo el fin de semana por delante.

Mientras lo decía, no podía evitar sentir una sensación horrible al pensar en el momento en que llegara el domingo por la noche. No quería que terminara nuestro tiempo juntos.

Capítulo Veintiuno

Lexi

A la mañana siguiente, me desperté con el sonido de una voz sexy.

—Buenos días, dormilona.

Abrí los ojos lentamente. La habitación estaba inundada de luz, y Tate se encontraba sentado al borde de la cama, con un aspecto tan ardiente que me despertó de golpe.

Vaya. *¿Quién necesita café cuando tengo a este tío tan sexy a mi lado?* Me pregunté si podría convencerle de que fuera mi despertador personal cada mañana.

—¡Claro que sí! —afirmó.

Hice un gesto de sorpresa.

—¿Acaso he dicho eso en voz alta?

Sonrió.

—Sí.

—Mierda. Pues no me hagas caso, estoy demasiado dormida.

—Mejor, eso significa que todo lo que dices es verdad.

Parpadeé varias veces y luego me impulsé sobre los codos para levantarme.

—¿Cuándo te has despertado?

—Hace una hora.

—Vaya, no te he oído.

—Estabas durmiendo profundamente. No eres muy madrugadora, ¿verdad?

—Necesito café. Hasta que no me tomo al menos una taza, no me entero de nada.

Sonrió de manera burlona.

—Es evidente.

Entrecerré los ojos, tratando de comprender, y luego seguí su mirada hacia el espacio a mi lado.

Jadeé al percatarme de que me había traído el desayuno. Una bandeja de madera reposaba en el centro de la cama, y pude distinguir que contenía jamón, queso, un huevo duro, además de unas rodajas de aguacate y tomate.

—¡Ala! ¿Esto ya estaba aquí antes? —pregunté innecesariamente.

—Claro, no puedo creer que no te hayas dado cuenta.

—Bueno, pero me he dado cuenta de que estabas tú —repliqué, parpadeando de manera exagerada en un intento por pestañear de manera coqueta. No estaba segura de que lo estuviera consiguiendo. Probablemente me veía ridícula.

—Qué mona eres. —Se inclinó hacia mí y me besó en la frente.

A continuación, me acercó la bandeja. Lo compartimos todo, excepto el huevo duro, que me lo comí yo sola.

—Eres un hombre increíble, me gusta todo de ti. ¿Cómo es posible que no te encuentre ni un solo defecto? —murmuré, dejando la bandeja a un lado.

—¿Ni siquiera uno? —Su tono era juguetón, pero algo en su mirada me decía que dudaba de mis palabras.

—Ni uno.

—Tengo algunas cicatrices, Lexi.

Su exmujer lo había engañado y no estaba involucrada en la vida de su hija; era comprensible que tuviera cicatrices. Seguramente yo también tendría muchas si me hubiera pasado eso.

—Ya me lo habías dicho. Pero resulta que también me gustan.

—¿Ah, sí?

Asentí, pasando los dedos por su brazo. Me sorprendió la profunda vulnerabilidad de su mirada. Quería ayudar a sanar aquellas heridas. Si debía ser honesta conmigo misma, diría que ya me estaba enamorando de aquel maravilloso hombre, y eso me inquietaba, pues todo era muy nuevo y no estaba segura de qué depararía el comienzo del curso escolar. Nunca habíamos hablado del futuro.

¿Habría un futuro?

Sin embargo, no tenía que resolverlo todo en ese momento. Solo necesitaba beber suficiente café para activar mis neuronas.

Manteniendo un tono de voz juguetón, agregué:

—¿Sabes? Pareces uno de esos superhéroes de las películas, todos tienen heridas de guerra...

—¿Superhéroes? ¿Ese es tu estándar?

—Ya sabes a qué me refiero.

—A decir verdad, no lo entiendo del todo, pero si para ti tiene sentido, me vale. —Respondió entre risas, mostrando una sonrisa genuina que iluminaba sus hermosos ojos.

Me contoneé en la cama, haciendo un pequeño baile de felicidad. Estaba logrando llegar a él, aliviar un poco su dolor, aunque aún estuviera medio dormida. ¿Qué mejor manera de empezar el día?

—Bueno, se me acaba de ocurrir un apodo genial para describirte. Y para que lo sepas, no suelo tener ni una pizca de inspiración por las mañanas.

—¿Eso significa que yo te inspiro?

—Por supuesto.

—¿Y qué apodo de superhéroe me pondrías?

Con orgullo, enderecé los hombros y exclamé:

—¡El “Fantástico Tate”!

Sus ojos se abrieron con sorpresa y apretó los labios.

Le señalé con el dedo.

—¿Qué significa ese gesto?

—Nada. —Su respuesta fue demasiado rápida, lo que aumentó mis sospechas.

—Trabajo con niños. Soy experta en interpretar las señales no verbales. Estás reprimiendo una reacción. Suéltala.

—Lexi, ese apodo suena fatal.

Parpadeé, extrañada, mientras tomaba un momento para reflexionar.

—Vale, puede ser. Seguiré pensando mientras tomo un poco más de café.

Estalló en risas, y su contagiosa carcajada me hizo unirme a él. Para mí, eso era una victoria. Había logrado sacarle una risa temprano en la mañana, incluso después de haber sugerido aquel apodo espantoso.

El colchón se hundió cuando se cambió de lugar. Por una fracción de segundo, pensé que quería coger comida. Estaba equivocada: quería agarrarme a mí. Me inmovilizó contra el colchón, separándose los muslos con las rodillas.

—¿Me estás recompensando por inventar lo de *fantástico*? —bromeé, girando las caderas hacia él.

Gimió y me dio un beso en un pecho, luego levantó mi camiseta rosa de pijama y rozó mi ombligo con la boca. Al mismo tiempo, me acarició el muslo con los dedos.

—Quiero... —empezó a decir, pero se detuvo en seco. Al principio no me di cuenta de por qué, pero entonces oí ruidos procedentes del salón.

Había alguien dentro.

Tate frunció el ceño y se puso inmediatamente en pie.

—¿Qué está pasando? —pregunté.

Se escuchó una risita masculina en el salón, y una voz femenina afirmó:

—Alguien debe de haber ventilado la casa. El ambiente no está viciado.

Tate gruñó:

—Han venido mis padres.

Hostias.

Acabé de despertarme al instante. La adrenalina inundó mi sangre y salté de la cama, pasándome una mano por el pelo.

—¿Cómo que han venido tus padres?

—Nos turnamos para venir aquí, y no había nada marcado en el calendario. Probablemente asumieron que estaba vacía.

Mi pecho subía y bajaba con fuerza, el sudor me salpicaba la frente. Hice una rápida evaluación mental de mi aspecto. Sí, era un completo desastre somnoliento. De ninguna manera podía conocerlos así.

—¿Puedes mantenerlos ocupados y darme unos minutos para arreglarme? —pregunté.

Tate soltó una risa suave:

—Lexi, todo irá bien. No te estreses.

Un sonido ahogado escapó de mi garganta.

—Es que suelo tardar una eternidad en prepararme.

Se acercó y me sujetó suavemente la cara con sus manos.

—Lexi. Relájate.

—Ve, ve —insistí—. Antes de que entren aquí y me vean así. Seguro que se darán cuenta de lo que hemos estado haciendo y... y... ¡Dios mío! ¡Y yo soy la *niñera* de Paisley!

Me dedicó una sonrisa antes de bajar las manos, apartándolas de mi cara.

—Lexi, te estás preocupando demasiado. —Intentó tranquilizarme, pero lo empujé hacia la puerta.

En cuanto salió al salón, corrí al cuarto de baño. El pánico me invadía. Por el rabillo del ojo, le eché un vistazo a la ducha y decidí dejarla para otro momento. Me llevaría demasiado tiempo, y...

No, maldita sea. *Tenía* que ducharme.

Entré y me di una ducha rápida. Decidí no lavarme el pelo; eso siempre me llevaba una eternidad. Iba a recogérmelo; nadie lo notaría.

Al salir, me lavé los dientes y me apliqué la base de maquillaje con torpeza. *Dios mío. Dios mío. Sus padres están aquí.*

Sabía por qué la situación me tenía tan alterada. Era porque me sentía como un niño al que pillan haciendo algo malo en un campamento, aunque en realidad no estábamos haciendo nada malo. Aun así, por alguna razón, conocer a sus padres me inquietaba.

Opté por un vestido verde largo y recogí mi cabello en una coleta bastante despeinada. Esperaba que les pareciera algo bohemio, porque no podía deshacer el nudo del cabello sin lavármelo por la mañana.

Gruñí, dejando caer la barbilla sobre mi pecho. *El día en que voy a conocer a los padres de Tate, estoy hecha un completo desastre.* Pero como ya había hecho todo lo que estaba a mi alcance para mejorarlo, decidí salir y afrontar la situación.

Abrí la puerta de un tirón. Las voces eran tenues y lejanas, así que supuse que estaban en el salón. Me apresuré por el pasillo, con un nudo aún mayor en el estómago.

Venga Lexi, tú puedes.

—¡Ahí está! —exclamó su madre. Tate se parecía mucho a ella, con aquellos intensos ojos y el pelo color chocolate, pero su estatura y complexión las había heredado de su padre. Sonreía radiante, igual que Tate cuando estaba cerca de su hija.

—Lexi, te presento a mis padres, Emmett y Lena. Mamá, papá, os presento a Lexi.

—Buenos días —dije, acercándome a ellos y estrechándoles la mano. Cohibida, me palpé la cabeza, sintiendo los nudos del pelo. Dios mío, estaba hecha un desastre.

Tate me miraba con una chispa de diversión en los ojos.

—Sentimos mucho la intrusión —dijo Lena, lo cual me pareció un poco formal—. No teníamos ni idea de que hubiera alguien aquí.

—Siempre comprobamos el calendario familiar. Tenemos este registro de Google donde cada uno pone su nombre si viene. Estaba vacío —respondió Emmett.

¿Por qué se disculpaban conmigo? Aquella era su casa. Eran los Maxwell, por el amor de Dios.

Mierda, ¿por qué tenía que recordar eso? Mi nerviosismo se multiplicó por diez.

—¡Sí, fue culpa mía! —exclamó Tate—. Lo olvidé por completo.

—Eso es porque hace casi un año que no vienes. A pesar de que te encanta este lugar —comentó Lena.

Tate se encogió de hombros y replicó:

—Pues aquí estoy.

—Bueno, nos alegramos de que estés aquí, hijo, y no os entretendremos más. —Emmett se volvió hacia su mujer y le dijo—: Lena, volvamos a la ciudad.

—¿Qué? No, no, no —dije precipitadamente, sintiéndome un poco como la intrusa—. ¿Por qué se van? Han venido aquí para una escapada...

Lena negó con la cabeza.

—Cariño, acabamos de volver de nuestras vacaciones. Hemos venido a comprobar si todo iba bien. Sé que tenemos un cuidador, pero no me gusta dejar este lugar desatendido demasiado tiempo. Y hacía meses que no venía nadie.

—¿Por qué no se quedan a comer? —pregunté, mirando a Tate en busca de confirmación. No podía permitir que se marcharan cuando aquella era *su* propiedad.

Asintió.

—Es una buena idea.

Dejé escapar un suspiro de alivio. Temía haberme excedido al pedir a sus padres que pasaran un rato con nosotros.

—Sí, hagamos eso —respondió Lena—. Así podremos hablar un poco, Lexi. Todo lo que sé hasta ahora es lo que Beatrice me ha contado.

Sentí un calor irradiado en las puntas de las orejas. *Habían* hablado de mí. No debería haberme sorprendido, por supuesto, pero mis nervios se incrementaron de todos modos. Tate pareció percibir mi aprensión e intervino.

—Mamá, no asustes a Lexi. Vamos a comer.

—¡Nunca haría algo así, Tate! —Mirándome, añadió—: No creo que mi hijo y mi nieta hayan estado nunca en mejores manos, Lexi. Por mi parte, no tengo ninguna queja.

Cuando todos entramos en la cocina, mis temores se calmaron un poco. Y cuando ella preguntó animada: “¿Qué vamos a comer? Aprovecha nuestra ayuda, Lexi”, supe que todo iría

bien.

Buscando en la nevera, encontramos ingredientes para preparar carne asada y puré de patatas. Apenas eran las diez, pero la carne asada necesitaba bastante tiempo de cocción en el horno, así que empezamos a preparar el almuerzo enseguida.

Lena se puso a pelar las patatas, Tate machacaba ajos, su padre untaba la carne con aceite y yo lavaba tomillo y romero. Todos trabajábamos alrededor de la isla de la cocina, y la labor de colaboración estaba tan coordinada que era obvio que ya lo habían hecho antes.

—¿Cocinan juntos a menudo? —pregunté sin dirigirme a nadie en particular.

—Cuando los niños eran pequeños, lo hacíamos casi siempre. No hay otra forma de alimentar a tanta gente —respondió Lena—. Nos esforzábamos por estar en casa a la hora de cenar, pero a menudo llegábamos tarde, así que solo teníamos tiempo de preparar algo rápido. Cenar con los niños era una tradición, yo la llamaba la “hora del terremoto” porque el subidón de energía que tenían por la noche era tal que nos volvían locos.

Miré a Tate. Eso explicaba por qué quería cocinar la cena para Paisley tan a menudo como fuera posible. Luego me centré en picar las hierbas, sonriendo para mis adentros.

Era fácil relacionarse con Lena y Emmett. Charlaron sobre vino y sobre una colección especial que las Bodegas Maxwell iba a sacar ese año. Para mi asombro, me relajé bastante rápido. Los padres de Tate me habían recibido con los brazos abiertos, haciéndome sentir como en casa. Desde que me marché a la universidad para estudiar, nunca había sentido que perteneciera a ningún lugar, hasta ese momento.

—Vale, no tenemos nada más que hacer —dijo Lena una vez que la carne de ternera estuvo en el horno—. ¿Quién quiere dar un paseo por el viñedo?

Asentí mientras Tate y Emmett respondían “Yo” al mismo tiempo.

Tras echar un último vistazo al horno, salimos todos. El aire era aún más frío que la noche anterior, pero no me apetecía llevar chaqueta, ya que el sol era suficiente para mantenerme caliente. Lena encabezaba el grupo, y advertí que probablemente íbamos a caminar solas porque Tate y Emmett ya se habían detenido para inspeccionar la nueva cosecha.

—Estos dos siempre hacen lo mismo cuando estamos aquí. Pueden hablar de vino durante horas —dijo Lena, mirándolos con cariño.

—Es increíble que compartan algo así.

—Siempre han estado muy unidos. Emmett disfrutaba mucho de poder compartir su pasión con uno de los niños, y Tate se mostraba interesado en todo momento. Tiene el don de encontrar puntos en común con cualquiera, y siempre ha estado lleno de energía. No sé de dónde la saca. Solía ser el primero en despertarse y el último en acostarse.

—¿Así que antes, cuando dijo que los niños tenían un subidón de energía a la hora de la cena, en realidad se refería a Tate?

Se rió entre dientes, y algo en su expresión me recordó a Tate.

—Principalmente, pero Tyler y Luke también eran auténticos terremotos. Luke era el de las ideas brillantes. No le costaba nada convencer a Tyler y a Tate para que participaran en sus travesuras. Por suerte, Declan los equilibraba. Sam estaba siempre en medio, y Travis cambiaba de bando según lo que le apeteciera en ese momento.

—¿Y Reese y Kimberly? Beatrice me dijo que venían muy a menudo.

—Esas dos fueron un regalo del cielo. Los primeros años después de que perdieran a su madre fueron duros, sobre todo porque mi cuñado quedó muy afectado, el pobre tenía el corazón roto. Reese y Kimberly venían aquí casi todos los días después del colegio durante años.

Kimberly era la que más se parecía a Declan, y Reese se parece mucho a Tate. Los dos son feroces y fuertes, pero también se autoexigen mucho.

—¿Qué quiere decir? —pregunté mientras empezábamos a avanzar lentamente por los viñedos.

—Tate ha sido muy duro consigo mismo desde el divorcio.

—A mí también me dio esa impresión.

—Me temo que piensa que la felicidad ya no tiene sitio en su vida, que no está a su alcance. Quizá incluso que no se la merece.

Mi corazón se encogió al escuchar eso. Me había preguntado si sería así, pero no dejaba de llamarme la atención cómo un hombre tan increíble como él podía pensar algo semejante.

Lena me guiñó un ojo.

—Pero creo que estás empezando a cambiar su perspectiva.

—¿En serio? —contesté, sin saber qué más decir.

—Sí. El hecho de que estés aquí, de que él te haya traído, lo dice todo. Y Beatrice me ha contado que ha salido un par de veces antes del trabajo para estar contigo.

—Ah, es que le gusta pasar tiempo con Paisley —dije, porque me parecía una explicación razonable.

Las comisuras de sus labios se crisparon.

—Eso siempre le ha gustado, pero hasta que llegaste tú, nunca llegaba temprano a casa del trabajo.

Las palabras de Lena despertaron algo poderoso dentro de mi pecho. Humm... ¿así que de verdad estaba cambiando sus hábitos de siempre gracias a mí? Eso me hizo *muy* feliz.

—¿Sobre qué estáis cotilleando? —preguntó Tate, sobresaltándome. Él y Emmett se dirigían hacia nosotros dando rápidas zancadas.

—Sobre vosotros dos, por supuesto —respondió Lena en tono descarado—. Creía que nos ibais a dejar caminar solas.

—No puedo hacer eso. —Tate se acercó a mí y me pasó un brazo por los hombros—. Tengo que proteger a Lexi de las serpientes y de todo eso.

—¿De todo eso?! —pregunté.

Lena se rió mientras ella y Emmett empezaban a caminar unos metros delante de nosotros.

Tate tenía un brillo de diversión en su mirada. Entrecerré los ojos, inspeccionándolo.

—Me estás ocultando algo. ¿Qué otros animales hay por aquí?

—Nada de lo que no pueda protegerte.

Le pellizqué el hombro.

—¡Tate, casi me había olvidado de las serpientes hasta que las has mencionado!

—¿Qué tal si te beso hasta que vuelvas a olvidarte de ellas? ¿Y de todo lo demás?

Madre mía. Su mirada era tan intensa que no cabía duda de que lo decía en serio. Una oleada de calor recorrió mi piel, concentrándose en mi centro.

—Y lo dices con cara seria cuando tus padres están a solo unos metros. Eres un completo descarado. De hecho, creo que acabo de encontrar un mejor apodo para ti. Nada del “Fantástico Tate”. Eres lisa y llanamente el “Descarado Tate”.

Capítulo Veintidós

Tate

Incluso después de regresar a la oficina la semana siguiente, no podía dejar de pensar en nuestra escapada al viñedo. Estar con Lexi había sido increíble. Ella era increíble. La forma en que pareció aceptarme, con cicatrices y todo, fue más de lo que esperaba. Me moría de ganas de hacer algo por ella, como aliviar la carga de los gastos médicos de sus padres, o cualquier otra cosa que pudiera mejorar su vida. Pero por el momento, quería hacer algo que le demostrara cuánto me importaba.

Al llegar el viernes, seguía sin ideas, así que decidí llamar a mi madre mientras iba a recoger a Paisley de una fiesta de cumpleaños. Mi madre contestó de inmediato.

—Cariño, qué sorpresa. Llamando en horas de trabajo, nunca haces eso.

—De hecho, estoy saliendo de la oficina. Voy a recoger a Paisley. Ella, Lexi y yo vamos a ver una película. —No hizo ningún comentario, lo cual era sospechoso, pero continué de todos modos—. Tengo que hacerte una pregunta personal que no deja de agobiarme.

—Claro, dime.

—Quiero hacer algo por Lexi, algo significativo, y no se me ocurre nada.

—Ah, por cierto, estás en altavoz —dijo mamá.

Gruñí.

—¿De verdad? ¿No podías habérmelo dicho antes?

—Le pedimos que no lo hiciera —intervino Tyler.

—¿Quién más está allí? —pregunté.

—Yo. —Se oyó la voz de Reese.

—Y yo también estoy aquí —añadió Travis.

Refunfuñé.

—Estupendo.

—Oye, tengo muchas ideas —dijo Tyler con su típica voz sobreexcitada—. La primera: regalos caros. La segunda: regalos más caros.

—¿En serio? ¿Esas son tus ideas? —pregunté con sorna. *Un momento... ¿Mi hermano estaba saliendo con alguien?* Hasta donde yo sabía, se estaba dedicando a disfrutar de las ventajas de ser una estrella del hockey. ¿Acaso eso había cambiado?

—Bueno, ese es mi consejo. Tómalo o déjalo. Aunque a mí eso podría funcionar porque soy muy guapo.

—Y humilde —dijo mi madre con tono burlón.

—Tyler, eso es una tontería. No importa lo caros que sean, haz algo romántico —añadió Reese.

—Gracias, Reese. ¿Se te ocurre algo más concreto? —pregunté.

—Pues no. Quiero decir... sí, pero si digo en voz alta todas mis ideas, pensarás que estoy loca.

—Lo pensamos de todos modos —afirmó Travis con total naturalidad—. Pero aun así te queremos.

—Sí, pero hay varios tipos de locas —replicó Reese—, como “Bueno, está loca pero le seguiré la corriente”, o “Está loca, llamemos a la policía”, y si te cuento todas mis ideas, creo que será lo segundo.

Todos se echaron a reír.

—Travis, ¿tienes alguna idea? Todos han aportado algo, incluso sin que yo se lo pidiera.

—No creo ser el indicado para aconsejarte sobre esto —contestó—. En los últimos tres años, solo he tenido tiempo para ligues de una noche. Uy, jo... lines. Lo siento, mamá.

Mi madre refunfuñó. Prácticamente podía imaginar cómo ponía los ojos en blanco.

—Haré como si no hubiera oído nada —dijo ella.

—Bueno —volvió a interrumpir Travis—, yo voto por escuchar a Reese. Siempre tiene buenas ideas, a diferencia de otros miembros de la familia.

Y por otros se refería claramente a Tyler.

—Oye, no lo menosprecies hasta que lo pruebes —dijo Tyler en tono chulesco—. Ya conoces mi lema: Lo pruebo todo una vez, y lo bueno dos veces.

—Ese lema te ha metido en problemas muchas veces, muchachito —regañó mamá con severidad.

—Sí, pero ya me conoces. Me gusta enfocarme en lo positivo —señaló Tyler.

Eso era cierto.

—¿Por qué estáis todos juntos tan temprano en un día laborable? —pregunté.

—Bueno, acabo de cerrar la venta de mi empresa —dijo Travis con indiferencia.

—¡Enhorabuena, tío, eso es genial!

—Y pensé en invitar a cenar a las damas en el centro —prosiguió.

—Y a mí. No puede haber una fiesta sin mí —añadió Tyler—. Alguien tiene que animar las cosas.

—Hablando de fiestas, voy a organizar una a lo grande la semana que viene, y todo el mundo está invitado. Siento avisar con tan poca antelación, pero he estado demasiado centrado en la venta hasta hoy —concluyó Travis.

—No hay problema, tío. Envíame los detalles —respondí. Y, de repente, se me ocurrió una idea sobre qué hacer.

Cuando recogí a Paisley de la fiesta de cumpleaños, ya tenía un plan en mente.

—Papá, ¿dónde está Lexi? —preguntó apenas se abrochó el cinturón de seguridad.

—Ha quedado con nosotros directamente en el centro comercial. Ha ido a llevar tu vestido favorito a la tintorería, ¿recuerdas? Pero veremos la película todos juntos.

—He cambiado de opinión. ¿Podemos ir de compras?

Gruñí. ¿Por qué no pude preverlo?

—Creía que querías ver esa película de robots. ¿Qué ha pasado con eso? Además, siempre dices que no te gusta mucho ir de compras conmigo —le recordé, mirándola por el retrovisor. Iba detrás, como siempre, porque era más seguro.

—Pero Lexi estará con nosotros.

—Cierto. —Titubeé un momento—. Paisley, te gusta Lexi, ¿verdad?

—Sí, papá. Mucho. Lexi me ha dicho que estar conmigo no le parece un trabajo. Que le gusta pasar tiempo conmigo y que somos amigas. Y es muy guapa, ¿verdad, papá?

—Sí, lo es —asentí.

Paisley entrecerró los ojos, mirándome atentamente sin decir nada. Mientras nos acercábamos al *parking* del centro comercial, me concentré en el tráfico. Mi hija guardó silencio hasta que entramos en el aparcamiento subterráneo.

—Papá, ¿sabes lo que es besar? —preguntó Paisley mientras aparcaba. Casi choco con el coche que teníamos delante.

Mis ojos se abrieron de par en par, preguntándome de dónde había sacado eso.

—¿Qué? —pregunté, mirándola por el retrovisor—. ¿Por qué lo preguntas?

Ella se encogió de hombros.

—Por nada.

¿*Qué narices...*? Siempre había una razón.

En cuanto aparqué el coche y apagué el motor, me giré para mirar directamente a mi hija.

—¿Sabes lo que es besar? —pregunté.

Puso los ojos en blanco.

—Claro.

—¡Tienes nueve años! —exclamé.

—Sí, tengo nueve años, no nueve meses. Algunas chicas de mi clase tienen novio.

—¿Novio? —balbuceé.

¿*Por qué Lexi no me ha dicho nada de esto?*

Eso estaba mal. ¿Un novio a los nueve años? ¿Qué le pasaba al mundo? Me sentía completamente superado por aquella conversación.

Volví a pensar en lo que Lexi me había dicho sobre los chicos. Menos mal que habíamos quedado con ella, porque necesitaba su consejo al respecto. Sentí la necesidad irracional de encerrar a mi hija en su habitación hasta que cumpliera dieciocho años, pero sabía que esa no era la solución.

El centro comercial estaba abarrotado, pero por suerte a Paisley solo le gustaba una tienda, así que fuimos directamente allí. Por lo general, se probaba cien conjuntos y acababa eligiendo cinco. Siempre me aterraba la experiencia, pero el hecho de que Lexi fuera a unirse a nosotros la hacía un millón de veces más agradable.

Saqué mi teléfono y le envié un mensaje.

Tate: (Im)pacientemente esperándote. Estamos en la tienda favorita de Paisley...

Lexi: Voy para allá.

Tate: Ya que está claro que no vamos a ir al cine, ¿quieres cenar con nosotros?

Lexi: ¿Intentas engatusarme de nuevo para que vaya a tu casa para tomar “una copa de vino”?

Me reí entre dientes, porque ese era el código que había utilizado la semana anterior para convencerla de que se quedara a dormir todas las noches después de que Paisley se fuera a la cama.

Tate: Sí.

Lexi: Madre mía, con un simple sí has logrado incendiarme las bragas. Literalmente.

Sonreí frente a la pantalla. Desde nuestro viaje del fin de semana pasado, había estado deseando pasar cada momento con ella, pero las pocas horas después de que Paisley se fuera a la cama no eran suficientes. Quería acaparar *todo* su tiempo.

Lexi

Cuando llegué, Tate estaba sentado en un sillón con un aspecto bastante abatido. No lo culpaba. Aquella tienda estaba hecha para los adolescentes, desde la extraña música hasta los conjuntos aún más raros, pero era un éxito entre muchos niños de la edad de Paisley.

Incluso sentado en aquel ridículo sillón rosa, lucía muy sexy, como siempre. Llevaba vaqueros y un polo, y mi veredicto fue plenamente a favor del atuendo. Si no me equivocaba, llevaba uno de sus vaqueros “seductores”. Sí, había hecho una clasificación de sus vaqueros, y aquellos estaban entre los primeros de mi *ranking*.

Su expresión se iluminó enseguida al verme. Sentí mariposas en el estómago y mis bragas, que ya estaban ardiendo, parecieron evaporarse por completo.

Paisley salió del probador un segundo después, y sentí como si me hubiera caído un cubo de agua fría encima.

Notó mi presencia al instante y chilló:

—¡Lexi, estás aquí! Ayúdame, por favor. Papá ni siquiera me está prestando atención.

—¡Claro que te estoy prestando atención! —contestó Tate, indignado.

Paisley puso los ojos en blanco.

—Papá, me has ignorado durante los últimos cuatro vestidos.

Me reí, alternando la mirada entre los dos.

—Bueno, creo que este vestido te queda muy bien, Paisley. Lo único que no me gusta es el color. Este tono de amarillo es demasiado pálido. ¿Lo tienen en algún otro color? —pregunté.

—Sí, también lo tienen en rosa.

—Vale, vamos a verlo. ¿Quieres que entre y te ayude?

—No, estoy bien.

—Bueno, esperaré aquí mismo —respondí, sonriendo ante su muestra de madurez.

Volvió al probador y corrió la cortina. Recordé cuando tenía su edad y no quería que nadie viera mi cuerpo. En unos pocos años, iba a necesitar un sujetador. Me pregunté si iba a acompañarla Tate o alguno de sus primos, o tal vez la futura niñera.

De repente se me hizo un nudo en la garganta. Quería estar presente en cada uno de los momentos importantes de su vida.

Al segundo siguiente, Tate se colocó justo detrás de mí, rodeándome la cintura con un brazo y besándome la mejilla.

—Hola, preciosa —susurró en mi oído. Su voz tenía un tono travieso que hizo que se me erizara la piel—. Gracias por venir a rescatarme.

Me di la vuelta, apoyé las manos en sus brazos y sentí aquellos firmes músculos bajo mis dedos.

—Es un placer, me encanta ir de compras. ¿Cómo ha conseguido arrastrarte hasta aquí?

—Me tendió una emboscada.

—Listilla.

Me tocó el hombro descubierto con los dedos y una inesperada oleada de calor recorrió mi cuerpo.

—¡Papá! —exclamó Paisley, sobresaltándonos.

Mierda. Estaba junto a nosotros.

Retiré mis manos instantáneamente y di un paso atrás. Se me aceleró el pulso.

Sus ojos se abrieron de par en par y nos miró fijamente. Tate parecía tan sorprendido como yo.

Mierda, mierda, mierda. No tenía ni idea de si alguna vez tenía intención de hablarle de nosotros, pero esa no era la mejor manera de que se enterara.

Me mordí el labio, preguntándome si debía intentar distraerla. ¿Acaso querría que su hija lo supiera? Inspiré con fuerza, esperando su respuesta.

—Paisley, Lexi y yo queremos contarte algo. —Se aclaró la garganta y se acercó a mí, y entonces mi pulso se calmó un poco—. ¿Recuerdas cuando hace un tiempo me preguntaste si quería una mujer en mi vida? Bueno, Lexi y yo estamos juntos. Est...

—¡Sí! ¡Sí! ¡Sí! —La cara de Paisley estalló en una sonrisa. Dio una palmada y empezó a mover las caderas, imitando mis gestos cuando me alegraba por algo. Luego abrazó a Tate por la cintura, mirándolo fijamente antes de dirigir su mirada hacia mí.

—Voy a volver para probarme más vestidos.

Siguió bailando un poco mientras regresaba al probador. Incluso se había olvidado de pedirnos nuestra opinión sobre el vestido que llevaba.

Tate clavó sus ojos en mí, y el aire entre nosotros se cargó al instante. Me alejé unos metros del probador hasta la parte trasera de la tienda antes de invadir mi espacio personal, levantándome la barbilla.

—¿Estás bien? —preguntó.

Asentí.

—Sí. ¿Por qué?

—Nunca hablamos de decírselo a Paisley.

—Era tu decisión, Tate. Es tu hija. Yo... ni siquiera sabía si querías contárselo.

—Pues claro que sí, joder. —Su mirada se intensificó—. Es en lo único que he estado pensando durante las últimas semanas.

Vaya. En ese momento, aquellas mariposas en mi estómago se descontrolaron por completo. Y también mi sonrisa...

—¿En serio? —A mí también me entraron ganas de ponerme a bailar, pero estábamos en una tienda, así que me quedé quieta.

Cuando Tate llevó sus manos a mi cintura, sentí el contacto de sus dedos incluso a través de mi vestido de algodón.

—Sí, Lexi. Eres parte de mi vida y quiero que todo el mundo lo sepa. Hablaba en serio cuando dije que te quería a mi lado todo el tiempo. Y no me refiero solo al sexo. Me gusta pasar tiempo contigo: Servirte vino por la noche, verte fingir que buscas el mando de la tele cuando asaltas mi provisión de chocolate...

—No lo hago *todas las noches* —repliqué, aunque en cierto modo... sí. Se había dado cuenta.

—Hoy no me hacía mucha ilusión venir a este lugar, pero saber que ibas a estar aquí lo mejoró todo.

No pude contenerme y me contoneé un poco.

—Estupendo. Me gusta este arreglo: Doy mi opinión a Paisley, luego tú haces que me desmaye y, mientras ella está en el probador, me abanicas. Todos contentos.

No solo estaba contenta, me encontraba en el séptimo cielo.

Quería que Paisley lo supiera.

Aunque sus padres y hermanos sabían lo nuestro, compartirlo con su hija tenía un significado mucho mayor.

Cuando Paisley me llamó por mi nombre, asentí en dirección al probador. Nos dirigimos hacia allí y, cuando estuvimos lo suficientemente cerca como para que nos escuchara, dije:

—Estoy aquí.

—¡No me gusta el rosa, Lexi! —dijo en voz alta Paisley desde el interior del probador—, pero también tienen uno en verde.

—Iré a buscártelo —respondí—. ¿Dónde está?

—Justo al lado de la entrada.

—Ahora vuelvo —dije.

Tate gruñó, pero le di una palmadita en la mano y la quitó a regañadientes de mi cintura.

Fui al perchero con ropa que había cerca de la entrada y encontré rápidamente la versión en color verde del vestido que Paisley se estaba probando. Cuando volví, la dependienta también estaba allí, asistiéndola a través de la cortina.

—No, está bien. Lexi ha ido a por el vestido —decía Paisley.

—De acuerdo. —Dio un paso atrás, me miró y sonrió al ver el vestido—. Creo que ese le combinará genial con sus ojos.

—Yo creo lo mismo —afirmé—. Soy su niñera así que hablamos mucho de ropa y moda. —Le di el vestido a Paisley, asomando la cabeza dentro del probador—. ¿Quieres que me lleve alguna prenda?

—No, está bien —respondió Paisley, dándome un pequeño empujón para que volviera a salir.

Para mi asombro, cuando me volví, la dependienta estaba flirteando con Tate, que se encontraba de pie junto al sillón rosa. Jugueteaba con su pelo, batiendo sus pestañas de manera sensual al mirarle.

—Cualquier cosa que necesitéis tú y tu hija, hacédmelo saber.

—Estamos bien —contestó Tate, acercándose a mí. Un segundo después, pasó un brazo por encima de mi hombro y me besó la sien—. Lexi es una experta encontrando ropa para Paisley, pero te avisaremos si necesitamos ayuda.

Se le borró la sonrisa y me miró con ojos fríos.

—De acuerdo. Esperaré delante, en la caja registradora. —Se alejó rápidamente, pero Tate no me soltó.

—No puedo creer que te haya dado la espalda una vez y ya estén tonteando contigo. —Sabía que parecía celosa, pero joder, qué rápido se había movido la dependienta. Claro que, con lo guapo que era Tate, no era de extrañar.

—¿Por qué le dijiste que eras la niñera? Sabes que eres más que eso, Lexi. Estoy más que ilusionado de contarle a todo el mundo que estamos juntos. —Me dio la vuelta, mirándome directamente a la boca.

—A *todo el mundo*, Lexi.

—Pero soy la niñera de Paisley.

—Si quieres, te despido ahora, para que quede claro que no es por eso que estamos juntos. —Había un brillo de diversión en sus ojos—. También eres mi novia.

Vaya. Me estaba empezando a derretir otra vez.

—No quiero que me despidas, me encanta el trabajo; pero en algún momento, probablemente tendremos que hablar de mi paga y demás. Como tu novia, eso no me parecería apropiado.

Me miró incrédulo.

—Eres única. Podemos hablar de eso en otro momento. Ahora, tengo una idea.

—Dime.

—Mi hermano Travis me ha dicho que dará una fiesta dentro de dos semanas.

—Ah, no lo he conocido todavía. ¿Es su cumpleaños?

—No. Ha concretado la venta de su *startup* de tecnología y quiere celebrarlo “por todo lo alto”, como él dice. Quiero que me acompañes.

—Claro. ¿Habrá más niños aparte de Paisley? Probablemente pueda cuidar a unos seis o siete.

Me presionó la comisura de los labios con el pulgar.

—Basta, Lexi. No quiero que vayas como niñera de Paisley. Quiero que me acompañes como mi cita, mi novia. Ya te he dicho que mi idea es que lo sepa todo el mundo. Bueno, de hecho, mi familia ya lo sabe, pero quiero que vayamos juntos.

Algo se abrió paso dentro de mí y me llenó de alegría. El impulso de contonear las caderas y bailar allí mismo, era más fuerte que nunca.

—Juntos —repetí, y luego murmuré—: Tate, me encantaría. —No podía negarlo. Mis sentimientos por él eran cada vez más profundos, y con ello, también aumentaban las posibilidades de que me rompiera el corazón, porque sabía que Tate aún no se había recuperado de su divorcio.

—Ahora, mantenga las manos quietas mientras ayudo a Paisley, señor.

Sonrió.

—Tus deseos son órdenes.

—¿Ah, sí?

—Solo por ahora.

Levanté una ceja.

—Ya veo, ¿así que tienes segundas intenciones? ¿Quieres contármelo? ¿Forma parte de tu plan convencerme de que vuelva a casa contigo?

—Sí.

—¡Ja! No tienes que esforzarte mucho para convencerme de ello. Paisley y tú sois más que suficientes. Y la provisión no tan secreta de ese chocolate tan delicioso también.

Capítulo Veintitrés

Lexi

El sábado al atardecer, dos semanas después, llegamos tarde a la fiesta. Paisley quiso hacerse una trenza complicada, y me lie con un vídeo de YouTube buscando cómo hacerla. Luego decidí cambiar su conjunto de un vestido blanco a un pantalón corto con camiseta. Yo llevaba un sencillo vestido de verano de algodón en color melocotón. También preparamos una bolsa de viaje para Paisley porque iba a pasar la noche con sus abuelos. Una cosa llevó a la otra, y entonces Tate casi tuvo que empujarnos para que saliéramos de la casa.

Apenas salimos, sonó mi teléfono. Tenía mensajes de Jenny, Ella y mamá. Les había enviado una foto en la que aparecía con Paisley y Tate.

Jenny: Tía, es una foto de ensueño.

Ella: Vaya. Me han entrado celos.

Mamá: Estáis maravillosos. Parecéis una pequeña familia.

Eso me dio un vuelco al corazón.

Había pasado algunas noches en casa de Tate desde que le dijimos a Paisley que estábamos saliendo, y ella estaba empezando a contarle a todo el mundo que yo era la novia de su padre, su mejor amiga y que además vivía con ellos. Fue adorable ver la manera en que me había aceptado. Me alegraba el corazón, pero no podía negar que aún me angustiaba cada vez que hablaba de su primer día de colegio, para el que faltaban dos semanas.

Tate y yo aún no habíamos hablado de lo que iba a pasar cuando llegara ese momento.

Travis alquiló un restaurante entero en el lago para su fiesta. Nunca había estado en esa parte del lago. El restaurante se encontraba enclavado entre enormes robles, y el jardín era amplio y muy florido. Tenía un aspecto paradisíaco. A pesar del calor y la humedad que ya me estaban rizando el pelo, la brisa entre los árboles era agradable y sentía cómo se calmaba mi piel.

Estaba un poco nerviosa porque era la primera vez que asistía a un acontecimiento familiar estrictamente como novia de Tate y no como niñera de Paisley. De hecho, esa descripción no se había vuelto a utilizar después de aquel día en la tienda, lo que me hacía sentir aún más parte de esta familia de lo que nunca había esperado.

No pude evitar sonreír cuando Paisley corrió hacia Lena en cuanto la vio.

Tate susurró con aire de conspiración:

—Te apuesto lo que quieras a que no volveremos a verla hasta que acabe la fiesta. Siempre pasa lo mismo cada vez que están mis padres.

—Bueno, es que los echaba de menos. Estuvieron fuera bastante tiempo.

—Es verdad.

—¿Dónde está Beatrice? —pregunté al no verla por ninguna parte.

—Ha cogido un resfriado. Mis padres han ido a verla esta mañana.

—Ah, vale. Pobre Beatrice. Seguro que no quería perderse todo esto.

—No es grave, pero a papá le pareció que era mejor que descansara. —Me cogió de la mano—. Vamos. Quiero presentarte a Travis, y luego a Sam y Kimberly. Han venido en avión para la fiesta.

Sabía que Kimberly y Sam trabajaban en el extranjero. ¿Acaso habían cogido un vuelo para la ocasión? Qué bonito detalle.

—Estupendo. —Eran los únicos a los que aún no conocía.

Me devané los sesos intentando recordar la última vez que había conocido a la familia de alguien con quien hubiera salido, pero me quedé en blanco. Pero bueno, también había que tener

en cuenta que ninguno de los chicos con los que había salido estaba a la altura de Tate. Nadie me hizo sentir como él.

—Quiero que toda mi familia te conozca y sepa lo importante que eres para mí.

Me derretí por completo. Con solo unas palabras, o a veces una mirada, me hacía desbordar de felicidad.

Había visto fotos de la familia en la casa y en el móvil de Paisley, así que reconocí inmediatamente a Travis. Era un calco de su padre, incluso más que Tate o Declan, pero tenía el pelo más largo que en las fotos que Paisley me había enseñado.

Sonrió cuando Tate y yo nos acercamos, recibiéndonos con los brazos abiertos.

—Hermano, enhorabuena por no dejar que se te escape de las manos. —Centrándose en mí, añadió—: Si se comporta como un imbécil, llámame. Le haré entrar en razón. Por cierto, soy Travis.

—Lo sé. Yo soy Lexi, encantada de conocerte.

—Actúas como si fueras muy maduro, y no eres precisamente el hermano más sensato —dijo Tate con tono burlón.

Travis palmeó el hombro de Tate.

—Pero se me da muy bien fingir que lo soy. Además, me gusta adquirir nuevas habilidades. Últimamente me he estado esforzando para ser más responsable. Y puedo decir con orgullo que he progresado bastante.

Reese y una mujer que supuse que era Kimberly se acercaron a nosotros y, por la expresión divertida de sus caras, era obvio que nos habían escuchado.

—¿Así que por eso has decidido alquilar este enorme espacio y lanzar fuegos artificiales? —preguntó Reese.

Kimberly le dio un golpecito con el codo en el hombro antes de acercarse a Travis y enlazar su brazo con el de él.

—Oye, es un gran motivo de celebración. La fiesta está más que justificada. Estoy orgullosa de ti, primo.

Travis le besó la cabeza y le pasó un brazo por los hombros.

—Por fin, alguien que no me da el coñazo.

—Por cierto, soy Kimberly —se presentó.

—Lo imaginaba. —Se parecía mucho a Reese.

Era divertido ver cómo interactuaban, me *encantaba* cómo les gustaba vacilarse unos a otros. Y me di cuenta de que Lena tenía razón: A Tate le gustaba provocar a todo el mundo.

—Lexi, ¿cuál es tu postura al respecto? —preguntó Tate. Tenía una mano apoyada en la parte baja de mi espalda, sujetándome de modo que nuestras caderas se tocaran, como si no soportara no estar en contacto conmigo.

—Estoy de acuerdo con Kimberly. Travis acaba de vender su empresa. Si eso no es motivo de celebración, no sé qué lo será.

Travis me guiñó un ojo.

—Ahora me caes aún mejor, Lexi.

—Tú también —respondí, mirando a Tate y moviendo las cejas. Me hizo sentir parte de la familia casi sin esfuerzo.

—¡No puedo creer que todos hayan llegado a tiempo! —exclamó Kimberly.

—Excepto Tyler —señaló Reese—. Dice que vendrá con una sorpresa. Tengo mucha curiosidad por saber de qué se trata.

—Probablemente sea un regalo para mí —dijo Travis, muy seguro de su idea.

—Sí, ya quisieras... —dijo Reese con aire de burla.

—Venga, vamos a saludar a mamá y papá —sugirió Tate, echando un vistazo al enorme jardín en busca de ellos.

Lena y Emmett se encontraban en la orilla del lago con Paisley. Emmett estaba lanzando piedras con ella, y lo hacía de una manera impresionante. Conseguía lanzarlas con tal ángulo que rebotaban dos o tres veces en la superficie del agua antes de hundirse.

Mientras caminábamos hacia ellos, Tate me besó la cabeza, y su mano bajó tan peligrosamente por mi espalda que la aparté de un manotazo. Un gruñido grave reverberó en su garganta cuando volvió a deslizarla hacia abajo, aunque no tan bajo como la vez anterior.

—No puedes comportarte, ¿verdad? —susurré.

—Hoy no. No cuando estás tan guapa. No cuando te deseo tanto —contestó en mi oído.

Me invadió una ola de calor. *Mierda, ¿cómo puede provocarme esto con solo unas palabras?*

—¿Desde cuándo eres tan descarado?

Me miró con expresión seria:

—Soy el “Descarado Tate”. Tengo una reputación que mantener.

—Sí, pero ahora estás más descarado que nunca. Antes me besabas detrás de las esquinas. Ahora eres descarado en cualquier parte.

—Quiero que todos sepan que eres mía, Lexi. No quiero que lo duden ni por un segundo.

Madre mía, la manera en que hablaba me hacía sentir como si yo fuera la única mujer del planeta para él. Una intensa emoción empezó a crecer en mi pecho, como una bola de nieve. Pero no podía dejarla salir en ese momento, o iba a hacer que diéramos todo un espectáculo delante de los presentes.

Me acerqué más hacia él y le besé la mejilla:

—No paras de decir que Travis es un irresponsable, pero tú también lo eres.

—Ya te demostraré lo que es ser irresponsable. —Apartándose un poco, me miró directamente a los ojos. Noté que su mirada se volvió más ardiente.

Retrocedí unos pasos antes de soltar una carcajada.

—Estabas buscando a tus padres para saludarlos, ¿recuerdas? ¿Puedes comportarte lo suficiente como para hacerlo?

—No lo sé, Lexi. Puede que tengas que mantenerme a raya. —Recorrió mi cuerpo con la mirada, encendiéndome aún más que antes. Era como si después de haberle dicho abiertamente a Paisley que estábamos juntos, fuera aún más difícil mantener nuestras manos bajo control, pero teníamos que intentarlo.

Nos dirigimos hacia sus padres al mismo tiempo que otro de los hermanos Maxwell —el único al que no había conocido—, Sam.

A diferencia de Travis, tenía exactamente el mismo aspecto que en las fotos que Paisley me había enseñado: el pelo oscuro muy corto y los ojos azules contrastando contra la piel bronceada. En cuanto nos vio a Tate y a mí, enderezó completamente su espalda.

—Eres la famosa Lexi, ¿no?

—Sí, así es —confirmé.

—He oído tantos halagos sobre ti que me preguntaba si eras real.

—Es muy real —dijo Tate—. Y es mía.

—Sí, hermano. Estás tan pegado a ella que creo que todos lo hemos notado ya.

Sentí que se me calentaba la cara. *Dios mío. ¿Acaso alguien más ha notado la manera posesiva en que me mantenía pegada a él?* Yo le había vacilado, pero sinceramente pensé que nadie nos estaba prestando mucha atención. Había subestimado a los Maxwell.

Lena se unió a nosotros enseguida, dejando a Paisley y Emmett junto al lago.

—Hace un día estupendo. Qué buena idea tuvo Travis de reunirnos a todos aquí. Es precioso —comentó.

—Sí, la verdad que sí —asintió Sam, besando a su madre en la mejilla—. Por cierto, creo que ha llegado Tyler. ¿Y... qué narices? —Tenía los ojos desorbitados—. Vaya, creo que ha venido con una chica.

Tate, Lena y yo nos volvimos al mismo tiempo.

—Esa debe de ser la sorpresa que mencionó antes —murmuré.

La mujer que llevaba del brazo era despampanante. Tenía el pelo de un color rojo fuego y era tan alta como Tyler en tacones. Su cuerpo era esbelto y con su corto vestido blanco parecía una supermodelo.

Tate se rió entre dientes.

—Y Travis pensaba que le iban a hacer un regalo. Siempre tan optimista...

—Sam —dijo Lena, sonando inusualmente cortante—, no te burles de tu hermano.

Sam se volvió despacio hacia su madre:

—¿Por qué? ¿Por haber venido con una chica?

—Sí —respondió Lena. Su voz fue aún más severa.

Sam levantó las manos como si no lo comprendiera:

—¿Estás de broma? No nos había contado nada de que estuviera saliendo con alguien, y ahora la trae a la fiesta. No puedes esperar que me comporte.

Las comisuras de los labios de Lena se levantaron. Intentaba contener una sonrisa:

—¡Qué ilusa de mi parte! No sé ni por qué me he tomado las molestias.

—Está bien que lo intentes, mamá. A veces funciona —dijo Tate, pero él también estaba a punto de echarse a reír.

—Apuesto a que no pasarán ni diez minutos antes de que todo el mundo rodee a Tyler para darle la lata —dijo Sam.

Resultó que ni siquiera les tomó la mitad de ese tiempo hacerlo. Me sorprendió que Tate no hiciera nada, y luego esa sorpresa se convirtió en sospecha. Le miré con intensidad.

—¿Cómo es que no te has unido? ¿Intentas demostrar que eres responsable? —pregunté con tono burlón.

—No, más bien piadoso. La mitad de la familia se le echará encima.

—¿Y tú no? —pregunté con escepticismo.

—Claro que sí, pero no ahora. Lo dejaré para más tarde. Siempre hay que dejar lo mejor para el final. —Me cogió de la mano y dimos un paseo por la orilla del lago.

—Bueno, ¿vamos a quedarnos aquí para esperar el momento oportuno? No me disgusta la idea —comenté.

—Eso, y que quiero disfrutar de este momento contigo —dijo con sencillez, haciéndome suspirar—. Me alegro mucho de que estés aquí —murmuró.

—¿Por qué? ¿Porque puedes meterme mano cuando quieras, incluso delante de tu familia?

Volvió a reírse.

—Sam iba de farol.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque es mi hermano y le he visto hacer eso infinidad de veces.

—Vale, buena respuesta. Entonces, volvamos a por qué te alegras de que esté aquí. Aunque no lo admitas, las caricias son gran parte de ello.

—No lo negaré —respondió, deteniendo su marcha en seco—. Me encanta compartir mi vida contigo, Lexi. —Me miró a la boca antes de establecer contacto visual—. Te quiero.

¡Dios! Se me paró el corazón, me quedé sin aliento y mis piernas flaquearon.

—Tate —susurré, tirando de su camisa para acercarle más a mí—. ¿Me quieres? —pregunté, por alguna razón necesitaba volver a oírlo.

—Sí, te quiero. Te quiero, Lexi.

Fue de esos momentos que nunca podría olvidar. Pese a que lo había sentido durante un tiempo, temía que tal vez él no sintiera lo mismo, que no fuera capaz de hacerlo.

—Yo también te quiero.

Tate me miró durante unos segundos y luego echó un vistazo a su alrededor.

¿Qué está haciendo?

Unos segundos después, me di cuenta exactamente de qué se trataba: estaba buscando un lugar donde esconderse.

¿Qué tiene este hombre en mente? No podría hacerme derretir más de lo que ya lo había hecho.

Unos instantes después, me di cuenta de que sí podía. Me llevó a la derecha de la orilla, entre unos árboles y unos enormes arbustos de hortensias rosas. Entonces acercó su boca a la mía, capturando mis labios en un profundo beso.

Me flaquearon tanto las piernas que apoyé las palmas de las manos en sus hombros para estabilizarme y, aun así, no dejó de besarme. Sentía como si yo fuera el aire que respiraba, como si me necesitara más que a cualquier otra cosa. Y yo le devolví el beso con todo mi ser. Sumergió una mano en mi cabello y me puso la otra en la cintura, presionando los dedos con fuerza en mi piel.

Solo nos detuvimos porque gimió, retirando la cabeza unos centímetros.

—Maldita sea. Voy a perder la cabeza. —Su voz era casi un gruñido.

—¿Vas a perderla? —susurré—. Creía que ya lo habías hecho.

—Créeme, si lo hubiera hecho te habrías dado cuenta. —Me miraba fijamente, con la mano aún sumergida en mi pelo—. Sinceramente, preferiría que la fiesta ya hubiera terminado para poder estar los dos solos.

—Oye, no digas eso. Travis lleva tiempo preparando esta fiesta.

—Lo sé. Pero no puedo evitar tener el deseo de estar a solas contigo.

—Solo tenemos que esperar unas horas —susurré.

—Y entonces ya no me contendré más, Lexi. Ni un poquito.

Capítulo Veinticuatro

Tate

A medida que pasaba el día, observaba cómo mi chica disfrutaba de mi familia. No se limitaba a entablar conversaciones triviales o a sonreír amablemente; parecía realmente feliz de estar allí y de conocer a todo el mundo.

Lexi se mezcló con todos los miembros de la familia, incluso con la novia de Tyler, Blair. Solo llegué a intercambiar unas palabras con ella antes de que sacara el móvil y publicara una foto de su cóctel en Instagram, etiquetando a Tyler. A diferencia de Lexi, no parecía muy contenta de estar en la fiesta. De hecho, me recordó a Nora, que en todas las reuniones familiares se quejaba de que eran demasiado intensas, de que todo el mundo tenía mucha energía y siempre estaban haciendo algo. Le había gustado la idea de casarse con la familia Maxwell, pero no la realidad que la rodeaba.

Por la tarde, Tyler se acercó a charlar conmigo.

—¿Debería preocuparme porque no estés burlándote de mí? —preguntó.

—¿Por qué, estás esperando que lo haga?

—Sí.

—Preferí darte un poco de paz. Tu chica y tú ya habéis tenido suficiente con el resto de la familia. Puedo hacerlo otro día.

Asintió.

—Qué generoso, gracias.

—¿Desde cuándo estáis saliendo? ¿Por qué no nos contaste nada a ninguno de nosotros?

—¡Hermano! Creía que no me ibas a fastidiar...

—No lo haré, solo me ha picado la curiosidad.

—Empezamos a salir hace poco, pero como me gusta, pensé: ¿por qué no? Una fiesta es una buena oportunidad para presentarla al clan. Además, sabía que Lexi iba a estar aquí hoy y sería la atracción principal.

Me reí:

—No dejes que Travis oiga eso. Todavía sigue creyendo que hoy el centro de atención es él.

—Realmente lo cree, ¿no? —preguntó Tyler en tono divertido—. Por cierto, ¿dónde está tu chica?

—Hace un ratito estaba por ahí con Reese. —Miré a mi alrededor, localizándolas junto a la entrada del restaurante. Me di cuenta al instante de que algo no iba bien. Reese tenía los hombros caídos y Lexi le estaba acariciando la espalda.

A mi lado, Tyler adoptó una postura más erguida. Estaba claro que había notado lo mismo que yo.

—¿Tienes idea de lo que ha pasado? —preguntó con voz tensa.

—No. Vayamos a averiguarlo.

Lexi y Reese dejaron de hablar de golpe cuando Tyler y yo nos acercamos.

—¿Qué pasa? —preguntó Tyler.

Reese alternó la mirada entre Lexi y yo, luego la dirigió hacia él y contestó:

—No tiene sentido ocultároslo. Soy un caso perdido.

—Ya. Pareces disgustada, por eso hemos venido —dijo Tyler.

—Malcolm está aquí. No dejaba de insistir en que quería hablar conmigo, y yo seguía dándole largas. Supongo que es porque el edificio vecino también se ha unido a la demanda. Algo que ni tú ni Declan compartisteis conmigo. —Me fulminó con la mirada.

Cerré los ojos, sintiéndome muy culpable. ¿Por qué me costaba tanto aprender la lección? Siempre que intentaba proteger a los miembros de mi familia me salía el tiro por la culata.

—Reese...

—No importa. Sé que lo hiciste con las mejores intenciones, pero me siento un poco estúpida por haberle dado la dirección.

—No eres estúpida —dijo Tyler con voz firme.

—No montará una escena sabiendo que todo el mundo está aquí. Me reuniré para hablar con él en el *parking* y así evitar que moleste a los demás —comentó Reese.

—¿Sola? —pregunté—. Ni de coña. Te acompañaremos.

—Así es —dijo Tyler—. Si tiene algo que decirte, puede decirlo también delante de nosotros.

—No hace falta que vengáis. Quedaos aquí y disfrutad de la fiesta —respondió Reese.

Lexi volvió a darle una palmadita en el hombro.

—No creo que sea mala idea que te acompañen. Es bueno que vea que cuentas con el apoyo de tu familia. Sé firme con él, ¿vale? No dejes que vuelva a humillarte.

¿“Que vuelva a humillarte”? ¿Qué coño...? Reese nunca me había contado eso. Fue la primera vez que caí en la cuenta de que quizá no me lo contaba todo al detalle. Pero estaba claro que confiaba en Lexi, que parecía realmente preocupada por mi prima. Aquella mujer nunca dejaba de sorprenderme.

—Vale, vale. Quizá eso sea mejor —contestó Reese—. Seguro que no se quedará mucho tiempo de todos modos.

—¿Cuándo va a venir? —pregunté.

—Debería estar llegando en este momento. —La voz de Reese se quebraba un poco.

—Venga. Salgamos a ver —sugirió Tyler.

—Vale, pero no se lo digáis a nadie más, no quiero arruinar la fiesta de Travis. Ha trabajado muy duro durante meses, y quiero que disfrute de su gran día en vez de preocuparse por mis malas decisiones.

Tyler y Reese se dirigieron hacia la puerta. Decidí no seguirlos y esperé a que estuvieran lo suficientemente lejos para preguntarle a Lexi:

—¿Qué pasa? Hacía tiempo que no veía a Reese tan afectada.

—Creo que tal vez se siente abrumada y cansada de luchar. Además, me parece que, en el fondo, él todavía le importa, y eso lo hace todo aún más difícil.

—Eso de que él la humilló. ¿Cómo es eso? Nunca había escuchado nada de eso hasta ahora.

Lexi negó con la cabeza.

—Ahora eso no tiene importancia. Solo limitaos a acompañarla, ¿vale? Estar con la familia le dará fuerzas.

—La protegeré de ese imbécil.

Lexi me dedicó una sonrisa sincera.

—Eso mismo. Sé mi héroe. ¡Eres tan sexy cuando te pones así!

—Quédate con esa idea —dije antes de seguir a Tyler y Reese.

Salimos del restaurante y nos dirigimos al *parking*. Como Travis había alquilado todo el espacio, solo había unos pocos coches.

Malcolm salió de un Mercedes. Había otro tipo en el coche, pero se quedó dentro. A continuación, Malcolm alternó la mirada entre Tyler y yo, claramente no contento de vernos. *Pues mala suerte*. Yo tampoco me alegré de ver a ese cabrón.

—He pedido hablar contigo a solas —dijo dirigiéndose a Reese—. Sin estos dos ni nadie más.

Reese se mantuvo firme en su postura:

—No tengo por qué escuchar tus exigencias, Malcolm. Ya no.

—No puedes decirme eso. Mientras estábamos juntos, nunca conseguí nada cuando lo pedí. Siempre eras tú, tú, y tú.

—Sí, claro. Es culpa mía que me engañaras. Todo es culpa mía —replicó Reese. Y, por primera vez, parecía vencida, como si ya no quisiera seguir luchando contra él. Eso no era un problema, porque yo podía continuar en su lugar. Aquel imbécil no sabía con quién se estaba metiendo. No podía hacer nada contra su infidelidad, pero estaba seguro de que no dejaría que hablara mal de Reese ni que se apoderara del edificio de mi abuela.

—Sea lo que sea que tengas que decir, te sugiero que lo hagas rápido —afirmé en tono frío—. Nos comunicamos a través de nuestros abogados. No hay necesidad de reuniones personales.

—Por eso no quería reunirme contigo —espetó—. Quería hablar solo con ella.

—¿Por qué? —preguntó Reese—. ¿Acaso creías que podrías intimidarme para que llegáramos a un acuerdo?

Malcolm volvió a alternar la mirada entre Tyler y yo. Mi hermano permanecía completamente callado, lo cual no era una buena señal.

—Que sepáis que no os conviene hacer esto. Vuestro preciado nombre Maxwell no está tan limpio como creéis. Necesito el edificio. Mi trabajo en el Halsey Group depende de que se construya ese maldito *spa*.

—¿Adivina qué? —intervino Reese—. No vas a conseguir nada. La abuela es como mi madre, y es la mejor persona que conozco. Ese edificio es el primero que compró con mi abuelo, y significa mucho para ella. No permitiremos que te apoderes de las plantas superiores y le generes un disgusto.

—Estoy harto de esta familia y de sus chorradas sentimentales. Estos son negocios, y lo quiero. Y ninguno de tus primos, ni la zorra de tu hermana ni tú os interpondréis en mi camino.

Tyler se puso delante de él.

—Vete, o juro por Dios...

—¿Qué es lo que juras por Dios, niñato? —se mofó Malcolm—. ¿Vas a ensuciarte las manos por esto? ¿Dañar tu reputación? No vales nada sin ella. Nada.

—Chicos, no os metáis en líos por mí —pidió Reese, con voz angustiada.

Di un firme paso adelante, con la intención de detener lo que fuera que estuviera ocurriendo antes de que pasara a mayores. La única arma de Malcolm era provocarnos, pero ya era demasiado tarde. Porque un segundo después, empujó a Tyler y le dio un puñetazo en el estómago.

Los minutos siguientes transcurrieron de manera confusa. Tyler lanzó un puñetazo directo a la mandíbula de Malcolm, y entonces Malcolm devolvió el golpe con mucha determinación, lanzándose sobre Tyler. Ambos cayeron al suelo, y no se detuvieron. Rodaron hasta la zanja que había entre la puerta y el *parking*, que parecía recién cavada, tenía una profundidad hasta las rodillas y era muy ancha.

Reese chilló.

—¡Basta! —grité, saltando a la zanja con ellos. Aparté a Malcolm de Tyler, arrojándolo lejos, antes de tender una mano a mi hermano. Tenía la nariz ensangrentada y sacudió la cabeza, rechazando mi ayuda. Me volví hacia Malcolm, señalándolo.

—Para ya, maldita sea, o empiezo donde lo dejó mi hermano.

—Vete, Malcolm —dijo Reese, con una firme postura—. No vas a conseguir nada de lo que quieres.

Resopló.

—Claro que lo haré. Apuesto a que, si intentara volver contigo, me habrías aceptado.

Reese cerró los ojos y respiró profundamente:

—Eres un mierda.

Quería darle un puñetazo a aquel imbécil, pero tenía que estar atento a Tyler o volvería a meterse en la pelea.

El tipo que estaba en el coche de Malcolm sostenía el teléfono en alto. *Joder, ¿lo está grabando todo?*

—¿Qué está pasando aquí? —llegó una voz familiar desde la puerta. Exasperado, Declan se acercaba trotando hacia nosotros al tiempo que contemplaba la escena: desde la nariz ensangrentada de Tyler hasta la cara roja de Malcolm.

—Vete ahora mismo o presentaré una denuncia —amenazó Declan.

—Mala suerte, muchachote —dijo Malcolm con una sonrisa burlona—. Seré yo quien presente una demanda. Y luego veremos cómo acaba.

—Has venido a provocarnos —dijo Declan. Siempre me sorprendió que pudiera mantener un tono tranquilo incluso en situaciones como aquella. Pero no por nada era uno de los mejores abogados de todo el estado—. Si llamas ahora a tu abogado, te dirá que lo que estás haciendo no va a ayudar a tu demanda. ¿Sabes qué? Voy a llamarle enseguida, así como a la policía. Y veremos qué dicen.

No me gustó para nada la sonrisa que esbozó Malcolm.

—No hace falta. Ya he conseguido lo que he venido a buscar.

Ni siquiera tuve tiempo de analizar su declaración, ya que Reese estaba a punto de perder la compostura. Era una persona fuerte, pero incluso los más fuertes necesitábamos un respiro de vez en cuando.

Tyler estaba anormalmente quieto. Entonces, supe por instinto que algo iba mal.

Se quedó callado y luego vimos cómo Malcolm volvía al coche y lo arrancaba.

Me acerqué a Tyler de inmediato, al igual que Reese.

—¿Estás bien? —preguntó.

Al mismo tiempo, Declan preguntó:

—¿En qué coño estabas pensando? Sabíamos que podría hacer algo así. Era exactamente sobre lo que os advertí.

—¡Por el amor de Dios, Declan, sé imprudente y estúpido como el resto de nosotros alguna vez! —exclamó Tyler con los dientes apretados.

—Declan —dije con dureza—, no es momento para hablar de esto.

—¿Ah, no? ¿Por qué? ¿Qué quieres hacer entonces?

—Bueno, yo, por mi parte, tengo que ir al hospital —contestó Tyler, y me sorprendió lo tensa que sonaba su voz—. Creo que me he hecho daño en el hombro. Decidle a Sam que venga, pero estoy seguro de que debo ir al hospital a que me revisen.

En ese preciso momento, me di cuenta de que Tyler debía estar muy dolorido. El hockey sobre hielo era un deporte muy duro y había visto a mi hermano caerse sobre la pista muchas veces, pero nunca había reaccionado así.

Capítulo Veinticinco

Tate

—Qué desastre de noche —murmuré cuando Lexi y yo finalmente regresamos a casa. Tyler fue al hospital con Reese, Declan y Blair, pero insistió en que la fiesta continuara. Resultó imposible ocultar el incidente a mi familia, pero aun así hicimos todo lo posible para que aquel día fuera especial para Travis. Logramos que la fiesta siguiera durante una hora más, justo hasta que Declan envió un mensaje explicando que Tyler se había dislocado el hombro y que había algunas complicaciones. Iba a tener que someterse a un programa de recuperación intensiva.

Además, el riesgo de que lo suspendieran para la próxima temporada pesaba sobre nosotros. Eso agrió mucho la fiesta, y ni siquiera Luke o Sam pudieron darle un giro positivo a la situación.

Travis mantuvo la calma ante todo. Como era de esperar, no estaba enfadado porque su fiesta se hubiera estropeado, pero sí porque no le hubiéramos dicho que Malcom había aparecido.

—Y que lo digas —respondió Lexi.

Teníamos toda la casa para nosotros porque Paisley iba a pasar la noche con mis padres. La traerían de vuelta al día siguiente.

Nos sentamos en el sofá y atraje a Lexi hacia mi regazo. Al instante, se sentó a horcajadas sobre mí.

—Perdona por el drama familiar —dije.

—No tienes que disculparte por nada. Me gusta que estéis tan unidos.

Me encantaba eso de ella, que no juzgara, que comprendiera lo mucho que valoraba a mi familia. Parecía apreciarlo, pero no podía evitar preguntarme si en algún momento le resultaría excesivo.

—¿En qué estás pensando? —preguntó.

—No importa. ¿A qué viene esa sonrisa? —quise saber.

—Acabo de recordar que hoy me dijiste que me querías y que estabas deseando que se acabara la fiesta. Y bueno, ahora ya ha terminado.

Sonreí:

—Así es. Voy a enseñarte exactamente lo que va a pasar ahora, y te va a encantar.

—¿Ah, sí? —preguntó con tono burlón.

—Te lo digo muy en serio, Lexi. He estado deseando esto todo el día, estar a solas contigo. Disfruto cuando estamos con Paisley, pero también disfruto de nuestros momentos a solas. Eres mi ancla. Me equilibras. —Besé su cuello—. Me excitas.

Soltó una risita, contoneándose en mi regazo.

—Vaya, sí que te excito, y superrápido. ¿Recibiré un premio por ello?

—Claro que sí. Tendrás todo lo que desees, Lexi, siempre. Solo dime qué necesitas y buscaré la manera de hacerlo realidad, de brindarte exactamente lo que te mereces.

—¿Y qué es lo que merezco? —preguntó, con los ojos muy abiertos.

—Todo —respondí, mirándola directamente a los ojos—. Quiero darte todo lo que pueda ofrecerte.

Se mordió el labio inferior antes de inclinarse hacia mí. La besé con desesperación, bajando las manos por sus muslos y luego por sus tobillos. Llevaba todo el día deseándola, y aquella profunda necesidad de complacerla me invadió de golpe. Apenas pude controlarme cuando introduje los dedos bajo su vestido, disfrutando de cómo su piel se erizaba ante mi contacto, hasta que llegué a su trasero. Agarré sus nalgas y la cogí en brazos mientras me levantaba del sofá. Soltó un pequeño chillido y se aferró a mí con fuerza.

Atravesamos la casa así y subimos por la escalera directamente hasta mi dormitorio. Hice una pausa para dejarla en el suelo. Acto seguido, la besé y, en ese preciso instante, supe que no podría ir despacio. Le quité el vestido de un tirón antes de que estuviera completamente de pie. Su piel estaba bronceada debido al tiempo que Paisley y ella habían pasado al aire libre. Sentí un inmenso placer al quitarle el sujetador y las bragas, recorriendo con los dedos la superficie de su piel que el sol no había tocado. Esas partes eran solo para mí. Nadie más tenía acceso a ellas como yo.

Apenas soportaba el roce de mi propia ropa sobre mi piel, así que cuando me agarró la camiseta con movimientos apresurados y bruscos, la ayudé, deshaciéndonos rápido de mi ropa.

—Siéntate en la cama, Lexi —indiqué—. No en el borde, sino más atrás en el colchón. Siéntate y abre las piernas para mí.

No podía apartar los ojos de ella. Estaba tan jodidamente guapa, desnuda y preparada para mí:

—Eres perfecta —afirmé. Se sonrojaba cada vez que la piropeaba, pero estaba decidido a repetir esas palabras una y otra vez para que no tuviera ninguna duda. Para mí, era la mujer más preciosa del mundo, y la única. Nunca querría siquiera *mirar* a nadie más.

Separó las piernas para invitarme, se tocó los pechos y jugueteó con los pezones antes de bajar una mano hasta su coño y posarla sobre su clítoris. Envolví mi polla con la mano y empecé a moverla arriba y abajo al ritmo de sus movimientos.

Su mirada se volvió feroz. Me deseaba tanto como yo a ella, aunque no creía que eso fuera posible. No solo era hambre, se trataba de una necesidad primaria. Dudaba que llegara un día en que estuviera completamente satisfecho, por muchas veces que la hiciera mía.

Me acerqué, tomándome mi tiempo, apretándome más el miembro, observando su precioso cuerpo. Me arrodillé ante ella frente a la cama, recorriendo la cara interna de su muslo con la boca, sin dejar de masturbarme. Su piel era suave y olía a gel de ducha. Su aroma seguía presente bajo el perfume. No me cansaba de olerlo.

Con la mano izquierda, agarré su tobillo, levantándolo.

—Eres increíble —murmuré contra su piel—. Y eres mía.

—Sí —susurró ella.

—Dilo. Quiero oírlo. Di que eres mía.

—Soy tuya —susurró. Le temblaba la voz.

Mi boca estaba posada en la parte superior de su muslo, pero aún no le había tocado su zona íntima. Sin embargo, no pude contenerme más y ejercí presión con mi lengua contra su entrada. Una gran sensación de satisfacción se apoderó de mí cuando curvó su cuerpo y juntó los muslos alrededor de mis orejas. Metí la mano entre sus piernas y, en medio de un gemido, volvió a abrirlas.

—Lo siento mucho —dijo.

La miré y levanté una ceja.

—Asegurémonos de que no vuelva a ocurrir. —Sus ojos se abrieron un poco—. Colócate más atrás en la cama —indiqué, guiñándole un ojo.

—Vale. —Retrocedió, apoyando los pies sobre el colchón.

Inmediatamente le agarré los tobillos.

—Me encargaré de mantenerlos aquí —dije antes de acercar mi boca a su clítoris, succionándolo.

Sus gritos de placer llenaron la habitación. Nunca me cansaría de escucharlos, oírlos sucumbir ante mí me producía una inmensa satisfacción. Quería extraerle hasta la última gota de placer y

quería que se corriera así, abierta para mí.

Podía percibir que estaba cerca. Mantuve sus pies firmemente apoyados en la cama para que no pudiera volver a cerrar las piernas. Saber que no podía moverse sin que yo se lo permitiera intensificaría todas sus sensaciones. A Lexi le gustaba, y a mí también.

Tener el control de su éxtasis era estimulante. Iba a hacer que se corriera tan fuerte que hasta olvidaría su propio nombre. Tomé su clítoris entre mis labios, oyendo su voz cada vez más desesperada y su respiración más agitada, hasta que estalló, moviendo las caderas contra mí, hacia adelante y hacia atrás, pronunciando mi nombre como en un cántico. Era irresistible y la necesitaba. La necesitaba en ese preciso momento.

Ni siquiera había terminado de correrse cuando la moví para colocarla un poco más en medio de la cama. Me puse un condón antes de colocarla encima de mí. Jadeó, abriendo ampliamente los ojos. Miró hacia abajo, agarró mi polla y frotó la punta contra su clítoris. Una explosión de placer se apoderó de mí. Fue tan inesperado que me dejó sin aliento.

—Lexi —gemí.

Sonrió, pero no dijo nada, y siguió moviéndose hacia delante y hacia atrás, rozando la punta de mi erección antes de deslizarse por mi polla. Antes, el control lo había tenido yo, pero en ese instante quería que ella tomara el mando. Casi me vuelvo loco. Todo era más intenso cuando estaba con ella. Llevó mis manos a sus caderas y yo guié su recorrido, moviéndola cada vez más deprisa.

Atrapé uno de sus pezones con la boca mientras ella me montaba. Era una escena perfecta. Ella era perfecta. Las sensaciones que me provocaba y la forma en que se entregaba a mí, sin reservas, resultaba increíblemente sexy. Aún estaba sensibilizada, pero yo estaba decidido a hacer que la segunda vez fuera tan buena como la anterior. Nunca me cansaría de verla derretirse en mis brazos.

Sentí el cambio en su cuerpo. Sus músculos se tensaron poco a poco. Cerró los ojos con fuerza, sus movimientos se volvieron frenéticos y se contrajo alrededor de mi miembro de una manera maravillosa. Gritó mi nombre, y yo estallé dentro de ella, embistiendo y moviéndome hasta consumir cada gota de placer de nuestros cuerpos hasta quedar exhaustos y saciados.

Aturdidos, nos tumbamos. Me gustaba ese momento, relajarme a su lado, sin un plan, sin prisa por llegar a ninguna parte. Me besaba el pecho y jugaba con los dedos alrededor de mi pezón.

—Alguien está feliz —dijo con aire de burla.

—Me haces muy feliz, Lexi.

—Nunca nadie me había hecho sentir como tú —susurró. Su sincera confesión llegó a lo más profundo de mi ser.

Decidí abrirme yo también.

—A mí me pasa lo mismo, Lexi. Nunca me había sentido así por nadie.

Sus ojos se abrieron de par en par.

—Nunca antes —confirmé.

—¿En serio? —Su expresión se iluminó.

—Hablo muy en serio, cariño.

Sonrió de oreja a oreja, levantándose de la cama y haciendo un pequeño baile por todo el dormitorio. La observé, riéndome a carcajadas. Aquella mujer era increíble.

—Este es el mejor día de mi vida. Bueno, evidentemente sin tener en cuenta que Tyler acabó en el hospital. —Entrecerró los ojos—. ¿Crees que necesita que le animen un poco?

—Sí, creo que va a necesitarlo. Probablemente Reese ya esté en ello.

—Yo puedo ayudar. Quiero decir, no conozco a Tyler tanto como ella, pero a veces eso es mejor.

—Ven aquí, Lexi. —Di unas palmaditas en el espacio que había a mi lado en el colchón y enseguida se tumbó en él, acurrucándose contra mí. El día fue una completa mierda, pero nunca me había sentido tan inmensamente feliz. Sentir su cuerpo contra el mío era justo lo que necesitaba. *Ella* era justo lo que yo necesitaba.

—Aún no te has cansado de acariciarme, ¿eh? —preguntó entre risitas.

—Jamás.

A la mañana siguiente, me levanté antes que Lexi y bajé a la cocina. Fui directo a la nevera, saqué el jamón, el queso, las tostadas y los tomates. Preparé café y lo dispuse todo en una bandeja, para luego subirla a la habitación. Lexi siempre se alegraba mucho cuando le llevaba el desayuno a la cama, y no tenía la oportunidad de hacerlo muy seguido. Quería mimarla.

Cuando entré en el dormitorio, se removió en la cama, abriendo los ojos lentamente. Estaba preciosa, incluso con los ojos soñolientos y el pelo alborotado. Verla despertarse provocó una sensación nueva en mi interior. No quería que se fuera ni de mi cama ni de mi casa. Quería tener el privilegio de despertarme junto a ella cada bendita mañana.

—Hola —susurró ella.

—Buenos días, preciosa. —Apoyé la bandeja en la mesita de noche mientras ella se cubría con la sábana hasta la nariz, y luego hasta las cejas.

—Lexi, ¿qué estás haciendo?

—Nada.

Volví a bajar la sábana para poder verle la cara. Aún tenía los ojos pesados por el sueño.

—Me siento como un oso. Hinchada y rechoncha. Definitivamente no estoy preciosa.

—Créeme, lo eres. —Me incliné hacia ella, jugueteando con un mechón de su pelo entre mis dedos—. Te voy a demostrar lo preciosa y perfecta que eres para mí. Después de desayunar.

Señalé la bandeja con la cabeza. Siguió mi mirada y sus ojos se abrieron de par en par.

—¡No me lo puedo creer, me has traído el desayuno a la cama!

Me reí entre dientes.

—¿De verdad no me has visto entrar con la bandeja hace unos segundos?

—Eeeh... sí, te he visto, pero no me he fijado en los detalles. —Sonrió con timidez, incorporándose y colocando la bandeja sobre su regazo.

—¿Lo compartimos? —preguntó.

—No, no tengo hambre.

Dio un bocado, cerrando los ojos.

—Mmm —gimió—. Menuda manera de empezar el día. Me encanta este desayuno y el café.

—¿Y yo no?

Abrió un ojo con aire juguetón.

—Por supuesto.

—Ah, bueno. Me he preocupado por un momento. ¿Qué quieres hacer hoy?

—No sé. ¿Qué te apetece?

—Un poco de ti. —Moví las cejas de arriba abajo—. Probablemente debería hablar con Declan para ver si tenemos que tomar alguna medida para controlar la situación de ayer.

—¿Quién se lo va a decir a Beatrice?

Me aclaré la garganta.

—Alguno de mis hermanos.

Lexi se rió.

—¿Le tienes miedo a tu propia abuela, ¿eh?

—Qué va. Me gusta elegir bien mis batallas.

—Ya. Fingiré que me lo creo. ¿Qué más quieres hacer hoy además de hablar con Declan?

—Lo que tú quieras. Me encanta pasar tiempo contigo, lo digo en serio. Quiero hacerte feliz, Lexi.

—Solo con decirme esas cosas ya lo consigues. —Suspiró—. Al menos espera a que me tome el café para hacer que me derrita, ¿vale?

—No puedo, señorita. Tengo que empezar temprano. —Sonreí, retiré las sábanas y separé sus piernas con una mano. Recorrí el lateral de su muslo derecho con los dedos, sintiendo un inmenso placer cuando ella separó aún más las piernas, abriéndose para mí. Me detuve a medio camino entre la rodilla y su centro, acercándome para besar aquel punto.

Exhaló un suspiro profundo, apretando con fuerza la almohada que tenía al lado. Me enderecé y le lancé una sonrisa traviesa.

—Ya veo, estás tratando de que me derrita y que me excite.

—Siempre. Pero sé que no debo distraerte de tu comida.

Se rió.

—Aprendes rápido. Me encanta eso de ti.

Cuando terminó de desayunar, nos duchamos juntos. Después, me afeité con la puerta abierta, escuchando la música que Lexi ponía a todo volumen. De vez en cuando cantaba, sobre todo el estribillo, y me hacía reír. Me encantaba escuchar su voz resonando por toda la casa y saber que estaba allí conmigo.

Cuando bajé las escaleras, estaba sentada en un sillón con su iPad. Bajó el volumen de la música y comenzó a mover la pierna al ritmo.

—¿Qué estás haciendo? —pregunté.

—Estoy enviando unas fotos de la fiesta de ayer a mis padres.

—¿Alguna de nosotros dos?

—Eeeh, no. Solo tomé algunas fotos espontáneas de la fiesta.

Moví las cejas y me senté en el reposabrazos.

—¿Quieres enviarles un *selfie*? Si no, ¿cómo sabrán que sales con un tío buenorro?

Las comisuras de sus labios se crisparon:

—¿Te refieres a ti?

Acaricié su mandíbula, mirándola a los ojos:

—Eres mía, Lexi. Quiero que ellos también lo sepan.

Se relamió los labios, asintiendo.

—Ah, vale. Pues ya les he enviado una foto tuya, mía y de Paisley antes de ir a la fiesta. Aunque, si quieres, puedo enviarles otra. Eso sí: pon una sonrisa digna de aprobación paterna. Nada de mirada ardiente y sensual. Eso no te servirá para ganar puntos.

—Entendido.

Extendí los dedos sobre su mandíbula, acariciándole el labio inferior antes de retirar la mano.

A continuación, encendió la cámara del iPad, orientándola hacia nosotros. Mostré una sonrisa típica de un profesional de las relaciones públicas y Lexi me dio un golpecito con el codo.

—No me refería a eso. Tiene que ser una sonrisa genuina.

—Demasiadas instrucciones —bromeé, pero cambié la expresión a una sonrisa natural.

Tomó unas cuantas fotos y las envió a un grupo que tenía con sus padres.

Luego bajó el iPad del reposabrazos, un poco intranquila.

Algo no encajaba.

—Pareces nerviosa.

—Las clases comienzan dentro de dos semanas y aún no hemos hablado de lo que pasará entonces. ¿Quieres buscar otra niñera? Terminó una hora antes que Paisley, así que podría recogerla del colegio y venir aquí con ella o hacer cosas fuera. —Tragó saliva, desviando la mirada, antes de añadir rápidamente—: Si te parece bien.

—Tengo otra propuesta. —Deslicé los dedos por su brazo, mirándola directamente a los ojos—. Ven a vivir con nosotros.

—Tate, ¿lo dices en serio? —susurró.

—Claro que sí. Me encantaría tenerte aquí y poder cuidarte todos los días como te mereces.

Ella entrecerró los ojos.

—Bueno, hasta ahora has sido muy minucioso en ese sentido.

—Imagina cuánto *más* minucioso puedo ser si llegas a mudarte aquí. —Le besé el hombro y seguí recorriendo sus brazos con mis dedos, sintiendo cómo se tensaba ante mi contacto.

—¡Me encanta la idea, me muero de ganas de hacerlo! Será tan épico. Cuando empiecen las clases, seguramente tanto Paisley como yo estaremos muertas de cansancio por la tarde, pero creo que aún nos quedará algo de energía para dar un paseo por el lago hasta que haga frío. Y si consigo algún trabajo como *freelance* que pueda hacer a distancia mientras ella termina los deberes, mejor.

Me enderecé, mirándola.

—¿A qué te refieres?

—Humm... He hablado con mis padres y todavía hay muchas facturas pendientes.

Acaricié su mandíbula, mirándola a los ojos.

—Puedo ayudarte con eso.

—Gracias, pero no es necesario.

—¿Qué? ¿Cómo que no es necesario? Acabas de decir que lo es.

—Sí, pero de alguna manera me las arreglaré.

—Lexi...

—No me sentiría cómoda con eso.

—Pero tú eres mi chica.

Se rió entre dientes, sin embargo, percibí que su determinación flaqueó ligeramente.

—Aún así, no me sentiría cómoda.

—Bueno, hablaremos de esto en otro momento —respondí, deslizando suavemente mi pulgar sobre la comisura de sus labios antes de decidir no insistir más. Esa batalla la ganaría con el tiempo.

Una risita escapó de sus labios, pero de repente se sobresaltó, arrodillándose y frunciendo el ceño.

—Mierda.

—¿Qué ocurre?

Volvió a sentarse, desbloqueó su iPad y abrió la aplicación de notas.

—Sabía que por algo había abierto el iPad. Tengo que comprobar la lista con las cosas que me falta comprar para el cumpleaños de Paisley. Se la enseñaré cuando la traigan tus padres. Quiero que todo sea perfecto.

El cariño que sentía por mi hija me conmovía.

Eché un vistazo a la lista y me di cuenta de que la mitad de las cosas no tenían sentido para mí. Sin embargo, un punto llamó mi atención: “Compras con Nora”.

—¿Qué es eso? —pregunté, señalando el nombre de Nora.

—Paisley dijo que le encantaría ir de compras con su madre. Le dije que primero debería consultarlo contigo.

—No hay problema.

—Paisley está deseando verla.

—Sí, ya hace mucho tiempo que no la ve. —Fruncí el ceño, deambulando por la habitación —. ¿Te molesta que vaya a estar aquí?

—En absoluto. Nora es su madre, siempre lo será, y es un vínculo único.

La verdad era que Lexi tenía un vínculo mucho más fuerte con Paisley que Nora, pero al fin y al cabo, seguía siendo su madre. Sabía lo ilusionada que estaba Paisley, pero yo no compartía ese entusiasmo, ya que cada vez que Nora visitaba mi hogar, me recordaba nuestro fracaso matrimonial. Mi fracaso.

Entonces, un viejo temor resurgió. ¿Y si tampoco podía hacer que las cosas funcionaran con Lexi?

Sacudí la cabeza, sintiéndome un poco tonto. Caminé detrás de Lexi, acercándome más para besarle el lateral del cuello. Me encantaba el aroma de mi champú y gel de ducha en ella. Al enderezarme, eché otro vistazo a la lista. No me había dado cuenta de lo extensa que era hasta ese momento, observando cómo Lexi continuaba desplazándose hacia abajo en la pantalla.

—¿La lista termina en algún momento? —pregunté.

—¡Oye! Es la fiesta de su décimo cumpleaños, es importante.

—¿Ahí pone “unicornio” o estoy imaginándome cosas?

Me apartó de un manotazo.

—No me juzgues. Además, dijiste que tenía vía libre para organizarla.

—Y así es. —Volví a besarle el cuello y le quité el iPad de las manos.

—¿Qué haces? —preguntó con indiferencia, pero noté que ya tenía la piel de gallina. Prácticamente podía sentir cómo la invadía la expectación.

—Continuando lo que empecé antes del desayuno.

Al instante, apretó los muslos y yo ya sabía lo que eso significaba: Estaba mojada. El mero hecho de pensar en ello me estaba volviendo loco.

—Hazlo, por favor —susurró, y la llevé arriba al segundo siguiente.

Mis padres dejaron a Paisley por la tarde y, en cuanto entró en casa, mi hija apenas me prestó atención.

Corrió inmediatamente hacia Lexi.

—¡Los abuelos me han dado algunas ideas para la fiesta!

—Vale, añadámoslos a la lista —contestó Lexi. Se sentó en el sofá donde la había abrazado la noche anterior. Esa vez, ella y Paisley estaban sentadas una al lado de la otra con las piernas extendidas. Verlas me llenó de satisfacción. Por primera vez me di cuenta de que éramos una familia, una idea que solía asustarme, pero ya no.

—Hola, ratoncita. ¿Te has divertido en casa de los abuelos?

—Sí, papá. Te lo contaré más tarde. Lexi y yo estamos haciendo cosas importantes.

Me senté a sus pies, observándolas. Ambas me miraron sorprendidas.

—¿Qué haces? —preguntó Lexi con cautela.

—Quiero ayudar con la organización de la fiesta.

Mi hija parecía cabizbaja:

—Papá, te quiero, pero nunca me prestas atención cuando hablo de la fiesta.

¡Mierda! Tenía que hacerlo mejor.

—Me centraré, lo prometo.

Lexi me señaló con el dedo.

—Con una condición. No puedes reírte, ni siquiera si oyes la palabra “unicornio”.

Estuve a punto de preguntar a qué se referían exactamente, pero levanté las manos en señal de defensa:

—Nada de risas, os doy mi palabra.

Tenía un millón de cosas de las que ocuparme, entre ellas hablar con Declan, pero lo haría al día siguiente. Quería disfrutar aquella jornada con las dos mujeres más importantes de mi vida.

Capítulo Veintiséis

Tate

Como predijo Declan, Malcolm no utilizó el incidente de la fiesta en la demanda. El hecho lo dejaba muy mal parado, así que evitó la situación por completo. Declan ya estaba cantando victoria, pero yo no quería celebrarlo antes de tiempo. Estaba seguro de que Malcolm no desistiría tan fácilmente.

La bomba cayó una semana después, pero impactó en un lugar inesperado.

Resultó que el asistente de Malcolm grabó la pelea y había subido el vídeo a Internet. Malcolm estuvo de espaldas a la cámara todo el tiempo, así que no se le veía la cara. Lo único que se veía era a Tyler peleándose con alguien.

El equipo de hockey le *suspendió* con efecto inmediato, no solo le sentaron en el banquillo por la lesión, ¡sino que directamente le suspendieron! En cuanto me comunicó la noticia, fui a su piso. Vivía en uno de los rascacielos del centro, en la planta veinticinco.

—¡Menudo follón, tío! —exclamó Tyler. Deambulaba por el salón con el brazo en cabestrillo.

—La buena noticia es que Declan dice que no habrá ramificaciones legales. Malcolm tendría que presentar cargos, cosa que no hará porque entonces tendría que admitir que fue él. Y es evidente que el tipo con el que peleabas era el instigador.

Tyler se giró hacia mí, pasándose la mano sana por el pelo.

—Eso no me importa, Tate. Estoy suspendido. ¿Sabes lo que eso significa? Incluso después de que mi brazo se recupere, puede que no me vuelvan a poner sobre el hielo esta temporada.

Se sentó en el reposabrazos de su sofá, mirando por la ventana.

Maldita sea. Nunca había visto a Tyler así.

—¿Sabes? Desde que era un niño, jugar al hockey era mi sueño. Por eso les rogué a mamá y papá que me llevaran a los entrenamientos y todo eso. No quiero defraudar a nadie, ni al equipo ni a nuestros padres.

—Tyler. Todo el mundo está orgulloso de ti. Volverás al hielo, ya verás. Eres uno de sus mejores jugadores.

—El equipo podría perder algunos patrocinadores por mi culpa, así que... quién sabe.

Me acerqué a él y le di unas palmaditas en el hombro:

—Céntrate en la fisioterapia. De momento, es lo único que puedes hacer.

—Ya lo sé. Escucha, no quiero ser grosero, pero tengo que hablar con algunos de mis compañeros de equipo dentro de diez minutos.

—Vale, luego me cuentas. Solo quería ver cómo estabas.

—Gracias, hermano.

Ni siquiera hizo una de sus típicas bromas. Las cosas iban aún peor de lo que pensaba.

En cuanto salí de su edificio, antes incluso de pedir un Uber, llamé a Declan.

—¿Cómo se lo está tomando? —preguntó en lugar de saludar.

—Peor de lo que esperaba. Creo que tenemos que reunir a la pandilla. Quizá entre todos podamos idear una estrategia para ayudarle.

—Estoy con Luke, Travis y Sam. Y llamaré a Reese.

—Gracias. Voy para allá.

Al cabo de media hora, llegué a la oficina. Declan me había enviado un mensaje diciendo que estaban en el bar, así que cogí el ascensor y subí directamente a la última planta. Como eran las tres de la tarde, el lugar estaba vacío. Reese también había llegado. Se encontraban todos sentados en una mesa redonda y el camarero, Lance, no estaba.

—Has logrado llegar rápido —le dije a Reese.

Se sonrojó y empezó a jugar con los pulgares.

—Bueno... es que estaba por la zona. Me dirigía a casa de Tyler, pero cuando llamó Declan, vine aquí.

Travis se enderezó en su silla, mirando alrededor de la mesa.

—Entonces, ¿cuál es el objetivo de la estrategia que tenemos que planear? ¿Conseguir que el equipo le retire la suspensión?

Fruncí el ceño.

—Creo que sí. No lo he pensado bien. Simplemente lo vi y supe que teníamos que hacer algo. Normalmente no me gusta entrometerme...

—Sí, sí, ya lo sabemos —dijo Declan con impaciencia.

—Justo estaba comentando lo irónico que resulta que seáis *vosotros* los que *nos* pidáis ayuda para pensar en alguna estrategia —dijo Sam con una sonrisa burlona.

Luke me miró levantando una ceja:

—Tate, no entiendo por qué siempre te consideras poco entrometido. Fuiste tú quien sugirió desde el principio manejar lo de la demanda sin involucrar a la abuela.

—Eso fue por sentido común —repliqué.

—¿Podemos centrarnos en Tyler? —sugirió Declan en tono serio, logrando el silencio en la mesa—. Tenemos que unir nuestros recursos. ¿Alguien conoce a los directivos del equipo?

Travis señaló a Declan:

—No creo que a Tyler le guste que hablemos con los directivos de su equipo. Necesitamos otra estrategia. Yo puedo encargarme de distraerlo. Tengo todo el tiempo del mundo.

Reese miró directamente a Travis:

—Me gusta esa idea.

—Pero eso no va a resolver el problema —comentó Luke.

Declan frunció el ceño. Para él, las distracciones no eran soluciones. Aunque Travis solía ser tan práctico como él, el tiempo libre del que disponía por su reciente venta de la empresa podía estar cambiando su perspectiva.

—Pero le va a subir la moral —añadió Sam, entrecerrando los ojos—. Además, nadie dijo que no pudiéramos hacer varias cosas a la vez. Ya que no sabemos cómo resolver realmente el problema, al menos podríamos empezar por la parte divertida.

Todo el mundo empezó a hablar al mismo tiempo. Era imposible seguir todas las conversaciones simultáneamente.

Reese levantó una mano, indicando que quería hablar. Me reí entre dientes, negando con la cabeza. Había olvidado lo bulliciosas y alocadas que se ponían nuestras charlas cuando estábamos juntos, a veces teníamos que levantar la mano para poder hablar.

—Coordinaré todos nuestros esfuerzos —añadió Reese, con los hombros caídos—. No puedo creer que esté ocurriendo esto, me siento muy culpable.

Le puse una mano en el hombro y ella, con un gesto nervioso, apartó un mechón de pelo detrás de su oreja.

—No tienes que sentirte culpable por nada, Reese.

—Pues yo creo que sí. Pero esa no es la razón por la que quiero encabezar este esfuerzo. Se me da muy bien organizar todo tipo de cosas.

Era cierto, desde niña disfrutaba organizando *horarios* para los partidos.

—Voy a llamar a Kimberly —continuó—. Ella siempre tiene muy buenas ideas.

—¿Ya sabe que el vídeo está en Internet? —pregunté sorprendido. Había vuelto a París.

—Sí, me llamó antes de que llegara. Las malas noticias cruzan rápido el charco.

Sacó el teléfono del bolso y lo puso en altavoz. Kimberly contestó al cabo de tres tonos.

—¡Hola, Reese! —saludó—. ¿Ya está reunida la pandilla?

—Sí, y estás en el altavoz. Estamos ideando estrategias para animar a Tyler.

—Y déjame ver si adivino. Luke y Sam están de acuerdo, Tate aún no ha dicho gran cosa, Declan está molesto porque lo que han sugerido no solucionará nada, y Travis coincide con Declan. ¿Me equivoco?

Reí entre dientes. Sí, se acercaba bastante a la realidad.

—Casi en el clavo, prima querida —respondió Travis—. Ahora mismo pertenezco al “Equipo Distrar a Tyler”.

—Vaya, esa venta sí que te ha cambiado, ¿eh? Me parece bien. Vale, ¿y si me lo llevo a París una semana o algo así? Un cambio de aires ayudaría.

—Tiene que hacer fisioterapia a diario —señalé.

—Joder. Vale, entonces salir de Chicago queda descartado. —murmuró Kimberly—. ¿Lena y Emmett están allí con vosotros?

—No —contestó Reese—. ¿Los llamamos?

—Ni se os ocurra —intervino Sam—. Tengo como un millón de ideas, y ninguna debe llegar a oídos de nuestros padres.

Todos nos echamos a reír y, durante la siguiente media hora, compartimos nuestras ideas. Teníamos más que suficientes para mantener ocupado a Tyler durante un año. Mis oídos seguían zumbando incluso después de que Kimberly colgara la llamada.

Antes, mientras todos hablaban por encima de los demás, sonó mi móvil, pero luego me olvidé por completo de él, así que decidí sacarlo para comprobar mis mensajes.

Lexi: ¿Cómo está Tyler?

Lexi: Tate.

Lexi: Holaaaaa. Estoy preocupada.

Tate: Lo siento. Estaba reunido con mis hermanos para intercambiar ideas para ayudar a Tyler.

Lexi: Vaya, sí que actuáis rápido. ¡Yo también tengo algunas ideas! Os las contaré esta tarde.

Qué mujer. No dejaba de sorprenderme. Estaba con ella cuando vi el vídeo en Internet, y se quedó tan preocupada como yo. No podía creer que se involucrara tanto en los problemas de mi familia. Lexi encajaba en mi vida a la perfección, como si siempre hubiera formado parte de ella, de mí. Me moría de ganas de volver a casa y demostrarle lo *mucho* que significaba para mí. Planeaba demostrarle mi agradecimiento con muchos orgasmos.

—No quiero ser aguafiestas, pero, ¿qué vamos a hacer con Malcolm? —preguntó Travis, pareciéndose más a su antiguo yo.

—Tate y yo nos ocuparemos de él. Dejadlo en nuestras manos —respondió Declan en un tono tranquilo y mesurado, lo que solo podía significar una cosa: por fin había resuelto hacer las cosas a mi manera. Iríamos a por todas.

—Y en las mías —añadió Reese—. Me he cansado de ser amable. No se lo merece.

Capítulo Veintisiete

Tate

Las dos semanas siguientes transcurrieron a un ritmo demencial. Declan prácticamente dormía en la oficina. Tras charlar con todos mis hermanos, además de Reese y Kimberly, todos estuvieron de acuerdo con mi plan: comprar el edificio vecino. Sin acceso a ese edificio, Malcolm no podría construir el *spa*, de modo que ya no podría demandarnos por pérdida de oportunidad de negocio.

Al principio, Dean Hanks, el propietario del edificio vecino también involucrado en el pleito, no estaba muy dispuesto a hablar conmigo y con Declan.

Sin embargo, se mostró *muy dispuesto* a vendernos el edificio en cuanto le dijimos cuánto teníamos pensado pagar por él. Era un veinte por ciento por encima del valor de mercado. Perderíamos dinero con esa operación, pero no importaba.

—¡Ha sonado tu teléfono, creo que es un mensaje! —exclamó Lexi el lunes por la mañana. Estábamos en el dormitorio preparándonos para comenzar la jornada. Era el primer día de clase tanto para ella como para Paisley. Lexi aún no se había mudado oficialmente —su contrato de alquiler expiraba a final de mes—, pero pasaba casi todas las noches en casa.

Cogí el teléfono de la mesilla.

Declan: El juez desestimó el caso en cuanto le dije que se había concretado la operación de venta. Dormiré durante un mes.

Le pasé el mensaje a Lexi, que soltó un chillido y empezó a mover las caderas de esa manera tan graciosa que adoptaba cuando se alegraba por algo.

La agarré por la cintura, manteniéndola pegada a mí. Sus pechos se apretaron contra mi torso. Sentir cómo se le ponían duros los pezones era muy excitante, incluso a las seis de la mañana.

—Eres lo único que me mantiene en equilibrio estos días —murmuré contra su piel, rozando su cuello con la boca y su espalda con los dedos. Lo decía en serio. Volver a casa con Lexi la semana anterior había sido lo mejor de cada día.

—Humm... *sí* que ha sido una semana de locos. Ya se ha solucionado, ¿no?

Me aparté, aclarándome la garganta:

—Tengo que hablar con Declan, pero hemos conseguido que Malcolm y el Halsey Group se acobarden y den marcha atrás con la demanda. Eso les pasa por meterse con los Maxwell. Jamás permitiré que alguien que dañe a mi familia se salga con la suya.

—Desde luego que no. No puedo creer que hayáis comprado el edificio vecino.

—Fue una decisión un tanto dura, pero no me arrepiento de nada.

Suspiró, tirando de mi corbata:

—Eres tan sexy cuando dices cosas así.

—Pero solo hemos resuelto el problema del edificio de la abuela. Tyler aún está suspendido y no sé cómo solucionarlo.

—No creo que puedas, pero me gusta que quieras hacerlo. Me encanta que seas ese tío duro y tenaz en los negocios, y que a la vez tengas el bonito detalle de prepararle el desayuno a tu hija todos los días.

—Es que tengo muchos talentos.

—Cuando te pones en plan macho alfa estás muy sexy —susurró—. Me gusta.

—Ya te demostraré lo que es sexy...

La besé contra la pared, mordiéndole el labio inferior antes de reclamar su boca y explorarla. Entonces, apretó los muslos y movió las caderas contra mí. Yo ya estaba semiempalmado. Si no paraba, iba a perder la cabeza.

Me aparté, acariciándole los labios con los dedos. Su boca estaba ligeramente hinchada. Me gustaba verla así, como si de alguna manera llevara mi marca.

—Venga, bajemos antes de que Paisley se despierte —sugerí.

—Sí, buena idea. Oye, te advierto que va a hablar hasta por los codos de la fiesta de cumpleaños. Hemos hecho algunos cambios.

Me reí.

—Normal —contesté.

Le gustaba incluso más que la Navidad, probablemente porque era su día. Y parecía que Lexi también lo disfrutaba.

Mientras desayunábamos, ambas sacaron listas. La fiesta fue el único tema de conversación durante el desayuno.

—Lexi, creo que papá ha dejado de escuchar otra vez —dijo Paisley en un susurro conspirativo.

Me aclaré la garganta.

—En absoluto.

Lexi se puso una mano en la cadera, sonriendo con ironía.

—Vale, pues repite la última frase —indicó.

Rebusqué en mi memoria, pero me quedé en blanco.

Lexi y Paisley intercambiaron una mirada.

—¿Me dejas intentarlo a mí, Lexi?

—Sí, claro.

Sabía exactamente lo que quería hacer: emplear su técnica para obligarme a decir la verdad, que básicamente consistía en hacerme cosquillas. En definitiva, me lo merecía.

Confesé a los diez segundos de haber empezado la sesión de cosquillas, y luego presté atención durante el resto de la mañana. Más tarde, llevé primero a Lexi a su colegio antes de dejar a Paisley, y luego me dirigí al centro.

Estaba de muy buen humor cuando llegué al trabajo. Fui directo al despacho de Declan, con la intención de celebrarlo con él, pero no estaba. Recordando que había dicho que iba a dormir durante un mes, me dirigí a mi propio despacho y empecé el día revisando los correos electrónicos más urgentes.

A las once en punto, sonó mi teléfono. Apareció el nombre de Paisley en la pantalla, lo cual fue extraño. Aún estaba en el colegio, ¿por qué iba a llamarme? Atendí enseguida.

—Buenos días, cariño.

—Hola, papá. —Sonaba abatida. Se me hizo un nudo en el estómago.

—¿Qué ocurre?

Suspiró una vez.

—He hablado con mamá. —Suspiró por segunda vez, y su voz era entrecortada—. Ha dicho que no podrá venir a mi cumpleaños.

Me invadió la ira. Cerré la mano en un puño y me obligué a respirar profundamente. ¿Pero qué coño...? Cada vez llamaba menos a su hija, había cancelado sus vacaciones, ¿y de repente le decía que no estaría presente para su cumpleaños?

—Cariño, ¿cuándo has hablado con tu madre?

—Me mandó un mensaje justo antes del recreo, y yo le devolví la llamada.

Nora sabía que yo no estaba de acuerdo con que le diera malas noticias a Paisley si yo no estaba con ella.

—Tendrás una gran fiesta de todos modos. Vendrán todos tus amiguitos.

—Lo sé, papá.

—Lo siento, cariño, pero ¿qué te parece esto? Te prometo que este será el mejor cumpleaños de tu vida.

—¿Me lo prometes? —preguntó, y pude palpar esa sonrisa en su voz.

—Sí. Y recuerda que también estará Lexi —añadí, esperando que eso la hiciera sonreír tanto como a mí.

—La quiero. Me hace sentir especial, papá.

—Lo sé, cariño. A mí también me hace sentir así.

—¿Puedo tomar todo el helado que quiera?

Me reí. Era obvio que iba a aprovechar ese momento para pedirme algo que no le estaba permitido. Siempre que quería consolarla, mi niña sacaba a relucir sus armas. Estaba orgulloso de ella; sería una gran abogada o negociadora si quisiera.

—Hablaremos de esto cuando te recoja —dije.

—Vale, tengo que irme. La señorita McDonald dice que no se nos permite usar el teléfono después de que termine el recreo.

—Adiós, Paisley. Te quiero.

Tras colgar, volví a ponerme en pie. El sentimiento de ira seguía recorriendo mis venas. ¿En qué estaba pensando Nora? La llamé de inmediato. Tuvo la sensatez de contestar al cabo de un timbrado.

—Antes de que te enfades... —empezó ella.

La interrumpí.

—No estoy enfadado. ¡Estoy jodidamente enfadado! ¿Cómo que no vas a venir al décimo cumpleaños de tu hija? ¿Y por qué coño has hablado con ella antes de llamarme a mí?

—Sabía que te ibas a poner así.

—No importa cómo me ponga. El objetivo de que yo esté a su lado cuando le das malas noticias es que pueda ayudarla a reponerse. Pero tú no lo entiendes porque nunca estás aquí.

—Oye, ya no es una niña.

—Va a cumplir diez años —afirmé, apretando los dientes.

—Sí, exacto. Ya tiene la capacidad de manejar noticias como esta.

—¿Ah, sí? ¿Dónde has leído eso? Porque los niños no reaccionan de acuerdo a lo que dicen los libros, Nora. Paisley es sensible. Se preocupa, sufre, ama, ¿comprendes? Tiene emociones y necesita unos padres que se preocupen por ella y por su bienestar. Algo que tú no pareces capaz de hacer, ¿no es así?

Resopló.

—¿Por qué siempre piensas lo peor de mí? Hago todo lo que puedo...

—Ven a su cumpleaños —dije, ignorando por completo su despotismo.

—Mira, es imposible. Ese día tengo una sesión de fotos con *Vogue*.

—Me da igual. Reprogramala.

—No puedo cambiar la fecha. Llevo años esperando esta oportunidad. No puedo dejarla pasar.

—Es la fiesta de cumpleaños de tu hija. A la que solo ves una vez al año, como mucho. ¿Recuerdas?

Nora suspiró con fuerza:

—Mira, se lo compensaré, ¿vale? Iré más tarde, nos divertiremos con ella y se lo explicaré. Lo entenderá.

—No, no lo hará. Es una niña. —¿Qué era tan difícil de entender?—. Esto es importante para ella.

—*Vogue* también es importante para mí. ¿Puedes apoyarme al menos una vez?

—No si eso significa que decepciones a nuestra hija.

—He oído que sales con su niñera.

Ante el repentino cambio de tema, dejé de deambular.

—¿De dónde has sacado eso?

—De Paisley. ¿Por qué no me lo contaste?

—Dijiste que no te interesaba mi vida personal.

—Lo sé, es verdad. Es que... bueno, supuse que cuando fueras en serio con alguien, me lo dirías.

—No te concierne. Y Paisley está muy contenta con ello.

—Sí, Paisley no para de hablar de Lexi. Me alegro de que esté estrechando lazos con ella. Espero de verdad que dure.

Bufé.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Ya sabes cómo son las cosas contigo, Tate. Siempre hay algún drama en tu familia. He visto el vídeo sobre Tyler, supongo que eso te ocupa algo de tiempo. Además de tus reuniones, obviamente. No sé si eso será suficiente para cualquier mujer que elijas.

Nora siempre era capaz de sacarme de quicio, pero aquella vez sus palabras no dieron en el blanco. Me sentí completamente tranquilo al responder.

—O quizá por fin he encontrado a alguien que me acepta por lo que soy y a quien le gusta mi vida y todos los que forman parte de ella.

Al pronunciar las palabras en voz alta, me di cuenta de que Nora y yo nunca habíamos tenido eso. Si bien habíamos estado casados, nuestro vínculo —si es que hubo uno— nunca fue tan profundo como el que yo tenía con Lexi. Ni de lejos.

—Por tu bien, espero que tengas razón —contestó Nora—. Ahora tengo que irme. Se lo compensaré a Paisley, te lo prometo. Ya he reorganizado las cosas para poder llevármela de vacaciones.

Eso me tranquilizó, pero solo un poco.

—Bien. Espero que esta vez no canceles.

—Tate, ambos sabemos que nuestro matrimonio fue un error. Éramos demasiado jóvenes cuando decidimos casarnos y, bueno, para ser sincera, no creo que estuviéramos realmente enamorados. Admito que estaba deslumbrada por el apellido Maxwell.

—Por fin lo admites.

—Y cuando me quedé embarazada, fue todo tan inesperado... Nunca fui del tipo maternal, pero pensé que quizá me sentiría diferente una vez que fuera madre, y lamentablemente no fue así. Me sentí como si mi carrera se estuviera esfumando. Y después del divorcio, me di cuenta de que era más fácil estar lejos. Sé que es egoísta. —Titubeé antes de añadir—: Creo que Paisley está llegando a un punto en el que se ha acostumbrado a que yo no sea una parte importante de su vida.

—Estaba muy disgustada luego de la llamada. —Pero ni siquiera yo podía negar que en los últimos tiempos Paisley preguntaba cada vez menos por su madre. En las semanas anteriores incluso se había olvidado de sus llamadas.

—Lo sé, y entiendo que su cumpleaños es algo importante para ella. Nunca me había perdido uno, pero esto es *Vogue*. Si no lo hago, todo habrá sido en vano.

—Adiós, Nora.

Cuando finalicé la llamada, me puse a deambular aún más deprisa que antes mientras repasaba nuestra conversación.

Algo hizo clic en mi mente. Lo que tenía con Nora no se vino abajo porque no hubiera sido capaz de hacerla feliz. Simplemente éramos dos personas que se casaron cuando no tenían nada en común. Paisley nunca iba a ser la prioridad de Nora. Ni siquiera yo podía convencerla de ello, pero no importaba. Me había obsesionado con la idea de que Paisley necesitaba una conexión con su madre; sin embargo, desde que conocí a Lexi, me di cuenta de que una madre no tenía que ser necesariamente la persona que la había dado a luz. Mi hija me tenía a mí, y además tenía a Lexi, que era increíble.

Por la tarde, fui a recoger a Paisley. Iba a llevarla a tomar un helado. Sí, iba en contra de mis normas, pero a veces había que romperlas.

Aparqué junto al colegio y me acerqué a la puerta principal. Había niños jugando en el patio, esperando a que sus padres los recogieran. No veía a Paisley por ninguna parte. Quizá estaba dentro. Divisé a su profesora, la señorita McDonald, en el otro extremo del patio, así que caminé en esa dirección.

—Hola, ¿dónde está Paisley? —pregunté.

Miró a su alrededor:

—No está aquí, quizá esté dentro. Iré a ver.

—Iré con usted —dije.

El interior del colegio estaba vacío, como solía estarlo a esas horas. Fuimos a la zona de taquillas, pero Paisley tampoco estaba allí.

—Vamos a ver en su clase. A lo mejor se ha quedado dentro o ha ido a buscar algo —dijo.

—Claro. —Caminé tras ella, preguntándome dónde estaría Paisley.

—Vale. Tampoco está aquí —informó tras asomar la cabeza en el aula.

Mi ritmo cardíaco se aceleró.

—No está aquí ni en el patio. ¿Dónde podría estar?

—Seguro que está con los otros niños. A lo mejor están jugando al escondite.

Aquello no parecía propio de Paisley, pero no dije nada mientras regresábamos al exterior. Recorrí el patio con la mirada, observando cada uno de los rostros, pero ninguno pertenecía a mi hija.

La señorita McDonald se detuvo delante de una niña rubia. Era Elena, la amiga de Paisley.

—Elena, ¿sabes dónde está Paisley? —preguntó.

—Sí, señorita McDonald, quería tacos. Dijo que los tacos siempre lo mejoran todo.

Podía jurar que mi corazón se detuvo por un momento.

—¿A dónde ha ido? —pregunté, luchando por mantener la calma en mi voz, a pesar de la desesperación que sentía.

—Dijo que iba al puesto de comida que hay en esta calle. Allí venden tacos.

¡Mierda!

Inmediatamente me dirigí hacia la puerta principal, y la señorita McDonald corrió hacia mí.

—Estoy segura de que no habrá ido muy lejos.

Me volví hacia ella, entrecerrando los ojos:

—¿Cómo ha podido salir? Tenéis conserje y cámaras. ¿Cómo es posible que una niña se haya escapado?

—Te aseguro que no ocurre muy a menudo. El año pasado no ocurrió en absoluto. Ya sabes lo imprevisibles que pueden ser los niños.

—Justamente por eso tenéis que mejorar el protocolo de seguridad.

Capítulo Veintiocho

Tate

Salí por la puerta principal, apresurándome hacia el puesto de comida que Elena había mencionado, en realidad se encontraba a la vuelta de la esquina. Iba a encontrar a Paisley en cualquier momento, estaba seguro. Tenía que estar allí, aún decidiendo lo que quería comer. Mi niña *tenía* que estar en ese lugar.

Respiré profundamente para calmar los nervios.

Cuando doblé la esquina, todo mi cuerpo se puso rígido. No estaba allí.

Me obligué a poner un pie delante del otro hasta llegar al puesto.

—Hola, ¿qué desea? —preguntó el vendedor.

—Nada. Gracias. Me pregunto si hace unos minutos ha venido una niña. —Toqué la pantalla de mi teléfono, mostrándole una foto de Paisley—. Se ha escapado del colegio.

El tipo hizo un gesto de preocupación.

—Lo siento. No ha venido aquí.

Joder. ¿Dónde está?

Miré calle arriba y calle abajo. Mi pulso retumbaba en mis oídos. La bilis se me subió a la garganta. La llamé un par de veces. *Vamos, cariño, contesta. Contesta.*

No contestó. Entonces recordé que tenía una aplicación de rastreo en el móvil. Podría utilizarla para localizarla.

Una corriente de adrenalina se disparó a través de mis venas cuando abrí la aplicación conectada a su teléfono. Ponía que no tenía señal.

Maldita sea.

¿Dónde demonios podría estar?

Me resultaba imposible pensar con claridad, pero enseguida supe que necesitaba refuerzos. Llamé a Declan.

—Hola, hermano —saludé—. Escucha, necesito tu ayuda.

—¿Qué ocurre? —preguntó en tono alarmado.

—Estoy en el colegio de Paisley, y se ha escapado.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Es una larga historia, te la contaré más tarde, necesito ayuda para buscarla.

—Estoy en ello, saldré de la oficina ahora mismo. También me llevaré a Tyler, que está aquí conmigo. Y llamaré a todos los demás, ¿vale?

—Gracias. —Le estaba eternamente agradecido a mi hermano, porque ni siquiera tenía suficiente lucidez para pensar en llamar al resto. Aunque sí llamé al número de Lexi, la necesitaba allí conmigo.

Contestó al segundo tono. Volví a mirar calle arriba y calle abajo mientras hablaba, sin querer perder ninguna oportunidad de avistar a Paisley.

—Hola —dijo con voz tranquila—. Acabo de salir del colegio. ¿Dónde estás?

—En el colegio de Paisley. Se ha escapado.

—¡Dios mío! ¿Cómo que se ha escapado? ¿Estás seguro? Eso no es propio de ella.

—Bueno, no lo sé, ¡pero no la encuentro por ninguna parte! —espeté—. Perdona. No pretendía... No es culpa tuya. —Caminaba de un lado a otro por la calle, sintiendo que había perdido el juicio por completo. No podía pensar con claridad—. Mi familia está de camino y me van a ayudar a buscarla. ¿Puedes venir tú también?

—Por supuesto. Voy para allá.

La tensión entre mis omóplatos pareció disminuir. Saber que Lexi iba a estar conmigo me tranquilizó.

—Gracias, Lexi. En serio.

Guardé el teléfono en el bolsillo y volví a mirar calle arriba y calle abajo. No había nada más que hacer, salvo recorrer todas las calles alrededor del colegio.

Una capa de sudor me cubría todo el cuerpo. *¿Dónde está mi niña?*

Subí por la calle y luego di un brusco giro a la derecha en la vía de la parte trasera del colegio. Iba a recorrer el perímetro una vez. Me detuve en una panadería y en una charcutería, pero nadie había visto a Paisley. *¿Dónde estará?* Volví a intentar llamar a su teléfono, recorriendo calle tras calle. Finalmente, volví al colegio, con la pequeña esperanza de que alguien la hubiera visto o de que tal vez hubiera regresado. ¿Por qué no contestaba al teléfono?

Al acercarme a la puerta principal, vi a mi familia: Mis padres, Tyler, Declan y Luke.

Mi madre estaba al teléfono hablando con mi abuela.

—Beatrice, te llamaré en cuanto tengamos noticias, ¿vale?

Lexi también había llegado. Vino directamente hacia mí, rodeándome el cuello con los brazos. Mantuve su tierno cuerpo contra mí, empapándome de esa paz que me ofrecía, aunque solo durara unos segundos.

—La encontraremos —prometió.

Asentí, pero no dije nada. Me ahogaba la preocupación.

—Tate, ¿dónde has buscado? —preguntó Declan—. Señálalo en el mapa.

—He comprobado las calles que rodean el colegio en un cuadrado y estas dos adyacentes.

—Bien. Esto es lo que vamos a hacer —dijo Declan. Todos estaban prestando atención—: Llamaré a la policía, pero mientras tanto, todo el mundo va a escoger tres calles y vamos a mirar por todas partes, literalmente por todas partes. Detrás de las rocas, en los árboles, en cualquier sitio donde no se os ocurriría mirar.

—No he mirado en los árboles ni en los rincones —comenté.

—No importa. Volveremos a revisar todo el perímetro de todos modos, para asegurarnos de que no se nos pase nada por alto.

—No contesta al teléfono —dije con voz desesperada—. Y la aplicación localizadora pone que su teléfono no tiene señal.

—Eso es porque no lo lleva consigo. He hablado con la señorita McDonald. Hace un rato le confiscaron el teléfono porque intentó utilizarlo durante la clase —explicó Declan.

—De puta madre. —Tenía ganas de arremeter contra todo el mundo. Contra la maestra, incluso contra mi familia... Y no era justo. No era culpa de ellos. Todo era culpa de Nora y mía.

—Voy a quedarme contigo. ¿Vale, Tate? —dijo Lexi en voz baja, cogiéndome la mano. Asentí, apretando los dedos alrededor de los suyos. La necesitaba—. Venga, vamos. El perímetro es amplio, pero entre los dos lo recorreremos rápido —prometió.

Recorrimos calle tras calle. Mi desesperación iba en aumento con cada banco que comprobábamos, cada árbol en el que mirábamos y cada tienda en la que preguntábamos por Paisley, pero nadie la había visto. Me desesperé tanto que incluso paré a varios desconocidos, enseñándoles fotos de mi hija. Sin embargo, todas las respuestas fueron negativas.

—¿¿Dónde está?! —grité con frustración. La preocupación me corroía.

—Nos queda una calle —contestó Lexi, con voz firme y luego entrelazó nuestros dedos, apretando mi mano.

Yo seguía la rutina, haciéndolo todo mecánicamente. Si pensaba más de la cuenta, iba a enloquecer.

De repente, cuando íbamos por la mitad de la calle, sonó mi teléfono.

—Es la maestra —dije, respondiendo enseguida. Se me hizo un nudo en la garganta.

—Paisley está aquí. Ha vuelto —dijo la señorita McDonald.

—¿Está bien? —pregunté.

—Sí, sí, está bien. Se perdió de camino al puesto y se fue en la dirección contraria.

Sentí tal alivio, que hizo que mis agarrotados músculos se relajaran.

—Iremos para allá ahora mismo —contesté antes de colgar y volverme hacia Lexi—. La han encontrado.

Se le humedecieron los ojos. Al instante la rodeé con los brazos, estrechándola contra mí. Sollozó en mi cuello, tirando de mi camisa, todo su cuerpo temblaba.

—Dios mío. Estaba tan, tan preocupada...

La abracé de nuevo. Mi valiente y perfecta mujer. Había guardado todas esas emociones en su interior mientras buscábamos, todo para poder mantenerse fuerte para mí. La estreché con más fuerza entre mis brazos, susurrándole al oído:

—Tranquila, ya ha pasado todo. La hemos encontrado.

—¿Puedes darme un minuto? —preguntó entre sollozos—. Quiero calmarme.

—Claro. —No la solté, continué estrechándola firmemente entre mis brazos y le di todo el apoyo que necesitaba. Qué mujer tan extraordinaria. La quería tanto, joder.

Unos instantes después, dio un paso atrás.

Sus ojos se abrieron de par en par mientras me miraba el hombro.

—Lo siento mucho. Te he empapado la camisa.

—No pasa nada. Incluso así estás guapa —respondí, intentando animarla.

Se rió a medias y resopló ligeramente. Luego se tapó la boca con la mano y volvió a resoplar.

—Vale. Vale. Creo que ya estoy bien —susurró antes de secarse los ojos—. Venga. Vámonos.

La cogí de la mano, besándole el dorso, y ambos nos dirigimos hacia el colegio. Paisley estaba sentada en el banco cercano a la salida, mirando nerviosa a su alrededor, claramente consciente de que algo iba mal porque estábamos todos allí.

—Papá. Lo siento mucho. Fui a comprar tacos y me perdí.

Me agaché a su altura, acariciándole el pelo.

—Elena nos dijo que te habías ido porque estabas enfadada.

—Solo un poco, pero también quería tacos. Lo mejoran todo. Pensé que volvería antes de que vinieras.

Así que no había huido. Pero bueno, aun así, podría haberle pasado algo.

—Cariño, lo que has hecho no está bien. No puedes andar sola por ahí, ya lo hemos hablado.

—Lo siento mucho, papá.

Sabía que tenía que reforzar más ese punto, pero en ese momento me sentía demasiado aliviado de que estuviera bien como para regañarla.

Lexi también se arrodilló.

—¿Por qué tienes los ojos rojos, Lexi?

—He estado llorando.

—¿Por qué? —preguntó Paisley, con cara de asombro.

—Porque tenía miedo de que no te encontráramos. Te quiero.

—Yo también te quiero. Lo siento —volvió a decir Paisley.

—No te preocupes, cariño. Son cosas que pasan —contestó Lexi.

Mi hija fue directamente a sus brazos y Lexi la abrazó en silencio. La habíamos encontrado y estaba a salvo. Eso era lo único que importaba.

—Nos has dado un buen susto, peque —dijo Declan.

—Lo siento mucho, tío Declan.

—No pasa nada, pero no vuelvas a hacerlo.

—No lo haré —prometió ella.

—Gracias por venir —le dije a Declan. Luego me volví hacia el resto de mi familia. Tyler estaba apoyado contra un enorme roble, con los ojos fijos en Paisley. Luke deambulaba por el patio, sin decir nada. Tenía los hombros encorvados. En eso se parecía a mí: siempre tardaba en calmarse después de un susto.

Mi madre estaba al teléfono con la abuela.

—Beatrice, está completamente bien. Te lo aseguro. Se perdió de camino al puesto de comida.

Mi padre y Lexi estaban sentados con Paisley. Me dirigí directo hacia ellos y me agaché para quedar a la altura de los ojos de mi hija.

—Paisley, ¿estás lista para irte a casa?

—Sí, papá. Vamos. —Me cogió de la mano y luego tendió la otra a Lexi.

Estuve a punto de declararme en el acto. Aquella mujer era mi punto de apoyo, mi todo. Éramos una familia. No tenía ninguna duda al respecto.

Me puse en pie. Tras dar las gracias a mi familia por su ayuda, Paisley, Lexi y yo fuimos al coche.

Paisley se durmió en el trayecto de vuelta a casa. Después de aparcar, la cargué en brazos. Lexi se me adelantó para abrir las puertas al entrar en casa y se dirigió al dormitorio de mi hija para acomodar la cama. Paisley no dormía la siesta durante el día y era demasiado temprano para que se fuera a la cama, pero era evidente que estaba agotada por todo lo que había pasado.

La tumbé en el colchón, le quité los zapatos y luego la cubrí con la manta hasta la barbilla.

—Voy a quedarme un rato con ella —le susurré a Lexi.

Asintió y se quedó observándonos desde la puerta durante unos minutos antes de bajar.

Yo no podía despegarme de Paisley. Estaba a salvo, estaba conmigo. Nunca más permitiría que algo así volviera a ocurrir, jamás. Quería protegerla a toda costa. Nora no tenía ninguna intención de formar parte de su vida, así que dependía de mí ofrecer a Paisley la mayor estabilidad posible, y me iba a asegurar de cumplir ese objetivo con creces.

Lexi y yo íbamos a estar a su lado para todo lo que necesitara. Siempre.

Entonces, una duda pasó por mi mente. ¿Y si las cosas no funcionaban entre nosotros? ¿Y si un día ella decidía salir de nuestras vidas?

Sacudí la cabeza y me centré en Paisley, que estaba durmiendo plácidamente. Aquel día había sido una montaña rusa emocional para ella... y también para mí. Por eso mis pensamientos iban en círculos. Era la única manera de explicar por qué había pasado de querer declararme espontáneamente a Lexi a contemplar el peor de los escenarios.

Me levanté de la cama, necesitaba moverme. Si me quedaba sentado, iba a darle aún más vueltas a todo, así que salí de la habitación del modo más silencioso posible y bajé para estar con Lexi.

Ella siempre me equilibraba, era todo lo que yo quería, y la necesitaba: su calidez, su calma, su ternura.

Necesitaba todo de ella.

Lexi

Seguía completamente bloqueada. Estaba muy nerviosa. Aún cargada de adrenalina, no dejaba de deambular por la cocina. Una parte de mí quería subir deprisa las escaleras y comprobar si Paisley estaba realmente en su cama, durmiendo a pierna suelta. Desde el punto de vista racional, sabía que estaba bien, pero ese día me había asustado tanto que seguía un poco perdida.

Llené dos vasos de agua fría para Tate y para mí sin motivo alguno, para ocuparme en algo. Cuando me dijo que había desaparecido, todo en mi interior se entumeció. Nunca había sentido tanto miedo por nada en toda mi vida. Ni siquiera podía imaginarme cómo se sintió él.

Me paseé por la cocina, activándome al oír pasos que bajaban.

—Sigue dormida —anunció, entrando en la cocina.

—Eso le hará bien —contesté—. ¿Cómo te encuentras? He servido un poco de agua fría para los dos, pero si quieres puedo sacar una botella de vino o de whisky. Seguro que es la hora del vino en algún lugar del mundo —dije, medio en broma, medio en serio.

—Está bien. No me apetece nada de eso. —Se apoyó en la encimera de la cocina.

—¿Sabes lo que pasó? ¿Por qué se fue del colegio? ¿Simplemente quería tacos?

—No. Nora le dijo que no podía venir por su cumpleaños y se enfadó.

—¡Ay, no! —Se me encogió el corazón—. Pobrecilla. No me extraña que se enfadara. ¿Crees que puedes hacer cambiar de opinión a Nora?

—No, tiene una sesión de fotos para *Vogue* que no quiere perderse —dijo con sorna.

—¿Sabes qué? Deberías sentarte y relajarte. Estás tenso, y seguro que un masaje en el cuello te vendrá bien. Vas a olvidarte del día de hoy y vamos a hacer que el cumpleaños de Paisley sea increíble. Ni siquiera se dará cuenta de que Nora no está allí.

Fruncía el ceño, como si no me estuviera escuchando, sino simplemente limitándose a deambular por la cocina. Examiné su lenguaje corporal: Tenía los hombros rígidos, y los brazos y el cuello agarrotados. De hecho, la forma en que se movía delataba que todo su cuerpo estaba lleno de tensión.

—Aquí Tierra a Tate, Tierra a Tate. ¿Dónde estás?

—¿Y qué pasaría si rompemos? —soltó.

Eché mi cuerpo hacia atrás, sorprendida.

—¿Qué?

—Paisley y tú estáis muy unidas. Ella te quiere tanto como yo.

—Yo también os quiero a los dos —repliqué, mordiéndome el interior de la mejilla.

—Pero, ¿y si esto entre nosotros no funciona, digamos, dentro de cinco años? No quiero someter a mi hija a más angustia.

Sabía que estaba reaccionando a todo lo que había pasado aquel día con Paisley y a que Nora hubiera dejado plantada de nuevo a su hija. Siempre se ponía a la defensiva cuando Paisley se veía afectada, y en ese momento estaba en modo protector. Era totalmente comprensible, y le quería aún más por sentirse tan preocupado por su felicidad. No sabía cómo hacerle ver que eso era todo lo que yo quería para ella también. Los amaba profundamente. Nunca en mi vida había sentido nada igual.

Me llevé una mano al estómago, presionando el nudo que se había formado allí.

—Tate. Mira, pase lo que pase, Paisley me importa, y siempre existirá la posibilidad de hablar las cosas con ella.

—O siempre reaccionará así, y quizá en otra ocasión no la encuentre.

—¿Qué estás diciendo? —pregunté en un susurro.

—Nada. Estoy frustrado. Solo... me pregunto si estoy siendo egoísta, eligiendo mi felicidad aun a riesgo de hacer daño a mi hija en el futuro.

Le miré fijamente, sintiendo como si no pudiera respirar. *Está muy afectado por los acontecimientos de hoy. Eso es todo* —me dije a mí misma—. *Eso es todo*.

Pero, ¿y si hubiera algo más?

—Entonces, ¿quieres que terminemos la relación ante la posibilidad de que no funcione en el futuro? —Mi voz era quebradiza. Apreté los labios, sintiendo que me faltaba el aire.

Los ojos de Tate se abrieron de par en par.

—Lexi, no quiero hacerte daño. Ni a Paisley. Es solo que... El miedo que tengo es muy grande.

Dios mío, no dice que no.

—No voy a... —Interrumpí la frase porque mi voz era aún más inestable que antes. No podía controlarla. Me ardían los ojos y los conductos lagrimales parecían estar conectados al nudo que tenía en la garganta.

—Te quiero —susurré enseguida, acercándome hasta que estuvo justo delante de mí.

Colocó sus manos en mis brazos y, si bien su contacto me reconfortó, la preocupación que había en sus ojos me mató. Si mi amor no era suficiente...

—Yo también te quiero, sabes que te quiero. Pero no puedo evitar temer que un día todo se desmorone.

—Eso no pasará —afirmé con sinceridad antes de taparme la boca. Mi voz era completamente inestable. Pasaba de aguda a un susurro, y luego de nuevo a aguda y chillona. No quería despertar a Paisley, era lo último que necesitaba después de cómo había ido el día.

—Lexi. Te quiero —repitió.

—Pero no sabes si es suficiente. —Todo mi cuerpo se desplomó con una sensación de tristeza que calaba hasta los huesos—. Tate, me voy a ir.

—¿Qué? No. ¿Por qué? Hablemos. —Movié una mano de mi brazo a mi mejilla, pero di un paso atrás, necesitaba distancia.

—No puedo. Ahora mismo no. Ambos hemos tenido un día difícil, y no quiero que Paisley se despierte y nos vea así.

—Lexi...

Negué con la cabeza, un poco asustada por lo que pensaba a decir. No estaba preparada para oírlo. Cogí el bolso de la encimera de la cocina y me lo colgué del hombro, jugueteando con la correa.

—Te quiero, Tate. A ti y a Paisley. Es todo lo que puedo decirte.

Abrió la boca, pero volví a negar con la cabeza y pasé deprisa junto a él.

Necesitaba salir.

Capítulo Veintinueve

Tate

En cuanto Lexi salió por la puerta, me arrepentí de cada palabra que había dicho. Joder, estaba hecho un desastre, pero esa vez le había *hecho daño*. Eso era inadmisible.

Me pasé las dos horas siguientes deambulando por el salón, debatiéndome entre no hacer nada o llamar a alguien para que se quedara con Paisley y de esa manera poder salir corriendo tras Lexi. Pero no podía dejar a mi niña, no después de lo que había pasado ese día. Por otro lado, necesitaba arreglar las cosas con Lexi. Era muy importante para mí y quería que lo supiera.

Cogí el móvil y, cuando empecé a marcar el número de Lexi, oí un repiqueteo de pies en la escalera.

—¿Papáááá? —llamó Paisley.

—Estoy en la cocina.

Corrió hacia mí y me abrazó por la cintura, por lo que dejé el teléfono sobre la encimera. Tal vez fuera lo mejor. No había forma de arreglar las cosas por teléfono. Le devolví el abrazo a mi hija con todas mis fuerzas.

—Papá, ¿puedo comer gofres?

Justo ese día no podía decirle que no, así que, por supuesto, cedí.

—Papá, ¿está Lexi?

No, porque tu padre la ha ahuyentado. Joder.

—No, cariño. Se ha ido un rato a su casa. —¿Qué otra cosa podía decir? Me sentía fatal.

—Volverá, ¿verdad?

—Sí, cariño. —En cuanto Paisley comiera, iba a llamarla para disculparme. Había metido la pata hasta el fondo.

Mientras preparaba la masa, la vigilaba de cerca. Llevó su libro de colorear a la isla de la cocina y se puso a cantar las canciones de una de sus bandas de música favoritas.

—¿Cómo te encuentras? —pregunté unos minutos después, poniéndole delante un gofre con una cara sonriente y un sombrero de fiesta. Eso la hizo sonreír. Le alboroté el pelo y me situé a su lado. Después del susto de aquel día, no quería estar más lejos de lo necesario. No podía.

—Estoy bien, de verdad. Siento mucho haber asustado a todos, papá.

—Oye, no te preocupes, no pasa nada. Todos hacemos cosas que no queremos cuando estamos alterados.

Como yo con Lexi. Maldita sea.

Agarré a Paisley por el hombro y la atraje hacia un medio abrazo. Quería mantenerla a salvo de todo y de todos. Sin embargo, no conseguí abrazarla durante mucho tiempo porque me apartó, mirándome.

—Ya no soy un bebé. Pronto tendré diez años. Entiendo cosas.

—¿Qué quieres decir?

Se encogió de hombros, dando un bocado a su gofre.

—He hablado con mamá y me ha dicho que quizá me lleve a Disney en mis próximas vacaciones. Sé que mamá ya no vive aquí, así que no la veré tanto. Y no pasa nada, porque tú estás aquí. Y también Lexi. —Dejó el tenedor y me miró. Parecía nerviosa.

—¿Qué pasa, Paisley?

—Papá, ¿crees que a Lexi le gustaría ser mi madre?

Algo se retorció en mi pecho. *Mierda. La había cagado por completo.* Sinceramente, pensaba que la respuesta a eso era un rotundo sí, pero había hecho daño a Lexi, así que en ese

momento ya no estaba seguro de nada.

Apoyé la mano en la mejilla de mi hija.

—Creo que Lexi te quiere mucho.

—Yo también la quiero, papá. Es la mejor madre que podría tener.

Y esa sensación en mi pecho continuaba retorciéndose, recordándome lo disgustada que estaba Lexi cuando se marchó de casa. En aquel momento, no me encontraba en el estado de ánimo adecuado, pero debería haber guardado silencio en lugar de expresar mis temores. No fue justo para ella.

Paisley se deleitaba comiendo sus gofres, claramente feliz pensando en su vida con Lexi. Mientras tanto, mi mente iba a mil por hora.

De repente, sonó el timbre, sobresaltándome.

—¡Ah, debe de ser la abuela Beatrice! —exclamó Paisley.

—¿Cómo lo sabes?

—Hace un rato hablé con ella por teléfono, por eso me desperté. Me preguntó si podía venir aquí. También estaba preocupada. —Mi hija se mordió el labio inferior—. Ahora verá que estoy bien y ya no se preocupará. Y además, tenemos que revisar la lista para mi fiesta de cumpleaños.

—Ve a abrirle la puerta.

Se bajó de la silla, dejando el gofre a medio comer en el plato antes de salir corriendo de la cocina.

—Nos has dado un buen susto, cariño —le dijo la abuela a Paisley segundos después de que escuchara abrirse la puerta principal.

—Ya lo sé. Lo siento, abuela. Te prometo que no volveré a hacerlo.

Ambas entraron en la cocina.

—¿Dónde está tu lista para la fiesta? —preguntó la abuela.

—Está en mi iPad. Voy a buscarlo.

—Perfecto. Tu padre me hará compañía mientras tanto. —Algo en el tono de su voz me alertó de que Paisley no era la única razón por la que estaba allí.

En cuanto mi hija salió de la cocina, la abuela suspiró, negando con la cabeza mientras me señalaba.

—Tate, Tate, Tate, ¿qué voy a hacer contigo?

No escuchaba ese tono de voz desde que era adolescente.

—¿A qué te refieres?

—Tienes que arreglar las cosas con Lexi —dijo sin rodeos.

La miré fijamente.

—¿Cómo sabes que ha pasado algo?

—Porque la llamé para hablarle del cumpleaños de Paisley y la pobre estaba hecha polvo.

—Joder.

—El lenguaje —me reprendió con una mirada malhumorada—. Escúchame, Tate. A Lexi le importas, y a ti te importa ella. Déjame darte un consejo.

Hice un gesto de disgusto.

—No pongas esa cara. Tu padre también era bastante engreído y pensaba que tenía la solución para recuperar a tu madre.

Fruncí el ceño:

—¿Cuándo tuvo que hacerlo? Nunca me contó nada.

—Por supuesto que no. A los hombres no les gusta contar ese tipo de cosas. Tu abuelo y yo estuvimos casados veinticinco años y solo tuvimos una gran pelea, pero casi me perdió. ¿Y sabes

lo que hizo después?

—No, ¿qué? —pregunté, ya con curiosidad y seriedad.

—Hizo todo lo posible para asegurarse de que yo supiera exactamente lo mucho que me quería. Suficiente como para que pudiéramos enfrentar juntos cualquier desafío que la vida nos presentara y seguir amándonos a pesar de todas las dificultades. —Hizo una pausa, haciendo que las palabras calaran hondo—. ¿Es eso lo que sientes por Lexi?

Lexi lo era todo para mí. Ella había cambiado por completo mi vida, me había cambiado *a mí*.

—Sí —respondí sin vacilar.

—Bueno. Entonces díselo bien claro. No sé qué se considera un gran gesto entre los jóvenes de hoy en día. Yo soy más vieja que Matusalén, así que mis ideas no servirán de nada. Te sugiero que pienses en algo rápido. Asegúrate de que sea romántico, porque el romanticismo nunca pasa de moda. Y por cierto, yo también quiero uno de esos gofres.

—Sí, señora.

Lexi

Normalmente, estaba de buen humor cuando hacía manualidades, pero ese día no era el caso. Estaba trabajando en los adornos pintados a mano que le había prometido a Paisley para su cumpleaños. Había empezado el día anterior después de salir de la casa de Tate, y me había puesto a ello a primera hora de la mañana. Solo tenía hasta las ocho; luego iría a recoger el vestido de cumpleaños de Paisley a Macy's.

Resoplé y luego negué con la cabeza, enfadada conmigo misma. No quería estar triste. Quería a aquella niña, y también quería a Tate. Y esperaba con toda mi alma que él también me quisiera, que creyera en nosotros, pero estaba claro que no lo hacía. La verdad era que me sentía perdida y no sabía qué hacer.

Sonó mi teléfono y tuve que comprobarlo dos veces para ver quién llamaba. Era Reese.

Dios mío. ¿Le ha pasado algo a Tate o a Paisley?

Al contestar el teléfono, se me cayó el corazón en el que había estado trabajando durante la media hora anterior.

—¡Reese, hola! ¿Ha pasado algo?

—No, en absoluto.

Presioné mi pecho con la palma de la mano para calmar mi acelerado corazón.

—Me has asustado. Humm... ¿A qué se debe la llamada?

—Solo quería que supieras que me he pasado por Macy's y he recogido el vestido de Paisley para que puedas quitarlo de tu lista de cosas pendientes para la fiesta.

—Ah, vale. Gracias.

Hice pucheros, respirando hondo. Me habría hecho mucha ilusión recoger el vestido. Además, como era sábado, me daba una excusa para hacer algo.

—¿Qué estás haciendo ahora? —preguntó con voz alegre.

—Estoy pintando los adornos con motivos de hadas para el roble.

—¿Quieres que te haga compañía? Me han dicho que soy una *experta* en el desamor.

El corazón me dio un vuelco. *¿Qué sabe?* Abrí la boca para preguntar, pero decidí no hacerlo. No quería detalles:

—Gracias, pero no es necesario. Quiero terminar las decoraciones hoy.

—Humm, bueno, si cambias de opinión, llama, ¿vale?

—Claro. Gracias, Reese.

—De nada.

Tras colgar, recogí el corazón que se me había caído, inspeccionándolo en busca de algún daño. Era de cristal, pero parecía intacto. Menos mal. Estaba pintando estrellas en él, y hasta entonces solo había conseguido hacer cuatro. Aún me quedaban seis.

Las dos horas siguientes pasaron volando. Terminé tres piñas que había pulverizado con aerosol dorado y plateado y pinté cinco adornos de cristal. Tenía el cuello rígido y me dolía la espalda por haber permanecido sentada en una mala postura. Necesitaba un descanso.

Me puse en pie, cogí el móvil y me dirigí al salón. Lo había puesto en modo avión para no distraerme. Para mi asombro, tenía tres llamadas perdidas de Tyler.

¡Madre mía! Me detuve en seco, sintiendo que el corazón se me iba a salir del pecho. Le devolví la llamada. Algo malo había pasado. Estaba segura.

—Por fin —dijo en lugar de saludar.

—¿Qué ha pasado? ¿Hay alguien herido? —pregunté, casi sin aliento.

—No, ¿por qué piensas eso?

—Me has llamado tres veces.

—Sí, porque necesito algunos consejos. Quiero llevar a mi chica a un lugar romántico para sorprenderla. Paisley me dijo que la llevaste a un sitio al aire libre que le encantó, pero no recuerda cómo llegar. —Su voz sonaba un poco rara, pero no entendía muy bien por qué. Quizá la idea de hacer algo romántico le asustaba. Y aunque mi corazón estaba encogido, mi vena romántica se encendió.

—Sí, es increíble. Creo que puedo hacer una captura en Google Maps y enviártela. Pero no estoy segura, porque no sé si aparecen todos los senderos. Tropecé con él por error.

—Si no es mucha molestia, ¿podrías enseñármelo? Ahora tengo mucho tiempo. Me vendría muy bien para ocupar la cantidad de tiempo libre que tengo.

Sentía pena por él. Me alegraba que tuviera una nueva relación, porque al menos podía sacar aspectos positivos de ella y no pensar todo el tiempo en su incidente y su carrera.

—¿Quieres que vayamos allí? —Eché un vistazo a la mesa de manualidades. Aún me quedaban tres adornos de cristal por pintar—. ¿Cuándo?

—¿Qué tal esta noche?

—¿Sabes? Es curioso. Esta noche tenía que recoger el vestido de Paisley, pero Reese ya lo ha hecho, así que estoy libre.

—Genial. ¿A las nueve?

—Humm... Estará oscuro, pero quizá eso sea aún mejor. Personalmente, creo que de noche es incluso más romántico, pero tendrás la oportunidad de comprobarlo por ti mismo. Te enviaré la dirección más cercana por mensaje.

—Genial. Gracias, Lexi. —Su voz aún sonaba un tanto extraña, pero abordaría el asunto más tarde. Además, podría ofrecerle algún consejo, si lo deseaba. No era una experta en romances ni mucho menos, pero si había algo que pudiera hacer para levantarle el ánimo, estaba dispuesta a intentarlo.

Pasé el resto de la tarde terminando los adornos, esforzándome por no pensar en lo que pasaría cuando finalmente tuviera que dejarlos en la casa de Tate para la fiesta. ¿Estaría dispuesto a hablar conmigo? Le amaba con toda mi alma, pero no estaba segura de si podría soportar mantener una relación amistosa y simple cuando sentía que mi corazón tenía una grieta justo en medio.

A las ocho en punto, salí de mi edificio y conduje mi Mini Cooper hasta el lago, encendiendo el aire acondicionado porque hacía calor incluso a esas horas de la noche. Cuando llegué, Tyler no estaba en nuestro punto de encuentro cerca del lago. Fruncí el ceño y saqué mi teléfono. Había recibido un mensaje suyo.

Tyler: Oye, creo que he encontrado el claro.

Lexi: Ah, genial. Estaré allí en unos minutos.

Había una espesa arboleda que me separaba del lugar. Nunca había estado allí al atardecer, pero sin duda resultaba aún más romántico que de día. Mi magullado corazón emitió un profundo suspiro.

Caminé entre los árboles, inspirando profundamente y dejando que el aire fresco llenara mis pulmones. Llegué al claro unos minutos después, y hubiera jurado que se me paró el corazón.

No era Tyler quien me estaba esperando.

Era Tate.

Durante unos segundos, creo que olvidé hasta cómo respirar. Todo mi cuerpo estaba rígido. Y entonces me animé a mover las piernas.

Sonrió, acercándose a mí. Sus ojos me examinaron, primero mi cara, luego bajaron por mi cuerpo y finalmente volvieron a subir.

—Siento haber recurrido a mis artimañas para traerte aquí.

—Deduzco que Tyler no está aquí.

—No.

—¿Qué está pasando? —susurré. Estaba tan centrada en él que no reparé en lo que había a su lado. Había unas cuantas mantas en el prado, y sobre ellas se veían unas flores, así como una cesta con una botella de champán y copas.

Desvié la mirada desde la manta hacia Tate. Sus ojos eran cálidos. Se acercó a mí y me cogió las manos.

—Te he hecho daño, Lexi. Y lo siento mucho.

Yo temblaba ligeramente, sin saber qué decir.

—Y por eso decidiste traerme aquí —dije por fin, ya que parecía que estaba esperando algún tipo de reacción.

—Sí. —Sus labios se curvaron en una preciosa sonrisa—. Me aconsejaron que tuviera un bonito detalle.

Por primera vez desde el día anterior, ya no sentía ese peso opresivo en el pecho. En su lugar, una sensación completamente diferente parecía tomar el control. Una inmensa alegría me invadió, electrificándome desde la punta de los dedos de las manos hasta la de los pies.

—¿Quién ha sido? ¿Beatrice? —susurré.

—Exactamente. Y entonces pensé, ¿qué hago? Recordé que me habías hablado de este lugar y le pedí a Paisley que me lo enseñara.

—¡Dios mío! Fue por eso que Reese recogió el vestido de Paisley, quería que tuviera la tarde libre.

Esbozó una pequeña sonrisa.

—Así es.

—¿Y qué papel ha jugado Tyler en todo esto?

—Necesitaba una buena razón para traerte aquí. Algo que no te hiciera sospechar.

Mantuvo mi mano contra su pecho, mirándome directamente a los ojos.

—Me equivoqué, Lexi, en todo lo que dije. Lo que tú y yo tenemos es más fuerte que cualquier otra cosa. Sé que podemos superar todos los obstáculos que nos depare la vida. Quiero estar a tu lado para todo lo que necesites si aún me aceptas. Te quiero con toda mi alma. Y con todo mi ser.

—Tate, yo... —Me tembló un poco la voz—. Te quiero, y a Paisley. Y nunca haría nada que pudiera hacerle daño.

—Lo sé. Siento haber dicho todas esas cosas. Creo en nosotros. Voy a pasar cada día demostrándotelo. Ofreciéndote siempre la mejor versión de mí mismo, por ti y por Paisley. Por nuestra vida juntos.

—¿Y cómo piensas hacerlo exactamente?

—No lo he pensado tan a fondo, lo confieso.

—Ya lo iremos resolviendo... —comenté.

—Juntos —añadió.

—Sí, juntos. Te quiero, Tate. Claro que te quiero en mi vida. Quiero estar a tu lado en cada uno de esos momentos y disfrutarlos contigo.

Pude notar cómo el alivio recorría su ser. Sus latidos se intensificaron, pero sus músculos se relajaron. Incliné mi cabeza hacia atrás, fundiendo sus labios contra los míos. Su boca mostraba ternura y determinación al mismo tiempo, y su beso fue profundo, cargado de emoción y necesidad de mí.

Una inmensa sensación de alegría empezó a circular por mis venas. Podía sentirlo en cada centímetro de mi cuerpo, mezclada con una pizca de alivio. Me quería y deseaba que fuera parte de su vida. Nos visualizaba juntos.

—Te quiero —susurró contra mi mejilla—. Muchísimo.

—No puedo creer que hayas planeado todo esto. Con champán y todo. —Mi voz estaba llena de emoción.

Me besó la sien antes de enderezarse y mirarme directamente a los ojos.

—Quería que esta noche fuera especial, Lexi, para que ambos la recordáramos.

—Estoy segura de que será así. —Me arrodillé sobre la manta, cogiendo la botella de champán.

Lo descorchó sin esfuerzo y sirvió dos copas. Luego gruñó y me besó. Me reí contra su boca, luchando por mantener la copa en posición vertical para que no se derramara por todas partes. Madre mía, la forma de besar de aquel hombre siempre me hacía perder la cabeza, los modales y la decencia. Siempre hacía que todo lo que nos rodeaba desapareciera, excepto *él*.

Cuando hicimos una pausa para respirar, dije:

—¿Sabes? Siempre vengo aquí sola. Y la única vez que vine acompañada fue con Paisley.

—Y ahora conmigo. —Sonaba sensualmente posesivo.

—Tú también pareces bastante contento. —Estaba claro que mi afirmación anterior había activado su lado neandertal. Por mí, eso estaba perfecto.

Brindamos y bebí un sorbo del champán, dejando que me inundara. Tate me cogió la otra mano, entrelazando sus dedos con los míos como si no quisiera soltarme. Flexioné los dedos contra los suyos, sonriéndole.

—Te quiero, Lexi. Una vez te dije que me hacías desear; y que me hacías sentir. Quiero más de todo eso y de ti. Voy a amarte y a demostrarte cada bendito día lo mucho que significas para mí.

—Tate Maxwell. Me has traído a mi lugar favorito acompañado de mi champán favorito. ¿Qué más tienes en la manga?

Me guiñó un ojo.

—No voy a sacar todos mis ases en una noche.

—Humm... vas poco a poco. Me gusta. Aparte, no hay nada más que puedas hacer. Esta noche es increíble.

Aquella noche fue tan mágica que supe que la recordaría durante el resto de mi vida. Nosotros, en mi lugar favorito, bajo la luz de la luna, escuchando una romántica canción con el hombre al que amaba. No podía pedirle nada más a la vida. Era perfecta.

—Haría cualquier cosa por ti, Lexi. Siempre.

Capítulo Treinta

Lexi

Dos semanas después

—Ha sido increíble —aseguré al tiempo que entrábamos en casa con bolsas de basura. El cumpleaños de Paisley fue un éxito: eran las seis de la tarde y todos los invitados por fin se habían ido. Nos habíamos pasado los últimos treinta minutos limpiando.

—¡Me ha encantado, ha sido la mejor fiesta del mundo! —exclamó Paisley mientras se pasaba una mano por su cabello ondulado. Le había pintado mechones rosas con un spray para niños y, durante el día, la sorprendí varias veces mirando su reflejo en cada superficie que podía. Estaba tan mona que apenas había logrado resistirme a abrazarla todo el rato. Si había una cosa que aprendí en mis años como maestra era que, en ocasiones, a los niños les gustaba hacerse los “guays” cuando estaban con sus amiguitos.

Después de tirar las bolsas en la basura, nos dirigimos al salón, donde otra montaña de desorden nos esperaba. Paisley había abierto todos los regalos allí mismo: el lugar estaba repleto de papel de envolver, además de un regalo sin abrir sobre el sofá. Se trataba de una caja rectangular y plana envuelta con papel y decorada con un lazo, todo en tonos de rosa.

—Oye, ¿de dónde ha salido eso? —pregunté.

—¡Quiero abrirlo! —se emocionó Paisley.

—¿No prefieres volver al jardín y ayudar a terminar a los abuelos? —Casi habíamos terminado de limpiar el jardín, que había estado lleno de globos, juguetes y vasos de papel olvidados. Lena y Emmett se habían ofrecido a ayudar con la limpieza; más tarde, se iban a llevar a Paisley a dormir a su casa.

—Después de mirar qué es. Pooooooooorfa —suplicó.

Cuando me giré para verla, me di cuenta de que intercambiaba una mirada con Tate, que se había unido a nosotras en el salón. Una mirada *sospechosa*.

¿Qué está pasando?

—Vale, ¿por qué no? —cedí—. ¿Tate?

—Claro, adelante.

—Vamos, Lexi —dijo Paisley mientras cogía mi mano y tiraba de mí hasta el sofá.

Me senté y, para mi sorpresa, Tate hizo lo propio.

—Lexi, ¿me ayudas a desenvolverlo? —me pidió.

—Venga, yo te rompo el papel.

—Gracias.

Tan concentrada estaba abriendo el regalo que no me di cuenta de que Paisley estaba extrañamente quieta. Bajo el papel de envolver se encontraba una preciosa caja de regalo recubierta de terciopelo negro, demasiado formal para una niña de diez años.

Al abrirla, me extrañé. En su interior había una carta, y Paisley la había pintado a mano. Podía reconocer la huella de su pincel y la forma en la que había escrito *Para Lexi*. A su lado había una cajita.

Levanté los ojos y pude ver a Paisley y Tate de nuevo intercambiando miradas.

—¿Qué está pasando? —pregunté. Las palmas de las manos comenzaban a sudarme.

—Es para ti, Lexi —anunció Tate suavemente.

—He escrito una carta —añadió Paisley—. ¿Quieres leerla?

—Claro que sí —respondí, un poco desconcertada—. Pero es tu cumple.

—Lo sé. Si quieres puedo leértela yo. La escribí para no olvidarme de lo que quería decir.

—¿Pero por qué me das una carta y un regalo? No es mi cumpleaños —dije.

—Lo pone en la carta, ahora lo entenderás.

Tate asintió al recibir una mirada de Paisley, que sacó la carta y la abrió. Arrugó su preciosa carita, concentrada.

«Querida Lexi,

Hoy es un gran día porque es mi cumpleaños y tengo diez años. Le pedí a Papi que hiciera esto en mi cumple porque así es un día especial para los dos. Te queremos, y esperamos que quieras estar con nosotros. Quería preguntarte si te gustaría ser mi mamá para siempre».

Su voz tembló ligeramente, y se asomó por encima de la carta.

Tenía un nudo en la garganta y en el pecho. Casi no podía respirar, menos aún hablar. Así que, en vez de decir nada, asentí y abrí los brazos. Paisley se lanzó a ellos, rodeándome con los suyos. La carta me arañaba el dorso del cuello, pero no me importaba. No quería soltarla.

Sin embargo, tan solo unos pocos segundos después, Paisley se liberó del abrazo y dio un paso atrás.

—Papi también te quiere preguntar algo.

Dijo algo más, pero apenas pude escucharlo debido al martilleo que resonaba en mis oídos.

Tate cogió la cajita de la caja más grande, y se arrodilló sobre una pierna junto a Paisley, que estaba de pie muy quieta y sujetando la carta con ambas manos.

—Lexi, te amo —dijo simplemente mientras abría la cajita—. Como ha dicho Paisley, los dos te queremos y nos encantaría que te quedes aquí, para siempre. —Cogió aire con fuerza. Los ojos le rebosaban de emoción—. ¿Te casarás conmigo? ¿Seras mi mujer, mi cómplice, mi mejor amiga? ¿Quieres ser mi todo, Lexi?

—¡Sí! —respondí sobrecogida por la emoción. No pasaba nada: si debía haber un momento en la vida en que ser sentimental era ese—. Sí, claro que me casaré contigo.

Paisley aplaudió.

—¿Puedo ponerte el anillo? —preguntó la niña, a lo que asentí.

Tate sujetó la cajita al tiempo que ella sacaba el anillo. No era un anillo de compromiso clásico, pero era mucho más bonito que cualquiera de los que había visto antes, con una esfera de zafiro encajada en oro blanco. Me lo colocó en el dedo y aplaudió de nuevo.

—Vas a ser mi mamá. Y podemos hacer cosas de madres e hijas juntas. Ya hemos hecho algunas, pero ahora va a ser *de verdad*.

—Sí, lo será —contesté con una sonrisa. Su entusiasmo era contagioso.

—¡Voy a contárselo a los abuelos y a decir que ya pueden entrar! —exclamó,

Tate le dio un beso en la frente antes de que saliera disparada a la puerta trasera.

Se levantó sin apartar los ojos de mí. Su mirada parecía aún más intensa que hacía unos segundos: rebosaba de emoción e irradiaba calidez. Su presencia me envolvía por completo.

Extendió las manos hacia mí, colocando una en mi mejilla y la otra en mi cadera. Sus labios, cálidos y decididos sobre los míos, se movían con urgencia, como si nunca fuera suficiente, como si no importara lo cerca que estuviéramos.

Yo sentía lo mismo. Mi cuerpo estaba lleno de entusiasmo: vibraba a través de mí. La felicidad fluía por mis venas. Un temblor ligero se apoderó de mí al bajar las manos por sus brazos musculosos. Llevaba una camiseta y esos músculos apetitosos eran míos. Cuando paramos para respirar, no pude evitar sonreír.

—¿Lo tenías todo planeado? —pregunté con voz temblorosa.

—Sí, excepto el tiempo que tenía para besarte —respondió después de que la voz de Paisley y sus padres nos alcanzara a través de la puerta abierta del jardín—. Debí decirles a mis padres

que se quedaran con Paisley fuera un ratito.

—¿Cuánta ayuda tuviste, exactamente? Tus padres, Tyler, Reese, Paisley...

—Oye, necesitaba que fuera una sorpresa, y no iba a conseguirlo solo. Así que les pedí participar. Cada uno tiene sus habilidades. Reese planifica como nadie, Tyler puede distraer incluso al más desconfiado, y Paisley recuerda algo de cada uno rapidísimo.

—Obviamente —repuse con una risita. Todo me parecía un sueño. Seguía sin poder creer que tuviera ese anillo en el dedo, o que aquel hombre maravilloso quisiera pasar el resto de su vida conmigo. Un hombre que había pensado que nunca más podría volver a abrirse al amor, pero que me había permitido entrar *hasta lo más profundo*.

Y Paisley quiere que sea su madre.

Los ojos me picaban, llorosos, y Tate se dio cuenta. Acarició mi mejilla con el dorso de los dedos, mirándome fijamente.

—Te quiero, Lexi. Te quiero tanto que no puedo imaginarme una vida sin ti, cariño. Hoy me has hecho el hombre más feliz del mundo. —Me dio otro beso, pero esa vez fue corto y casto porque los tres integrantes restantes estaban tan cerca que podíamos escuchar claramente la conversación que mantenían.

Entraron en el salón un instante más tarde.

Paisley corrió en nuestra dirección y nos abrazó a la vez, ofreciéndome una sonrisa soñadora. Había hecho feliz a aquella niña, y a Tate también. No existía mejor sensación.

—Hemos oído que os deberíamos dar la enhorabuena —dijo Emmett al acercarse—. Bien hecho, hijo. —Le dio una palmada en el hombro antes de abrazarme y darle un beso en ambas mejillas.

Lena también me abrazó, y me estrechó con fuerza unos segundos. Me sentía rebosante de felicidad.

—Hacéis una pareja ideal —dijo, y retrocedió un paso. Lena alternó la mirada entre Tate y yo, y después miró a Paisley—. Paisley, ¿tienes hecha la maleta? Si nos vamos ya tendremos tiempo para una película antes de irnos a la cama.

—Está lista —respondí—. La hicimos antes de que empezara la fiesta. Está al lado de la puerta de entrada.

—Entonces deberíamos irnos. El jardín está recogido —continuó Lena.

Emmett asintió.

—Sí. No hay razón para quedarnos más tiempo.

Sentí el rubor en mis mejillas. A ver, estaba segura de que Lena y Emmett solo querían concedernos un poco de privacidad, pero tenía la certeza de que Tate ya estaba maquinando algo apasionado. Podía percibirlo en su postura, el calor que irradiaba, la manera en la que pasó un brazo alrededor de mis hombros, rozando con los dedos mi antebrazo...

—Vale. ¿Qué vamos a ver? —preguntó Paisley.

—Lo que quieras, princesa —contestó Lena. Puso una mano en el dorso del cuello de Paisley y la dirigió a la puerta principal. Emmett salió tras ellas. Tate y yo les seguimos, y nos reímos cuando Paisley comenzó a negociar: quería ver dos películas.

Yo no prestaba demasiada atención a la conversación que mantenían, pues estaba perdida en mi propia felicidad. Pero en cuanto se marcharon y nos encontramos solos, todos mis sentidos se activaron. Especialmente cuando Tate rodeó mi cintura con sus brazos y susurró:

—Estamos solos. Por fin.

Reí suavemente.

—¿Has estado esperando un buen rato, eh?

—Todo el maldito día. Quería que Paisley formara parte de la pedida de mano, pero ahora estamos solos tú y yo, y quiero confesarte un par de cosas más.

—Soy toda oídos. —Tenía la certeza de que mi hombre iba a hacer que me flaquearan las piernas, como venía haciendo desde el principio.

—Te quiero, Lexi, y estoy deseando que estemos casados, que seas mía oficialmente. Gracias por ayudarme a volver a sentir, a amar y a vivir. Lo eres todo para mí.

No me había equivocado. Me *flaquearon* las piernas.

—Y tú lo eres todo para mí.

—Eres mía, Lexi. ¿Sabes qué significa eso?

—¿Qué? —susurré.

—Que puedo mimarte todos los días. Cuidar de ti. Tus problemas son mis problemas también. Así que, si has cambiado de idea sobre lo de ayudar con las facturas médicas de tus padres, dímelo.

—Ay... tenías que hablar de eso ahora que estoy en el séptimo cielo, ¿eh?

—Sí —concedió con una suave sonrisa—. Quizá me ayude a que cedas.

—Lo pensaré —repuse con mi tono más severo—. Y eso es todo lo que vas a conseguir sacar de mí hoy.

Su sonrisa se volvió traviesa.

—Veamos si puedo conseguir que cambies de idea.

—Estoy deseando que mis padres se enteren de esto.

Le tembló la sonrisa.

Mis párpados se entrecerraron.

—¿Qué?

—Ya lo saben, cariño. Les pedí tu mano.

—¡Dios mío! ¿Que hiciste qué? ¿Cómo? ¿Cuándo?

—Eso es un secreto.

Me elevé sobre los dedos de los pies y rocé los labios contra los suyos. El deseo se extendió por mi cuerpo como una llama. Rodeé su cuello con mis brazos y me apreté contra él. Notar esos abdominales firmes como rocas me hacía perder el norte. La influencia que ese hombre tenía sobre mí era increíble.

Mis pezones se endurecieron. Casi era una sensación dolorosa, presionados contra su pecho.

Sus manos descendieron por mi cintura y se detuvieron en mi cadera. Me apretó contra él, y pude sentir cuánto me deseaba. Pude notar su erección. Con un gruñido, tomó control del beso, profundizándolo mientras subía el dobladillo de mi vestido. Sus dedos acariciaban la piel desnuda de mi muslo. El contacto me excitó como nunca antes. El calor se extendió por mi interior y permaneció entre mis piernas. Mi clítoris latía con fuerza.

Nos movimos rápidamente, y no fue hasta que mi espalda chocó con una superficie dura que me di cuenta de que me había empujado contra la puerta. Sus besos eran aún más desesperados, al igual que su tacto. Sus manos me recorrían por todas partes: los hombros y los muslos, bajo el vestido. Su lengua se movía frenéticamente. Me encantaba estar así, envuelta por él.

Me apartó de la puerta, pero no llegamos muy lejos. Estábamos demasiado ocupados devorándonos.

Nunca llegamos a la habitación.

Me besó incluso con más hambre mientras nos dirigíamos por el pasillo al salón, donde me tumbó en la mullida alfombra. Me giré para estar encima de él. Me sonrió indolentemente cuando le subí la camisa. Rocé con los dedos esos músculos espléndidos. Me deshice de su

camisa y tracé el mismo recorrido con la lengua y los labios, consiguiendo que soltara un gemido tras otro. Me encantaban los deliciosos sonidos que producía, excitándome hasta volverme húmeda entre las piernas.

Besé su cuello y nuez antes de erguirme de nuevo. Me aparté un poco de él e inmediatamente me sentí aún más hambrienta. Pero primero tenía que quitarle los pantalones, ese molesto cinturón, los bóxers, y todo lo demás que se interpusiera entre nosotros. Para mi sorpresa, sacó la cartera de su bolsillo trasero y extrajo un condón, levantando las cejas. Después, comenzó a desvestirme: su trabajo era bastante más fácil.

Me quitó el vestido por la cabeza de un tirón. Ni siquiera llevaba sujetador, ya que la mayoría de mis vestidos de verano llevaban copas integradas. Tenía braguitas, sin embargo, y lo que esperaba de él era que me las quitara en ese mismo instante.

En su lugar, decidí provocarme. Me apartó las piernas y frotó mi zona íntima con los dedos por encima de la tela. El tejido, empapado, estaba frío contra mi piel caliente. Esa vez, el placer era de tal magnitud que me resultaba alarmante. Respiré profundamente para intentar recuperar el aliento. Un temblor sacudió mi cuerpo cuando Tate enganchó los pulgares en la cinta elástica de mis braguitas y empezó a quitármelas con cuidado. Me tuve que poner a cuatro patas, levantando primero una pierna y después la otra, para que pudiera deshacerse de ellas.

—¿No te encanta el verano? —bromeé de rodillas otra vez—. Puedes desnudarme superrápido.

—Joder, me encanta —respondió, con los labios en mi costado. Alcanzó mi pecho, atrapó un pezón con la boca, y se me dificultó respirar. Nunca me había sentido tan sensible a su tacto. La manera en la que levantaba la vista para mirarme era simplemente abrasadora.

Ahuecó la mano sobre mi otro seno, lamiendo con fruición mi pezón, y colocó la mano libre sobre mi entrepierna. Apreté la palma contra mi clítoris: estuve a punto de caer sobre él.

—Tate —pronuncié.

Movió la mano al mismo ritmo que los movimientos circulares que hacía con su lengua sobre mi pezón. Estaba tan abrumada por la sensación que apenas podía respirar. No estaba segura de dónde terminaba la tensión y comenzaba el placer, pero no me cansaba de ello. Vibraba en cada célula, a través de los huesos, y se extendía como un fuego. Ni siquiera sabía cuál era el punto de partida: si su mano en mi clítoris o su boca en mi pecho, pero acabé corriéndome con tanta fuerza que mis piernas flaquearon y mi mandíbula se tensó.

—Te tengo, Lexi. Libérate, cariño. Joder, eres tan guapa cuando te corres. Podría contemplarte así todo el día.

Cogí aire un par de veces, deleitándome en el orgasmo y moviendo las caderas contra su mano hasta exprimir hasta la última gota de placer.

Me miró con una sonrisa de satisfacción, e hice lo propio. Después, capturó mi boca y me besó profundamente. Me encantaba la lujuria que había en sus besos y la sensación de tener sus manos contra mi cuerpo, sin importar en qué parte. Venían a decir lo mismo: *Eres mía, Lexi. Cada centímetro de ti me pertenece.*

Estaba sentado en el suelo debajo de mí, así que me puse a horcajadas, rodeé su miembro con la mano y la deslicé arriba y abajo.

Gimió al tiempo que echaba la cabeza atrás.

—Te necesito, Lexi —dijo en un tono de voz tan sereno como amenazante.

Le sonreí, con el pulgar en la punta de su erección, y me dispuse a colocarle el condón. Le introduje dentro de mí lentamente, centímetro a centímetro. Seguía saciada de antes, por lo que apretaba involuntariamente la cara interna de mis muslos con fuerza. Lo sentía todo incluso con

más intensidad; nunca había pensado que podía ser posible, pero al parecer lo era. Las piernas me temblaban con cada centímetro que introducía. Pequeñas sacudidas se extendían a través de mí con cada movimiento, como réplicas del anterior orgasmo.

Nuestras miradas se encontraron: tenía la esperanza de que me mirara así por el resto de nuestras vidas. La pasión, el amor, el deje posesivo... esa mirada lo era todo para mí. Una vez dentro por completo, entrelazó nuestros dedos y yo comencé a mover las caderas adelante y atrás, lentamente al principio, pero cogiendo fuerza y rapidez.

Seguía tan exhausta por lo anterior que no tenía mucha fuerza, al menos no tanta como me hubiera gustado. Me recliné sobre él, con una mano sobre su torso, cogí aire y le sentí en mi interior, duro y caliente. Era jodidamente delicioso.

Gimió de nuevo y sujetó mis caderas. Entendí que quería coger el mando: antes de que pudiera darme cuenta, nos había girado para que quedáramos tumbados sobre un lado.

—Me encanta esta postura —susurré antes de que me callara con un beso. Me sentía tan abrumada por Tate... Sus manos acariciándome, su polla dentro de mí, su boca dominando la mía con la lengua. Estimulaba mi clítoris con cada empujón de su pelvis contra la mía. Sentí cómo se ensanchaba, y supe que se encontraba al límite. Yo no creía ser capaz de volver a correrme pero... Dios mío, qué equivocada estaba.

El primer orgasmo lo había sentido llegar, pero el siguiente me cogió por sorpresa, sacudiendo mi mundo.

Me corrí con fuerza al tiempo que sentía a Tate explotar también, y nuestros movimientos se volvieron frenéticos, más desesperados. Ambos perseguimos nuestro propio placer hasta que nos quedamos completamente sin aliento y prácticamente incapaces de movernos. Mi cuerpo estaba agotado, pero lleno de felicidad.

Ninguno de los dos podía moverse, pero disfrutaba de cómo estábamos, tumbados en el suelo, con las extremidades entrelazadas y las cabezas descansando en la alfombra.

Sonrió.

—Adoro esta sonrisa. Prometo que te haré sonreír de esa manera tan satisfecha cada día de tu vida.

Sentí como la sonrisa se extendía por mi rostro.

—Confío en tu promesa, espero que la cumplas.

—Tienes mi palabra.

Epílogo

Lexi

Dos semanas después

—¿Te estás divirtiendo? —le pregunté a Paisley mientras sostenía el móvil entre mi oreja y mi hombro, mientras me ponía los zapatos. Estaba en Disney con Nora pasando el fin de semana. Tate me miraba atentamente: él acababa de hablar con Paisley, pero yo también quería escuchar su voz.

—Superbien. ¿Te han llegado las telas? No puedes elegir las sin mí, pooorfa.

Me reí: Paisley estaba obsesionada con los detalles de la boda. Me había mudado oficialmente con ellos y con todas mis cosas, y aunque aún no habíamos fijado una fecha, ella ya estaba ansiosa por elegir la tela para su vestido. Iba a ser la portadora de las alianzas, de eso no había duda alguna.

—Te prometo que no. Ni siquiera voy a abrir la caja. Te esperaré.

—Gracias, me tengo que ir. Vamos a ir a comer pizza.

—Diviértete —respondí antes de que colgara. Le devolví el móvil a Tate y añadí—: Parece que se lo está pasando bien.

Afortunadamente, Nora estaba más que contenta con que Tate se volviera a casar. Le permitía estar menos implicada en la vida de su hija. Paisley comprendía a su madre mejor que cualquiera de nosotros, y se lo tomó con tranquilidad: sabía que su familia éramos su padre y yo, y que siempre podría contar con nosotros.

Asintió con una mirada ardiente.

Ay, *Dios*.

Le señalé con un dedo.

—Oye, no me vengas con esas.

Podía convencerme de cualquier cosa cuando me miraba así... incluso de ayudar con las facturas médicas de mis padres. Una semana antes habían recibido otra exorbitante factura, que nos había impactado mucho a los tres. Tate se había ofrecido inmediatamente a ayudar y había llevado a cabo una labor excelente al convencerme. Antes de conocerle nunca habría accedido a algo así, pero confiaba en Tate de pleno corazón. Era mi alma gemela.

Se acercó a mí, tomó mi muñeca y depositó un beso en el dorso de mi mano.

—¿Por qué no? ¿Temes no poder resistirte a mí?

Solté un suspiro burlón.

—Venga ya, se me da de fábula ignorar ese intento de seducción que estás haciendo ahora mismo.

Estaba mintiendo.

Se me daba fatal ignorar lo atractivo que era. Desde que Paisley se había ido el día anterior, sus miradas se habían vuelto cada vez más descaradas. Estaba tan al límite que un simple roce habría hecho que mis braguitas ardieran.

—No, no podemos llegar tarde —le reprendí—. Tyler nos está esperando, ¿recuerdas?

—No me puedo creer que estés todavía más implicada en la “Operación Animar a Tyler” que yo.

—Oye, tengo un talento. Sería una pena no utilizarlo.

—Eso es cierto. —Tate se alejó con un quejido y abrió la puerta de entrada—. Vámonos antes de que pierda la cabeza por completo.

El orgullo creció en mi interior. Me *encantaba* tener ese efecto sobre él y ya tenía planeado ponerlo en buen uso una vez volviéramos, pero en ese momento teníamos una misión.

Acompañamos a Tyler a una reunión con la coordinadora de un voluntariado al que el equipo directivo quería que se uniera. A pesar de estar en el banquillo y sancionado por la pelea, Tyler mantenía la esperanza de regresar esa temporada. Después de todo, no le habían *despedido*. Y todo por culpa de Malcolm.

Al menos consiguió lo que se había buscado: El Halsey Group lo despidió. También se vio obligado a declararse en quiebra, ya que aparentemente había invertido su propio dinero en la empresa.

Como Reese había señalado, aquel *no* era el año de Tyler, pero Tate tenía razón. Cada uno de los Maxwell tenía su fortaleza, y en momentos de necesidad, como en el caso de Tyler, los ponían a disposición. Declan le vigilaba con ferocidad en la típica manera en la que lo hacía con todos: con mano dura. Pero su persistencia había sido lo que había ganado el juicio, y gracias a ello el edificio de Beatrice estaba a salvo.

Luke no hacía más que decirle a Tyler que siempre podía contar con la posibilidad de contratarle como modelo para su compañía.

Travis organizaba fiesta tras fiesta para celebrar la venta de su empresa, y Tyler era el invitado de honor en todas y cada una de ellas. Según Tate, Travis las daba más en beneficio de Tyler, para animarle.

Sam, que había pedido un permiso en su emplazamiento en Médicos sin Fronteras, acompañaba a Tyler a los bares en su tiempo libre, lo cual preocupaba a Declan, ya que insistía en que Tyler tenía que mantener un perfil bajo. Reese coordinaba a todos, y Kimberly *trataba* de apaciguar a Declan sin mucho éxito. Todos estaban de acuerdo en que la reputación de Tyler era importante, pero también lo era su felicidad, y al final, esa era la prioridad. Eran siete contra uno, y no parecía que eso fuera a cambiar.

Tyler nos esperaba delante del edificio. Tate detuvo el coche delante de él.

—No necesito que me cuiden —dijo una vez dentro del coche—, pero agradezco la compañía. De hecho, creo que me voy a poner malo más a menudo. Parece que cada Maxwell busca una excusa para traerme comida o alcohol, o para pasar tiempo conmigo —dijo con buen humor.

Me encantaba ver cómo estaban siempre el uno para el otro. Siempre dispuestos a celebrar juntos o a brindar apoyo en los momentos difíciles. Sabía que, aunque Tyler intentaba mostrarse valiente, no estaba siendo fácil para él.

El objetivo era sencillo: necesitábamos pasar tiempo con él para que no se diera cuenta de la cantidad de horas libres que tenía sin entrenamientos diarios, partidos, y reuniones con patrocinadores. Hasta entonces había funcionado, pero apenas habían pasado tres semanas desde el comienzo de la nueva temporada.

—¿Cómo está Blair? —le pregunté mientras el coche ganaba velocidad.

Vi cómo fruncía el ceño en el espejo y al instante supe que algo no iba bien. Tate y yo nos miramos y me giré para ver a Tyler sentado en la parte de atrás del coche.

—Blair ha decidido que ya no soy lo suficientemente famoso para ella.

—¿Qué? —exclamó Tate.

—Ya. Cuando se hizo evidente que iba a pasar la temporada en el banquillo y algunos de mis patrocinadores se retiraron, se dio cuenta de que la vida conmigo iba a ser aburrida, supongo. Pero bueno, allá ella, porque yo soy un tío increíble —dijo con una sonrisa indiferente.

Le miré directamente a los ojos. Aunque lo había dicho con entusiasmo, sabía que para alguien como Tyler, siempre alegre, despreocupado y feliz, aquello era difícil de aceptar.

Evité el contacto visual, confirmando mis temores. *Por el amor de Dios*. Iba a enviar un mensaje a Reese en cuanto le dejáramos: era evidente que teníamos que redoblar nuestros esfuerzos. Estaba realmente molesta con Blair. ¿Quién podía hacer algo así?

—¿De qué va exactamente el voluntariado?

—Entrenamiento de hockey infantil. La verdad es que me apetece bastante. Estoy superaburrido, incluso con las visitas. Sin ofender.

—No te preocupes —dijo Tate.

—Es lo único que sé hacer, así que mi objetivo es volver a ponerme en forma y a hacerlo lo antes posible. Ni siquiera me importan los patrocinadores. Solo quiero volver al hielo y jugar.

Llegamos a la dirección que nos había dado veinte minutos más tarde. Una morena preciosa esperaba delante del edificio.

—¿Tyler Maxwell? —preguntó—. Hola, soy Kendra. He estado en contacto con el Departamento de Relaciones Públicas de tu equipo.

Guau, era muy guapa. Al instante, miré a Tyler y apenas pude contener una risa: parecía haberse quedado sin palabras. Tate también la observaba, con el ceño ligeramente fruncido.

—¿Qué tal, Kendra? —se presentó Tyler—. Encantado. He oído que tienes un talento natural para asignar voluntarios a los voluntariados.

Ella sonrió, encogiéndose de hombros:

—Bueno, a algunos les gusta exagerar, pero soy buena en lo que hago. Te lo pasarás bien siempre y cuando sigas mis instrucciones al pie de la letra —añadió con un guiño.

Tate soltó una carcajada y le dio una palmada en el hombro a Tyler.

—A este de aquí se le da fatal seguir órdenes, no quiero ni imaginarme instrucciones.

Tyler levantó las cejas y añadió:

—Razón no le falta.

—Ya veremos si hay algo que yo pueda hacer al respecto —replicó Kendra con descaro.

Un brillo que no había visto en semanas apareció en los ojos de Tyler.

Bueno, bueno. Eso iba a ser interesante.

—¡Desafío aceptado! —exclamó Tyler.

Tate rió, negando con la cabeza.

—Todo tuyo, Kendra.

—Cuidaré bien de él, lo prometo.

Una vez Tate y yo estuvimos de nuevo en el coche, observamos en silencio cómo Tyler y Kendra entraban en el edificio.

—¿Soy yo, o a Tyler le ha gustado *mucho* Kendra? —pregunté.

—Es justo lo que estaba pensando.

—Bueno, eso es positivo, ¿no? Necesita una distracción.

—Sí, pero no estoy seguro de que Kendra sea la adecuada. Declan se pondrá furioso si se entera. Con todos los problemas que tiene con la directiva del equipo, no creo que sea una buena idea.

—¿Y crees que eso le va a detener? —cuestioné.

Tate sonrió.

—Ni de coña.

Este es el final de la historia. La serie continúa con la history de Tyler. [Suscríbete a mi boletín para recibir un libro mío gratis y para recibir noticias sobre nuevos libros y ventas.](#)

Lista de Libros:

[La Familia Bennett](#)

[La Familia Connor](#)

[Solteros Muy Irresistibles](#)

Contacto de la Autora

Laylahagen.com

Únete al [Grupo de Lectores](#) de Layla